

EL CHOQUE DE CULTURAS



Un punto de vista nuevo y revolucionario que ayuda a comprender la relación entre los humanos y los perros

Jean Donaldson



Jean Donaldson ofrece un punto de vista apasionante sobre la ancestral relación entre la humanidad y los perros. El trabajo con sus propios perros y con los de sus clientes, sumado a sus trabajos de investigación y sus estudios al lado de otros conductistas caninos la han llevado a la conclusión de que, con casi total seguridad, los perros aprenden exclusivamente a través del condicionamiento operante y del condicionamiento clásico.

Donaldson demuestra que la extendida y errónea concepción antropomórfica sobre los perros y sobre su comportamiento no se limita a una exageración sobre la inteligencia canina. Mucha gente se desilusiona enormemente cuando se da cuenta de que se necesita artillería pesada (es decir, comida y otros refuerzos primarios) para adiestrar a sus perros. Donaldson rebate esto elocuentemente con la convicción de que ya va siendo hora de que nos despojemos de la creencia de que los perros pueden mostrar un deseo por agradar. A lo largo de varias generaciones se ha tildado de inadaptados a muchos perros totalmente normales simplemente por el hecho de necesitar motivación.

El comportamiento agresivo en los perros domésticos es un asunto de vital importancia que hace tiempo que se tenía que haber tratado abiertamente. Trabajar con la rehabilitación de perros domésticos agresivos le ha hecho entender a Jean Donaldson que no hay dos tipos de perros: los buenos (que nunca muerden) y los ariscos (que sí muerden). En su lugar, sostiene que morder es algo natural y normal en el comportamiento de un perro.

El comportamiento agresivo dentro de una comunidad de perros no fractura las relaciones y se toma con mucha calma, al igual que los humanos aceptamos el intercambio puntual de palabras acaloradas entre nosotros. Los problemas surgen cuando las reglas y estándares caninos entran en conflicto con los valores humanos. Al final, en lugar de rehabilitar a los perros mordedores para integrarlos en la cultura de los humanos, directamente se les sacrifica. He ahí el choque de culturas.



Jean Donaldson

El choque de culturas

ePub r1.0

TaliZorah 14.06.13

Título original: *The Culture Clash*

Jean Donaldson, 1996

Traducción: Marcos Randulfe Sánchez

Fotografías: Martin Coles

Editor digital: TaliZorah

ePub base r1.0



Mi más sincero agradecimiento a Ian Dunbar por sus consejos, sus ánimos, influencia e inspiración, y a Martin Coles por su apoyo y consejos, así como por haber realizado las fotografías y elaborar el diseño de cubierta. Gracias también a Carolyn Clark, Irene y Bill Donaldson, Susan Gillett, Bun Hong, Kin Hong, Delva Howell, Joan McCordick, Cathy McNaughton, Judy Miller, Kathy Pickel y Diana Shannon.

Prólogo

El choque de culturas es especial. Esta primera obra de Jean Donaldson es francamente el mejor libro sobre perros que he leído en toda mi vida. Es genuinamente único y sumamente fascinante, y literalmente desborda de información tan novedosa que prácticamente reformula los últimos parámetros en el comportamiento y adiestramiento caninos. Escrito con el inimitable estilo informal y a la vez preciso de Jean, el libro se desarrolla como una excelente novela de suspense. De hecho, llegué a leer el manuscrito tres veces seguidas antes de su publicación.

El choque de culturas nos presenta a los perros como son en realidad, despojados de su linda imagen hollywoodiense y con su adorable filosofía de «¿puedo comerme eso?, ¿morderlo?, ¿hacerme pis en él?, ¿me servirá para algo?». Destaca en todo momento el enorme cariño que Jean siente por los perros y su profundo conocimiento de la mentalidad canina. Defiende enérgicamente el punto de vista del perro y muestra una constante preocupación por su educación y bienestar.

El choque de culturas se suma a un grupo inconfundible de publicaciones y se sitúa a la cabeza de ellas. Como la obra de Karen Pryor «¡No lo mates... enséñale!», *El choque de culturas* ofrece una perspectiva refrescante y original. Al igual que los libros de Gwen Bohnenkamp, *El choque de culturas* deja de lado condiciones y salvedades y no se anda con rodeos: esto es lo que hay, ¡ahora educa a tu perro! Sin duda, el libro de Jean es el mejor libro sobre perros que hay en el mercado, el libro de cabecera de propietarios y adiestradores. Un libro con pedigrí. Hazte un gran favor a ti mismo y a tu perro: ¡léelo! Y esperemos que pronto aparezcan más libros de Jean Donaldson.

Ian Dunbar
Berkeley, California
31 de mayo de 1996

1. Entender la perspectiva del perro

Walt Disney contra B. F. Skinner

En un libro publicado recientemente se menciona el «código moral» de los perros. Este libro se convirtió en un best seller. Parece ser que la mayoría de la gente sigue creyendo en la idea del perro de Walt Disney: que es *muy inteligente*, es honrado, es capaz de vengarse y de idear planes, resuelve problemas complejos y entiende el valor de los objetos que hay en la casa de Walt. Nadie quiere al perro de B. F. Skinner, la caja negra con una entrada y una salida que obviamente no es el miembro peludo de la familia. Creo que se ha realizado el marketing equivocado. Skinner tenía razón pero ha tenido mala prensa. Hay que presentar la verdad de modo que la gente empiece a aceptarla, creérsela. Tiene que ser así, porque no hacerlo ha causado la muerte de un sin fin de perros. He aquí un ejemplo para ilustrar la diferencia:

Se ha regañado a un perro cada vez que se le ha descubierto mordiendo los muebles. Ahora el perro se abstiene de morder los muebles cuando el amo está en casa pero se vuelve destructivo cuando se queda solo. Cuando el amo llega a casa y ve los destrozos, el perro se escabulle, con las orejas para atrás y la cabeza gacha.

Teoría de Walt: el perro aprende de la reprimenda que no está bien morder los muebles. Al perro no le gusta que el amo lo deje solo y para vengarse de él muerde los muebles cuando éste se va. En otras palabras, realiza deliberadamente un acto que sabe que está mal. Cuando el amo vuelve a casa el perro se siente culpable por lo que ha hecho.

Teoría de Skinner: el perro se da cuenta de que morder los muebles es peligroso cuando el amo está presente, pero que no hay ningún peligro cuando el amo se ausenta. El perro se siente ligeramente ansioso cuando se queda solo y mordisquear algo le hace sentirse mejor. Más tarde, cuando el amo vuelve a casa, el perro realiza señales de calma para evitar o aplacar el castigo que sabe que le suelen aplicar llegado este momento. La llegada del amo a casa y/o la conducta que precede al castigo se han convertido en un aviso: el perro sabe que está a punto de recibir un castigo. No sabe por qué.

No cabe duda de que la segunda teoría es la correcta. La cuestión ya no es qué interpretación es la verdadera sino por qué seguimos debatiendo esta cuestión. Sorprendentemente esto se sabe desde hace décadas y aún así la mayoría de los propietarios de perros sigue sin enterarse. ¿Cómo es posible que en pleno 2003 sigamos discutiendo sobre esto? Parece que independientemente de las pruebas de que se disponga no es posible diseñar un modelo conductista políticamente correcto. Las implicaciones son muy importantes.

El poder de permanencia del distorsionado punto de vista del perro suave y tierno está relacionado con lo mucho que nos gustan. Queremos que sean espabilados y moralmente «buenos». Consideramos que en la sociedad actual los perros son superiores a las personas en cuanto a lealtad y fiabilidad. El modelo conductista, a pesar de ser ineludiblemente verificable, no ha calado en la corriente dominante porque parece reducir a los perros a dispositivos de entrada y salida. Creo que al aceptar este punto de vista despojaremos a los perros de su estatus de humanos honorarios. De aquí se desprende

lógicamente que a algunas personas les costaría más utilizar a los perros como sustitutos de los hijos y que aparecerían consecuencias negativas para el bienestar de los perros. Los humanos, como la mayoría de los animales, somos tribales: nuestra compasión y consideración por otros seres se identifica plenamente con nuestra percepción de la similitud que guardan con nosotros. En cuanto aparecieron indicios de la adquisición del lenguaje en los chimpancés se empezaron a formular muchas cuestiones morales. Sin esa capacidad para el lenguaje, de alguna manera era más aceptable tener una actitud utilitarista hacia ellos. Esto se debe principalmente a que se sigue aceptando el prejuicio contra la falta de inteligencia. La historia de nuestra especie está salpicada de una violencia y terror atroces, perpetrados principalmente porque las víctimas se encontraban fuera de la que concebíamos como nuestra tribu. Los límites tribales actuales están muy relacionados con el coeficiente de inteligencia y con la integridad moral. Indudablemente, estamos muy ligados a los perros. Para explicar ese sentimiento exageramos y decimos que somos muy parecidos en inteligencia y moralidad. No obstante, puede que estemos preparados para aceptar la especie real. La cultura en la que vivimos actualmente es más consciente de la importancia de la tolerancia y de la validación. Los perros no son como nosotros, no se nos parecen tanto como pensábamos, pero no importa. Aún así podemos establecer lazos con ellos, compartir con ellos nuestras vidas o utilizarlos como sustitutos de nuestros hijos, todo sin reparo alguno. No tenemos que cambiarlos por completo para legitimar nuestros sentimientos hacia ellos. Ellos son importantes y fascinantes tal y como son, no necesitan que se les fomente la inteligencia o la moral para merecerse un trato justo o un hueco en la familia.

Se hace necesario afrontar la realidad, no sólo porque el punto de vista antropomórfico ya no tiene razón de ser: siempre ha perjudicado de alguna forma a los perros. Aunque en un principio hubiese valido la pena creerlo ya no es necesario seguir usando este esquema puesto que hoy en día pensamos en otros términos y ya no hay vuelta atrás. Los mayores beneficios para el bienestar de los perros radican ahora en olvidarse del mito de Lassie y sustituirlo por información de dos fuentes: el comportamiento canino y la ciencia del aprendizaje animal. De acuerdo con las corrientes dominantes, es nuestra responsabilidad conocer las necesidades de las especies con las que deseamos convivir además de saber cómo modificar su comportamiento con el mínimo desgaste posible, de modo que encajen en nuestra sociedad sin tener que subyugar totalmente su naturaleza.

Cabezas de chorlito, pero aun así los adoramos

Hay dos áreas en las que abundan los mitos y los vacíos de conocimiento:

1. el comportamiento canino, es decir, la dotación genética y las limitaciones o «programas» inherentes al perro, y
2. el aprendizaje animal, es decir, los principios básicos sobre cómo afecta la experiencia al comportamiento de los perros y de otros animales, incluidos nosotros.

Los humanos aprendemos a través del condicionamiento operante y del condicionamiento clásico. Partiendo de este punto de vista, somos como los perros. No obstante, a diferencia de ellos, nosotros somos maestros en el aprendizaje por observación y comprensión. Disponemos del lenguaje para

transmitir nuestros pensamientos, podemos desplazarnos mentalmente del pasado al presente y futuro, y pensar de modo abstracto. Interiorizamos valores que hemos aprendido a través de premios y castigos, y la mayoría de nosotros desarrollamos cualidades como la compasión, la conciencia o un sentido común de lo que está bien o mal. Si somos consecuentes con nuestros valores ganamos autoestima, un sentimiento de integridad. Por su parte, los perros son totalmente ajenos a estos aspectos. Son egoístas al máximo y de la forma más inocente. Lo más probable es que los perros aprendan casi exclusivamente a través del condicionamiento operante y clásico. Aunque la sociedad favorece algunos de sus comportamientos, existen pocos indicios de que aprendan por observación o imitación. No por ello son estúpidos o menos valiosos de lo que eran cuando creíamos que podían pensar como nosotros. Este aspecto es muy importante. Los perros aprenden fácilmente, son capaces de distinguir diferencias muy sutiles en su entorno, tienen una enorme capacidad olfativa, saben cómo reaccionar en entornos sociales adversos, tienen una vida emocional muy rica. No obstante, no son capaces de pensar de modo abstracto, son amorales, no pueden desplazarse mentalmente hacia delante y hacia atrás en el tiempo, no entienden nuestro lenguaje aunque pueden aprender a distinguir la importancia de algunas palabras.

Esto no debería ser un trago tan amargo, pero considero que la discriminación social basada en la inteligencia a la que me he referido anteriormente, mina cualquier valoración realista de los perros. Todos nosotros, al menos de puertas afuera, condenamos la discriminación por motivos de raza, sexo, edad o apariencia física, pero persiste la sutil y constante tiranía del poder mental. Es la institucionalización de la capacidad de inteligencia. Reflexiona un momento sobre cómo te sentirías si utilizases ratas en el laboratorio para realizar experimentos con drogas y luego se descubriese que las ratas son seres sofisticados, pacifistas, con sentimientos y con un coeficiente de inteligencia superior al de la media humana. Podemos seguir haciendo lo que queramos con ellas, pero nuestra justificación interna tiene menos que ver con ese poder y más con el hecho de que, al fin y al cabo, no son criaturas muy inteligentes. ¿O acaso sí?

Los perros están muy dotados, pero realmente su capacidad mental no es comparable con la de los humanos. Recientemente se ha publicado un libro de más de 250 páginas dedicado a la inteligencia de los perros. Obviamente nos fascina la idea de que los perros puedan, y digo puedan, ser muy, muy inteligentes. ¿Por qué seguimos utilizando este criterio, la inteligencia, para evaluar a otras especies? La razón, obviamente, es que es nuestro punto fuerte. Cuando descubramos que los perros tienen otras cosas que son todavía más fascinantes, la inteligencia se convertirá en algo anecdótico. La capacidad discriminatoria de los perros en el condicionamiento clásico, su habilidad con el hocico, su capacidad para desenvolverse en entornos sociales complejos, sus percepciones y los vínculos que establecen son tópicos inabarcables e inmensos, pero para la «inteligencia» bastaría una publicación reducida, por lo menos tanto como un libro sobre la capacidad de los humanos para detectar bombas con el olfato o para guiarse por eco-localización.

Buscamos ardientemente las abundantes anécdotas de perros que son verdaderos genios. Seguro que todos hemos oído alguna historia que ilustra lo «listos» que son, pero los defensores del razonamiento en los perros aún no han respondido a una pregunta fundamental: si los perros son capaces de estas

proezas del poder de la mente, ¿por qué no las realizan *constantemente*?, ¿por qué nunca lo hacen cuando se les está haciendo un seguimiento? Lo que más me molesta de estas afirmaciones es la falta de rigor en su evaluación. Todo esto me recuerda a aquellos que aventuran conclusiones imposibles sobre hechos como los círculos que aparecen en los campos de trigo en Inglaterra. Antes de especular que los círculos fueron hechos por extraterrestres hay que descartar otras explicaciones más factibles como que los hayan hecho unos bromistas muy sofisticados. De hecho ésta ha resultado ser la verdadera explicación, revelada después de que se despertase un gran interés por las teorías de los extraterrestres. De igual modo, antes de aventurar conclusiones sobre si el perro piensa de modo abstracto o si tiene valores morales, hay que desechar primero la explicación basada en la teoría del aprendizaje. Me cuesta creer que el valor de mis perros se base en mitos y exageraciones, como si su realidad no fuese lo suficientemente remarcable. Su valor proviene de que son seres reales, del hecho de ser perros. No necesitan que se les engrandezca su capacidad mental. Son dignos y maravillosos tal cual son.

Entonces, ¿en qué medida perjudica a los perros el mito de Walt Disney? Al atribuirles inteligencia y moralidad, también se les atribuye la responsabilidad que éstas implican. En otras palabras, si el perro sabe que está mal destrozando muebles y aun así lo hace intencionadamente y con malicia, y a continuación se da cuenta de que lo que ha hecho está mal y se siente culpable, parece que se merece un castigo, ¿no? Bien, eso es lo que se ha estado haciendo hasta ahora, imponerles un castigo excesivo. Los predisponemos para todo tipo de castigo al sobreestimar su capacidad para razonar. Resulta interesante que el modelo conductista «mecánico» es precisamente el que al final logra que el perro haga lo que le pidamos. En el modelo más «blando» se le presentan al perro problemas que no puede resolver y luego se le castiga por ello. Lo más triste es que la mayoría de los perros suele asociar directamente el castigo con la presencia de su dueño. Parece que esto cambia radicalmente el planteamiento de lo que se supone que es amar a los perros por el hecho de ser muy listos.

La teoría del aprendizaje, es decir el conductismo, es la mejor herramienta de que disponemos para entender y modificar el comportamiento de nuestros perros. Es la mejor en términos de eficacia y por extensión en términos de reducir al máximo el desgaste del perro y de la relación perro-hombre. La enorme falta de voluntad para aceptar y desarrollar nuestra pericia a la hora de aplicar la teoría del aprendizaje se apoya en principios que se desmoronan al analizarlos detalladamente. La base científica deja a la gente indiferente a pesar de que, como hemos señalado, el modelo más «blando» sienta las bases de un sinfín de castigos para esos seres brillantes, morales y al mismo tiempo transgresores. Mi punto de vista es que al aplicar las teorías de la ciencia conductista los perros no se degradan ni quedan reducidos a la categoría de ratas de laboratorio. De hecho me enfurece la inadmisibile ironía de que miles y miles de ratas y perros hayan vivido en condiciones deplorables en muchos laboratorios y que se les haya sometido a una gran cantidad de horribles experimentos para descubrir los principios básicos del aprendizaje animal. Una de las aplicaciones más claras del conocimiento obtenido por estos medios sería el adiestramiento de perros ¿cierto? Algo así como una moneda de dos caras para la especie: primero se los utiliza en los experimentos, después no se dan a conocer los resultados a la opinión pública, y se les sigue castigando por ser increíblemente listos... De todas las ventanas posibles para comunicarse con los perros, el condicionamiento operante es la

ventana por la que entra más luz. Deberíamos empezar a utilizarla.

La falacia del «deseo de complacer»

El punto de vista antropomórfico del comportamiento canino no se reduce a exagerar la inteligencia de los perros. También malinterpretamos el concepto que ellos tienen de nosotros. ¿Cuándo vamos a desterrar de una vez por todas la idea de que los perros «desean complacer»? ¡Qué idea más trivial y peligrosa! Todavía no he encontrado ningún perro que quiera complacer a su amo. Es más, me pregunto dónde estará ese perro al que le interesa el estado de ánimo de su amo a no ser que tenga consecuencias importantes para él. A pesar de que a veces los premios verbales dan resultado como reforzadores cuando no existe ninguna otra motivación alternativa, los efectos que tienen son limitados y ofrecen serias dudas sobre la existencia de un gen con el «deseo de complacer».

Un examen más detallado hace que sea todavía más difícil sostener esa teoría. Para empezar, debemos descartar que los premios verbales funcionan a modo de señal de seguridad, un indicador de la escasa posibilidad de que se presenten estímulos aversivos (castigos). Esto se puede comprobar en las clases de obediencia tradicionales. Se afirma que la motivación primaria es el premio, cuando en realidad la motivación primaria consiste en evitar los estímulos aversivos (evitación del castigo), denominados «corrección con la correa». Si el adiestrador es medianamente bueno, el perro aprende que si recibe un elogio tras su respuesta, ha evitado la corrección, y de este modo el elogio adquiere sentido e importancia. Además, los tonos agudos y los sonidos secos que se utilizan a menudo para elogiar a los perros son intrínsecamente atractivos para ellos como queda de manifiesto con el hecho de que son utilizados por los humanos en sus interacciones con los animales en casi todas las culturas. ¿Significa esto que el perro utiliza estos sonidos para identificar el estado de ánimo del sujeto que los emite? Parece poco probable.

Los premios verbales también pueden adquirir un «valor» como reforzadores secundarios en el día a día de la vida del perro. Premiamos más a los perros cuando les damos galletas, atención, paseos y juegos. Esto es mucho más obvio de lo que ya sabíamos y deberíamos explotarlo con un pelín más de sofisticación: *los perros aprenden de las consecuencias inmediatas de sus acciones y de la asociación de eventos que ocurren en ese instante*. En una ocasión hablé con un adiestrador tradicional que menospreció el uso de comida como motivador. El argumento que sacó a relucir, que todavía hoy me repele, fue que «si usas comida en los adiestramientos, el perro hace el ejercicio por la comida, no por ti». Sorprendentemente esta sigue siendo una postura muy común, sobre todo entre los propietarios novatos y los adiestradores. El perro de este hombre, adiestrado por evitación con el collar de estrangulamiento, supuestamente hacía el ejercicio por él porque el único refuerzo positivo que recibía era verbal. Los adiestradores que sostienen que los perros trabajan «por complacer» o que lo hacen únicamente por los elogios parece que desconocen que, o que se olvidan de que, el principal motivador que emplean es el dolor. Lo primero que tenemos que hacer para adiestrar a un animal es descubrir qué es lo que le motiva, pues sin motivación no hay posibilidad de adiestramiento. Todos los animales se motivan con la comida, con el agua, el sexo y con la evitación del castigo (los estímulos aversivos). Muchos animales encuentran la motivación en el juego, la atención y en la posibilidad de

socializarse o de poseer objetos deseados. Todos los animales pueden ser motivados con señales que representan (se asocian con) uno de estos reforzadores primarios, siempre y cuando la relación entre la señal y el reforzador primario se mantenga con la intensidad adecuada. Es en este punto donde tienen cabida los elogios a modo de marcador impreciso que informa al animal que ha aumentado la posibilidad de que se presente un reforzador primario. Si se opta por no usar el reforzamiento positivo, se terminará igual que esos adiestradores, es decir, utilizando los estímulos aversivos y diciendo que el perro hace el ejercicio por complacerte. Patético.

Esto no quiere decir que los elogios no sean buenos e importantes. Tengo que admitir que elogio tantísimo a mis perros que hasta me da vergüenza. Lo hago porque me gusta y porque disfruto haciéndolo. A ellos les gusta verme de buenas pulgas porque *«cuando el amo está de buen humor nada malo puede pasarnos»*. A mí me encanta cuando por ejemplo mi profesor de kung fu, que tiene poder sobre mí, está de buen humor, y no por estar genéticamente programada con un deseo por complacerle. Mi interés por el estado de ánimo de mi profesor es puramente egoísta, y se supone que yo soy un ser HUMANO moralmente superior. Cualquier interés que tenga tu perro por tu estado de ánimo se basa en las posibles consecuencias para él. Y con eso, como se suele decir, *«no pasa nada»*.

Los elogios funcionan como reforzadores primarios para algunos perros, les gustan y por eso se esfuerzan por conseguirlos. Sin embargo esta es una razón de poco peso para marginar a aquellos perros para quienes los elogios no funcionan como reforzadores primarios. A muchos perros les agradan de alguna forma los elogios, pero no se esforzarán especialmente por obtenerlos. De acuerdo. Hay una diferencia entre expresar afecto hacia el perro (por lo que significa para los humanos y por lo que pueda significar para el propio perro) y confiar en los elogios (premios verbales) como la principal forma de motivar al animal en el adiestramiento o en la modificación de su comportamiento. En otras palabras, no confundamos las actividades de apego con el adiestramiento y la modificación del comportamiento. Para esto último normalmente se necesita artillería más pesada. La gente se viene abajo al descubrir que hace falta artillería pesada para condicionar a su perro (a saber, comida, diversión, juegos y otros elementos primarios), creen que su perro es un cabeza de chorlito porque *«escucha cuando quiere»* y *«sólo hace las cosas cuando le ofrezco una galletita»*. En resumen, que tiene poco o ningún deseo de complacer. *Se ha etiquetado a muchas generaciones de perros como cabezas de chorlito por necesitar motivación, cuando en realidad eran totalmente normales*. Me pregunto dónde estará ese perro deseoso por complacer. Si aparece, lo enviaré al psicoterapeuta.

La idea del deseo de complacer se ha estado alimentando principalmente con las interpretaciones erróneas de algunos comportamientos caninos. Los perros se entusiasman cuando llegamos a casa: piden que les prestemos atención y les demos unas palmaditas y luego nos lamen. Están obsesionados con los rituales de saludo. Nos siguen como nuestra sombra cuando estamos cerca y se ponen ansiosos cuando nos marchamos. Son animales muy sociables y no están preparados genéticamente para soportar la ausencia prolongada de los miembros de la «manada» que experimentan en el entorno humano. Asimismo se recuperan sorprendentemente rápido y máxime considerando la gran cantidad de castigo que les infligimos. Entiendo que esto se interprete como adoración. Controlan cada uno de nuestros movimientos, pero es importante que esto no alimente nuestro ego. *Observan atentamente*

nuestro comportamiento buscando una señal que les indique que algo de interés para ellos puede suceder. Los cerebros de mis perros analizan constantemente y minuciosamente el comportamiento de los humanos, comprobando y calculando hasta el octavo decimal la probabilidad más remota de obtener una galleta, que los saquen a pasear, les presten atención, jueguen con ellos al frisbee (disco) o pasar interminables horas de delirio orgásmico jugando con el erizo de látex. Me tienen mucho cariño porque les lanzo un magnífico frisbee y porque tengo pulgares prensiles que me permiten abrir latas. Esto no quiere decir que no tengamos lazos de apego, los lazos de unión con mis perros están fuera de toda duda, son de intensidad psicopatológica. Yo sé que los lazos son recíprocos. No obstante, no me adoran. No estoy segura de que conozcan el concepto de adoración, que me quieran no significa que hagan todo lo que yo diga. De hecho es irrelevante para el adiestramiento, y para controlar su comportamiento tengo que manipular continuamente las consecuencias de sus acciones. Algunos de los adiestramientos más sofisticados se realizan sin que exista ningún lazo o amor por medio, lo cual no quiere decir que el adiestramiento no sea una de las mejores herramientas para establecer y fortalecer los lazos de apego. Lo es, pero no es un requisito *sine qua non* para el adiestramiento. Los humanos siempre tropiezan en esta piedra, y no sólo en las relaciones con los perros.

La panacea de la dominancia

El otro modelo planteado casi como justificación para el uso de estímulos aversivos (castigo) en el adiestramiento es la teoría de la jerarquía. Desde el descubrimiento de la jerarquía lineal en las manadas de lobos, la gente del mundo del perro se ha vuelto loca intentando explicar hasta el más mínimo comportamiento de los perros y la interacción hombre-perro en términos de «dominancia». Veamos el porqué. Los perros se comportan mal o desobedecen porque no han aprendido quién es el jefe, el líder. En tu manada tienes que ser el «alfa». Aparte de añadir otra justificación más a los métodos de adiestramiento orientados hacia el castigo (aparentemente el perro se pasa las noches buscando la forma de asestar un buen golpe jerárquico, así que más te vale que lo mantengas muy a raya aplicando toda tu coerción), la dominancia ha proporcionado una explicación para el comportamiento canino a modo de panacea. Esta simple explicación excluye la necesidad de que el amo se tenga que poner al día en un sinfín de cuestiones, como por ejemplo en la teoría del aprendizaje. No vale la pena ni siquiera pararme a comentar conceptos como que los perros se precipiten para cruzar la puerta y pasen antes que sus amos por las puertas o bien que tiren de la correa para mostrar su dominancia sobre los dueños. Alguna pobre gente lo tiene tan arraigado que considera algunos comportamientos de sumisión como por ejemplo dar saltos o tocar con la pata como juegos de dominancia, y los utilizan como justificación para adiestrar aplicando el castigo. Con el tema de la dominancia se trata una vez más de aventurar una conclusión antes de descartar otras explicaciones más obvias; por ejemplo: los perros muerden los muebles porque ¿qué otra utilidad pueden tener?, desobedecen porque no entienden las órdenes que les dan, están poco motivados para obedecer o bien algo ha captado su atención en ese instante, como el correteo de una ardilla. No les preocupa la cuestión de la jerarquía.

Así pues es necesario hacer una distinción entre un perro que se muestra sumiso y un perro que se encuentra bajo control aversivo. Si das a un animal la orden de llamada y le aplicas una descarga

eléctrica que no cesa hasta que llegue a tu lado, lograrás el control aversivo si comprende que puede evitar esa descarga acercándose hasta ti tan pronto como oye la orden. Puedes hacer lo mismo de modo más torpe, como hace mucha gente: utilizando collares de castigo o un periódico enrollado. Sin embargo esto no se puede considerar una maniobra de dominancia. El modo en que esto puede afectar al rango jerárquico se sale de mi comprensión ¡Qué gran falacia!

Asimismo, si el perro se da cuenta de que hay una posibilidad entre cinco de conseguir un refuerzo si responde a la llamada, y de que es muy probable que pueda volver a lo que estaba haciendo si responde inmediatamente y que de hecho perderá unos minutos de libertad si no lo hace, el perro se acercará rápidamente. Este es el control sin estímulos aversivos. Lo importante ya no es el tipo de motivación, evitación o refuerzo positivo que utilices, sino la ausencia casi total de trascendencia que esto tiene en la cuestión de la dominancia. Normalmente cuando la gente dice que tiene con su perro un problema de dominancia quiere decir una de dos cosas: bien que tienen un problema de obediencia o bien que el perro les muerde o amenaza. Bien pudiera ser que en ambos casos el perro considere que es él quien domina al amo aunque también es posible que el perro considere que es el penúltimo en el orden jerárquico de los seres vivos del planeta y que aun así no esté motivado para responder a la orden y/o muerda a la gente. Es posible que tu perro se considere muy dominante e incluso así obedezca como un campeón y nunca haya mordido a nadie ni tenga intención de hacerlo.

Si el problema es de obediencia, hay que adiestrar al perro para que obedezca, utilizando, como ya te estabas imaginando, el condicionamiento operante. Es la herramienta inmediata para modificar el comportamiento. Emplear conceptos como la dominancia para explicar que un perro no quiere acercarse cuando realmente lo que ocurre es que no se le ha condicionado antes a hacerlo ni a responder a la llamada en presencia de distracciones para tener el comportamiento a prueba de motivaciones alternativas, es buscarle los tres pies al gato. Puedes intentar tumbarlo en el suelo panza arriba y zarandearlo por el cuello tantas veces como quieras que seguirás sin lograr que responda a la llamada a menos que esté adiestrado y se haya «inmunizado» (ignore las distracciones). Puedes tumbarlo en el suelo y mantenerlo así toda la noche (o pasar por delante de él en las puertas), y él continuará mordiéndote si estableces unas condiciones que le fuerzan a ir más allá del umbral de su mordisco.

Decálogo de comportamientos que la gente atribuye a problemas de dominancia

1. morder/ mostrar agresividad, sobre todo hacia los miembros de la familia
2. tirar de la correa
3. hacer destrozos en la casa, sobre todo «accidentes» en las camas, zapatos, etc
4. morder objetos de valor del amo
5. saltar para saludar o dar con la pata
6. no responder cuando se le llama
7. pedir que le demos de nuestra comida
8. pasar primero por la puerta

9. dormir encima de muebles que tiene prohibidos
10. robar comida/ ropa sucia.

Mi mito favorito es el de pasar primero por la puerta. ¿De qué mente perversa ha salido la idea de que un perro interpretaría como dominancia adelantarse al pasar por la puerta y mucho menos aún tratar de dominar al amo? Cuando los perros se apresuran a salir por la puerta lo que hacen es intentar reducir lo antes posible la distancia entre ellos y lo que se encuentra al otro lado de la puerta, porque están entusiasmados, porque son perros y porque nunca se les ha dado una razón para no hacerlo. Cuando sientas una necesidad acuciante de comprender «¿por qué?, ¿por qué?, ¿por qué?» un perro hace algo, en lugar de dejarte llevar por una pista falsa como «la teoría jerárquica», primero descarta las siguientes razones:

1. porque lo está reforzando de alguna forma
2. porque nadie le ha dicho nunca que no lo haga (es decir: ¿por qué NO?).

La idea de la dominancia en sí es tan desproporcionada que muchos centros de adiestramiento se basan en la premisa de que si llegas a dominar adecuadamente a tu perro, todo lo demás encajará en su sitio a la perfección. Esto es peligroso, ya que no sólo significa que se va a abusar desproporcionadamente de cualquier perro, probablemente agravando problemas como responder a la llamada o morder, sino que además no se van a abordar problemas reales como el condicionamiento bien realizado y la necesidad de un entorno adecuado, lo cual hará que el perro siga sin estar adiestrado y siga perpetuando el estúpido programa de dominancia.

Esto no quiere decir que los perros no sean una de las especies que establecen jerarquías. Lo hacen. También ven bien en la oscuridad, pero nadie ha propuesto operarles la retina para solucionar su falta de obediencia o para tratar su comportamiento agresivo. Simplemente la teoría jerárquica no es el modelo más útil para explicar o, más en concreto, para tratar problemas como la desobediencia, el mal comportamiento o la agresividad. Los que utilizan la aversión en el adiestramiento y tienen en mente un modelo de dominancia obtendrían mejores resultados y desgastarían menos al perro si utilizaran los estímulos aversivos (el castigo) conociendo más a fondo la teoría del aprendizaje o, mejor aún, si se olvidaran por completo del castigo y aplicaran las otras herramientas disponibles de la teoría del aprendizaje. El concepto de dominancia es sencillamente innecesario.

Diez verdades sobre los perros de verdad

1. para ellos todo se reduce a juguetes para mordisquear (no tienen el concepto de objetos de artesanía, detalles o símbolos)
2. son amorales (no conciben «bien contra mal», sólo «seguro contra peligro»)
3. actúan por puro interés (sin deseo de complacer)
4. son cabezas de chorlito (es decir, cerebros relativamente pequeños y con tejido relativamente poco plegado que sólo aprenden por condicionamiento operante y clásico)
5. son depredadores (tienen muy arraigado buscar, perseguir, agarrar y sujetar, diseccionar y

masticar)

6. son extremadamente sociables (muy apegados y no soportan bien el aislamiento)
7. tienen un periodo breve de socialización (se enfrentan o se escapan ante todo aquello a lo que no están habituados)
8. son oportunistas y grandes carroñeros (si es comestible, cómelo YA)
9. resuelven conflictos a través de rituales de agresión (nunca escriben cartas al editor ni interponen demandas)
10. tienen un sistema olfativo muy desarrollado.

2. La integración: lo que viene con el perro

Si tuvieses que reducir la lista anterior a dos verdades que realmente encierren la esencia de los perros, éstas serían los números 5 y 6: los perros son depredadores sociales. El grueso del comportamiento canino se puede atribuir a su identidad de depredadores y al hecho de ser seres programados para estar siempre rodeados de otros individuos de la misma especie de los que dependen para su supervivencia. Es cierto que los perros no son exclusivamente carnívoros, pueden comer y digerir muchos tipos de vegetales y son grandes carroñeros. No obstante, hay una razón por la que los jerbos (pequeños roedores) y los ponis no persiguen de forma refleja cualquier objeto que se mueve y los cachorros y los gatitos sí. Comprensiblemente, los comportamientos relacionados con la adquisición de comida están fuertemente arraigados. Incluso después de cientos de generaciones de cría selectiva durante los cuales hemos estado ignorando, estilizando o incluso buscando activamente la eliminación del comportamiento depredador en diversas razas de perros no se ha logrado eliminar que sigan la pista visualmente, persigan y muerdan objetos que se mueven. De igual modo, todas estas generaciones de cría selectiva han preservado la marcada tendencia a establecer lazos sociales.

El comportamiento depredador y su rama canina

La secuencia de comportamientos que parece estar más arraigada en la mayoría de los perros es:

- buscar (localizar la presa, usando principalmente el olfato)
- acechar (acercarse sigilosamente a la presa lo más posible)
- abalanzarse (colocarse rápidamente cerca de la presa, que probablemente se girará y huirá)
- perseguir (correr persiguiendo a la huidiza presa)
- morder, sujetar, zarandear, matar (a la presa)
- diseccionar y comer (a la presa).

Los otros dos comportamientos que están en la cadena de adquisición de alimentos no aparecen siguiendo una secuencia fija: masticar y guardar el alimento. Es fácil adaptar ambos comportamientos, y su presencia está asegurada en el repertorio de muchos perros. Masticar mantiene en buenas condiciones de trabajo las herramientas fundamentales, las mandíbulas, gracias a los ejercicios isométricos. Dada la relativa escasez de alimentos, los carnívoros sociales tienen que vigilar sus pertenencias.

Si en cambio eres herbívoro y tienes que pasar 10 horas diarias ingiriendo alimentos para obtener los nutrientes que necesitas y hay tanta hierba como tus ojos alcanzan a ver en la distancia, vas a gastar muy poca energía en proteger de tu colega tu parcelita de hoy. Sin embargo los carnívoros invierten una gran cantidad de energía en localizar, capturar y arrastrar a algunos ungulados, una rica fuente de proteínas que hace que no necesiten comer durante varios días. Si fueras uno de estos depredadores, te asegurarías de no perder el trozo de carcasa del animal que tanto esfuerzo te ha costado conseguir, de ahí la marcada tendencia de los perros a proteger sus recursos.

Es un comportamiento instintivo: independientemente de cuándo se le suministren los recursos (llenar continuamente el cuenco de pienso), la disposición genética del perro le dice «vigila», y el perro vigila el alimento. Esto no significa que no se pueda cambiar. De hecho se puede. No obstante, para lograr esta modificación hay que participar activamente realizando ejercicios de profilaxis o de tratamiento, en lugar de limitarse a alimentarlo hasta que se haga obeso. La otra razón que permite que los perros realicen comportamientos como vigilar objetos es que animales como ellos, físicamente capaces de dejar lisiados a sus congéneres y que al mismo tiempo tienen una dependencia mutua para conseguir alimentos, han desarrollado formas de agresividad muy ritualizadas. Son capaces de agredir sin causar daños letales. De hecho tienen un amplio repertorio de amenazas y modos de resolver disputas que, aunque de apariencia espeluznante a ojos de los humanos, apenas cause daños a los perros implicados. Esto ha provocado que en numerosos casos se muestren posesivos no sólo con los alimentos sino por ejemplo con juguetes valiosos y huesos, con los sitios de dormir, los pañuelos de papel o los calcetines robados del cesto de la colada. No se ha logrado corregir esto a pesar del tiempo que llevamos realizando la cría selectiva.

Juegos de perros

Hay otra dimensión que merece la pena discutir antes de ahondar en la secuencia de depredación. Se trata del ensayo de algunos de estos comportamientos durante el juego: las interminables sesiones en las que los perros se enzarzan con otros congéneres y se muerden las mandíbulas cuando se les da la más mínima oportunidad. Estos juegos bruscos sirven para mantener siempre a punto las destrezas para matar. Estamos hablando de un comportamiento normal, saludable y adaptativo que reporta beneficios extras como reducir la probabilidad de que quien lo practica asiduamente llegue, en primer lugar, a endurecer la mandíbula (desarrollar una boca dura) y, en segundo lugar, que se vea envuelto en graves peleas entre perros. Las destrezas sociales se mantienen bien engrasadas y el perro asocia la proximidad de los otros perros con actividades extremadamente placenteras. Normalmente los dueños de los perros creen que estos juegos son problemáticos por una de estas razones:

1. a algunos amos les asusta presenciar el juego normal de los perros porque les parece extremadamente brusco, y por ello intentan controlarlo por si el perro «se vuelve agresivo»
2. el amo no puede competir con el interés que despiertan otros perros como compañeros de juegos y tiene problemas de obediencia con su perro en presencia de otros
3. el juego va dirigido a los humanos

La primera razón tiene una lógica invertida. Los perros que no tienen la oportunidad de jugar regularmente con otros perros son los que tienen las destrezas sociales menos desarrolladas. Estos ingenuos animales son tensos, asociales o antisociales, y no son capaces de interpretar a otros perros con la facilidad que suele ser habitual; en consecuencia presentan un mayor riesgo de agresiones perro-perro y reacciones aprensivas como pueden ser las de huida y ladrar. De forma crónica se enzarzan en actividades molestas y excesivamente remarcadas de apaciguamiento como gimotear, dar con la pata, rodar y hacerse pis cuando se encuentran con otro perro, sin mencionar las exageradas

maniobras jerárquicas que con frecuencia terminan en escaramuzas. Si se practica el juego regularmente aumentará la confianza en ellos mismos, mejorará el repertorio de comunicación intraespecífica y mantendrán la boca blanda. Con cuantos más perros interaccione más aumentarán sus destrezas sociales de forma que al final tendremos un perro que es un verdadero diplomático canino, capaz de convencer a perros temerosos o asociales para que jueguen, de apaciguar a los matones y de desbaratar posibles enfrentamientos utilizando un lenguaje corporal refinado y sutil.

En el otro extremo del espectro tenemos una moneda de dos caras: el miedo y la agresividad, que caracterizan a los perros que están prácticamente sin socializar con los de su especie. Esto viene a ser una farsa teniendo en cuenta la predisposición genética de los perros a socializarse e incluso a establecer lazos con cualquier ser vivo con el que mantengan suficiente contacto antes de los 4 meses. Si pasamos a la mitad del espectro nos encontraremos con perros ingenuos que no son gravemente insociables pero sí extremadamente inexpertos. Tienden a realizar las exageradas señales de apaciguamiento que mencionamos anteriormente o bien a mostrarse algo tensos y gruñir al entablar relaciones sociales. Los propietarios de estos ingenuos animales suelen afirmar que su perro «es dominante con otros perros» y que «no puede acercarse a otros porque se pone muy excitado...». No se dan cuenta de que con esas restricciones nunca lograrán que el perro deje de impresionarse. Me recuerda al tipo que está caminando por el desierto y que se emociona cuando ve agua. Seguro que si el mismo tipo viviera en la montaña al lado de un manantial sería capaz de controlar su júbilo al ver el agua («¡agua!, ¡agua!»... «¡Un perro!, ¡un perro!»).

No cabe duda de que un perro bien socializado se sentirá muy atraído por otros perros y disfrutará jugando con ellos. Perros con una obediencia cuasi perfecta cuando no hay otras motivaciones compitiendo, con frecuencia la pierden ante la presencia de otros perros. Es importante no precipitarse y tachar al perro de desobediente o insubordinado cuando se produce un conflicto entre las órdenes y las cosas agradables como el juego con otros perros. *El perro obedece siempre perfectamente a las contingencias del entorno.* Si el perro no responde a la llamada o no se sienta cuando hay otros perros alrededor, es porque:

1. nunca ha sido necesario responder a la llamada o sentarse para obtener la recompensa de estar con otros perros
2. indudablemente responder a la llamada o sentarse son incompatibles con estar con otros perros (de hecho suele significar el final de la diversión, por lo que se han reforzado otros comportamientos alternativos)
3. en la jerarquía de reforzadores del perro, los refuerzos utilizados por el amo quedan por debajo de estar con otros perros
4. el amo le atrae enormemente pero la orden no está suficientemente generalizada (en ese contexto el perro no es capaz de entender «ven aquí»; por extraño que parezca, los perros son susceptibles a esto).

He aquí la forma más práctica de enfocar el problema de las motivaciones antagónicas. Por ejemplo, acercarse cuando se le ordena está claramente menos condicionado (menos adiestrado) que jugar con

otros perros. Más tarde entraremos en más detalle sobre el adiestramiento en presencia de motivaciones antagónicas (distracciones). La cuestión es que restringir los juegos con otros perros o no socializarlo con el fin de evitar que se distraiga es tirar piedras contra el propio tejado. Todavía no has aprendido el adiestramiento en presencia de distracciones que compiten y ya tienes un perro con pobre socialización, que está en baja forma física y con pobre estimulación. Vas por mal camino.

El tercer problema del juego entre perros (3: el juego se dirige hacia los humanos) es un ejemplo del choque de culturas. El juego normal del perro con los humanos es considerado por estos como molesto y potencialmente peligroso. Es fundamental que el perro se ponga, a la mayor brevedad, al tanto de las normas sociales del entorno humano. Estas son las reglas que el perro tiene que asimilar con relación a los humanos en lo que concierne al comportamiento durante el juego:

1. mantener alejada en todo momento la boca, extremadamente blanda, de la sensible carne humana y de la ropa
2. no perseguir a la gente que ande, corra o vaya en bicicleta
3. no echarse encima de la gente.

Se sobreentiende que al aplicar estas reglas el perro, básicamente, nunca más volverá a realizar estos comportamientos de juego preprogramados. He aquí el choque. A nosotros, los humanos, no nos gustaría que nos pasara prácticamente nada de lo que vemos en los juegos entre perros, y es importante hacérselo saber. Al mismo tiempo tenemos que ofrecerle válvulas de escape alternativas como el acercamiento habitual a otros perros y/o juegos interactivos que sean aceptables para nosotros, utilizando los juguetes a modo de intermediarios.

Comportamientos durante la secuencia de depredación

Un excelente modo de desarrollar válvulas de escape para nuestro perro es utilizar juegos sofisticados que incluyan comportamientos que sigan la secuencia de buscar, perseguir, acechar, abalanzarse, agarrar y zarandear. Esto no significa tan sólo que uno es un amo magistral que satisface «las necesidades de su perro», sino que este tipo de estimulación aplicada regularmente es la primera línea de prevención y defensa contra los problemas de comportamiento. A continuación se incluye una lista de posibles juegos para que el amo se entretenga con su mascota y además logre descargar esa energía depredadora. Los juegos elegidos dependerán de las preferencias del perro y de su amo. Experimenta y selecciona el que mejor se ajusta a tus necesidades.

El escondite

Mantén al perro en la posición de sentado y quieto en un lugar donde no pueda ver la habitación en la que vas a esconder el objeto (en el capítulo 6 se especifica cómo enseñar al perro la posición de sentado y quieto). Si el perro no permanece quieto, esta es una ocasión perfecta para enseñarle a hacerlo. También puedes encerrar al perro en otra habitación para evitar que mire de reojo. Esconde el objeto y después da por iniciada la búsqueda dejándolo salir de la habitación en la que se encuentra (o

bien dejar que se levante) y pregúntale entusiasmado «¿adónde está tu juguete?». Luego anímalo a que lo busque. El objeto puede ser una galleta, un juguete relleno, una pelota o una cuerda para jugar al tira y afloja. La búsqueda tiene que estar motivada de alguna forma. Si tenemos un perro obsesionado con el cobro, una pelota o cualquier objeto para cobrar es una buena opción: cuando el perro lo encuentre podemos celebrarlo realizando unos cobros antes de repetir la secuencia de una nueva búsqueda. De la misma forma, si el perro es un fanático de los juegos de forcejeo con una cuerda, dale una o varias dosis de interacción intensiva a modo de recompensa por cada hallazgo.

Empieza con búsquedas fáciles y grandes celebraciones para enganchar al perro en el juego. En cuanto lo haga un par de veces se dará cuenta de que se supone que tiene que buscar algo muy interesante. A medida que vaya aprendiendo esconde el objeto en lugares que le resulten más difíciles. En cuanto sea posible deja de ayudarlo en la búsqueda y de esta forma ganará confianza en su propia capacidad. Si no dejas de ayudarlo a resolver la situación dará por hecho que en lugar de perseverar en la búsqueda la mejor estrategia es darse por vencido. La mayoría de los perros empezarán a utilizar el olfato de forma natural para encontrar el objeto. Es algo digno de ver. Llegados a este punto son capaces de encontrar objetos escondidos a conciencia en los cojines de los sofás o en cualquier otro lugar que se te haya ocurrido para desconcertarlo.

Otra variación de este juego consiste en que el dueño se esconda en algún lugar de la casa. El inconveniente de esta modalidad es que a ti te resulta más difícil y se reduce el número de escondites, mientras que hay un sinfín de posibilidades donde esconder un juguete del perro (de los que se aprietan y emiten un sonido). Los principales beneficios de este juego son:

1. se quema la energía depredadora, tanto al hacerle utilizar el olfato para encontrar el objeto como al trabajar con los cobros y/ o los forcejeos con la cuerda
2. le enseña al perro a buscar de un modo activo sus propios juguetes (!)
3. podemos multiplicar el número de oportunidades para practicar la posición de sentado y quieto si el perro está muy excitado
4. es divertido, algo que no es muy común en esta vida.

También puedes utilizar estas habilidades de búsqueda para ayudar al perro a matar el rato cuando te ausentas. Antes de salir esconde galletas (para perros), juguetes rellenos con comida, juguetes rellenos atados en harapos viejos y anudados varias veces, y todo ello dentro de contenedores de margarina vacíos; incluso puedes esconderle su comida por toda la casa en pequeñas porciones mientras el perro está encerrado en una habitación. Los perros con buen olfato son capaces de dar prácticamente con cualquier escondite imaginable. Esta es una actividad constructiva para el perro cuando está solo: para él es una forma de entretenimiento y para ti un modo de aliviar tu sentimiento de culpa, teniendo en cuenta que lo vas a dejar solo. Si el problema es que tu perro tiene un carácter destructivo te aconsejo que consultes también la sección dedicada al adiestramiento para enseñarle a mordisquear los objetos adecuados.

Durante mucho tiempo se ha sostenido que hay perros a los que les gusta cobrar y otros que no tienen inclinación natural a ello. Es más probable que los perros que tienen una fuerte tendencia natural a cobrar tengan esta inclinación más en la superficie, mientras que otros tienen ese mismo instinto a un nivel más profundo y necesitan despertarlo. Su aparente desgana podría deberse a una combinación de factores: son individuos pasivos, han tenido experiencias previas de castigos o reprimendas por perseguir y/o llevarse algo a la boca, han tenido experiencias de adiestramiento coercitivo y están, básicamente, inhibidos, con un historial de pobre estimulación y con muchas dificultades para relajarse y concentrarse cuando pasa algo interesante, o bien cuando algo del entorno inmediato les distrae o les causa estrés durante las sesiones de trabajo. En las sesiones de adiestramiento tradicional la mayoría de los métodos aplicarán la fuerza para enseñarle a estos perros a cobrar. De hecho algunos de éstos también emplearían la fuerza con los perros que cobran de modo natural. Lo que quiero remarcar es que no sólo se puede enseñar a cobrar a los perros más reticentes utilizando refuerzos positivos, sino que estos perros, llegado el momento y de forma inesperada, se acostumbrarán a ello y empezarán a disfrutarlo al máximo y resultándoles algo muy agradable. Lo he comprobado por mí misma cientos de veces. De hecho he comprobado que si se le dedica el tiempo suficiente y se usa el enfoque adecuado, nunca falla.

Si el perro no muestra interés en cobrar es importante encender esa primera chispa de interés y mantenerla hasta que se convierta en una llama. Es muy probable que esa primera chispa sea el seguimiento visual del movimiento más que realizar la persecución en sí. Perfecto: alégrate cuando el perro siga el movimiento con la mirada, provócalo con el objeto, retíraselo rápidamente y haz que aparezca y desaparezca, juega a que intente anticipar por dónde va a aparecer el juguete. Puede que hacer desaparecer momentáneamente el objeto provoque algún movimiento en el perro. Incentívalo también por esto. Si logras que se abalance o intente atrapar el objeto, prémialo con entusiasmo e intenta que siga el objeto a medida que lo vas moviendo, como cuando los gatitos siguen un cordel. Repítelo el mayor número de veces posible. Los factores limitantes son tu paciencia, el tiempo que permanece el perro en la habitación, su interés en el juego y los refuerzos que le das cuando te ofrece una buena respuesta.

Los perros que se inhiben a la hora de perseguir o atrapar objetos perciben como un gran riesgo para ellos el intentar hacerlo, por lo que es extremadamente importante que muestres tu aprobación de forma clara y entusiasta en el instante en que percibas su primera tentativa. De hecho el primer intento siempre es un momento crucial. Es tan importante que dejará huella en el comportamiento (es como si tuviese lugar una impronta en él). No cabe duda de que las implicaciones de estas improntas también se hacen extensivas a la prevención de comportamientos no deseados: si la primera experiencia del perro con el sofá termina en una gratificante sesión de mordisqueo, futuras regañinas le afectarán menos que si hubieses pillado el instante de iniciación del comportamiento. La mayoría de los dueños tardan demasiado en atajar los comportamientos que quieren erradicar, y esto no tiene nada que ver con la tozudez del perro. Resulta totalmente predecible que cualquier comportamiento que tiene una historia de reforzamiento en las docenas o incluso cientos de veces que se ha realizado, no va simplemente a ir menguando y desaparecer.

El cobro puede haber dejado alguna huella negativa en el comportamiento de nuestro perro. Muchas de las improntas relacionadas con el comportamiento de cobrar pueden haber sido negativas: los perros trataron de cobrar algo que no era del agrado del amo y este les regañó. Después de haber corregido al perro en innumerables ocasiones por perseguir a los niños, las bicicletas, tratar de morder los pies y los zapatos, los pañuelos de papel y la basura es cuando el amo intenta enseñarle a cobrar. Para entonces gran parte de la tendencia del perro a perseguir o cobrar objetos habrá sido eliminada. Con los cachorros más pequeños (que naturalmente perseguirán cualquier objeto que se mueva y morderán incansablemente) la estrategia es distinta: hay que dirigir desde un principio este comportamiento hacia otras válvulas de escape depredadoras. No te olvides de que si piensas cerrar de golpe una puerta que encierra un castigo (por ejemplo la puerta de los zapatos), a continuación debes abrir otra que ofrezca un refuerzo positivo (por ejemplo la puerta del frisbee).

Con todo este bagaje puede que el perro requiera algún tiempo para llegar a relajarse y arriesgarse a perseguir y morder, así que no tires la toalla. Cuando empiece a desinhibirse puedes empezar a moldear la ansiada cadena de comportamientos. Un cobro informal consiste en perseguir, atrapar, portar y presentar (dejándotelo en la mano o cerca de ti). En los perros que son más reacios al cobro hay que perfeccionar cada uno de estos comportamientos por separado antes de combinarlos, como si estuviéramos ordenando las piezas de un rompecabezas antes de hacerlo.

El moldeado es una técnica que implica reforzar positivamente las mejores aproximaciones del perro, cuando lo intenta con más ahínco, e ir elevando gradualmente el listón hasta lograr el comportamiento deseado. El gran problema que tiene la mayoría de la gente cuando utiliza esta técnica es que suele ser muy arbitraria y establece un nivel demasiado elevado para conseguir un refuerzo, ignorando las aproximaciones a los comportamientos que van por el buen camino. Esto significa que las primeras veces que el perro persiga un objeto deberás reforzar incluso un seguimiento visual del objeto. La base del moldeado radica en el hecho de que el comportamiento varía continuamente. En un contexto determinado el comportamiento del perro rondará una respuesta media, pero también se darán variaciones o desviaciones de la media que pueden pasar desapercibidas para el adiestrador o que este puede optar por ignorar o seleccionar con el refuerzo. Con el tiempo esto variará la media matemática de las respuestas, por lo que se darán nuevas desviaciones en torno a la nueva media, que si reciben un refuerzo del avezado adiestrador darán otro pequeño empujoncito al proceso. Veamos un ejemplo.

Kurt

A Kurt, un Golden Retriever, no le interesa en absoluto el cobro. En la primera sesión de adiestramiento, de las 30 veces que el adiestrador lo provocó, azuzó y le lanzó un objeto o lo hizo aparecer y desaparecer, etc., en 18 ocasiones sus respuestas consistieron en observar con escaso interés y sin moverse. Esta fue su respuesta promedio. Las 12 respuestas restantes fueron distintas. En 7 ni siquiera miró al objeto y llegó incluso a rascarse, bostezar o darse media vuelta. Estas respuestas están por debajo de la media, no obstante dio 5 respuestas que son verdaderas perlas. En una de ellas se quedó mirando atentamente, con las orejas hacia arriba y la cabeza levantada, y en las otras cuatro

se movió tres veces con indecisión para dirigirse al objeto y una vez fue algo más rápido e intentó darle con la pata. Todas estas respuestas se merecen un refuerzo. Si el dueño es listo aplicará refuerzos de distinto valor: uno pequeño por la orientación correcta, uno más grande por el movimiento y otro considerablemente más grande la vez que lo tocó con la pata. Realizaremos la selección de la respuesta usando el clicker: la «ranita» que emite un sonido y que le indica al perro que ha conseguido un premio. Ya hablaremos en profundidad en capítulos sucesivos sobre el adiestramiento con el clicker.

En la siguiente sesión de adiestramiento de 30 ensayos, el perro no mira en 2 ocasiones, mira con cierto interés en 6, sigue al objeto en 13, lo sigue y le da con la pata en 5, lo sigue, le da con la pata y lo cobra con la boca otras 2, y se abalanza enérgicamente 2 veces. Probablemente la respuesta media ahora sería seguir el objeto. No obstante, el adiestrador avezado puede reforzar esto varias veces y luego darse cuenta de que hay más carne en el asador. Dar con la pata y/o tocar con la bocase convierten en los nuevos criterios para el refuerzo. Un par de sesiones después el perro se lanzaba con cada lance con la intensidad típica de un Border Collie, dando una respuesta media que consistía en una rápida persecución, agarrar el objeto y portarlo en torno a dos tercios del camino de vuelta. La respuesta merecedora de refuerzo fue un cobro en toda regla dejándolo en las manos del adiestrador.

Lo que resulta sorprendente no es que este perro aprendiera a cobrar y a disfrutar de ello, sino que la mayoría de la gente habría tirado la toalla tras la primera sesión o bien no habría reforzado el ligero interés, alcanzando consecuentemente un punto muerto en el adiestramiento en las siguientes sesiones. El comportamiento se habría mantenido en torno a aquella media Inicial e incluso se podría haber deteriorado. En todas las sesiones siempre habrá variaciones en las respuestas que el perro nos ofrece y el trabajo del adiestrador consiste en Identificar aquellas que son merecedoras de refuerzo, es decir, no aquellas respuestas que cumplen unos niveles arbitrarios que el adiestrador tiene en mente (el cobro perfecto), sino las que atan suficientemente por encima de la media de ese perro ese día. Las razones individuales que llevan a decidir si se refuerza o no una determinada respuesta en un momento determinado forman parte del arte del adiestramiento. El uso de algún tipo de señal que indique al perro que ha dado en el clavo y que se ha ganado el refuerzo facilita en gran medida el adiestramiento con refuerzo positivo. Los adiestradores más sofisticados utilizan el clicker y juguetes que emiten sonidos que han sido previamente asociados con el refuerzo de comida. El adiestramiento se reduce a la aplicación del refuerzo en el instante preciso: si el perro se merece un refuerzo por el cobro realizado es crucial que se marque este comportamiento para reforzarlo al instante y no esperar unos segundos. En este lapso temporal no es factible hacerle llegar al perro la comida que sirve de refuerzo, por lo que el clicker se utiliza para indicarle que se lo ha ganado y que puede pasar a recoger su premio. Se utiliza el mismo sistema en los espectáculos de los mamíferos marinos: se ha moldeado a los animales para que realicen acrobacias y el silbato que sopla el adiestrador les informa de que se han ganado una caballa.

Cómo mejorar la entrega del objeto

Muchos perros realizarán la persecución gustosamente pero o no cobrarán el objeto o lo cobrarán y lo

guardarán celosamente en lugar de llevárselo al adiestrador. A pesar de que los principios son siempre los mismos muchas personas se desesperan a la hora de pulir la entrega del objeto. Siempre habrá variaciones en las series de portar el objeto. En ocasiones el perro perseguirá el objeto pero no hará ningún intento de cobrarlo, a veces cobrará el objeto y saldrá corriendo en otra dirección, otras, lo cobrará, se dará la vuelta y lo dejará caer; también hay ocasiones en las que el perro cobrará el objeto, se dará la vuelta y caminará un pequeño trecho hacia ti portándolo. Cualquier comportamiento que esté por encima de la media se merece un refuerzo y si se refuerza lo suficiente se convertirá en la nueva media que te permitirá elevar el estándar. No hay límites a la hora de aumentar de nivel siempre que lo hagas progresivamente y ciñéndote a las reglas. Estas reglas aparecen muy detalladas en el libro de Karen Pryor *¡No lo mates... enséñale!* (Kns ediciones; T. O. *Don't shoot the dog*), que merece repetidas lecturas.

Cultivar un buen cobro y una buena presentación del objeto es doblemente importante si nuestro perro es un perseguidor nato que además se empeña en jugar constantemente al «corre que te pillo». La situación será ligeramente más complicada que cuando hay un comportamiento directamente negativo, de rechazo, ya que el perro te evita constantemente, de modo activo, cuando se hace con el control del objeto. Puede ser que el perro haya optado por otro juego (el corre corre) o puede ser algo más serio como proteger un objeto, o bien una mezcla de ambas. No muestres ningún tipo de interés en el objeto en estas situaciones, de hecho no te interesa el objeto: tú controlas tanto los refuerzos de comida como la capacidad de que el objeto vuelva a cobrar vida cuando lo lanzas, así que relájate, observa y moldea. Que no le des importancia a sus intentos de hacer que lo persigas supondrá un jarro de agua fría para ese comportamiento y con suerte te dará algunas aproximaciones que puedas reforzar. Enseñar a un perro a traerte algo en lugar de jugar al corre corre es un ejemplo de contracondicionamiento: es enseñar un comportamiento que sustituye el comportamiento que estamos intentando eliminar en un contexto determinado.

Cualquier comportamiento que se repita regularmente y que sea tan molesto como el que estás intentando eliminar está recibiendo un refuerzo del entorno, a menudo de ti. Ese refuerzo es la persecución. Se ignora al perro por echarse relajadamente, cobrar o mordisquear sus propios juguetes, pero se convierte inmediatamente en el centro de atención tan pronto como cobra una pieza de ropa sucia o sale corriendo con la pelota en una sesión de adiestramiento de cobro. Este es un potentísimo reforzamiento y normalmente suele darse al primer Intento produciéndose el conocido efecto de la impronta en el comportamiento. En el contexto de objetos y perros, el cobro es el Ferrari de los ejercicios de contracondicionamiento frente a la acción de agarrar, salir corriendo y proteger el objeto. Los propietarios más avezados harán lo siguiente:

1. proporcionar refuerzo en forma de atención al perro por jugar con sus propios juguetes
2. esforzarse en enseñarle otras válvulas de escape depredadoras para canalizar su energía
3. no prestar atención a los primeros intentos del perro de hacerse con objetos prohibidos o bien mantener esos objetos fuera de su alcance hasta que se hayan fijado los puntos 1 y 2
4. hacer que el perro realmente se obsesione con el cobro para contracondicionar el corre corre
5. poner el corre corre (mantener las distancias) bajo control (a una orden).

Poner el corre corre bajo control (a una orden) es una línea más de defensa contra el mantenerse a distancia espontáneo, al tiempo que otro juego divertido para realizar con el perro. Poner un comportamiento bajo control por el estímulo (a una orden o señal) significa simplemente que tú tomas el control del momento y el lugar en que quieras que el perro se comporte de cierta forma: el perro sabe que va a recibir de vez en cuando una buena dosis de la actividad que le gusta, pero también sabe que el juego sólo «da resultado» cuando le das la señal. La señal es, sencillamente, una palabra políticamente correcta para dar una determinada orden. En el caso del corre corre enséñale que cuando das una determinada orden le estás avisando de que vas a empezar a perseguirlo incansablemente y con ganas («¡corre corre que te pillo!») y que deberá agarrar el juguete que le quede más cerca y salir corriendo. Trata de cortar el paso, de ponerte delante de él o cualquier otra variación que se te ocurra. Después de un buen rato, siéntate y observa lo que sucede. Tras un rato tan apasionante el perro intentará pedirte que lo sigas persiguiendo. Rehúsa entrar al trapo hasta que te traiga el juguete y lo deje a tus pies. Cuando lo haga, lánzase y empieza a jugar otra vez diciéndole «¡corre, corre que te pillo!». La información que queremos que asimile es que nada de lo que él haga conseguirá persuadirte para que tú juegues con él. El único indicador de que lo vas a perseguir es la señal «¡corre, corre que te pillo!» y tus dedos extendidos y moviéndose en el aire. El único modo que tiene de influir en tu decisión es renunciar al objeto. Empieza y termina el juego una y otra vez. El perro aprende que cuando dejas de mover los dedos hacia él y dejas de decir «¡corre, corre que te pillo!» nunca lo persigues, así que probablemente la próxima vez esperará a que digas las palabras mágicas. Mejor aún, vete alternando series de corre corre con series de cobro y juego de forcejeo con la cuerda. De esta forma el perro recibirá un refuerzo tanto por salir corriendo tras la señal como por entregar un objeto a la orden. Hay una máxima muy importante en el adiestramiento: controla los juegos y controlarás a tu perro. Mientras dure el periodo de adiestramiento, mantén la ropa sucia y otros objetos fuera de su alcance. Vuelve a dejar la ropa sucia en su sitio cuando los juegos se conviertan en hábitos arraigados y la próxima ocasión en que se enzarce con una prenda de ropa sucia no le hagas ningún caso, como si no existiera, ni siquiera lo mires aunque eso signifique sacrificar la prenda de ropa. Ese mismo día, un poco más tarde, haz lo propio con un juguete, después de darle la señal. Lo que estamos buscando ahora es la discriminación en el aprendizaje, como si el perro estuviera diciéndose a sí mismo «vale, sólo da resultado cuando dice antes “¡corre, corre que te pillo!” primero y sólo “funciona” con el erizo sonoro de juguete o el aro de goma. Ya lo entiendo». De esta forma robar prendas de la colada se convierte en un derroche inútil de energía.

Seguro que mi perra Lassie tiene la peor predisposición genética del mundo para la búsqueda, destrucción y protección de objetos, y todo se mantiene engrasado gracias a «inoculaciones» regulares de «¡corre corre que te pillo!», a ejercicios frecuentes de intercambio de objetos (de los que hablaremos más adelante) y a continuas situaciones de depredación. Si de repente digo «¡corre corre que te pillo!» agarrará inmediatamente el objeto más cercano y empezará a pulular enérgicamente lejos de mi alcance hasta que pare de perseguirla. No hay nada más enterecedor.

Uno de los comentarios más tristes sobre la relación perro-hombre es la persistente popularidad del adiestramiento del cobro forzado. Forma parte del convenio general del adiestramiento de obediencia tradicional que considera que la motivación más importante es la coerción, la coacción. Puedes

reconocer el adiestramiento en obediencia tradicional por los siguientes signos: 1) el perro lleva algún tipo de collar de castigo, 2) se considera que el premio (verbal) es un reforzador adecuado, suficiente, y 3) se menciona a menudo la palabrería de la teoría de la jerarquía. A pesar de la evolución en la parafernalia y retórica de este estilo de adiestramiento permanece esencialmente sin modificación desde la década de los 50.

Hoy no se sienta: ¿estará muy lejos el día en que quiera asumir el liderazgo de la manada?

«Claro que sabe hacerlo, sólo que es un cabezota» o «claro que sabe, sólo que está intentando ser dominante» son justificaciones de lo más común. Hay una verdadera epidemia de personas que ven que su perro responde adecuadamente un par de veces, suponen que ha tenido lugar el aprendizaje y luego buscan desesperadamente razones para explicar las subsiguientes respuestas erróneas. No es de extrañar que haya gente que se aferre a cosas como la teoría jerárquica. Hay un vacío de conocimiento preocupante. En verdad, una respuesta adecuada, dando por hecho que ha recibido un refuerzo, no deja de ser un grano de arena más en una balanza: este grano aumenta la probabilidad de que en el futuro se vuelva a repetir la misma respuesta en el mismo contexto. Se requiere un historial continuado, una «cantidad suficiente» de reforzamientos para inclinar la balanza en favor de que ocurra ese comportamiento de nuevo. Hay un desconocimiento general de cómo aprenden los animales, y los dueños no son ninguna excepción. Muchos estarían encantados de no tener que perder el tiempo fijando las respuestas por medio de «la cantidad suficiente» de adiestramiento. Otros muchos están al límite de sus posibilidades, a punto de arrojar la toalla emocionalmente en sus complicadas vidas: tener que lidiar con el comportamiento normal de otras especies es la gota que colma el vaso. Este es un terreno abonado para las explicaciones del tipo de las empleadas sobre la dominancia, la tozudez y los métodos de adiestramiento que emplean los estímulos aversivos (castigo). Lo que para un conductista o un adiestrador de mamíferos marinos es simplemente un moldeado de un comportamiento, para un adiestrador de perros de las escuelas tradicionales la tarea es como una bomba ideológica para el cerebro o como una lucha de voluntades.

Hay cuestiones que los adiestradores tradicionales no son capaces de considerar cuando el perro no obedece a una orden: 1) ¿sabe el perro lo que significa la orden?, ¿está la orden generalizada en el contexto en el que se da en ese momento? 2) ¿ha motivado el adiestrador al perro suficientemente, es decir, hay un historial suficiente de respuestas reforzadas para esa orden?, y 3) ¿está la orden a prueba de distracciones y a una motivación alternativa? Si no se han cubierto estos tres puntos entonces no habremos adiestrado suficientemente al perro. Punto y aparte. No es que haya algo que desconozcamos, ni rebeliones, ni resentimientos, ni terquedad por parte de tu perro. Se acabó, se trata simple y llanamente de una respuesta insuficientemente adiestrada. Si vas a clases de tango y te equivocas en un paso o si tus hijos sacan mala nota en un examen de matemáticas, no hay ninguna RAZÓN principal. Tú te equivocaste porque necesitas seguir practicando, y tus hijos tienen que estudiar más. El perro necesita más adiestramiento. Lamentablemente los aficionados y propietarios que practican obediencia suelen argüir razones sorprendentes para explicar el adiestramiento insuficiente o la falta de respuesta.

Decálogo con las principales excusas para explicar la desobediencia en los perros con pobre adiestramiento (baja motivación)

1. El perro muestra su dominancia.
2. El perro está rencoroso fruto de recientes eventos.
3. El perro es terco.
4. El perro está demasiado entusiasmado, excitado.
5. El perro está cansado, aburrido o de mal humor.
6. El perro ha recibido demasiado («está pasado de...») adiestramiento (!).
7. Problemas característicos de la raza.
8. El perro no ha realizado suficiente ejercicio.
9. El perro lleva poco tiempo viviendo en casa.
10. Problemas relacionados con una etapa del desarrollo (demasiado joven o demasiado viejo).

Mi favorito sigue siendo «está pasado de adiestramiento» (demasiado adiestramiento). Los científicos conductistas suelen reforzar miles de veces un comportamiento, para establecer un sólido historial de respuestas reforzadas, antes de establecer que dicho comportamiento está condicionado, de ahí que resulte sorprendente que el propietario de un perro afirme, tras presenciar unas cuantas respuestas correctas, que su perro «ya sabe» algo. En cuanto damos por hecho el aprendizaje («sí que sabe, pero...»: elige lo que más te guste de la lista) parece que necesitamos una explicación a las repuestas incorrectas posteriores, y de ahí este decálogo. Es peligroso fundamentar el aprendizaje en un puñado de respuestas correctas, es más adecuado partir de falta de adiestramiento suficiente, teniendo en cuenta sobre todo la gran variedad de contextos en los que el perro debe responder a las órdenes. Todavía sigo buscando el mítico perro doméstico «pasado de adiestramiento» («demasiado adiestrado»).

El adiestramiento con castigo excesivo es, por supuesto, otra historia. El letargo y la frialdad que caracterizan a algunos perros que participan en las competiciones de obediencia son el resultado de la implantación del comportamiento a través de la evitación. Para ello casi siempre se utiliza algún tipo de collar. Hay métodos de adiestramiento que se basan exclusivamente en el uso de un determinado tipo de collar. Seguro que a los perros les parece incomprensible y miserable que, hasta hace poco, la elección del método de adiestramiento consistiera en elegir entre distintos artilugios de ferretería para poner alrededor de sus cuellos.

Un tirón de orejas (retorcer la oreja)

Otra aplicación del aprendizaje por evitación que se puede utilizar para que el perro obedezca es la costumbre de retorcerle la oreja para enseñarle el cobro. Aplicado correctamente es un ejemplo de reforzamiento negativo: primero el perro aprende a «desconectar», interrumpir el pellizco continuado y más tarde a evitarlo por completo cobrando el apport (rodillo) con la suficiente rapidez. Los adiestradores que se centran sobre todo en las competiciones de obediencia son quienes detallan los principios básicos para pulir esta técnica. Algunos de estos adiestradores tienen grandes habilidades

prácticas (destrezas del adiestramiento) y la mayoría son disciplinados y minuciosos con su trabajo. Lo que de verdad resulta aterrador es el modo en que dan por hecho que es necesaria la aplicación del adiestramiento de evitación para lograr y perfeccionar comportamientos bien perfilados como el junto y el cobro. Llevan tanto tiempo aplicándolo en tantísimos perros, relacionándose sólo con gente que hace lo mismo y se les recompensa tan a menudo por ello como ganadores de pruebas de obediencia que han perdido toda perspectiva. Por si esto no fuera suficiente la técnica obviamente también se hace extensible, y con ello se degrada, a los adiestradores menos cualificados, gente con menos destrezas, menos habilidades prácticas. Retorcer la oreja en manos de alguien con un *timing* pobre, (con falta de habilidad para marcar el instante preciso) y que no termina de comprender el reforzamiento negativo se convierte en abuso a los animales.

Lo único que justificaría la utilización de métodos aversivos en el adiestramiento del perro sería hacerlo por el propio bienestar del perro. ¿Deberíamos utilizar cualquier medio que fuese necesario para inculcar órdenes que puede que un día lleguen a salvar su vida o que puedan mejorar su calidad de vida? Es un punto que se podría argumentar. Utiliza estos estímulos aversivos sólo si sabes con certeza lo que estás haciendo y si tienes la suficiente destreza de modo que se minimice el estrés en el perro. Forzar la llamada después de haber realizado un extenso trabajo previo de pista sería un caso en que estaría justificado, pero ¿para un cobro formal? Un cobro formal sólo es útil en las pruebas de obediencia o en una prueba de campo con el objetivo de obtener una buena puntuación y quizás ganar un trofeo. Esto es bueno para el adiestrador, pero si ha sido obtenido con un adiestramiento de evitación, es horrible para el perro: los perros gimen o chillan cuando les dan un tirón o les retuercen las orejas.

Todavía no salgo de mi asombro al ver que en nuestros días alguien que asiste a un seminario sobre perros ve cómo un «experto» hace gimotear a su perro con el fin de ganar una competición y no llama a la sociedad protectora de animales más cercana. ¿Acaso son tan importantes estos pequeños galardones a modo de trofeos o placas?

No cabe duda de que una respuesta contundente por evitación puede llegar a aumentar la probabilidad de que se ejecute una orden: has aumentado la motivación. Aplicando la tortura la Inquisición española llegó a conseguir que gente inocente admitiese que eran demonios sobrenaturales: aumentaron la motivación. A los que les vuelve locos la obediencia sostienen que si no se ha adiestrado a un perro por evitación, (¡horror!, ¡horror de los horrores!) podría rehusar un cobro cuando se le ordena en el ring. Luego hacen un ruido como si un coche atropellara al perro. Personalmente creo que si se moldea a un perro con destreza, aplicando el refuerzo positivo para que obedezca a la hora de realizar los ejercicios de cobro, obtendremos una fiabilidad absoluta. Aun así será menos fiable que si añadiésemos la evitación. ¿Qué hacer? Pierdes un galardón pero conservas la integridad. Un adiestrador de alta competición comentaba una vez que el uso de la fuerza es un medio justificable para reducir la percepción que el perro tiene de la elección, pero este argumento no tiene sentido ni siquiera en la teoría. El perro siempre tendrá una elección, incluso aunque sea entre dos opciones espantosas, una de ellas amañada por el adiestrador. El adiestramiento no es más que afianzar las contingencias en cada contexto: «si haces esto, este es el resultado; si haces eso, entonces pasará esto

otro». El animal siempre puede optar por lo aversivo. La elección para el adiestrador es muy fácil: realizar un adiestramiento con refuerzo positivo o con técnicas aversivas, o bien con algo de ambas opciones. Conozco adiestradores que nunca han usado técnicas aversivas (punitivas) en el adiestramiento para el cobro con ninguna raza y, hasta la fecha, no han tenido ningún rechazo en el ring, pero por el contrario he visto muchos perros adiestrados con métodos aversivos (punitivos) que se derrumban en las pruebas y no realizan el cobro; así que ni siquiera tiene peso el argumento de la fiabilidad. Nadie logrará convencerme de la utilidad de forzar comportamientos como el cobro. Moralmente es una bancarrota.

El juego de tira y afloja (de fuerza)

Durante décadas los propietarios de perros han sido exhortados para que nunca jugasen con sus perros a los juegos de tirar de la cuerda argumentando que este juego aumentaba el riesgo de agresividad y dominancia en el perro. Incluso muchos especialistas vinculados al mundo del perro como los criadores, adiestradores aficionados y veterinarios desaconsejan este juego. Esto se debe en parte a que no se hace una distinción entre el comportamiento antagonista (resolución de conflictos y agresión protectora) y el comportamiento depredador. Si se siguen determinadas pautas, el juego de la cuerda es una forma excepcional de quemar mucha energía y además es un buen ejercicio tanto para el perro como para el amo. Funciona como un barómetro para medir el grado de control que tienes sobre el perro y lo que es más importante, sobre sus mandíbulas. El juego no convierte al perro en un depredador: ya lo es. El juego es una válvula de escape. Puede resultar peligroso realizar ejercicios enérgicos como tirar de la cuerda o cualquier otra actividad vigorosa si se juega sin reglas o si no se ponen los cinco sentidos en ello. No obstante, no podemos generalizar: ¿por qué privar a los perros y a los dueños de una de las actividades que más energía quema y que es a la vez una de las mejores válvulas de escape? Es buena porque es intensa, aumenta la concentración y la confianza del perro y porque conecta con algo muy arraigado en el perro. El gran beneficio radica en la reducción de la incidencia de los problemas de comportamiento por falta de estimulación. También es extremadamente eficaz para el dueño en términos del espacio y del tiempo que se necesitan, y se puede utilizar como una oportuna opción de refuerzo por obedecer.

Nunca he creído en el argumento de la dominancia. Ni los perros ni los lobos determinan su rango tirando de los extremos de un objeto para ver quién «gana». Como mucho, es un comportamiento de cooperación. Si estás jugando a que el perro tire de la cuerda y él «gana», es decir, tú sueltas la cuerda, intentará convencerte de que vuelvas a jugar en lugar de marcharse con el objeto y acapararlo. Si por el contrario el perro se marcha y guarda el objeto, con frecuencia suele ser porque el dueño ha cometido algún error táctico de base. Si la tendencia del perro es salir corriendo en otra dirección después de hacerse con el control del objeto que se disputaba, lo más inteligente es elaborar una estrategia distinta a la de perseguir al perro para arrebatárselo. Con los perros has de evitar todas aquellas disputas que impliquen velocidad y agilidad, ya que será imposible ganarles, es mucho mejor «ponerlo nervioso». Haz como si no tuvieses ni el más mínimo interés y verás cómo normalmente te traerá el objeto con mucha más rapidez. En las observaciones que he realizado nunca he podido establecer una correlación entre jugar habitualmente a tirar de la cuerda y un incremento en los

incidentes de agresión. Si alguien da a conocer datos fiables y controlados, asumiría de inmediato las medidas oportunas pero hasta la fecha sólo se ha registrado una actitud que, teniendo en cuenta cómo se acelera el perro, debe de ser mala. A la gente no le resulta nada fácil presenciar cómo se comporta verdaderamente un perro.

La intensidad de los juegos de tira y afloja (forcejeo) es equiparable al placer que sienten los perros cuando se enzarzan en pruebas de pelota, flyball, carreras de galgos (en estadio), pastoreo, pruebas de busca y detección, todas las actividades que destapan el instinto depredador del perro. Cuando los perros juegan a tirar de la cuerda no están jugando contra ti sino que están cooperando contigo para matar la presa. No se trata de un enfrentamiento entre tú y el perro, sois tú y el perro contra el objeto del que estáis tirando. Fíjate en las imágenes de los lobos o de los perros salvajes africanos cuando matan a animales de gran tamaño. Algunos miembros de la manada estarán sujetando al animal al mismo tiempo, puede que uno por la cola, otro por el tendón de la corva y otro por el hocico de la presa, todos tiran como locos. En ese momento el orden jerárquico no está en sus mentes. No hay prácticamente ninguna diferencia entre este momento de la caza en los carnívoros sociales y cuando un perro y su amo tiran de una cuerda. No tira del Sr. Dinosaurio de juguete (que hace ruido al apretarlo) movido por la dominancia sino por la comida que vendrá después. La competitividad e incluso el rango pueden provocar que dos animales tiren con fuerza del mismo objeto. No obstante, esto nunca llega a alcanzar las proporciones de los tirones que se dan en el contexto de la cooperación para la caza, raíz del comportamiento.

Me atrevería a decir que esta cooperación para «matar» es una experiencia que fortalece los lazos entre los miembros de la manada, es una experiencia intensa y placentera que el perro asociará estrechamente contigo. Una vez dicho esto, cabe resaltar que es crucial incorporar las siguientes reglas a los juegos de forcejeo.

Las reglas de los juegos de fuerza

1) El perro deja el objeto a la orden

Dispón de una orden como «deja», «dame» o «suelta». Antes de animar al perro a que tire del objeto por primera vez, practica con él unos cuantos intercambios de forma relajada. La secuencia es la siguiente: a) le ordenas que lo deje, b) el perro lo suelta, c) sacas de tu bolsillo un trocito de comida y se lo das, d) le ordenas que vuelva a cobrar el objeto. Practica los intercambios aunque al principio el perro no cobre el objeto con la boca, para ello basta con darle el objeto al perro (déjalo en el suelo justo delante de él) y a continuación retirárselo o bien darle el premio y luego volver a poner el objeto. Repite muchas veces estos intercambios de refuerzos, queremos que la parte de «deja» quede bien grabada antes de seguir adelante. Si el perro cobra el objeto y sale corriendo, practica el intercambio sin llegar a soltar del todo el objeto, de ese modo el perro asocia el recibir un refuerzo con que le retiren algo de la boca y se lo vuelvan a dar.

Los perros más protectivos se benefician enormemente de estos intercambios (casi tanto como los intercambios de un objeto por el objeto que guarda, de lo que hablaré más adelante) y aprenden que es

más divertido jugar de modo interactivo con un objeto que acapararlo para él solo. Antes de comenzar el juego en sí hay que lograr que vaya dejando de proteger objetos a través de una sucesión de intercambios. Si el perro se aferra al objeto y se niega a soltarlo a pesar de nuestros intentos, prueba a que olfatee el premio que se ganaría si lo soltase. Más que un refuerzo (cuando el comportamiento hace que aparezca el refuerzo) esto es un soborno (la presencia del refuerzo hace que aparezca el comportamiento), pero hará que continúe el juego.

Después de repetirlo varias veces esconde el refuerzo para que el perro cumpla su parte del trato con fe ciega. Si el perro sigue mostrándose reacio a soltarlo premia todos y cada uno de los intercambios hasta que: a) lo suelte siempre, a la primera, en cuanto se lo pidamos y sin titubeo y b) aprenda y disfrute del juego de tira y afloja. Con el tiempo volver a cobrar el objeto se convertirá en el refuerzo por dejarlo a la orden, pero dale un margen de confianza extra con la comida en las primeras fases del adiestramiento para que no centre la atención exclusivamente en el objeto. Si el perro sigue sin soltarlo a pesar de acercarle al hocico un trocito de hígado (seco y congelado), intenta lo siguiente: suelta el objeto bruscamente, haciendo un gesto de desidia, ponte a dar vueltas y hazte el despistado. Déjalo solo durante dos minutos y a continuación inténtalo de nuevo. Si ves que no suaviza su actitud y confías en tu destreza para controlar a tu perro (esta cláusula es fundamental), puedes forzarlo a que suelte el objeto: di «deja» una vez y mientras con una mano agarras el objeto, con la otra introduces la piel de sus belfos hacia dentro de su boca (la piel de sus belfos entre tus dedos y sus dientes). Cuando lo suelte di «gracias», dale su premio de comida e inténtalo de nuevo. Si esta vez lo suelta cuando se lo ordenas, dale un refuerzo doble de comida y sigue repitiéndolo utilizando siempre refuerzos. Algunos perros pueden resistirse en una segunda ocasión (es decir, tendrás que forzarlo para que lo deje por segunda vez) pero muy pocos no lo hacen a la tercera.

Es importante subrayar que este tipo de castigos son sólo una solución temporal. Antes o después el perro volverá a negarse a soltar el objeto si no le inculcas que lo haga voluntariamente por medio del adiestramiento con refuerzo positivo. En otras palabras, el efecto temporal que reporta el castigo te bastará para abrir una brecha e iniciar el proceso de reforzar con comida para que deje el objeto, así como que lo vuelva a cobrar. A fin de cuentas el objetivo es que el perro aprenda que soltar el objeto no es el fin del mundo y que hacerlo significará obtener un refuerzo de comida y otra oportunidad para poder cobrarlo. Para enseñárselo tienes que hacer que lo suelte las primeras veces. Una vez que hayas practicado que deje el objeto y empieces los juegos de fuerza da por terminado el juego en cuanto se niegue a soltar el objeto, cualquier fallo en dejarlo a la orden supondrá inmediatamente el fin del juego.

Esta política está grabada en piedra: al violar una regla (sagrada), se acabó la diversión. Cuando el perro aprenda este juego, disfrute con él y le enganche, el hecho de interrumpirlo bruscamente será claramente la forma más eficaz de hacerle ver que no soltarlo es inaceptable.

2) El perro no deberá atrapar o volver a cobrar el objeto «hasta que se le invite a hacerlo»

Con esta regla evitamos que el perro empiece el juego cuando él quiera. La forma más fácil de implantar esta regla es mediante la práctica durante el juego. Usa una orden como «atrapa» esta

cuerda o «mata» y dila al mismo tiempo que le muestras el único objeto que hayas asignado para el juego de tira y afloja. Añadir dos ingredientes al «atrapa» (la orden verbal y la presentación del objeto elegido) es una garantía contra cualquier posible fallo de puntería en el cobro en el día a día: no quieres que alguien agarre inocentemente el objeto del juego de tira y afloja y que el perro se abalance con entusiasmo sobre él, ni que tu perro agarre otro objeto que tengas en la mano sólo porque ha creído oír la orden. La probabilidad de que alguien le muestre el objeto adecuado y de que diga al mismo tiempo «mata» por error es bastante remota. Por lo tanto será mejor que tengas sólo un juguete para los juegos de fuerza y que lo uses exclusivamente con ese fin. También podrás utilizarlo como objeto para el cobro o para jugar al escondite, pero no uses nada más para los juegos de fuerza. Sólo puede haber un único blanco.

Juega tranquilamente cuando el perro acepte la invitación. Si el perro se dispone a lanzarse a atrapar de nuevo el objeto antes de que se lo indiques, regáñale y ponlo en un periodo de aislamiento o realiza una larga pausa en la sesión de obediencia. Luego invítalo (de nuevo) a atrapar el objeto. La violación de esta regla es muy común en los juegos de tirar de la cuerda así que no te la saltes a la torera. Si intenta volver a atraparlo antes de que se lo indiques, es decir, si comete el mismo error dos veces seguidas, da por finalizado el juego. Las consecuencias de romper las reglas tienen que ser muy claras, ya que de no ser así, si las reglas son vagas, no tienen utilidad alguna.

3) Pausas frecuentes en la obediencia

Los juegos de fuerza son uno de los refuerzos reutilizables más útiles en el adiestramiento en obediencia. Alterna estos juegos con los ejercicios de obediencia para realizar un chequeo rápido de control durante el juego y para que el perro obedezca cuando está en «estado de excitación». Empezar un juego de tira y afloja es un refuerzo muy potente que puedes usar para marcar una respuesta especialmente buena que te ofrezca el perro durante la sesión de obediencia. El perro intentará desesperadamente mejorar su obediencia para que vuelvas a jugar. Después de un tiempo, a través de las repetidas asociaciones, las dos actividades se fundirán en la mente del perro y conseguirás que adore el adiestramiento en obediencia.

4) Tolerancia cero en accidentes

Puede ocurrir que el perro te toque de forma accidental en la mano al hacer presa en el objeto o al reajustar el agarre. No permitas que esto le pase desapercibido, grita ¡ay!, aunque no te haya dolido y da por terminado el juego de forma abrupta. Los perros son capaces de controlar sus mandíbulas con precisión si les das una razón para que lo hagan. Lo que ganas con esta regla es recordarle al perro que la piel humana es muy sensible y que no deben tocar con sus mandíbulas a la gente, además lo habrás establecido con el perro en «estado de excitación» que es cuando estos despistes de la mandíbula se suelen convertir en un problema.

Mientras el perro no rompa ninguna de estas reglas, permítele estar tan excitado como quiera. Eso incluye sacudidas de la cabeza, tirones fuertes y gruñidos. Una vez establecidas estas reglas es necesario mantenerlas por medio de una práctica y un control continuados. Si las cosas se tuercen será porque el dueño ha aflojado el ritmo a la hora de inculcar las reglas.

En el otro extremo del espectro de los perros con un entusiasmo desmesurado, que requieren decenas de sesiones para aprender a «dejar» de forma fiable y necesitan una evaluación continuada, encontramos a aquellos perros a los que resulta extremadamente difícil involucrar en el juego. Al igual que los perros que rehúsan el cobro, estos perros suelen ser más inhibidos y aprensivos y por su naturaleza tratan de buscar una alternativa, o bien se les han castigado en el pasado por tocar o cobrar objetos. Son individuos a los que hay que levantarles su confianza, se niegan a atrapar, a cobrar y portar. Afronta cada uno de estos aspectos por separado y premia con entusiasmo cualquier movimiento en la dirección deseada. Los premios, en estos casos, funcionan sobre todo como una señal de seguridad. Le das permiso al perro para que afloje, se relaje y para que se comporte como un perro, sin miedo a que le regañen. Es posible enseñar a tirar a los perros que se muestran reticentes. Al principio, mi perra Meggie era pésima en los juegos de fuerza pero ahora se aferra al objeto como si fuese el último búfalo de la tierra.

Disecionar y mordisquear

Hubo un tiempo en que se consideraba que cuando los perros domésticos mordisqueaban era bien una etapa por la que pasaban los cachorros más pequeños «sacando los dientes» o bien un síntoma de que nuestro perro era un neurótico o que estaba mal del coco. El tiempo pone las cosas en su sitio y ahora sabemos que no es así. Mordisquear es un pasatiempo canino de lo más normal, que por un lado es divertido para el perro y por otro mantiene la mandíbula y la dentadura en buen estado. La relación de los perros con los juguetes de mordisquear es la misma que la que tienen los humanos con las novelas de misterio o con una película que engancha. No es más que un problema de qué objeto elegir: nos gustaría que el perro fuese capaz de discriminar entre los juguetes para mordisquear y el resto de los enseres de la casa, es decir, el resto del universo. Esta discriminación nos parecer muy obvia a los humanos pero no lo es tanto para los perros. Recuerda, los perros no tienen el concepto de cosas «valiosas» en casa, sólo tienen el concepto de servir fácilmente como objetos masticables. Tampoco son capaces de distinguir entre lo bueno y lo malo, sólo lo que es seguro de lo que es peligroso. Del mismo modo no les importa especialmente lo que tú opines de sus actos, a menos que tu opinión tenga alguna consecuencia para ellos.

Teniendo todo esto en mente, es más que evidente la urgencia de establecer lo antes posible la adicción a un juguete para mordisquear. En ningún caso se debería permitir que un perro de cualquier edad o raza tenga acceso a otros objetos que no sean estos juguetes para mordisquear a menos que se supervise muy, muy atentamente y con ello quiero decir sin quitarle el ojo de encima. Esto evitará que el perro termine descubriendo que le gustan los mocasines de piel o el sillón reclinable. La razón es que después de descubrir que estos objetos son sumamente aptos como juguetes para masticar es probable que los futuros castigos por morderlos le enseñen a esperar hasta que te ausentes para volver a hacer uso de ellos. Esto también es aplicable cuando se produce una regresión. Si el perro se ha portado bien durante tres años o tres meses pero un día se decide a comprobar la idoneidad de las mesas antiguas como objetos para mordisquear, restríngale el acceso a ellas hasta conseguir que vuelva a centrar su atención en sus propios juguetes y hayas realizado varias pruebas para descartar que toque las reliquias familiares.

Muchas personas no son capaces de dar estos pasos tan obvios porque están enturbiando las aguas constantemente con sus tediosas cantinelas de «por qué, por qué, por qué...», intentando adentrarse en lo profundo del alma del perro para descubrir las razones tan extraordinarias que le llevan a mordisquear un trozo de madera. Se paralizan a sí mismos y por ello no toman una acción efectiva.

Como suele pasar tan frecuentemente en el adiestramiento de los perros, el porqué, «la razón por la que lo hace» es un tema de conversación muy interesante para la sobremesa, pero, independientemente de esa conversación, la solución es la misma: proceder inmediatamente a: a) aprovisionarse de juguetes apropiados para mordisquear que enganchen al perro, b) evitar que el perro adquiera una adicción malsana a cualquier objeto equivocado aislándolo o recluyéndolo, sobre todo cuando no podemos supervisarlos, y para terminar c) cuando estas medidas se lleven aplicando durante un tiempo empieza a dar libre acceso al perro (es decir, que salga del área de confinamiento) bajo estrecha supervisión, y siempre y cuando cometa un error redirígelo para que muerda un juguete apropiado. Esto se logra mediante operaciones puntuales: tendiéndole repetidas trampas para que se equivoque mientras tú estás haciendo lo que debes (es decir, espiando), y así pillarlo en el preciso instante en que inicia la acción e inmediatamente redirigirlo a sus juguetes para que los mordisquee.

La secuencia de eventos en el adiestramiento sobre el mordisco

Es muy importante seguir los pasos detallados anteriormente. El tercer paso, cuando castigas al perro por tocar la silla o el zapato, podía haber provocado el síndrome «vale, esperaré a que te hayas ido» si se hubiera aplicado aisladamente. El perro tiene que mordisquear algo. Antes de interrumpirlo y redirigirlo debes establecer los objetos apropiados que puede morder. Esto se puede conceptualizar en un estupendo modelo denominado el modelo hidráulico. Imagínate que el grupo de comportamientos del perro es como la gasolina de un tanque. El tanque contiene x litros cada día. Vaciaremos todos los días el contenido en distintos recipientes (quemadores de gasolina), que simbolizan las distintas válvulas de escape del comportamiento del perro. Una de esas salidas podría ser «mordisquear» y otras podrían ser «perseguir y apresar» o «ladrar al cartero». Si taponas (por medio del castigo) una de las vías que llevan a uno de los quemadores se producirá un incremento de reservas de gasolina que, de todas formas, seguirá siendo necesario quemar, consumir. De ese modo es probable que el perro siga ladrando o persiguiendo, pero es más probable que se produzca ese trasvase al depósito de «mordisquear» cuando el tapón (es decir, tú) no esté presente para interrumpir el comportamiento. La única posibilidad de taponar «morder los muebles» de forma permanente es abrir antes otro depósito («morder juguetes»). Los perros necesitan válvulas de escape para poder expresar sus comportamientos naturales, si no puedes o no quieres atender las necesidades básicas de comportamiento de un perro, entonces no adquieras uno. Ha dejado de ser aceptable reprimir el comportamiento natural del perro por medio del castigo y la obesidad malsana.

Otra forma de plantearse el asunto del mordisqueo es tener en cuenta todas las cosas que crees que no está bien que mordisquee el perro. ¿Te acuerdas? Casi todo lo que existe en el universo está prohibido excepto la media docena de objetos que has decidido que sean los objetos para mordisquear. La

probabilidad de que el perro acierte en cada ocasión es ínfima. No es ni factible ni recomendable intentar castigar al perro cada vez que toca uno de los objetos prohibidos. Cuanto más lo castigues más te convertirás en el «malo de la película» y más aumentará la probabilidad de que el perro retrase todo el mordisqueo diario para cuando tú no estés, y así comportarse normalmente y en paz (sin intromisiones). Invierte tus energías en que el perro muerda los juguetes destinados a ese fin tanto cuando tú estés presente como cuando no estás. Para ello: 1) haz que esos juguetes sean muy atractivos e interesantes, 2) no le des otras alternativas y 3) incorpora los juguetes a juegos interactivos.

El arte de mordisquear juguetes rellenos de comida

Cada perro demostrará preferencias individuales sobre los juguetes para mordisquear pero en general a todos les gustarán huesos de cartílago, las orejas de cerdo y otros. El inconveniente de estos objetos es que no resultan atractivos a todos los perros y no duran mucho, por lo que estarás obligado a comprar juguetes continuamente para mantener las provisiones y satisfacer las necesidades del perro. *La crème de la crème*^[1] de los objetos para mordisquear son los huesos de médula, los juguetes Kong y los cubos dosificadores. Los huesos de médula son verdaderos huesos de vaca y se pueden adquirir en distintas variedades, ahumados, esterilizados y rellenos con médula. La gran ventaja que tienen es que son seguros, no se destruyen fácilmente y son huecos. Puedes rellenarlos todos los días con distintos sabores que serán nuevas experiencias para tu perro. Si te esmeras en rellenar el interior cuidadosamente el perro logrará extraer el relleno cerca de los bordes fácilmente pero le costará más sacar las delicias que están en el medio. Cada minuto que pase en esta tarea estará vaciando el depósito diario de «mordisquear» ¡Sí señor! ¡Bieeeeeen! ¡Estupendo!

Hay personas que ponen el mismo relleno todos los días (por ejemplo comida de lata para perros y zanahorias crudas), y el perro se entusiasma de igual modo. Otras, por elección o por cuestiones de necesidad, varían el contenido del relleno. A la mayoría de los perros les encanta alguna variación en su dieta. Vale cualquier alimento que tenga un mínimo de componentes nutritivos, a excepción del chocolate, que es potencialmente letal para los perros. Los sustitutos son los taquitos de queso, queso para untar, queso líquido, comida de lata para perros o gatos, mantequilla de cacahuete, las sobras de nuestra comida y los snack que se comercializan para perros.

Se puede introducir lo anterior o trozos de distinto tamaño de galleta para perros en los juguetes Kong. Al perro le resultará fácil que caigan los trozos más pequeños, algo más complicado extraer los medianos y tendrá que esforzarse para sacar los trozos más grandes. También se puede poner la ración diaria del perro o parte de ella en varios juguetes Kong, poniendo algo más atractivo como un trozo de hígado desecado y congelado en los extremos. El perro se va haciendo camino entre la comida para llegar hasta el postre. Los cubos dosificadores de comida son la última generación de «juguetes rompecabezas»; en ellos se introduce la comida y se distribuye en los distintos compartimentos. El perro tendrá que hacer girar el cubo para conseguir que caigan los trozos de comida. También se pueden enriquecer las cuerdas para mordisquear y los huesos de cartílago sumergiéndolos en caldo de pollo y dejándolos secar.

A los perros les encanta diseccionar, es decir, les gusta más desgarrar objetos que limitarse a roerlos lentamente. Resulta caro mantener el suministro de juguetes para diseccionar, así que si quieres que tu perro lo haga de vez en cuando envuelve en una cuerda vieja (con las que juega) una galleta para perros o un trozo de hígado y haz el mayor número de nudos posibles para que el «tesoro» esté bien mullido en su nido. Dáselo y prepárate a contemplar a un depredador en acción. Me puedo pasar horas y horas observándolos haciendo sus disecciones.

Hay muchas razones que justifican que coloquemos toda la ración de comida del perro o parte de ella en los juguetes Kong, huesos y cuerdas o incluso distribuida por toda la casa, para que el perro tenga que «trabajar» primero al escondite rastreando el objeto y una vez encontrado lo desenvuelva para obtener su contenido. Es muy poco probable que llegues a ponerle un reto inalcanzable. La gran mayoría de los perros tienen muy pocos retos en su vida diaria. Poner comida de forma gratuita en un cuenco va contra el legado genético de los perros. Puede que el mejor momento del día para instarle a que busque, persiga, muerda, atrape y diseccione sea la hora de comer, así que incluso si eliges seguir dándole la comida en el cuenco por qué no darle como entrante unos minutos de juego de depredación.

Se ha criticado, y con razón, a muchos zoos e instituciones de investigación por colocar a los animales que están encerrados en entornos poco estimulantes. Se ha comprobado que la calidad de vida de muchos animales ha mejorado y enriquecido su comportamiento al permitirles la convivencia en grupos sociales y haciendo que tengan que «trabajar» para conseguir la comida, con el objetivo de lograr simular con más fidelidad su entorno natural. Nadie aceptaría en estas instituciones un entorno empobrecido y falta de estimulación como el que reciben muchos perros de compañía.

Organizar deportes para perros

Hace diez o veinte años si querías participar con tu perro en una actividad organizada y estructurada tenías que limitarte prácticamente a las competiciones de obediencia, rastreo y schutzhund. Las competiciones de obediencia son una versión más estilizada y tipificada de comportamientos, con más reglas de ejercicios como el junto, quieto, ven aquí, busca el guante que perdí, etc. Suele haber un par de asociaciones o clubes de obediencia en cualquier ciudad o pueblo donde haya perros. El schutzhund es un simulacro más estilizado del adiestramiento de perros policía y en el que se enseña a obedecer, rastrear y desarmar al sospechoso o vigilarlo. Suelen organizarlo los distintos clubes pero, a diferencia de las actividades de obediencia, en las que puede participar cualquier perro, está restringido de alguna forma a los perros de mayor tamaño. El schutzhund es una excelente forma de quemar energía depredadora ya que las organizaciones más modernas emplean mucha motivación del estilo de los juegos de fuerza y los perros se divierten como locos con los ejercicios de depredación que consisten en rastrear y guardar. En lo que se refiere a la obediencia y al schutzhund, la forma en los distintos clubes de abordar el adiestramiento es una verdadera lotería, recela de la mentalidad tradicional que dice «tienes que traer un collar de castigo». Hoy en día los métodos más novedosos de adiestramiento utilizan casi exclusivamente el refuerzo positivo, por lo que ya ninguna excusa es válida para que el perro aprenda a obedecer por las malas, a mazazos, usando métodos aversivos.

El rastreo se puede hacer independientemente del schutzhund. Consiste en enseñarle al perro a seguir una pista marcada con antelación. No se trata de enseñarle a olfatear (puesto que ya sabe hacerlo), sino motivarlo para que no deje de seguir el rastro de la pista de olor del fugado, para que señale los objetos que ha dejado por el camino y para que discrimine entre la pista y otras personas que atraviesan el rastro del fugado. La capacidad de olfatear de los perros es verdaderamente asombrosa. Los perros rastreadores más experimentados pueden seguir tu pista, paso a paso, seis horas después de haber pasado por ese lugar, haber dado varias vueltas, cruzado la carretera o atravesado distintos tipos de vegetación. Asimismo también son capaces de indicar enseres personales que has abandonado a tu paso y de ignorar otros rastros recientes que se mezclan con el que está siguiendo. Es una actividad que requiere mucha dedicación pero inmensamente gratificante si te gusta observar los dones naturales de los perros. La motivación suele ser positiva en el rastreo: hoy en día la mayor parte de los cursos de rastreo utilizan el adiestramiento con comida en lugar del seguimiento sometido a presión, aunque no me cabe la menor duda de que aún quedan algunos reductos de entusiastas de la fuerza.

El flyball es una carrera de relevos entre equipos de cuatro perros, cada uno de los cuales deberá saltar por turnos cuatro obstáculos, accionar con la pata una palanca que activa un mecanismo denominado la caja del flyball, cobrar la pelota de tenis que sale disparada y luego saltar los cuatro obstáculos para regresar con la pelota hasta donde se encuentra su amo. Ganará la carrera el primer equipo que complete con éxito el ejercicio con los cuatro perros. Esta actividad engancha fácilmente, es enormemente depredadora para el perro y un deporte muy animado para los espectadores. El flyball está supervisado por la North American Flyball Association, que establece las reglas y da el visto bueno a las competiciones oficiales. A diferencia de las competiciones de obediencia y rastreo, limitadas a perros con pedigrí, las pruebas de flyball están abiertas a todo tipo de perros, incluidos los mestizos. Muchos participan en las competiciones de flyball simplemente por diversión o por hacer ejercicio y nunca participan en las competiciones oficiales. En la actualidad algunos clubes de obediencia ofrecen cursos de flyball y está aumentando el número de estos clubes a medida que los propietarios de perros se enteran de la existencia de este deporte.

El agility es una pista de obstáculos que incluye saltos, túneles, barras, balancines y slalom que el perro tendrá que salvar en el orden especificado por su guía. Es divertidísimo para el perro y excelente para desarrollar el timing del adiestrador y fortalecer la compenetración entre ambos. Aunque se está haciendo muy popular, esta actividad aún no está muy extendida porque hace falta mucho material para practicarla. Está avalada por la USDAA (United States Dog Agility Association), que, al igual que en el flyball, otorga títulos tanto a perros con pedigrí como a cruces. Desgraciadamente sigue existiendo el elitismo en los deportes caninos como la obediencia o el rastreo (permitir sólo la participación de perros de pura raza en las competiciones oficiales) lo cual no deja de ser una reliquia del control ejercido por las Sociedades Caninas (Kennel Clubs) que están especialmente interesadas en la promoción de los perros con pedigrí a través del cobro de las cuotas de inscripción y de los ingresos procedentes de las exhibiciones caninas. Esto no quiere decir que no pueda participar todo el mundo sino que no podrán competir en las pruebas autorizadas de obediencia o de rastreo organizadas por el Kennel Club de Estados Unidos o de Canadá.

Las carreras de galgos se desarrollan en grandes explanadas al aire libre y consisten en perseguir a toda velocidad un objeto de presa artificial («liebre») movido por tracción mecánica, que va delante del perro. El circuito está establecido con antelación; cada perro realiza una carrera por separado y a continuación se evalúa su velocidad, agilidad, entusiasmo y estilo. Aunque a nivel oficial estas carreras suelen estar reservadas a los galgos todos los perros pueden participar, por ejemplo, en lugares como concentraciones para perros. Uno se queda boquiabierto al ver cómo un perro, sin ninguna experiencia previa, cambia de repente a la modalidad de carrera. La concentración y la intensidad del perro convencen a cualquiera que no creyera en la capacidad depredadora de su perro. Esta actividad es la preferida de quienes asisten regularmente a seminarios para perros, por encima de cualquier otra.

El comportamiento social del perro y sus implicaciones

Una de las razones por las que mantenemos una relación tan duradera y estrecha con los perros es porque ellos, como nosotros, establecen fuertes lazos sociales. En eso nos parecemos. No obstante, los perros van un poco más allá. Como cazadores grupales y criadores de los jóvenes, están muy motivados para permanecer con su grupo social en todo momento. La separación de otros miembros de la manada normalmente va seguida de comportamientos que ayudan a volver a reunirse: creciente inquietud, actividad exploratoria y vocalizaciones de ansiedad y estrés, y si hay barreras físicas, rascan, escarban, hacen hoyos y mordisquean cerca de las salidas. La manifestación de estas actuaciones genéticas en un contexto doméstico son los «problemas» de comportamiento que se dan cuando el amo está ausente, como ladrar, gimotear, aullar, destrozar la casa y el incremento de la frecuencia de micción y defecación, fruto del aumento de los niveles de estrés.

Por lo tanto no cabe duda de que muchos perros que exageran comportamientos como mordisquear están mostrando que se encuentran aislados socialmente. Los perros son una especie sumamente social, genéticamente no están bien preparados para tolerar el estar solos durante mucho tiempo, qué decir de quedarse solos todos los días y mucho menos durante todo el día un día tras otro, como suele pasar en nuestra sociedad. Esto no significa que el perro no pueda aprender a tolerar periodos de aislamiento, sino que, dado que va contra su predisposición genética, es poco probable que se produzca de modo natural, por lo que hay que tomar medidas para que el perro tolere quedarse solo.

El adiestramiento para lograr que el perro acepte quedarse solo

Aquí tienes una lista para que tu cachorro, tu perro recién adoptado sin problemas graves de ansiedad causados por la separación o tu perro de toda la vida tolere mejor quedarse solo. En primer lugar, si es un perro o un cachorro recién llegado a casa, establece el precedente de inmediato. Se tiende a estar constantemente con el recién llegado, ya que es novedoso, resulta fascinante y queremos que se sienta seguro en su nuevo hogar. No obstante, si siempre estás a su disposición y te deshaces en atenciones hacia él, lo estás preparando para un horrible disgusto en el futuro día a día.

Tendrá que enfrentarse al enorme «peso de la soledad» por lo tanto desde un principio, y en repetidas

ocasiones, deja solo durante periodos cortos de tiempo al cachorrillo o al perro recién adoptado. Después de docenas de repeticiones aprenderá que: 1) los humanos no siempre van a estar a su disposición y 2) cuando la gente se va, siempre vuelve. Déjalo en una zona a prueba de perros o en una jaula cómoda y llena de juguetes para mordisquear rellenos, para que no pueda cometer errores. Asimismo asegúrate de que reciba diariamente su agradable dosis de depredadora. Cobrar, tirar y buscar son siempre las primeras medidas a tomar.

Entra y sal constantemente sin decir hola ni adiós, para que el cachorro o el perro vaya prestando de alguna forma menos atención a todas estas salidas y entradas. Es totalmente normal que los cachorros y los perros realicen vocalizaciones de estrés cuando los dejas solos, incluso durante estos cortos periodos de prueba. No te olvides de que es parte de su carácter y que, por suerte, se puede modificar. Es posible fortalecerlo por medio del refuerzo o bien debilitar y erradicar retirando el refuerzo. Esto se conoce como extinción. El castigo bloqueará temporalmente el comportamiento pero será muy poco probable que lo haga desaparecer. El refuerzo en cuestión es tu vuelta a casa. Si por casualidad el gimoteo coincide con la llegada de un humano a casa ese comportamiento se fortalecerá más, por lo tanto la regla con las vocalizaciones de ansiedad o estrés de los perros es: esperar un momento hasta que se tranquilice antes de acercarse a ellos, cueste lo que cueste. Ten siempre presente cuál es el comportamiento que quieres reforzar, evita pensamientos como «a lo mejor necesita salir» o cualquier otra comunicación vital perro-humano, y considera el potente efecto sobre el comportamiento que tiene tu llegada al lugar en donde se encuentra el perro. Si deseas el gimoteo, házselo saber. Si no, espera todo el tiempo que sea necesario hasta que se calme antes de acercarte a él. No se trata de no satisfacer las necesidades de tu perro, sino que simplemente durante el proceso no vas a enseñarle a gimotear.

Entra y sal de casa sin hacer demasiado ruido. Los recibimientos entusiastas y las despedidas prolongadas en tonos mimosos e incluyendo promesas y limosneo del tipo «por favooooooooo sé bueno mientras no estoy en casa» son inútiles y sólo sirven para aumentar el contraste entre cuando estás en casa (la dicha inmensa) y cuando te vas (el enorme vacío). Usa todas las estrategias que estén a tu alcance para paliar este fenómeno. Incorpora juguetes en las interacciones con tu perro, incluso en las ceremonias de saludo (cobros de celebración o juegos de fuerza en lugar de simples halagos). Esto ayudará a reducir la dependencia. Saca al perro al exterior, al mundo real, de forma que todos los días asimile formas, sonidos y experiencias nuevas que procesar. Esto aumentará su fatiga mental.

Si no tienes más remedio que dejarlo todo el día solo, considera la posibilidad de contratar los servicios de un paseador de perros a la hora de comer para hacer el día más llevadero. Ocho o diez horas es un periodo realmente muy largo, sobre todo si dispones de poco tiempo por las mañanas para prepararte antes de ir a trabajar (un paseo, un juego rápido de cobro, tirar de la cuerda, darle de comer y después ignóralo). Antes se creía que los perros necesitaban sobre todo un espacio amplio, que el lugar ideal era una «granja» con «mucho sitio para correr», ahora sabemos que no es así. *Los perros no necesitan espacios amplios sino largos periodos de tiempo de atención.* Si se le da a elegir a un perro entre estar contigo y estar en un jardín, seguro que casi todos los perros del planeta optarán por pasar más tiempo en compañía de seres vivos.

Evitar los errores mediante lugares a prueba de perros no es un detalle insignificante del adiestramiento para quedarse solo. Es aplicable a otros muchos problemas de comportamiento: si estás corrigiendo un problema relacionado con el mordisqueo de objetos encierra al perro en una habitación, en una jaula o en un parque a prueba de perros, y deja a su alcance únicamente los juguetes para mordisquear, siempre que no estés supervisándolo. Si se trata de que hace sus necesidades en casa, el perro deberá permanecer en la jaula cuando no puedas supervisarlo. Si salta encima de la gente, intenta conseguir un periodo sin visitas a casa mientras duran las sesiones de resolución del problema, del reciclado, o bien encierra al perro en otra habitación cuando esperes invitados hasta que esté adiestrado.

Establecer un comportamiento nuevo o una nueva válvula de escape es como trazar, abrir una senda en la espesa jungla usando un machete: cuantas más veces hagas ese recorrido, trabajando el mismo sendero, limpiándolo a medida que pasas, más fácil será transitar por él. Plantéate el comportamiento no deseado o la respuesta de la que estás intentando desprenderte como un sendero que deseas abandonar a fin de que crezca la vegetación: cualquier viaje que hagas por esa vereda la mantendrá limpia y transitable durante más tiempo. Cada vez que el perro realiza un comportamiento no deseado está manteniendo vivo ese viejo camino, y es una buena idea cortar los problemas de raíz antes de ver cómo se van convirtiendo en senderos transitables. Si de repente un día el perro que has adiestrado se pone a morder los muebles, no permitas que tenga una segunda oportunidad: refréscale el adiestramiento sobre los objetos que puede mordisquear y no esperes a que se desarrolle un completo historial de comportamientos no deseados. No deja de sorprenderme que haya personas que esperan semanas o incluso meses antes de atajar este problema y que argumentan excusas poco convincentes como «bueno, no lo hace todos los días».

Ansiedad por la separación

A veces no basta con encerrar en una jaula o poner en un sitio apartado a aquellos perros que ya tienen un grado de ansiedad considerable cuando se les deja solos. Por un lado pueden establecer un récord en el número de vocalizaciones, ignorar los juguetes para mordisquear, buscar constantemente los lugares de salida o dañar sus patas al intentar escarbar para atravesar la puerta. Es un estado muy lamentable como para padecerlo a diario. Es aconsejable reducir la ansiedad aunque el perro no esté destrozando la casa o molestando a los vecinos con ladridos incesantes. Además, la ansiedad por separación es un término del que se abusa con frecuencia para explicar cualquier momento en que el amo está ausente y el perro mordisquea o ladra, si bien los casos genuinos de este comportamiento son los menos numerosos. La mayoría de los perros que mordisquean o ladran son simplemente perros que actúan como tales, que en ausencia de la bruja (tú) se dicen a sí mismos: «es el momento seguro para comportarse-como-un-perro».

En estos casos es necesario el adiestramiento para aprender a mordisquear los objetos deseados o bien no responder para extinguir el ladrido, como ya hemos indicado. La mayoría también necesita más estímulos en forma de juegos diarios de depredación.

Nunca deberías castigar al perro por mordisquear o hacer ruido mientras estuvo solo, tanto si lo ha hecho hace unos minutos o hace varias horas. Si el castigo en el instante apropiado es una técnica poco fiable, el castigo tardío es un abuso, y en un perro que ya está de por sí ansioso termina de aniquilar lo que le queda de cerebro. En estos casos el nivel general de ansiedad del perro se dispara con el castigo que anticipa con la llegada del amo. Ahora el perro tiene dos razones para preocuparse: está solo (una programación genética que no puede controlar) y su amo lo agredirá cuando vuelva a casa (agresividad idiopática humana que el perro no puede controlar). No es de extrañar que haya tantos perros mentalmente trastornados. Si tu perro se pone extremadamente ansioso cuando lo dejas solo, el tratamiento adecuado es la desensibilización sistemática.

Desensibilización sistemática

La desensibilización sistemática es la misma técnica que se aplica a las personas que tienen pánico a las arañas o a volar. Primero se enseña al sujeto a relajarse y después se le presenta el estímulo aterrador que le desata el miedo, al nivel que tolere, hasta el punto que no genere ansiedad durante el ejercicio de relajación. Después se va incrementando gradualmente la intensidad del estímulo hasta el nivel que el individuo sea capaz de tolerar, siempre progresando conforme vaya respondiendo bien. En las primeras sesiones puede que una persona que tenga fobia a las arañas sólo tolere fotografías de arañas a 10 metros, pero si se va estableciendo gradualmente una jerarquía de dificultad se puede lograr que termine tolerando tener la consabida tarántula en el brazo. Esto se puede hacer extensible a los perros que tienen fobia o ansiedad por la separación. Normalmente no se puede llegar tan lejos como con las fobias humanas, porque es extremadamente complicado evitar que experimenten abiertamente altos niveles de estimulación entre sesión y sesión de desensibilización. En otras palabras, la necesidad vital de dejar solo al perro echa por tierra el programa de adiestramiento. Si el amo puede planificarlo de modo que el perro no se quede solo durante el tiempo que dura el periodo de tratamiento, será posible llegar hasta el final del proceso.

Otra solución al problema del periodo de tiempo entre sesiones es el uso de una señal de seguridad, por ejemplo la radio. De este modo la radio se convierte en la señal que le indica al perro que tan sólo tenemos la intención de ausentarnos por periodos cortos que no provocarán ansiedad. Es importante entender que no es la radio en sí lo que relaja al perro, sino el hecho de que haya una asociación fiable con los niveles tolerables de soledad. Este efecto puede desaparecer rápidamente si dejamos la radio encendida más tiempo del que puede tolerar el perro. Las radios se utilizan con frecuencia en vano y sin el objetivo de desensibilizar. Esto se debe a que cuando los amos la encienden para crear ambiente cuando hay varias personas o para «hacerle compañía al perro», el aparato pierde inmediatamente todo su poder porque viene a predecir la ansiedad producida por largas ausencias. He aquí un ejemplo clásico de confusión del establecimiento de las asociaciones adecuadas de una herramienta con su uso. Los propietarios inexpertos son bien conocidos por intentar utilizar las herramientas sin dedicar primero el tiempo necesario para el establecimiento de las asociaciones necesarias. Así que ten la radio encendida cuando estés haciendo ejercicios, y cuando vayas a irte de verdad, lo cual provocará ansiedad en el perro, apágala.

En las sesiones de adiestramiento empieza premiando una posición de quieto: sentado o echado. A partir de ahí continua incrementando gradualmente la distancia que te separa del perro, y refuérzalo efusivamente después de cada tramo que consigas incrementar la distancia sin provocar un aumento en sus niveles de ansiedad o sin que se levante (leer el capítulo 6 para más detalles sobre cómo enseñarle órdenes como «quieto»). A continuación pasa al refuerzo intermitente después de hacer varias repeticiones a la misma distancia, antes de incrementarla de nuevo. No lo castigues si se levanta, más bien márcalo con una señal de «ausencia de refuerzo» como «¡oh!, ¡mala suerte!». Si nuestro perro es ansioso no debemos nunca adiestrarlo para que esté quieto usando métodos aversivos (es decir, castigándolo por moverse de la posición); si lo hacemos estamos poniendo al perro ante la opción de perder o perder: o experimenta ansiedad o lo castigan. Haz sesiones cortas de adiestramiento, de 5 o 10 minutos como máximo. Si el perro no se queda quieto vuelve al nivel anterior en el que el perro sí permanecía en su sitio, para realizar la última o las dos últimas repeticiones antes de dar por finalizada la sesión de adiestramiento. Acaba siempre con una nota positiva.

En poco tiempo el amo podrá salir de la habitación durante un rato sin que el perro se levante. Cuando llegue este momento haz la prueba de salir de casa mientras el perro se queda sentado. Cierra la puerta detrás de ti y espera un par de segundos, entra y sal, y cada vez que lo hagas incrementa gradualmente el tiempo que permaneces fuera. La palabra clave es gradualmente. Es bien sabido que los saltos bruscos de nivel de dificultad suelen echar por la borda los programas de desensibilización.

Ajustes en el adiestramiento para lograr que el perro acepte quedarse solo

Hay otras opciones que colaboran con la causa. Prueba a ausentarte parcialmente encerrando al perro en distintas habitaciones de la casa durante periodos variados de tiempo cuando estás en casa, de forma que no pueda seguirte de cerca como una sombra. Intercala frecuentes ejercicios vigorosos, estimulaciones depredadoras y paseos para que el perro asimile formas, sonidos y experiencias nuevas todos los días. Puedes incluso reducir la tendencia general del perro a utilizar el ladrido como estrategia. Pon al perro detrás de una barrera como las que se utilizan para impedir que los niños pequeños salgan de la habitación o bien ponlo detrás de una valla, de forma que te pueda ver pero no pueda alcanzarte. Muéstrate muy entusiasmado y ofrécele algo muy atractivo, como un refuerzo de comida o un juguete nuevo, y anímalo a que se acerque mientras lo mantienes fuera de su alcance. Si ladra realiza una señal de ausencia de refuerzo o regáñale.

Repite este procedimiento hasta que deje temporalmente de utilizar el ladrido como estrategia. Percibirás el cambio de estrategia cuando lo veas por primera vez haciendo cualquier otra cosa, como echarse, enfurruñarse o estar enrabietado. Si lo sigue haciendo durante unos segundos marca ese comportamiento con una señal de refuerzo, acércate y dale un trozo de comida o su juguete favorito. Vuelve a ponerte de nuevo fuera de su alcance y repite la misma secuencia. (Esta es, por cierto, la técnica de elección para enseñarle a ladrar a la orden). En lugar de utilizar una marca de ausencia de refuerzo cuando el perro ladra, utiliza una marca de refuerzo: haz click y refuerza.

Cuando responda con regularidad, pon la respuesta bajo control por el estímulo y deshazte de la frustración puntual. Cuando el perro caiga en la cuenta y rehúse ladrar será el momento de cambiar el escenario. Los perros no generalizan con facilidad así que los cambios de entorno son determinantes para consolidar cualquier ejercicio. Ponle la correa y repite el ejercicio. Prueba en otra habitación, escóndete en el armario o detrás de una puerta y haz lo mismo, es decir, dale una marca de ausencia de refuerzo en cuanto dé un ladrido y refuerza cualquier otra estrategia. Cuando el perro se percate del juego practícalo poniéndote al otro lado de la puerta de entrada y dejándolo a él dentro de casa, hazlo después de que hayas realizado varias sesiones utilizando las puertas de las habitaciones dentro de casa. No te olvides, sin embargo, de que esto sólo influye en el comportamiento de ladrar y no necesariamente en la ansiedad subyacente, por lo tanto hazlo solamente al mismo tiempo que lo desensibilizas para que se quede solo en casa. Seguirte como una sombra por toda la casa es algo normal y no es necesariamente un indicador de niveles inaguantables de ansiedad. Muchos creen que su perro o que los perros ansiosos son los únicos que los siguen por toda la casa, incluido el baño, pero a juzgar por la muestra informal que yo he obtenido, lo hacen la mayoría de los perros.

Una moda que está adquiriendo adeptos es la de tener varios perros en casa. Ojo: tener dos perros significa el doble de comida, el doble de gastos veterinarios y de accesorios. Asimismo también duplica la cantidad de pelo en casa y en la ropa, el tiempo y el dinero invertido en cepillarlos, el tiempo que has de dedicarles en general y en el adiestramiento, sin mencionar que se duplique la probabilidad de que el perro regurgite hierba y bilis en las alfombras y el número de ojos que te persiguen cuando vas al baño. Cuando se tienen dos perros los lazos que establecen entre ellos son más fuertes que los que establecen con las personas, en especial si los dos perros son hermanos de camada. Para minimizar estos riesgos tendrás que dedicar un tiempo cualitativo con cada uno de ellos.

Sin embargo en términos de calidad de vida para los perros, el hecho de que tengan la oportunidad de interactuar con individuos de su propia especie es algo mucho mejor. Nunca están solos, tienen un blanco para muchos de sus comportamientos caninos y disponen de un colega de juegos. Tienen la oportunidad de desarrollar significativamente los patrones de comunicación y de interacción caninas. Su vida diaria es más compleja: incluso los inevitables conflictos y frustraciones que resultan de ser «uno de dos» en lugar de «el único perro» contribuyen en la guerra interminable contra la falta de estimulación suficiente.

Con esto no quiero decir que hacerse con un segundo perro sea la solución rápida para resolver los problemas de comportamiento de nuestro perro. La vida nunca es tan sencilla. Es más, puede que no influya en absoluto. Simplemente incrementa las probabilidades más a tu favor y mejora la calidad de vida de tu perro. Habla con personas que tengan dos perros. La mayoría te dirá que sus perros están todo el tiempo juntos y que se pasan «todo el día» jugando entre ellos animadamente. Con frecuencia me pregunto adónde va a parar toda esta energía en los perros que no tienen compañero de juegos.

3. Socialización, resolución de conflictos, miedo y agresividad

El comportamiento agresivo de los perros domésticos es un tema que hace tiempo que necesitaba salir del armario. Hay muchos prejuicios sobre los perros que muerden, como si fueran defectuosos y cualitativamente diferentes de los perros que nunca han mordido a nadie. No lo son. No hay dos clases de perros: los buenos que nunca morderían y los menos buenos que sí muerden. *Morder es un comportamiento natural y normal de los perros*, de ahí que sea tan frecuente. Los perros muerden o exteriorizan sus amenazas (lo cual es simplemente un indicativo de su intención de morder) para solucionar sus altercados de mayor o menor importancia y para defenderse de cualquier amenaza que perciban y de la que no pueden o quieren escapar. En la cultura de los perros no existen las cartas al editor, los cotilleos difamatorios, las puñaladas por la espalda, los sentimientos de culpabilidad, instituciones democráticas o abogados de oficio. Sí hay gruñidos, sonidos amenazantes, enseñar los dientes, mordiscos y dentelladas. El comportamiento agresivo no rompe las relaciones en la sociedad canina. Se toma tal cual viene. El problema es que con frecuencia la agresividad suele alterar bastante la relación perro-hombre. De modo rutinario ejecutamos a los perros que muerden. Eso es un claro ejemplo del choque de culturas.

La domesticación de los perros ha facilitado su socialización pero no ha dado ninguna garantía contra el comportamiento antisocial. La mordedura de un perro puede ser muy dolorosa y las embestidas más graves pueden ser mortales. Esto, unido a la normalidad del comportamiento, es lo que nos empuja a subrayar la importancia crucial de tratar las mordeduras abiertamente y de modo activo. Cuando se trata el asunto del potencial de los perros para morder los dueños tienden a esconder la cabeza en la arena como los avestruces, nunca se han esforzado especialmente en adiestrar a su perro para que no sea agresivo. La mayoría secunda la afirmación «mi perro sólo muerde si se le provoca mucho». Lo que resulta irritante es que casi todos los propietarios de perros que muerden de gravedad y «sin provocación aparente» estaban convencidos de que sus perros eran inofensivos hasta ese día o hasta un minuto antes de que mordiera por primera vez. Todos los perros son mordedores potenciales. Los perros no son conscientes de que han sido integrados dentro de una cultura en la que morder es considerado una traición de la confianza depositada y un delito sancionado con la pena de muerte. Por increíble que parezca apenas se toman medidas enérgicas y de forma deliberada para reducir la probabilidad de que los perros muerdan, se deja en manos del «buen carácter» o de la crianza de un «buen temperamento». Se tiende a creer que si la genética es la correcta, la profilaxis contra las mordeduras graves es innecesaria. Esto es una gran falacia. La genética normal de los perros debería dar como resultado un animal con los mecanismos internos para «morder o huir», morder o salir corriendo tanto para resolver conflictos como para aumentar la distancia entre él y cualquier objeto que le asusta. Los perros, como la mayoría de los animales, están continuamente alerta y controlando las distancias sociales. Sólo hay dos formas de resolver esto: alejándose (plan A) o haciendo que se aleje el otro (plan B). Lograr que el otro se aleje es el objetivo de la agresividad.

Elegir uno de estos planes (amenazar o salir corriendo) está en función de su predisposición genética y de su experiencia previa (historial de aprendizaje). Los perros tienden a repetir lo que ha dado buen resultado en el pasado. Asimismo, si no funciona el plan A, no dudarán en pasarse al plan B. Los

perros arrinconados optan por mostrar comportamientos amenazantes. Los perros asustadizos que gruñen y los que se abalanzan se darán la vuelta y saldrán corriendo si te sigues aproximando a ellos. Cuando «el área crítica» se reduce se produce una situación de emergencia y salta la alarma en la cabeza del perro. La predisposición genética simplemente hace más probable uno u otro plan, e influye en la probabilidad de que lo primero que haga el perro sea asustarse, siempre que todo lo demás, incluido lo bien socializado que está, se mantenga con normalidad. Así, por ejemplo, muchas de las razas de guarda presentan unos mecanismos internos que hacen más difícil la socialización y tienen como plan A mostrar comportamientos amenazantes. Es lógico si lo piensas un poco. ¿Para qué sirve un perro de guarda cuyo plan A es mostrar comportamientos amenazantes y que luego no asusta a nadie o bien que asusta con facilidad pero que sale huyendo cuando lo asustan? Los humanos deben abordar de forma adecuada aquellas acciones y contextos aparentemente inofensivos que desencadenan una reacción de miedo en los perros domésticos.

Es necesario que cambiemos radicalmente nuestra percepción de los perros domésticos si queremos aceptar como comportamiento normal que el perro muerda. El beneficio potencial es que, desde hoy, podríamos reducir la frecuencia y gravedad de los mordiscos del perro si plantamos cara al problema: los perros son animales, y los animales muerden. Para minimizar los riesgos tan sólo hace falta una iniciación a gran escala de una rutina de intervención preventiva. Damos por hecho que algunos objetos son seguros: libros, almohadas, sombreros o flores. No disponemos de programas de seguridad para ello. También hay cosas que percibimos como potencialmente peligrosas y que sólo son seguras si las conocemos y tomamos precauciones en su manejo o uso: cuchillos de cocina, tomas de corriente, piscinas, motosierras, cerillas, lejía, etc. Ponemos a los perros en la categoría de las cosas seguras cuando en realidad pertenecen a la categoría de las peligrosas. Se suele decir que los perros son peligrosos sólo si se les fuerza a ello, de la misma forma que una almohada es peligrosa si te empeñas en usarla para asfixiar a alguien. Al igual que cualquier otro animal los perros son peligrosos a menos que intervengas de modo activo para cambiar la situación. Las mordeduras de perro son la principal causa de desfiguraciones faciales en los niños.

La epidemia oculta

Cuando un perro muerde se le estigmatiza y a menudo se le mata. Aún así, esto no suele afectar a la reputación de los perros porque se suele culpar en concreto a ese perro mordedor y se le tilda de anómalo. Sin embargo, desde la perspectiva del perro, es más probable calificar de comportamiento anómalo el hecho de que se permita reducir la distancia crítica entre él y cualquier otro ser al que no está habituado o con el que no está socializado. Visto esto, ¿a qué se debe que estas agresiones no sean un acontecimiento más cotidiano? Para empezar sí que lo son. Las estadísticas del número de mordeduras de los perros en los países occidentales son reveladoras, y eso que sólo se incluyen las mordeduras que se han denunciado. Hay un sinfín sin denunciar. Muchas veces no se da la conjunción concreta de elementos específicos que provocan que el perro muerda, pero esto es cuestión de suerte. No hay ninguna diferencia cualitativa, ni necesariamente siquiera una diferencia cuantitativa, entre su temperamento y el del perro del vecino que ha mordido en repetidas ocasiones.

Al igual que para los perros resulta intrínsecamente evidente que la mayor parte de los objetos son juguetes para mordisquear, les resulta igualmente obvio que uno tiene que amenazar o morder a cualquiera que es sospechoso y se acerca demasiado o que trata de arrebatárle recursos importantes que están en su posesión. Parece que el principal escollo mental de los humanos es aceptar que el perro decida qué es lo que le asusta o le amenaza. No es la situación más idónea para realizar planteamientos antropomórficos. A menos que nosotros, los humanos, empecemos a prestar más atención al funcionamiento de todo esto, nos veremos relegados a usar la repetida cantinela de «no lo entiendo. De repente, sin previo aviso, sin que nadie lo provocara, etc., etc., etc.». Así pues, una característica fundamental del choque de culturas entre los perros y los humanos es la distinta percepción de lo que constituye una amenaza. La frase más utilizada después de que un perro muerda a alguien es que mordió «sin que lo provocaran» o «de repente, sin ninguna razón». Esto se debe a que la primera causa que provoca que un perro doméstico muerda es una variación de un comportamiento que nosotros los humanos consideramos que no es provocador o que incluso es amistoso: acercarnos o tocar con nuestra mano. Nos confundimos cuando creemos que todos los perros entienden las intenciones amistosas que hay detrás de esos gestos, además los perros que aceptan que los acaricien o los toquen han contribuido a que nos lo creamos. Claro que hay perros que disfrutan cuando los acarician y de hecho lo piden. No obstante, muchos otros apenas lo soportan o lo rechazan abiertamente. Además, si un perro no está socializado por ejemplo con los hombres, la sola presencia de un hombre constituye una provocación en sí. Lo que hay que entender es que si el perro muerde, raras veces es un indicio de alguna anomalía fruto de abusos o traumas, sino que son fallos u omisiones, una laguna en su educación: no se hizo lo suficiente para preparar al perro para convivir en el entorno humano. Para desensibilizar a los perros con los humanos se deben establecer programas intencionados de aproximación y manejo y de ese modo asegurarnos contra reacciones de miedo. Los perros que muerden a la gente o que tienen miedo de ella suelen comportarse como perros normales. Para entender por qué los perros muerden por causas inapreciables para la mayoría de los amos primero hay que entender en qué consiste la socialización.

Socialización: ¿de qué se trata al fin y al cabo?

Socialización es un término que significa habituación o amoldamiento a los elementos del entorno mediante la exposición a los mismos. En un contexto natural es típico de la adaptación aumentar la distancia con cualquier objeto inusual y a continuación proceder a aproximarse con extrema cautela. Esto se debe a que lo que desconocemos suele ser sinónimo potencial de malas noticias (sin duda no son imprescindibles para vivir porque has llegado hasta aquí prescindiendo de ellas). Los animales suelen tener muy fijada su área crítica y, si nos paramos a pensarlo, nosotros también. Toleramos que alguien esté pegado a nosotros si el ascensor está lleno de gente pero nos asustaríamos al instante si esa misma persona estuviera a la misma distancia cuando estamos solos en el ascensor. Alguien puede acercarse y ponerse justo detrás de ti en la cola del supermercado pero si hace lo mismo cuando estás lavando el coche delante de tu casa la cosa cambia. Nosotros también, al igual que los animales, podemos ser muy raros en lo que concierne a que otros nos toquen.

En los animales la curiosidad es lo antagónico al miedo y normalmente está menos pronunciada. Si bien potencialmente es cuestión de adaptación explorar lo desconocido pues puede reportar beneficios (sobre todo en el caso de los depredadores), una curiosidad excesiva podría terminar en la exposición al peligro y por ende en desventajas en la reproducción. Es imposible transmitir estos genes (de curiosidad) si estás muerto herido. Imagínate, por ejemplo, qué pensarías si acorralases a un animal salvaje en una selva y éste no saliese huyendo o no mostrase su agresividad. ¿Pensarías que es un animal «bueno», o bien que está, digamos, «enfermo»? Para los animales la evitación de lo novedoso es el comportamiento por defecto. Todas estas verdades sobre los animales son claras como el agua y que te quede bien claro: los perros son animales.

No sería adaptativo que los animales se asustaran constantemente de las piedras, los árboles o los cantos de los pájaros, y para ello disponen de un mecanismo inherente que garantiza que el animal se habitúa a las características normales del entorno. Este es el periodo de socialización, un periodo de tiempo determinado en el que los animales jóvenes tienen menos miedo, son menos temerosos de lo novedoso y tienden a acercarse más fácilmente a ese nuevo objeto para examinarlo. Los animales adultos también pueden habituarse a las nuevas realidades (objetos novedosos), aunque les llevará más tiempo. No obstante, la ventana a la socialización no puede estar abierta eternamente, si así fuera te estarían avasallando constantemente en la selva. Todas las especies animales han adquirido, por medio de la selección natural, un espacio de tiempo para asimilar y aceptar lo que les rodea. Después de este período incrementarán con su comportamiento la distancia con cualquier realidad a la que no hayan sido habituados usando los mecanismos de huida o de agresión. También hay una cláusula de «úsalo o olvídalos»: los animales tendrán cada vez más miedo de aquello con lo que se han topado durante el periodo crítico pero que apenas han vuelto a ver desde entonces.

Fíjate que la presión siempre va dirigida a aumentar el miedo y la evitación, nunca en la otra dirección. Hay que ejercer una presión constante para que el comportamiento de los animales sea tolerante. Debemos inculcarla en el periodo de socialización y mantenerla desde ese momento. En cuanto se percibe alguna debilidad en este sistema, el animal tiende a luchar o huir. Por definición, lo que da buen resultado a una especie en el entorno en el que se desarrolla es el periodo de socialización, tanto si dura un día o varios meses. En el caso de los perros domésticos la ventana de la socialización se cierra entre los 3 y los 5 meses de edad, dependiendo de la raza y de cada individuo en concreto, y normalmente la habituación fácil se va agotando en torno a los 4 meses y medio. Esto significa que si un cachorro no recibe suficiente exposición a los varones con barba antes de que el reloj de la socialización se pare, aumenta el riesgo de que ese perro cuando sea adulto se asuste y sea agresivo con los hombres con barba. Esto es particularmente relevante ya que los perros son especialistas en la discriminación, y una socialización apropiada a las mujeres o a los niños de seis años no garantiza una generalización a los hombres o a los niños de dos años. Por lo tanto es importante que antes de que se cierre la ventana de la socialización se toquen todos los palos sobre todo con aquellas razas o individuos más sensibles y rebeldes o que reaccionan con facilidad. Esto implica exponer al cachorro al mayor abanico de gente posible en términos de grupos de edades, sexo, constitución, color y forma de andar. Las experiencias deben ser positivas (juegos, premios, nada que

los asuste) e incluir muchas caricias, contacto físico y actividad humana. Esto también significa habituar al cachorro a cualquier cosa que se pueda encontrar en el futuro, por ejemplo paseos en coche, chequeos veterinarios, gatos, tráfico, partidos de fútbol, ascensores o palos puntiagudos.

Desarrollar la socialización

La socialización intensa reporta un doble beneficio. Uno es evidente: cuanto más socialices al cachorro, menos cosas te perderás. La segunda ventaja tiene una consecuencia más general: cuantas más veces tenga que enfrentarse el cachorro a una situación novedosa que al principio rechaza o le asusta y que después termina superando y habituándose a ella (como sucede con tanta facilidad en los cachorros), más se desarrollará la característica subyacente de estabilidad o «capacidad de recuperación». Aumentará la confianza del cachorro en sí mismo. Cuantas más experiencias a las que puede recurrir haya acumulado el perro mientras es un cachorro, más se fortalecerá su carácter. El moderado estrés que supone la exposición a situaciones novedosas en el periodo inicial de la vida actúa a modo de vacuna. Así, siempre que la socialización del cachorro haya sido intensa y haya desarrollado una buena capacidad de recuperación, el animal adulto será capaz de controlar aquellos elementos individuales que no se trataron en el periodo de socialización. Muchos afirman que el enfoque pasivo («sacar al perro a dar un paseo por varios centros comerciales y exposiciones caninas») es poco apropiado. Trata de llevar a cabo un programa sistemático, constante y de ataque. De esta forma no sólo lograrás reducir el riesgo de que tu perro se asuste y muerda sino que de adulto mostrará niveles diarios de estrés más reducidos.

Es menos probable que los cachorros que han pasado por experiencias activas y positivas en repetidas ocasiones se asusten en una situación desafiante cuando sean adultos a que lo hagan los perros que sólo han tenido experiencias neutras. Así que, por qué no aumentar la probabilidad de obtener un perro adulto con un temperamento relajado, estable y sólido incrementando activamente el número de experiencias enormemente positivas. Es como meter dinero en el banco. (Ten en cuenta que si la experiencia del cachorro es negativa la primera vez que se expone a algo nuevo, puede llegar a adquirir una verdadera fobia). ¿Por qué contentarse sólo con tener un perro que está más o menos habituado a bebés que gritan o chavales en patines cuando puedes llegar a conseguir que a tu perro le agraden de modo positivo?

El mejor modo de hacerlo, con las máximas garantías, es dándoles de comer de la mano en lugar de dejar que el perro simplemente juegue con los niños, haz que los niños le den de comer con la mano trozos sabrosos de comida, cada trocito es como una moneda más en la cuenta corriente de los niños pequeños. Otro método muy adecuado para aquellos perros de tendencias más depredadoras, adictos a los juguetes y a las pelotas, es pedirle a la gente del grupo con el que quieres familiarizar al perro (niños, hombres, etc.) que participe en los juegos favoritos del cachorro.

Puntos principales de la socialización

CATEGORÍA	NEUTRA	POSITIVA
Mujeres	Las ve en los pasillos	Come de sus manos
Hombres	Visitan el hogar	Come de sus manos
Adolescentes	Los ve en la calle	Come de sus manos
Niños	Lo acarician en el parque	Come de sus manos
Niños pequeños	Visitan el hogar	Come de sus manos
Bebés	Los ve en la calle	Refuerzo al olfatearlos
Sombreros	Los llevan los transeúntes	Éstos le dan de comer
Andares peculiares	Borrachos en el parque	Los payasos le dan de comer
Personas de distintas razas	Las ve ocasionalmente	Come de sus manos
Multitudes	En actos públicos	Le dan golosinas
Uniformes	Encuentros con carteros	Come de sus manos
Bicicletas	En la calle	Recibe comida cuando pasan
Tráfico	Pasa cerca	Camino de un lugar divertido
Gatos/ganado	Los ve y olfatea	Su amo le da comida
Otros perros	Los ve y saluda	Juego sin correa

Esta no es una lista exhaustiva. *Nunca podrás sobrepasarte en la socialización.* Los beneficios son enormes. Siempre he creído que los propietarios que desean dejar la socialización del perro a merced de los encuentros esporádicos del día a día (es decir, del azar), deberían visitar a las familias de los perros mordedores o de los perros con fobias de primera clase a los elementos más inocuos del entorno, de hacerlo escucharían muchos «ojalá...» y que muchos de estos perros aparentaban ser inofensivos cuando eran cachorros. Reaccionaron bien a todo lo que habían sido expuestos, pero no bastó, ni en volumen ni en intensidad ni en variedad. Las experiencias fueron neutras y muy pocas veces positivas, estuvieron en contacto con personas pero no interaccionaron, vieron a muchas mujeres pero a pocos hombres, estuvieron con mucha gente pero nunca fueron manejados por estos desconocidos. Hubo omisiones. En caso de que sea factible, parchear la socialización de un perro adulto es una tarea lenta y ardua. Es infinitamente más fácil trabajar con cachorros gracias a esa ventana abierta durante el periodo de socialización.

Si tienes un cachorro, trágate el sapo y socialízalo inmediatamente

El esfuerzo que inviertes te rendirá mil veces más, sobre todo con perros que tienen un potencial genético de mayor riesgo. Es vergonzoso no esforzarse al máximo con un perro como Kuvasz, que ya sabemos que tiene una fuerte predisposición genética a mostrarse receloso. Las excusas y las cortinas de humo del tipo «es reservado con los desconocidos» o «le cuesta tomar confianza con la gente» o «es muy bueno con los de casa...» o «es protector» significan una única cosa: pobre socialización. Y no hay más. Ya no hay excusas para que un perro alcance la edad adulta con deficiencias emocionales y con riesgo de ser ejecutado por morder a alguien, sólo porque los blandos de sus amos no lo hayan

socializado. Hace tiempo que se sabe todo esto. Hasta ahora los dueños de los perros habían asegurado que la genética era la única responsable del temperamento y que las mordeduras eran un comportamiento totalmente anormal. Sigue siendo habitual que los perros muerdan, a pesar de toda la información sobre cómo prevenirlo. Es escandaloso. Tal vez sea consecuencia de un principio del aprendizaje: la consecuencia negativa de la mala socialización aparece demasiado tarde para modificar el comportamiento del amo. Una socialización intensa es la inversión más sencilla e inteligente que podemos hacer en un perro.

Historial de un caso de socialización

La familia Campbell estaba compuesta por la madre, el padre y tres hijos de 17, 15 y 11 años respectivamente. Recientemente, por causa de una enfermedad, tuvieron que dormir a su Pastor Alemán de 10 años. Como su otro Pastor Alemán, de 7 años, siempre había vivido con otro perro, los Campbell compraron otro cachorro de Pastor Alemán unos meses después de que se muriera el más viejo. El cachorro, llamado Bruce, era muy despierto y muy dócil por naturaleza, hizo muy buenas migas con el otro perro y se integró fácilmente en la familia. Costó menos educar a este cachorro que a los anteriores porque la situación económica de la familia era más desahogada que en el pasado, tenían una casa en las afueras con un jardín vallado para que los perros pudieran jugar y los hijos habían crecido y podían asumir más responsabilidades en la alimentación, adiestramiento y limpieza del cachorro. Fue una sorpresa y conmoción horrible cuando a los 8 meses Bruce mordió a una niña de 6 años que estaba de visita y que quiso hacerle una caricia.

Esto pasa tan a menudo que me dan ganas de gritar. Los amos eran experimentados propietarios de Pastores Alemanes. Los dos primeros nunca habían mordido ni amenazado a nadie. Uno era un poco reservado con los desconocidos, pero se limitaba a retroceder cuando alguien se le acercaba y nunca en toda su vida se había visto tan acorralado como para tener que pasar al plan B: morder. La familia Campbell le compró el nuevo cachorro al mismo criador y no son capaces de encontrar una explicación a que Bruce mordiera a alguien, ya que lo habían educado del mismo modo que a los demás. No obstante no se dan cuenta de que aunque no se esforzaron en socializar a los dos primeros perros, todo salió bien por varias razones. Los criaron en un hogar con niños pequeños que cubrieron parcialmente ese aspecto y en aquella época la familia vivía en un piso, por lo que los perros tenían paseos regulares en los cuales se exponían a situaciones y sonidos en el ajetreo de la ciudad. Además, el Pastor Alemán que evitaba a los extraños era simplemente una bomba de relojería que nunca llegó a explotar.

Bombas de relojería

Bruce pasó por la misma socialización pasiva pero con algunas diferencias: los niños eran mayores cuando él era un cachorro por lo que los escasos niños que se encontró le parecieron extraterrestres, el jardín se convirtió en una zona de ejercicio y en un lugar donde era más conveniente y cómodo que hiciera sus necesidades en lugar de sacarlo a pasear con la correa, así que no dio paseos regulares. No hay paseos = no hay encuentros con gente. Otra diferencia es que cuando se asustaba se mostraba

amenazante en lugar de huir como el anterior Pastor Alemán que habían tenido, si bien los motivos eran los mismos en ambos casos: aumentar el área crítica (la distancia entre él y la niña que lo intentaba tocar).

Es importante entender que no es que la familia Campbell hubiese hecho un maravilloso trabajo con los dos primeros perros y luego fracasaran con el tercero. Realmente nunca socializaron de modo activo a ninguno de sus perros, pero no les fue mal con los dos primeros. El Pastor Alemán tímido seguramente habría recurrido a la amenaza (plan B) si no hubiera sido posible huir al encontrarse a los desconocidos. Nunca se dio ese caso. Estos amos nunca pensaron que lo que estaban haciendo no bastaba hasta que, inevitablemente, un día se activara el temporizador e hiciera estallar la bomba que tenían. Hay mucha gente que cría perros que son bombas de relojería y que, por alguna combinación de socialización pasiva, falta de retos suficientes y forma de reaccionar de ese perro en concreto (partiendo de que huir es el plan A), no llegan a explotar y morder a lo largo de su vida. Al final, generaciones y generaciones de amos siguen arriesgándose inconscientemente. Aunque una socialización intensa no es una garantía absoluta para que el perro no muerda, aumenta enormemente la probabilidad de que no lo haga.

De esta forma se puede hacer que en la socialización se pase de experiencias neutras a positivas, y de ser pasivas a ser activas. Es infinitamente mejor esforzarse en encontrar, de modo activo, ese tipo de gente y situaciones que esperar que cualquier tipo de experiencias e interacciones de la vida diaria del perro cubran suficientes aspectos. Esto tiene especial relevancia con los cachorros de mayor riesgo: los cachorros de determinadas razas (sobre todo las razas de pastoreo), cualquier cachorro que ya haya dado muestras de ser reservado, tímido, rebelde o sensible, cachorros de camadas que no hayan sido criadas en un entorno familiar (plagado de humanos), es decir, camadas que hayan nacido en perreras, graneros, etc., cachorros de amos que vivan en zonas rurales o barrios residenciales tranquilos, cachorros cuyos dueños tengan jardines, cachorros de razas pequeñas cuyos amos sean excesivamente protectivos, cachorros que hayan crecido en un hogar donde había más perros (incluidos perros de exposiciones) y cachorros de razas grandes o con apariencia intimidante que es posible que las personas que no los conocen traten de evitar.

Clases para cachorros

Una excelente innovación ha sido la introducción de clases de alto estándar de calidad para cachorros de corta edad «en la guardería». Aunque ya había habido propuestas con anterioridad, aquellas eran casi un calco de las clases de obediencia tradicionales con tirones de la correa y luego premiar al perro, y con frecuencia causaban más daño que beneficio, especialmente a los cachorros. Esta puede ser la razón que se esconde detrás de la recomendación encarecida de veterinarios y otra gente del mundo del perro de no empezar el adiestramiento hasta que el perro tenga al menos seis meses. Los cachorros no podrían «soportar» el adiestramiento. Los pioneros del adiestramiento de cachorros, como el Dr. Ian Dunbar, dieron un giro radical a la situación gracias a unos métodos agradables, enormemente eficaces y positivos para los cachorros, que enseñan a los perros a que obedezcan y al mismo tiempo mejoran su temperamento y nivel de socialización. La capacidad de aprendizaje de los

cachorros es prácticamente ilimitada siempre que se utilice el método adecuado. No llevar al perro a las clases hasta que es adolescente es una oportunidad perdida lamentablemente. El futuro está en las clases para los cachorros. Otro beneficio de estas clases es que los cachorros que se están desarrollando tienen de repente muchos compañeros de su misma edad con los que pueden interactuar. La dificultad de la socialización perro-perro desaparece en cuanto asistimos a una de las clases. Damos por hecho que las clases en cuestión son verdaderas clases para cachorros, restringidas a los que están vacunados y de menos de 18 semanas de edad, y no un curso de obediencia de nivel iniciación camuflado como «clase para cachorros». El adiestramiento en una buena clase para cachorros debería utilizar el refuerzo positivo como motivador en lugar de utilizar algún tipo de «collar de adiestramiento». También debería haber frecuentes sesiones de juego para que los cachorros se diviertan. Además del desarrollo del repertorio social perro-perro, los juegos sirven de foro para la adquisición de la inhibición del mordisco.

La inhibición del mordisco

Los perros son animales capaces de matar, desgarrar carcasas de animales y cascar huesos con sus mandíbulas. Al mismo tiempo son muy sociables. Si tienen que vivir con otros animales dotados de este armamento de serie, necesitan algún modo de prevenir causarse lesiones graves unos a otros durante los altercados. Aquí es donde entran en juego los rituales. La inhibición del mordisco es un ingrediente clave en la ritualización de la agresión. Los perros no nacen con una boca blanda, pero si las condiciones son las adecuadas se les prepara para adquirir fácilmente la capacidad de morder con suavidad. Es decir: mucho *feedback* (información) sobre la fuerza del mordisco. Para asegurarnos de que los cachorros reciben suficiente información sobre la fuerza del mordisco, la naturaleza los ha dotado con verdaderas máquinas de morder con dientes afilados como agujas. Los cachorros normales pueden y deben jugar a morder continuamente en las interacciones sociales. El juego es un comportamiento enormemente interesante, engloba los ensayos, los lazos de unión, oportunidades para obtener información y pura diversión. A los amos les preocupa que los cachorros dejen la carnada demasiado pronto y que se les emplace en un entorno social relativamente aséptico, vacío. Esto realmente se agrava si se le prohíbe al cachorro que muerda mientras juega con sus amos. Evitar demasiado pronto que el cachorro muerda significa que no recibirá las continuas dosis de información sobre la fortaleza de sus mandíbulas y crecerá con una boca dura. De esta forma se echa por tierra una línea de defensa crucial contra las mordeduras de los perros.

Así, los amos inteligentes de los cachorros permiten que sus animales muerdan un poco para que reciban información sobre su propia fuerza. Los mordiscos del cachorro son tan importantes que, de hecho, habría que alentar a los cachorros que no juegan a morder a que lo hagan para que desarrollen una boca blanda. Comienza trabajando sobre los mordiscos de mayor intensidad, permítele que mordisquee tus manos y valora el nivel de presión que realiza. Aunque tiene los dientes afilados sus mandíbulas aún no se han desarrollado del todo por lo que no te dolerá. En cuanto muerda un poco más fuerte, grita «¡ay!» como si te hubiera dolido más de lo que en realidad te ha dolido, mira al cachorro como si fuera un aniquilador y sal de la habitación un par de minutos. El tiempo que permaneces fuera de la habitación es una clara negativa a jugar, y la asociación al «¡ay!» funciona

como estímulo condicionado. Muchos cachorros tienen una comprensión innata del grito, lo cual facilita los buenos resultados. Transcurridos un par de minutos vuelve a entrar y reanuda el juego. Puede que tenga más cuidado durante unos momentos y puede que no. Quizá tengas que repetir esta táctica una y otra vez hasta que aflore el comportamiento deseado. El cachorro aprende que si muerde muy fuerte tendrá que jugar solito.

Resulta muy beneficioso desde el punto de vista de la generalización que intervenga más de una persona, que no sean niños, para poner estas reglas en práctica. Los niños pequeños y los cachorros son una combinación explosiva, los niños hacen todo lo que no se le debe hacer a un perro: gritan, agitan los brazos sin parar, no se están quietos, se caen y reaccionan de forma divertida (desde el punto de vista del cachorro) cuando el animal les muerde, además imitan habilidosamente el comportamiento de animales heridos y eso hace despertar el repertorio de comportamientos predatorios en el perro. No son buenos candidatos para que los excitables cachorros aprendan a ablandar la boca. En realidad los niños pequeños deberían estar con cachorros y perros bien socializados sólo cuando hay adultos presentes supervisándolos directamente. Hay que controlar cuidadosamente todas sus interacciones. Cuando el cachorro empiece a ponerse como una moto, hay que alejar a los niños para que los adultos realicen los ejercicios para ablandar la boca o para encauzar la energía del cachorro. Los niños no deben bajo ninguna circunstancia acercarse a perros desconocidos. El mito de «los niños y los perros» como excelentes compañeros de juego es exagerado y muy peligroso.

Cuando el cachorro haya demostrado repetidas veces, de modo sistemático, un autocontrol más definido, podremos pasar a plantearnos el mismo ejercicio con mordiscos de menor intensidad. La razón de la división en etapas es que el cachorro sería incapaz de obedecer si desde el principio se fijaran unos criterios demasiado elevados, tiene que ser capaz de controlar la tarea que le has impuesto. Los cachorros pequeños que muerden como locos pueden aprender, y de hecho aprenden, a abstenerse de dar mordiscos fuertes, pero simplemente son incapaces de reprimir todos los mordiscos o incluso la mayoría de ellos demasiado temprano (a menos que hundas al cachorro con castigos muy duros). Le estás enseñando autocontrol en dosis muy manejables. Cuando te tenga atrapado y esté ejerciendo poca presión con la boca podrás enseñarle la orden de «no toques» (usando señales de ausencia de refuerzo) y redirigirlo a objetos para mordisquear apropiados (sus juguetes). Ahora sabe que no debe morder nunca a los humanos y además habrás obtenido el beneficio vital de que adquiera la inhibición del mordisco.

También hay que examinar y mantener la inhibición del mordisco en los perros adultos. La mejor forma de hacerlo es dándole de comer en la mano; al fin y al cabo si utilizas la comida como reforzador en el adiestramiento vas a darle comida de tu mano en numerosas ocasiones. En lugar de estirar la mano para que el perro coma directamente la comida de la palma, sujeta el bocado entre los dedos. Si sientes el tacto de los incisivos en tus dedos grita «¡ay!» y retira el premio. Deja que se lleve la comida sólo cuando el perro tenga tan sumo cuidado con las mandíbulas que no sientas la presión en los dedos, los perros necesitan que le recuerden esto continuamente para que no se les oxide. Otra excelente forma de introducir la mano en la boca del perro es al cepillarle los dientes asiduamente. De

todos modos es una excelente idea y ahora existen en el mercado pastas de dientes para perros muy buenas y con un sabor agradable. Este tipo de mantenimiento sistemático de la dentadura te da la oportunidad de recordarle al perro que ha de tener cuidado con la boca, al mismo tiempo hará que tu perro tenga un aliento fresco y le dejará una dentadura libre de sarro. Los juegos de fuerza y de cobro son otra alternativa para poner a punto la inhibición del mordisco. Sin excepción, grita de dolor y da por terminado el juego si el perro comete un error en el agarre y te pellizca o te muerde a ti en lugar de al juguete.

Los cachorros tímidos

Lo que más nos gusta es ver a un cachorro extrovertido: que se acerque a cualquier persona moviendo la cola, con decisión y confianza y que se ponga a mordisquear sin parar. Estos cachorros se esfuerzan en reducir las distancias y son diametralmente opuestos a los cachorros que huyen o muerden y que intentan aumentar su área crítica. Fíjate que en la división de la escala de temperamento el miedo y la agresividad no están en los extremos del espectro ni el comportamiento normal en el medio. Más bien tenemos en un extremo el comportamiento relajado, confiado y muy sociable y en el otro la moneda de dos caras del miedo y la agresividad. Se considera que el miedo y la agresividad son la otra cara de la moneda de la falta de confianza porque simplemente son estrategias que intentan lograr el mismo objetivo: mantener a suficiente distancia el estímulo que provoca el miedo. Los perros no dudan en cambiar de estrategia cuando la habitual no da resultado. Por lo que, lo contrario de un perro temeroso es un perro relajado, confiado, y lo opuesto a un perro agresivo es, seguramente te lo imaginas, un perro relajado, confiado. De ahí que la falta de confianza en sí mismo de un cachorro sea un asunto preocupante. Si no percibimos un comportamiento sociable en nuestro cachorro empezaremos la carrera contrarreloj para comprobar la cantidad de socialización que podemos inculcarle antes de que termine el periodo de socialización.

Del mismo modo que los cachorros que no se muestran temerosos en presencia de desconocidos se benefician de la socialización, aquellos que ya dan muestras de inseguridad ante desconocidos necesitan una intervención urgente. El objetivo de todos nuestros esfuerzos será que el cachorro se sienta muy cómodo y seguro con cualquier cosa que le asuste o le haga gruñir. Nuestro objetivo es obtener un cachorro que opte voluntariamente por acercarse y tocar (el objeto en cuestión). Si se hace con calma, la socialización de los cachorros asustadizos, inseguros o recelosos es más sencilla de lo que nos imaginamos. Cuando estemos tratando con un cachorro tímido o anti-social es importante que el propio cachorro marque el ritmo. El guía deberá hacer absolutamente todo lo que esté en su mano (medicación o relajación Zen incluidas) para abstenerse totalmente de forzar al cachorro para que se socialice, una inclinación muy habitual. Es de vital importancia que cuando trabajemos con cachorros tímidos (o adultos poco socializados o que muerdan, llegado el caso) sea el cachorro el que decida cuándo acercarse o no y a qué velocidad hacerlo. Si el cachorro opta por mantener la distancia (distancia crítica) durante unos minutos o durante media hora, debemos respetar su decisión. Meter prisa al cachorro o forzarlo a estar en contacto con gente o algo que le asusta («venga, no seas tonto, siéntate en el regazo del tío Rober») sólo sirve para aumentar el miedo que ya tiene. El cachorro creía que esa determinada persona era peligrosa y ahora le has demostrado que estaba en lo cierto al asociar

la respuesta intensa de miedo (desatada por el contacto coercitivo) con la persona o cosa que tratas de presentar como inofensiva. Mal hecho. Es mucho mejor no mover de su sitio a la persona u objeto que lo asusta y permitirle al cachorro que se acerque según su voluntad. Imagínate atado a un silla y que alguien se vaya acercando a ti con un soplete. Si te dijeran «venga, venga, no pasa nada, no pasa nada...», ¿acaso te tranquilizaría? Lo único que te tranquilizaría sería que te dejaran libre y que pudieras acercarte al soplete cuando quisieras. Si alguien pusiese unas cuantas monedas cerca del soplete posiblemente te acercarías sigilosamente y con mucho cuidado para hacerte con ellas y te sentirías más cómodo en presencia del estímulo que tanto te asusta. ¡Quizá hasta termines de soldador!

Se aplicaría lo mismo para la desensibilización de los cachorros tímidos. Hay que respetar «la elección del cachorro». Cada vez que de motu propio asuma el riesgo y opte por acercarse a algo que le asusta, y sobreviva a ello o, mejor aún, tenga una experiencia positiva, la confianza en sí mismo saldrá muy fortalecida. Ayudará enormemente proporcionarle trocitos exquisitos de comida en el proceso. Por ejemplo, la persona desconocida permanecerá inmóvil mientras lee una revista y tendrá rodajitas de salchicha a mano. Refuerza al cachorro con una rodaja de salchicha cada vez que muestre la suficiente confianza para acercarse, de este modo comienza a aumentar la probabilidad de que se siga acercando en el futuro. La cosa marcha. Poco a poco, y siempre que se respete la elección del cachorro, podremos ir elevando el listón e introducir gente que se mueve, gente que se le acerca, gente que lo acaricia y distintos grupos de personas. Este enfoque recibe el nombre de «adiestramiento pasivo» porque, una vez que has situado a la persona u objeto que provoca el miedo y los cebos de exquisita comida, tu presencia o intervención ya no son necesarias. Dedicáte a tus asuntos mientras el cachorro se adiestra por sí solo. El adiestramiento pasivo es muy útil en la socialización de los animales tímidos ya que requiere invertir mucho tiempo. Es un proceso lento, no te rindas ni cambies a algo contraproducente, como presionar al cachorro, cuando trabajas con cachorros tímidos.

Los tests de evaluación del temperamento del cachorro

Un tópico muy recurrente en el entorno del mundo del perro son los tests de evaluación para cachorros. Hay muchos tests formales que intentan evaluar objetivamente rasgos temperamentales definidos como la dominancia, el instinto depredador, el miedo y la sociabilidad. Lamentablemente se ha puesto en duda la fiabilidad y la capacidad predictiva de los tests de evaluación del temperamento para los cachorros.

No obstante, este planteamiento hace aguas por todas partes porque se ha demostrado que la supuesta inmutabilidad del temperamento es falsa o, cuando menos, dudosa. El temperamento de los perros, incluyendo los rasgos aparentemente más básicos como el nivel de dominancia y sobre todo el grado de sociabilidad del cachorro, son maleables hasta que se cierra la ventana de la socialización. Aún no hay datos fiables que relacionen los resultados de tests de temperamento para los cachorros con comportamientos adultos mesurables. Asimismo los resultados de los tests de temperamento de cualquier cachorro varían enormemente de un día para otro y de un evaluador a otro. Un ejemplo de esto son los tests de contacto latente (en los que se valora cuánto tarda un cachorro en acercarse a una

persona desde que entra en la habitación): los perros que son lentos o que no se acercan pueden pasar a acercarse con entusiasmo si se refuerzan un par de intentos. Visto esto ¿es realmente sólido el rasgo que supuestamente se mide con el test?

La mayoría de estos tests fracasan en su intento de valorar el rasgo subyacente que se supone que es su objetivo. A continuación haremos un test individual a una camada de seis cachorros para ver cómo reaccionan a un estímulo desconocido como puede ser abrir de repente un paraguas. Imaginemos que los cachorros números uno y dos no se asustan lo más mínimo, menean la cola y examinan el paraguas. Los cachorros tres y cuatro muestran cierto recelo inicial y luego se acercan a examinarlo. Los cachorros cinco y seis se asustan y no se acercan a inspeccionar el paraguas durante el tiempo que dura el test. ¿Qué hemos sacado en limpio sobre el temperamento de estos cachorros? Según una interpretación estándar de los tests, podríamos afirmar que los cachorros uno y dos son muy estables, los cachorros tres y cuatro son ligeramente asustadizos y los cachorros cinco y seis son muy asustadizos. La verdad es que no hemos aprendido nada nuevo de los cachorros uno y dos; los cachorros tres y cuatro han mostrado su reacción temporalmente pero han tenido un corto periodo de recuperación, y los cachorros cinco y seis han mostrado su reacción y cierta falta de recuperación (requieren un largo periodo de recuperación). Realmente los cachorros uno y dos todavía no han sido valorados: recuerda que el objetivo del test es determinar la reacción del perro ante algo que le asusta, atemoriza, no la actitud del perro ante un objeto que sirve para que no nos mojemos. Antes de poder decir si el número uno y el número dos reaccionarán bien ante un estímulo que les atemorice, tendrás que exponerlos a uno. Lo único que revela el test es que los cachorros uno y dos no tienen miedo a los paraguas. Aún desconocemos cómo reaccionarán cuando se encuentren con algo que les dé miedo, quizá reaccionen como lo hicieron el tres y el cuatro, o puede que lo hagan como el cinco y seis, o puede que peor. Aún no se ha llegado a ninguna conclusión. La pelota sigue en el tejado.

Lo que es si cabe más interesante es que las primeras experiencias pueden modificar tanto el grado de reacción como el tiempo de recuperación de todos estos cachorros. Lleva a los cachorros cinco y seis y socialízalos al máximo, terminarán siendo más sólidos que el tres y cuatro, en caso de que éstos caigan en hogares menos competentes. Los propietarios de los perros uno y dos corren el riesgo de que sus cachorros sean percibidos sólidos como rocas porque tienden a no reaccionar. Los cachorros que no reaccionan o aquellos que reaccionan de modo muy selectivo no disfrutan de tantas oportunidades de desarrollar una recuperación y no se presta tanta atención a su socialización porque aparentemente no la necesitan. Craso error. Recuerda el doble beneficio de la socialización: no reduce simplemente el número de objetos del universo ante los cuales el cachorro puede mostrarse receloso, sino que proporciona la experiencia de sentir miedo inicialmente y luego superarlo. Un corto periodo de recuperación es uno de los valores más valiosos que se puede inculcar al perro. Los temperamentos desdibujados o inestables son los más implacables o los que adquieren fobias más fácilmente. La probabilidad de que un perro adquiera estas características se reduce en gran medida si se desarrolla un corto periodo de recuperación en las primeras etapas del cachorro, independientemente de que el perro en cuestión muestre una alta reactividad (se asuste fácilmente) o sea no reactivo (no se asuste con tanta frecuencia).

La socialización perro-perro

La socialización perro-perro es, si lo analizas, un problema irrisorio. Cuánto habrían durado los perros como especie si de modo rutinario se hubiesen mutilado unos a otros. Los perros están muy preparados para prevenir esta situación siempre y cuando les demos la oportunidad adecuada para que se desarrolle el repertorio social intraespecífico. Este es un «siempre y cuando» con mayúsculas, ya que muchos propietarios terminan estropeándolo todo. Los perros están obsesionados por naturaleza con estar con otros perros para enzarzarse en el importante ritual de olisquearse mutuamente los traseros. Tienen un interés especial en saber quién es el otro perro (conocido o desconocido, sexo, fase reproductiva, etc.), realizar comportamientos de apaciguamiento si son necesarios, pelearse a empujones por el rango si fuese necesario o recuperar el contacto con un animal que ya conocían. Nada de esto se puede realizar a distancia. A muchos propietarios les preocupa o les irrita (otro «problema» de comportamiento que requiere tratamiento) la urgencia con la que sus perros tiran de la correa para abalanzarse sobre otros perros o el modo en que «dan guerra» (es decir, que estén motivados y animados). Estos dueños castigan el comportamiento o les prohíben el contacto con otros perros. De esta forma al perro se le van acumulando trabajos, se taponan las salidas de socialización y se produce un cúmulo de «líquido» que termina favoreciendo un comportamiento social sin pulir cuando está delante de otro perro. El perro con sequía social e inexperto se acerca con demasiado ímpetu, cumpliéndose de esta forma la profecía de su amo, por lo que se evitará el contacto con otros perros en el futuro perpetuándose así el ciclo. Moraleja: las habilidades sociales se potencian con repetidas exposiciones y se deterioran con el aislamiento.

La situación se complica cuando el comportamiento del otro perro es similar, de forma que tenemos a dos animales borrachos de vida y socialmente ingenuos. Al mismo tiempo los amos agravan las tensiones perro-perro al tirar con fuerza de la correa y estrangular a los perros para mantener alejados a los ya de por sí frustrados animales. En general los perros se comportan de modo mucho más agresivo cuando están de la correa que cuando están sueltos. Esto se debe en parte a que la correa transmite la tensión a modo de cable telegráfico en ambos sentidos entre el amo y el perro. Más importante si cabe es el hecho de que, desde mi punto de vista, los perros son más conscientes de las pocas posibilidades que tienen de controlar la distancia social (su área crítica) cuando tienen puesta la correa. De hecho se sienten frustrados o acorralados por esa barrera. La frustración que produce esa barrera también contribuye a incrementar la incidencia de la agresividad registrada en perros que están encadenados o que pelean desde detrás de una valla. Los que pasan mucho tiempo encadenados ven cosas a las que les gustaría aproximarse e investigar pero sistemáticamente se ven imposibilitados de hacerlo una vez que sienten el tirón de la correa. Si el perro ha recibido un adiestramiento de obediencia tradicional, asociará inmediatamente las correas con un incremento de la probabilidad de recibir un castigo positivo en forma de corrección con la correa.

Muchas personas del mundo del perro también han sugerido que atar al perro con una cadena y colocar vallas les proporciona una mayor definición de un territorio y que consecuentemente se produce un gran aumento en la agresividad en dichos perros. Personalmente no comulgo con este planteamiento pero no lo descartaría como una posibilidad. Los perros que son tímidos o agresivos con las personas o

con otros perros suelen necesitar soluciones para su socialización, no unas borrosas líneas territoriales. Un perro bien socializado ladrará al ver a un perro y a continuación hará los movimientos normales: olfateará entusiasmado al recién llegado, le dará la bienvenida y probablemente mostrará un comportamiento de apaciguamiento. Un perro que no ha recibido suficiente socialización ladrará al ver a otro perro, reculará mientras gruñe y saldrá disparado a otro lugar de la casa para esconderse o vacilar entre acercarse o evitar al otro perro, todo esto sin dejar de ladrar.

Sabemos que los perros que gruñen a través de la valla reaccionan mejor cuando se les pone en contacto, sin correa, sin que existan barreras físicas, siempre que ambos no tengan una boca extremadamente dura. Los amos, teniendo en cuenta las fanfarronadas entre los perros a través de la valla, esperan normalmente un baño de sangre, pero estos perros suelen «desinflarse» tras pequeños empujones o escaramuzas, a menos que carezcan totalmente de socialización o que su inhibición del mordisco sea nula. Muchos se convierten en compañeros de juegos. Huelga decir que lo ideal es que en primer lugar el perro tenga el menor número de frustraciones posible detrás de la barrera. Esto se logra fácilmente no encadenando a los perros y no abandonándolos horas y horas en el jardín. Asimismo deberías permitir que los perros tengan interacciones y juegos regulares con los perros que están al otro lado de la valla.

Cuando se evita con la correa que el perro se acerque a su propio paso, se produce una frustración similar a la causada por la barrera. O lo que es peor, en caso de que el perro decidiera aumentar la distancia (distancia crítica) rápidamente tampoco podría hacerlo porque la correa se lo impediría. Se corta de raíz la opción de huida por lo que el perro pasa al plan B: mostrar agresividad. Esto saca a relucir lo peor del perro e inicia un círculo vicioso. La acumulación de estas experiencias, aunque sean de poca envergadura, hace que el perro crea que cuando tiene la correa puesta no puede moverse en ninguna dirección a voluntad, por lo que de buenas a primeras estará más tenso. El amo contribuye con su nerviosismo y con sus posibles castigos. El estímulo discriminativo para estas estupideces es ver a otro perro en la calle. Todo este estrés y tantos castigos porque un perro ha visto a otro miembro de su misma especie. Patético.

Que a un perro le falte socialización no es sinónimo de que se comporte temerosamente cuando está con otros perros. Puede que esté interesado en ellos pero que socialmente esté sin pulir del todo. Socialmente hay dos formas muy cándidas de que los cachorros o los perros adolescentes metan la pata: siendo muy exagerados o descuidados con sus saludos y comportamientos de apaciguamiento o siendo muy exagerados o descuidados con sus comportamientos para establecer el rango jerárquico. Se acercan con demasiado ímpetu simplemente por falta de experiencia. Es más fácil corregir estas meteduras de pata sociales en los perros adultos bien socializados (es decir, perros que hayan tenido contacto con una gran variedad de perros) por medio de repetidos ejercicios. Aunque no tolerarán un comportamiento demasiado duro, tampoco le causarán daño al disuadir al cachorro o al perro adolescente entusiasta y con falta de socialización. Lo más triste es que los perros ingenuos no se suelen acercar a otros perros porque sus amos, que tienen pánico de su comportamiento y de las escaramuzas en las que se enzarzarán, se lo impiden.

De esta forma nunca se asimilan las valiosas lecciones sociales y el perro nunca mejora. He aquí el círculo vicioso que mencionábamos anteriormente. La solución es armarse de valor y dejar que este adolescente tontorrón se lleve su merecido de manos de los adultos que están bien socializados. Nunca se logrará pulir el apaciguamiento general o el rango a menos que se practique. Es fascinante ver cómo interaccionan los perros más experimentados: con indiferencia, sutileza, frialdad, tranquilidad, prácticamente telegrafando sus saludos, realizando maniobras jerárquicas y de apaciguamiento. La técnica más eficaz con los fanfarrones y los peleones crónicos es moldear la ausencia de enfrentamientos. Esto significa reforzar al perro por hacer virtualmente cualquier otra cosa que no sea pelearse con otros perros. Es una técnica muy potente ya que, quizá por primera vez en su vida, al perro se le refuerza positivamente en presencia de otros perros en lugar de recibir un castigo. Los perros que se pelean no suelen hacerlo en cada una de las ocasiones en que están con otros perros, así que siempre habrá alguna respuesta que se puede reforzar, incluso al principio de todo. Al reforzarlo a menudo, la presencia de otros perros deja de funcionar como un estímulo discriminativo para el castigo, en caso de que el amo también opte por reprenderle por pelearse. De esta forma las peleas quedan aisladas y asociadas directamente con el castigo. De hecho el castigo en las peleas de perros simplemente sirve para suprimirlas temporalmente y apoyar las respuestas merecedoras de refuerzo. Esto sirve para poner en marcha un comportamiento alternativo en el perro en presencia de otros perros. Recuerda que el castigo por sí solo es una técnica inútil y peligrosa. En el mejor de los casos te proporciona algo de tiempo para enseñarle un comportamiento alternativo. Observa cualquier incremento en la protección de objetos perro-perro cuando le enseñas algo que llama su atención, como por ejemplo un refuerzo de comida. Si eres lo bastante hábil puedes solucionar los problemas de la competición por la comida enseñándole al perro que:

1. la presencia en las proximidades de otro perro aumenta sus probabilidades de obtener un refuerzo
2. cualquier agresividad hacia el otro perro alejará la comida («¡mal hecho!»)
3. un trozo de comida para el otro perro significa que luego vendrá un trozo de comida para él.

Si esto hace que se vayan agravando las peleas, puede que te veas forzado a cambiar a un motivador menos conflictivo como los premios verbales o las caricias. El objetivo es que estos perros hagan sus primeros amigos perrunos. Las mejores opciones para empezar la rehabilitación de los peleones son los perros con una excelente socialización, los habilidosos y los adultos esterilizados o castrados que son amistosos y que tienen un corto periodo de recuperación. Todos ellos serán capaces de resistir el comportamiento tonto del peleón y probablemente de ir atrayéndolo lentamente para que se convierta en su compañero de juegos, siempre que se le dé la oportunidad adecuada. Reúne a los perros, sin correa, en un lugar cerrado, sin obstáculos, con un entorno aburrido, y obsérvalos desde fuera del recinto. Puedes premiarlos verbalmente, reforzar las interacciones neutras y positivas o bien estar pasivo, en función de lo que te resulte mejor.

Todo esto presumiendo que el perro no es un peleón peligroso, es decir, que aunque se pelea muchas veces, emite unos ruidos espeluznantes y parece que quiere matar, no inflige dentelladas graves que requieran atención veterinaria. Si el perro manda una y otra vez a otros perros al veterinario para que

les suturen las heridas, entonces tiene una pobre inhibición del mordisco y el pronóstico deja de ser tan halagüeño. Una innovación interesante es la llegada de las «lecciones de gruñidos», ideadas para favorecer la rehabilitación de los perros que son agresivos con otros perros. Al principio los perros tienen el bozal puesto, con el fin de evitar las mordeduras peligrosas (para que todos estén en la misma situación, también deberán llevar bozal los perros que tengan la boca blanda) y se les organizan ejercicios de obediencia divertidos, sencillos y con vistas a obtener un refuerzo. Estas sesiones de obediencia de baja presión se alternan con periodos de libre interacción con los que el perro, ya sin la correa, mejora sus destrezas sociales y en ocasiones incluso aprende a jugar. Con tiempo y dedicación, muchos de ellos pueden llegar a participar en las clases sin el bozal e incluso llegar a interactuar con otros perros de una forma más natural y pacífica. En el caso de la agresividad entre machos la castración suele ser muy eficaz, no tanto para aplacar el baño de hormonas al cerebro, sino para que resulte olfativamente menos amenazante para los otros machos, ayudando de esta forma a saltarse el circuito de feedback en el que se suelen enzarzar dos machos.

Ejercicios con el cuenco de comida

Aparte de la socialización, hay otros ejercicios prioritarios para los cachorros: los ejercicios con el cuenco de comida, los intercambios de objetos, las órdenes para indicarle un sitio y los ejercicios de manejo. Si se les dejara a ellos solos la mayoría se convertiría en perros protectivos, guardianes de recursos (comida, objetos, lugares y amos), mientras que otros se resistirían a que los manejaran, incluso por simple rutina. Esto se debe a que son animales normales y no a que se trate de individuos tozudos, susceptibles o agresivos. Por ello los ejercicios de profilaxis son importantes para todos los cachorros.

Ponte al lado del cachorro cuando le des de comer, siéntate en el suelo cerca de él, tócalo y posa tu mano en el cuenco. Es necesario que aprenda, a través de múltiples repeticiones, que el hecho de que estés presente cerca de su comida y de su cuenco no constituye ninguna amenaza. Divide la comida en tres partes y dásela dejando pequeñas cantidades en su cuenco para que establezca la asociación entre tu mano que se acerca a su cuenco y buenas noticias (otra ración para el hambriento). En otra ocasión retírale el cuenco mientras está comiendo en él y adórnalo añadiéndole algo muy sabroso como una cucharada de comida enlatada para perros, trocitos de requesón o un trozo de hígado desecado y congelado.

Dirígete hacia el perro mientras come y deja caer en su cuenco un trozo sabroso de comida. El objetivo es que tu aproximación o la retirada de su cuenco prediga, de modo fiable, algo bueno para él. Esto sirve para contrarrestar su tendencia natural a proteger la comida. En un entorno natural la celosa protección de los escasos recursos, como la comida, sería altamente adaptativo y por lo tanto es lo que se terminaría implantando en el proceso de selección natural. A pesar de los cientos de generaciones de selección artificial y a un suministro regular de pienso (comida), esta protección aparece en los perros domésticos con demasiada frecuencia.

Haz que otras personas realicen estos ejercicios con el cuenco de comida para que el cachorro

generalice la respuesta de no proteger la comida; este tipo de ejercicios hace que el cachorro aumente la confianza en sí mismo. Las razones para proteger cualquier tipo de recursos hay que buscarlas en la inseguridad y en la paranoia. El perro parte de la idea de que cualquiera que se acerque a su cuerda babada o a su cuenco lleno de comida constituye una amenaza vital. Le estás enseñando que no es así, que incluso puede ser agradable. Si estás trabajando con un perro que ya presenta ese problema, y no se trata de prevenir que surja en un cachorro o en un adulto que no se muestra protector, tienes que actuar más despacio y con más cautela. Un requisito sine qua non para trabajar con un perro que ya muestra un comportamiento protector es que tenga una boca blanda, algo que quizá haya que inculcar primero en caso de que no se dé. Haz muchos ejercicios de inhibición del mordisco como darle de comer con la mano, finalizar los juegos de cuerda con exagerados gritos de dolor cuando el perro te toque sin querer (aunque el contacto haya sido muy ligero), cepillarle los dientes y tocarle la boca con frecuencia; todo ello le proporcionará una gran cantidad de información (feedback) sobre la presión de sus mandíbulas. (Si estás trabajando con perros adultos ponte guantes gruesos o ponle al perro un bozal, como los que utilizan los peluqueros caninos, durante los ejercicios con el cuenco de comida hasta que estés completamente seguro de cómo maneja la boca). Un buen punto de partida es establecer una escala con grados de dificultad. A continuación te presentamos una posible secuencia de ejercicios para un perro con un hipotético comportamiento de protección de comida:

1. acércate al cuenco vacío y al perro, pon un puñado de comida en el cuenco, retírate y repite esta misma secuencia diez veces
2. acércate al cuenco vacío y al perro, retira el cuenco, pon un puñado de comida en él, pon el cuenco en su sitio, retírate y repite la secuencia diez veces
3. siéntate al lado del cuenco y del perro, pon una mano en el cuenco y dale las raciones de comida con la otra
4. siéntate al lado del perro y del cuenco y mantén una mano en el recipiente, acaricia al perro con la otra mano y háblale mientras come su ración normal, añade de vez en cuando una sabrosa ración extra al cuenco
5. siéntate al lado del cuenco mientras el perro está comiendo el pienso, quita la mano para añadir algo sabroso
6. acércate al perro y al cuenco mientras está comiendo, añade algo extra, retírate y repite diez veces
7. acércate al perro y al cuenco mientras está comiendo, retira el cuenco, añade algo extra, vuelve a poner el cuenco en su sitio, retírate y repite diez veces
8. que otra persona repita toda la secuencia desde el primer paso.

Si en cualquiera de las fases el perro se mostrara protector (incluyendo gruñidos, tensión o rigidez), retrocede a un ejercicio más fácil y vete avanzando gradualmente hasta el ejercicio problemático. Si por ejemplo el perro no tiene problemas entre el primero y el quinto pero gruñe si te acercas mientras está comiendo (6), haz lo siguiente:

- 5a. haz unas cuantas repeticiones más de los ejercicios 1 y 2 como preparación
- 5b. acércate hasta una determinada distancia, digamos 1 metro, mientras el perro esté comiendo y

lánzale al cuenco un trozo de pollo o hígado, retírate y repítelo, reduciendo la distancia progresivamente hasta que puedas tocar el cuenco

5c. espera hasta que termine y esté lamiendo el cuenco antes de aproximarte con el «postre».

Ahora vuelve a intentar el ejercicio 6. Es posible que el perro fracase en el ejercicio 5, ya que es la primera vez que quitas tu mano del cuenco. Desde su punto de vista hay una gran diferencia con los anteriores ejercicios, en los que siempre tenías una mano en el cuenco. Eso sí que era compartir, al quitar la mano estás liberando la posesión. Puede que tengas que ir retirando gradualmente la mano del cuenco si el perro comienza a mostrarse protector cuando realizas el ejercicio 5. Haz lo que haga falta para que todo salga bien, de modo que puedas demostrarle al perro que no eres una amenaza para él y que puede relajarse. Solicita los servicios profesionales de un adiestrador cualificado o de un terapeuta canino si en cualquier instante durante el proceso te sientes desconcertado, si te falta confianza en ti mismo en este tipo de situaciones, si tu perro muestra una protectividad explosiva o si es un mordedor peligroso.

Intercambio de objetos

Los perros que se muestran protectivos con objetos normalmente lo hacen con huesos, juguetes para mordisquear valiosos y objetos prohibidos como huesos de cartílago, plástico de envolver, pañuelos de papel, prendas de ropa sucia que han robado y basura del suelo.

Esta protección a veces es compulsiva, como si fuera una especie de reflejo interiorizado, otras veces se motivan no sólo porque creen que el envoltorio de la hamburguesa es muy apreciado sino porque tú estás tratando ese envoltorio como si fuera algo extremadamente valioso, ya que demuestras un interés desmesurado por quitárselo. Me doy cuenta de que el amo se enfrenta aquí a un callejón sin salida: o ignora al perro y le permite cobrar e incluso ingerir todo tipo de basura que encuentra por el suelo o incrementa el valor del objeto ya que muestra un interés desmesurado por quitárselo. La solución definitiva para los perros que guardan objetos es simular y practicar por adelantado las situaciones problemáticas. Hay que hacer miles (trillones) de ejercicios de intercambio de objetos para preparar el Gran Día, el día que consiga algo realmente peligroso y tengas que sacárselo de la boca cuanto antes. Si está relajado y confiado, lo soltará. Si está tenso e inseguro, no. Partes con ventaja en el juego si comienzas a practicar con tu cachorro. Y, al igual que en la socialización, cuanto antes empieces, mejor.

En el ejercicio básico de intercambio de objetos progresamos del siguiente modo:

1. dale un objeto al perro (en las primeras fases de adiestramiento dale un objeto que sea muy poco probable que vaya a proteger, más adelante pasa a objetos más «apetecibles»)
2. dile «deja» o «gracias»
3. retírale el objeto
4. saca del bolsillo un premio agradable y dáselo
5. devuélvele el objeto y repite.

Haz cinco o seis repeticiones seguidas y luego aléjate. Intenta hacer cinco repeticiones completas al día, variando siempre el objeto de intercambio para que capte la idea: cuando los humanos retiran los objetos, sucede algo verdaderamente agradable para los perros.

Una vez que hayamos establecido con éxito suficientes precedentes de intercambio de objetos (realizando con éxito los ejercicios varias veces al día durante varios días), puedes pasar a intentar retirarle al cachorro los juguetes para mordisquear de los que haya tomado posesión de modo espontáneo. Realiza una serie de cinco repeticiones y luego deja que siga mordisqueando. Ten siempre muy en cuenta el valor del objeto que le estás quitando. Si se trata de objetos «peligrosos» (de gran valor para el perro) aumenta proporcionalmente el valor del premio sorpresa que recibe a cambio. Puedes reservar los premios especiales, como un bocado de pavo sobrante o un trozo de queso tipo Cheddar, a cambio de los objetos más difíciles de compartir. Estos refuerzos poco habituales son los que realmente dejan una impresión. Observa esta jerarquía típica:

1. intercambia objetos sin interés (varias series de cinco repeticiones al día durante dos días)
2. intercambia objetos ligeramente más codiciados (varias series de cinco repeticiones al día durante dos días)
3. intercambia objetos «peligrosos» usando refuerzos especiales adicionales (varias series de cinco repeticiones al día durante dos o tres días)
4. intercambia objetos de los que se haya apoderado el perro espontáneamente (realiza varias repeticiones seguidas, luego deja al perro con el objeto a menos que sea un objeto prohibido; a continuación dale un refuerzo especial adicional en el último intento y sustituye el objeto por un juguete para mordisquear)
5. intercambia objetos «peligrosos» de los que el perro se haya apoderado de forma espontánea (realiza varias repeticiones seguidas a cambio de un premio especial adicional, después devuélvele el objeto al perro o sustitúyelo por un juguete para mordisquear interesante)
6. mantenimiento: realiza «pruebas en frío» esporádicas cuando el perro tiene un objeto (repítelo una vez y dale un refuerzo, después devuélvele el juguete o sustituye el objeto prohibido por el juguete para mordisquear).

No pases al siguiente ejercicio de esta secuencia hasta que el perro realice de modo satisfactorio el ejercicio que estás trabajando. Durante el tiempo que realices esta secuencia de ejercicios resulta de gran ayuda no poner al alcance del perro nada que pertenezca a otro nivel (de mayor interés) que no sea aquel en el que estás trabajando. De lo contrario tendrás un fracaso garantizado. Es decir, si el perro está en la fase 4 mantén fuera de su alcance los objetos «peligrosos» hasta que estés preparado para iniciar la fase 5. No se puede correr si antes no has aprendido a gatear y a andar. Para el ejercicio número 5 es posible que puedas dejar a su alcance de forma deliberada un objeto «peligroso», de manera que el perro se apodere de él «accidentalmente». Es mucho mejor realizar prácticas antes de que tenga lugar el drama de la protección del pañuelo de papel o del tapón de la botella de aceite cuando no estás preparado para ello. Si repites estos ejercicios de intercambio suficientes veces, el perro terminará deseando que le quites los objetos. Aparte del refuerzo de comida el perro está recibiendo una información clave: cuando los humanos te quitan algo casi siempre te lo devuelven.

Definitivamente no constituye ninguna amenaza. Esto es algo verdaderamente inaudito en la cultura del perro. Cuando el perro esté relajado asegúrate de evaluar el aprendizaje realizando esporádicamente pruebas en frío. Dirígete hacia el perro mientras se encuentra entregado al mordisqueo, quítale el juguete, preséntale un refuerzo sorprendente y deja que continúe con su mordisqueo. Como sucede con cualquier comportamiento, podemos echar por la borda que suelte el objeto si regularmente no realizamos comprobaciones de este comportamiento. Actúa con cautela con aquellos perros que ya tienen muy arraigados los problemas de guardar objetos: si es necesario comienza por ablandar su boca utilizando un equipo de protección como guantes, ropa acolchada o un bozal para el perro. En ningún caso permitas que los niños realicen estos ejercicios con tu perro. Si tienes hijos, es necesario que practiquen con el perro pero única y exclusivamente si:

1. al perro le gustan los niños
2. el perro tiene una boca blanda bien establecida o tiene puesto el bozal en todos los ejercicios
3. todos los adultos de la familia ya han realizado con éxito toda la secuencia de ejercicios
4. los ejercicios que realizan los niños están constantemente supervisados por un adulto.

Esto es aplicable a todos los ejercicios de desensibilización (cuenco de comida, protección del territorio y manejo), y no sólo a la protección de objetos. Ten en cuenta que si tu perro se muestra protector con objetos y logras mantenerlo a raya por medio de estos ejercicios pero no hay niños en casa, continúa existiendo un riesgo muy alto de que se muestre protector con los niños. Los perros no generalizan demasiado bien, de hecho aunque tu perro nunca haya protegido los objetos delante de ti, es bastante probable que lo haga delante de desconocidos, sobre todo si son niños y más aún si no tiene una socialización perfecta con ellos. Si eres uno de esos amos del tipo *laissezfaire*^[2], más vale que reacciones antes de que tu perro muerda a un niño que esté de visita en tu casa. Tener un perro es una gran responsabilidad hacia el perro y hacia todo el mundo en general. Lo más importante es que empieces a trabajar cuando el perro es pequeño; con los cachorros puedes practicar este ejercicio con todo tipo de objetos, incluidos el cuenco de la comida, huesos, sus juguetes preferidos para mordisquear y el omnipresente pañuelo de papel. Haz de ello un juego.

Un movimiento extremadamente astuto en la lucha contra la protección de objetos es enseñarle a cobrar. Además de ser un ejercicio muy eficaz y una forma de quemar la energía depredadora, usar los objetos que tanto protege a modo de juguetes para el cobro es una herramienta muy potente para realizar el contracondicionamiento durante el proceso de la protección de objetos. Jugar con el perro con uno de estos objetos «peligrosos» puede ayudar enormemente a reducir la tensión tanto del perro como del amo. Juega tus cartas con mucho cuidado las primeras veces. Para empezar el perro ha de realizar un cobro entusiasta y bien condicionado con objetos que no proteja. La primera vez que trates de utilizar alguno de los objetos con los que se muestra protector en los juegos de cobro, hazlo que lo hagas, mantente pegado a tu silla. De esta forma no caerás en la tentación de perseguirlo, mostrando así que estás muy interesado en ese objeto. Mantente despreocupado y distante, tal cual estarías si se tratara del juguete habitual de cobro. Utiliza objetos que sean seguros, de modo que puedas estar relajado durante el adiestramiento. Anima al perro a que se acerque con cobros que puedas reforzar. Baja el listón si es necesario. Estate preparado, por ejemplo, para hacer click y reforzar cualquier

indicio de que se vaya a girar hacia ti o cualquier paso que dé en tu dirección después de haber realizado el cobro. Felicítalo por cada paso con un tono de voz entusiasta y con refuerzos de comida más grandes y más sabrosos de lo normal. Vete subiendo gradualmente el listón a medida que vaya mejorando. Es totalmente razonable esperar que tras suficientes repeticiones el animal que antes protegía objetos con entusiasmo ahora vaya a buscar los «peligrosos» tranquilamente y los deje en tu regazo. A eso le llamo yo confiar.

La orden de a su sitio

La típica imagen del perro que protege el territorio es la de un perro que se sube a la cama y no deja que te metas en ella o la de un perro que toma posesión del sofá y gruñe o lanza dentelladas cuando le ordenas que se baje o le pides que se eche a un lado. El antídoto es enseñarle lo que se conoce como la orden de a su sitio. Condicionas al perro con el refuerzo positivo para que se vaya o se desplace donde le indiques. En una situación ideal harías esto antes de que sobreviniera un problema, dado que resulta predecible que un cierto porcentaje de perros tarde o temprano protejan su territorio de modo enérgico. Además es muy útil ser capaz de mover al perro de un lado a otro sin tener que empujarlo o tirar de él en exceso. Las órdenes más comunes de este tipo son «a tu sitio», «a tu jaula», «fuera de la cama», «sube al coche», «baja del sofá», «sal de la cocina», «sube» (a la mesa del cepillado), etc. Haz que este ejercicio con el clicker también sea un juego. Primero da la orden y luego indúcelo a realizar el comportamiento. Vale cualquier tipo de adiestramiento, incluido, en caso de que te atasques, subirte tú mismo y los señuelos de comida. Cuando el perro realice el ejercicio sin problemas reduce el inductor tal y como harías en cualquier otro ejercicio de obediencia. Practica por ejemplo «baja del sofá» del siguiente modo. Primero pídele al perro que se suba al sofá. Necesitas conseguir cierta fluidez para hacerlo subir para luego tener numerosas oportunidades de practicar que se baje. Después de decirle «sube al sofá», da unas palmaditas en uno de los cojines y emite sonidos motivantes («venga», «vamos», y acompaña esto con llamativos chasquidos al aire con tu boca, muy eficaces). Cuando el perro se suba, elógielo y revuélvele un poco la pelambreira («¡pero qué listísimo es mi perro!», acarícialo, acarícialo y despéinalo con vigor). Reserva la artillería pesada, los refuerzos con comida, para la parte más difícil: hacer que se baje. Ahora ordénale que se baje y empieza a inducirle a que lo haga («baja del sofá», da palmaditas en el suelo, chasquea los dedos, da palmadas, haz sonidos con la boca para conseguir que se baje). Si se baja, haz click y refuerza. Luego ordénale que se vuelva a subir otra vez para repetirlo de nuevo. También puedes ordenarle que se suba y que se eche, para simular mejor la futura situación en la vida real. Si no se baja incrementa un poco el incentivo: prueba a alejarte algo del sofá, realizando la entonación más cariñosa que se te ocurra. Como último recurso podrías utilizar la comida a modo de señuelo para conseguir la respuesta deseada. Si tienes que recurrir al señuelo de comida para conseguir que se baje, repítelo un par de veces más y a partir de ahí no saques la comida del bolsillo durante el resto de la sesión.

Realiza un par de sesiones y luego practica con los ejercicios en frío. Los ejercicios en frío son aquellos que se realizan una sola vez, preferiblemente cuando el perro menos se lo espera, para comprobar su respuesta a la orden en una situación real. Le sacarás más provecho a estos ejercicios, en frío, si vas variando los refuerzos. Esto es del todo normal porque suele ser difícil reutilizar la

mayoría de los refuerzos más potentes en las sesiones de adiestramiento formal. Los paseos son un buen ejemplo. A diferencia de la comida y de los juegos de tirar de la cuerda y cobrar, que se pueden repetir una y otra vez en una sesión de adiestramiento, el hecho reforzante y potente es el inicio del ritual de «sacar el perro a pasear». Teniendo en cuenta que esto sucede, como mucho, un par de veces salteadas en todo el día, intenta sacarle provecho como refuerzo precediéndolo de un ejercicio de baja del sofá. Sacarlo a pasear es el refuerzo ideal para los ejercicios en frío. Espera a que el perro esté acomodado en el sofá para empezar la secuencia: 1) ordénale «baja del sofá», 2) el perro obedece, 3) haz click y di «¿quieres salir a dar un paseo?» y 4) sal a pasear.

Es de vital importancia que si el perro no obedece la orden, no trates de sobornarlo utilizando el paseo prometido a modo de inductor. Decirle «¿quieres salir a dar un paseo?» después de que se baje del sofá y sacarlo está a años luz de ofrecerle el paseo mientras sigue acomodado, sin haber cumplido con la orden de cambiar de sitio. Ofrecerle el paseo es el refuerzo por obedecer, y no un incentivo. A diferencia del refuerzo de comida, los refuerzos de un solo uso como los paseos, no cumplen bien el doble papel de inductores. Antes de mover su trasero, los perros tienden a mostrarse duros de pelar cuando se les trata de sobornar, en este caso con el paseo prometido. Por lo tanto después de enseñarle los ejercicios de orden-inductor-respuesta-refuerzo en las sesiones iniciales de adiestramiento, y posteriormente los ejercicios de orden-respuesta-refuerzo con los reforzadores reciclables, no utilices ningún tipo de señuelos: el perro deberá cumplir su parte del trato de buena fe, antes de que tú cumplas la tuya. Recuerda que tu objetivo final es establecer un programa de reforzamiento variable. El perro no siempre conseguirá un paseo después de responder a la orden. Puede que tan sólo obtenga una caricia, que lo despeinen cariñosamente. Tiene que convertirse en un jugador de apuestas empedernido.

Si el perro se muestra protector con un territorio con una persona en concreto, esta persona deberá realizar alguno de los ejercicios de dar órdenes para mandarlo a su sitio. Si es un niño o una persona que no tiene confianza con el perro asegúrate de que el perro tiene una boca blanda y de tomar las precauciones básicas (guantes, traje almohadillado, bozal y supervisión). Si el problema es realmente severo, y especialmente si hay niños de por medio, ponte en contacto con un terapeuta canino competente o con un adiestrador. Me gustaría subrayar una vez más la importancia de realizar estos ejercicios con los cachorros antes de que surja el problema. Practica de vez en cuando la secuencia de subir y bajar de la cama, de subir y bajar del coche y de entrar y salir de la jaula de transporte. Cuando se cría a los perros para que obedezcan tranquilamente se reduce el riesgo de que muestren agresión directa hacia los miembros de la familia.

Manejo

A lo largo de toda su vida tendremos que manejar a los perros en situaciones tan dispares como los chequeos veterinarios, los cepillados, momentos en los que se les mantendrá quietos o restringidos físicamente, situaciones en las que se les abrazará, se les agarrará y acariciará, y esto lo hará un abanico muy grande de gente. No todos los perros se relajan y toleran por naturaleza que los manejen. Uno de los mejores favores que le puedes hacer a tu perro es enseñarle, cuando es un cachorrillo

maleable, a aceptar de buen grado todas las veces que tendrá que soportar que lo manejen a lo largo de su vida. Tanto tú como tus amigos, familiares y compañeros de clase de adiestramiento del cachorro podéis simular las principales situaciones en las que se encontrará el perro y reforzarlo con comida y juegos cuando se muestre relajado durante las mismas.

Comienza por el cepillado y por exámenes físicos elementales. Un buen ejercicio para empezar es desplegar todo el equipo de cepillado (cepillos, peine, cepillo de dientes, pasta de dientes, tenazas de cortar las uñas y cualquier otro utensilio del equipo), dejar que el perro se acerque a estos objetos y los investigue y en el instante en que lo haga hacer sonar el clicker y darle un refuerzo mejor de lo habitual para que se lleve una primera impresión positiva. A continuación intenta que el perro se quede quieto y recorre su cuerpo con las manos dándole un pequeño trozo de comida por cada parte del cuerpo que examines. Examina una oreja, click y refuerza. Examina la otra, click y refuerza. Pásale los dedos por las encías, click y refuerza. Intenta abrirle cuidadosamente la boca y ponerle un dedo en la lengua; si lo tolera presiona la lengua con un poquito más de firmeza en cada ocasión, después dale un premio. Si se resiste, déjalo y haz algo que resulte menos molesto. Sigue reforzando con entusiasmo para mantener su motivación. Si no obedece límitate a decir «¡mal hecho!» o «¡mala suerte!» y no le des el refuerzo. Pálpale la tráquea, refuerza. Recorre las patas, sepárale los dedos y presiona levemente las uñas. A muchos perros no les gusta que les toquen las patas, pero este es el resultado directo de cortarles las uñas a la fuerza en lugar de darles la oportunidad de que vayan tolerando y disfrutando gradualmente que los cepillen, siempre por medio de la asociación temprana con refuerzos. Palpa el estómago del perro y sigue por la cola. Después de cada inspección médica, examina más a fondo cada vez que lo premies. La rutina final consistirá en una inspección única y general a cambio de un refuerzo con comida o en forma de juego. Es posible que los perros aprendan a disfrutar de que los manejen y que les den masajes.

Juega con frecuencia a hacerle estos chequeos médicos y a cepillarlo. Al principio de tu actividad como peluquero, el índice de refuerzos (la frecuencia) en el proceso será elevada. Una pasada con el cepillo de arriba abajo, un refuerzo. Luego dos pasadas con el cepillo de arriba abajo, otro refuerzo. Después cuatro y así sucesivamente. En unas cuantas sesiones cortas tendrás un perro al que podrás cepillar en profundidad de la cabeza a los pies a cambio de un pequeño refuerzo de comida al final de la sesión. Cuando parezca que el perro no se siente incómodo al tocarle las patas y las uñas en el simulacro de inspección veterinaria empieza a tocarle las uñas con las tijeras cortaúñas. Un toque, un refuerzo. Sigue haciéndolo hasta que el perro se muestre muy relajado. Después da un par de toques o más a cambio de un refuerzo. A continuación agarra uno de sus dedos con una mano mientras simulas que le estás cortando la uña con las tijeras que tienes en la otra. Hasta este momento las tijeras de cortar las uñas no han hecho contacto con ellas sino que has dado cortes en el aire, pero el perro está sintiendo la restricción y el sonido. Dale un refuerzo por cada uña hasta que se calme un poco. Si tu perro tiene mucha energía quizá convenga que inicialmente practiques esto en un momento en que el perro esté relajado. Cuando el perro admita de buen grado que le cortes las uñas «en el aire» a cambio de un refuerzo, intenta cortarle una de verdad, corta un trocito pequeño, no te arriesgues a dañar las terminaciones nerviosas, que son muy sensibles. Recuerda que el objetivo no es cortarle las uñas sino acostumbrarlo a que se muestre tolerante y acepte de buen grado el corte de uñas durante toda su vida,

así que ten paciencia. Un pequeño corte, un gran refuerzo. Termina la sesión realizando un breve periodo de juego. Es una buena idea hacer que las primeras veces una sesión de cepillado se convierta en la antesala fiable de aquello que está más alto en la jerarquía de refuerzos del perro: sesiones de juegos de depredación, paseos, sesiones de adiestramiento o comidas.

Si en cualquier momento durante las sesiones de adiestramiento para el cepillado o de examen veterinario el perro se muestra reacio o asustadizo, reduce la marcha y desensibiliza poco a poco el proceso que le provoca la ansiedad. Los perros con frecuencia se muestran ansiosos cuando les examinan las orejas, cuando les tocan las patas o la boca y cuando les tiran del pelaje (por ejemplo cuando se les deshacen los nudos). Dedicar un tiempo a lograr que el cachorro se sienta cómodo con estos procedimientos, vale la pena, sin duda. Cuando el cachorro se deja cepillar y examinar sin ningún problema lo llamamos «espagueti blando», por estar tan relajado y ser tan flexible.

Otros ejercicios que puedes practicar son: agarrar al perro, acariciarlo, abrazarlo y abalanzarte sobre él como si quisieras asustarlo. Haz que parezca un juego. Empieza agarrándolo lenta y suavemente. Cada vez que lo agarres dale un refuerzo, después agárralo más rápido, luego aún más rápido y más bruscamente y termina con un agarre de emergencia y sujetándolo por las caderas; refuézalo después de cada intento exitoso. Prémialo cada vez que reaccione bien. Hazle lo que te imaginas que le podría hacer un niño de dos años: agárralo de una oreja y tírale de ella, refuézalo. Agárrale la cola y tira de ella. Dale un refuerzo. Los tirones del pelo son especialmente provocadores: hazlos muy a menudo y acompáñalos siempre de un buen refuerzo. Acaricia al perro como hacen los niños: PALMADITA PALMADITA PALMADITA. Abalánzate sobre el perro como si fueras un monstruo y después dale un refuerzo. Finge que se ha roto una pata: levántalo para meterlo en el coche. El límite lo marca tu imaginación. ¿Qué le hará la gente a tu perro a lo largo de su vida? Una vez que el perro esté relajado y disfrutando al máximo de estos juegos, recluta a desconocidos y a niños para que los hagan, siempre bajo tu directa supervisión. Deja que los niños le den mejores premios que los que le sueles dar tú, para que establezca una asociación favorable con ellos.

Si tu perro va a tener que visitar de forma regular a un peluquero canino merece la pena que visites al peluquero un par de veces antes de llevarlo para una sesión de cepillado de verdad. (En primer lugar el veterinario tendrá que dar el visto bueno de que tu perro está inmunizado adecuadamente antes de llevarlo a zonas muy frecuentadas por perros como son las peluquerías caninas). Lleva a tu perro, súbelo a la mesa de cepillado e invita al peluquero a que le dé unos cuantos premios o pasa un rato en la peluquería jugando a tirar de la cuerda o a cobrar. Practica ejercicios para entrar y salir de la jaula de transporte. Deja que el perro inspeccione la sala por su cuenta. Luego vuelve a casa. Puedes realizar visitas similares al veterinario (aun cuando no esté enfermo) simplemente para introducir al perro y para establecer una buena impronta, fuerte, sólida y positiva. Huelga decir que es fundamental encontrar veterinarios y peluqueros que sean amables y estén dispuestos a dedicar parte de su tiempo a interactuar y darle de comer con la mano al cachorro. Para terminar, busca unas buenas clases para el cachorro y matricúlate. Si ya tienes un problema con tu perro en alguno de los aspectos del manejo realiza los mismos ejercicios pero prestando especial atención al problema en cuestión, sin olvidar:

1. proceder de forma más lenta y gradual
2. trabajar primero para lograr que el perro tenga una boca blanda si es necesario
3. utilizar protección como guantes, traje acolchado y bozal
4. evitar presentar las situaciones problemáticas en niveles a los que todavía no ha sido expuesto el perro
5. ponerte en contacto con un adiestrador cualificado o con un terapeuta canino en caso de que el problema sea grave.

La rehabilitación de perros temerosos y agresivos

La agresividad es como cualquier otro comportamiento: puede ser evocada y a menudo está motivada por sus consecuencias. Ejemplos de desencadenantes de la agresividad son: la aplicación de algo doloroso, la proximidad de algo que asusta al perro, aproximarse cuando el perro está en posesión de algún recurso (objeto «valioso») o ante cualquier objeto que sale a gran velocidad. A estas alturas ya sabes que un perro que persigue o muerde a una ardilla, una pelota o a un niño que chilla constituye un tipo de depredación (comportamiento de adquisición de alimento) que, si bien se parece inicialmente a la agresividad desde el punto de vista de que implica atacar y morder, es harina de otro costal y no tiene nada que ver con el tema de este capítulo: la agresión protectora. Si lo piensas bien sólo hay dos clases de comportamiento agresivo que están justificados: la adquisición de comida y los temas relacionados con la supervivencia del individuo. El resto sería un gasto de una energía de vital importancia para cualquier organismo. Incluyo en la categoría de la supervivencia individual toda resolución de conflictos. Cuando consideramos la integración de los perros domésticos en un entorno humano se suele pensar que las luchas entre machos por el derecho de monta o cría y otros conflictos relacionados con los recursos (disputas entre leones por los restos de animales muertos, defensa del territorio, protección de los pañuelos de papel en los perros domésticos) son asuntos de supervivencia individual (o potenciación de los temas que afectan a la progenie, que viene a ser de lo que se trata la supervivencia individual), y no asuntos etiquetados de «dominancia», «territorialidad» o de la predisposición específica de alguna raza real o imaginaria o de un individuo en concreto.

Es perfectamente posible que algún que otro perro se comporte de una forma que podríamos denominar como «territorial» si muerde al cartero, que algunas razas o perros individuales sean especialmente susceptibles con los niños y que un perro que no te deja que te metas en la cama esté ejerciendo algún tipo de rango imaginario. Lo que ocurre es que este etiquetado no aporta modelos o enfoques especialmente útiles para modificar el comportamiento. Si hay un comportamiento canino normal que desesperadamente necesite una modificación urgente, sería éste. Hay que juzgar los modelos en función de su utilidad, no por ser intuitivos. En la actualidad hay muchos modelos y clasificaciones de agresividad que han resultado ser sistemas de etiquetado extremadamente complicados, basados aparentemente en la filosofía de «si no eres capaz de deslumbrarlos con tu brillantez, déjalos anonadados con palabrería». Cualquier modelo de agresividad en los perros de compañía es útil en tanto que mejora la efectividad, permite medidas de tratamiento y prevención.

La agresividad también está fuertemente influenciada por sus consecuencias. Si en el pasado las amenazas y los mordiscos dieron buen resultado para mantener a una cierta distancia a las personas que asustaban al animal, puedes apostar lo que quieras a que el perro volverá a utilizar esta estrategia en el futuro. Digamos que a tu perro le asusta el cartero y cada día que viene le ladra y gruñe hasta que se marcha. Afirmar que el perro es territorial no aporta ningún tratamiento eficaz, invita a un enfoque (de «jefe») que consiste únicamente en controlar: «vale, es territorial, por lo tanto asegúrate de que no esté en contacto con las visitas». Ahora tienes el mismo problema que antes pero con un etiquetado.

Decir que el perro se siente incómodo con el cartero y aparentemente consigue que salga corriendo todos los días haciendo gala de «¡LADRAR! ¡LADRAR! ¡LADRAR! ¡Uf! ¡Te asusta, ¿eh?! ¡Ves como da resultado!» nos abre muchas puertas de intervención. Puedes invitar al cartero un par de veces a que se tome un cafecito para que pueda echarle al perro unos taquitos de queso y darle con la mano unos trocitos de galletas de avena de su plato. Puedes pedirle a un amigo que se disfrace de cartero para que realice un par de sesiones a modo de simulacro en las que el «cartero», cada vez que llega, se queda quieto hasta que el perro deja de ladrar a la orden. Las primeras veces tardarás en hacerlo. Cuando el perro finalmente se calla recibe su refuerzo de comida, al tiempo que consigue que el «cartero» se vaya. Puedes adiestrar al perro con el refuerzo para que haga algún otro comportamiento alternativo cuando llegue el cartero. Haz que la llegada del cartero sea una señal para que el perro vaya a la cocina y se siente tranquilamente cerca de la caja de galletas para perros. Enséñale al perro a quedarse echado y quieto en el hall de entrada hasta que le ordenes cobrar el correo a cambio de un refuerzo. Cambia el significado de la escena para el perro. De igual modo, si el perro se muestra protector con el territorio, es un poco tarde para angustiarse sobre la predisposición genética o para cuestionarse la raza que has elegido. Tu perro te está gruñendo. La medida de acción más fructífera es aumentar su confianza para que acepte que las personas se le aproximen mientras está listo para el ataque, así como practicar las órdenes de al sitio. Quizá lo más trágico sea que un perro que es tímido, gruñe o es «reservado» con los desconocidos no es «selectivo», «leal» o «buen perro guardián». Le falta socialización y punto. Los perros a los que les falta socialización no sólo son peligrosos, sino que sufren un estrés crónico. Perciben lo inofensivo (personas que vienen a hacer una visita) como amenazas. Una vida poco envidiable. El estrés crónico repercute en la salud de los perros.

El modelo de umbral de mordida

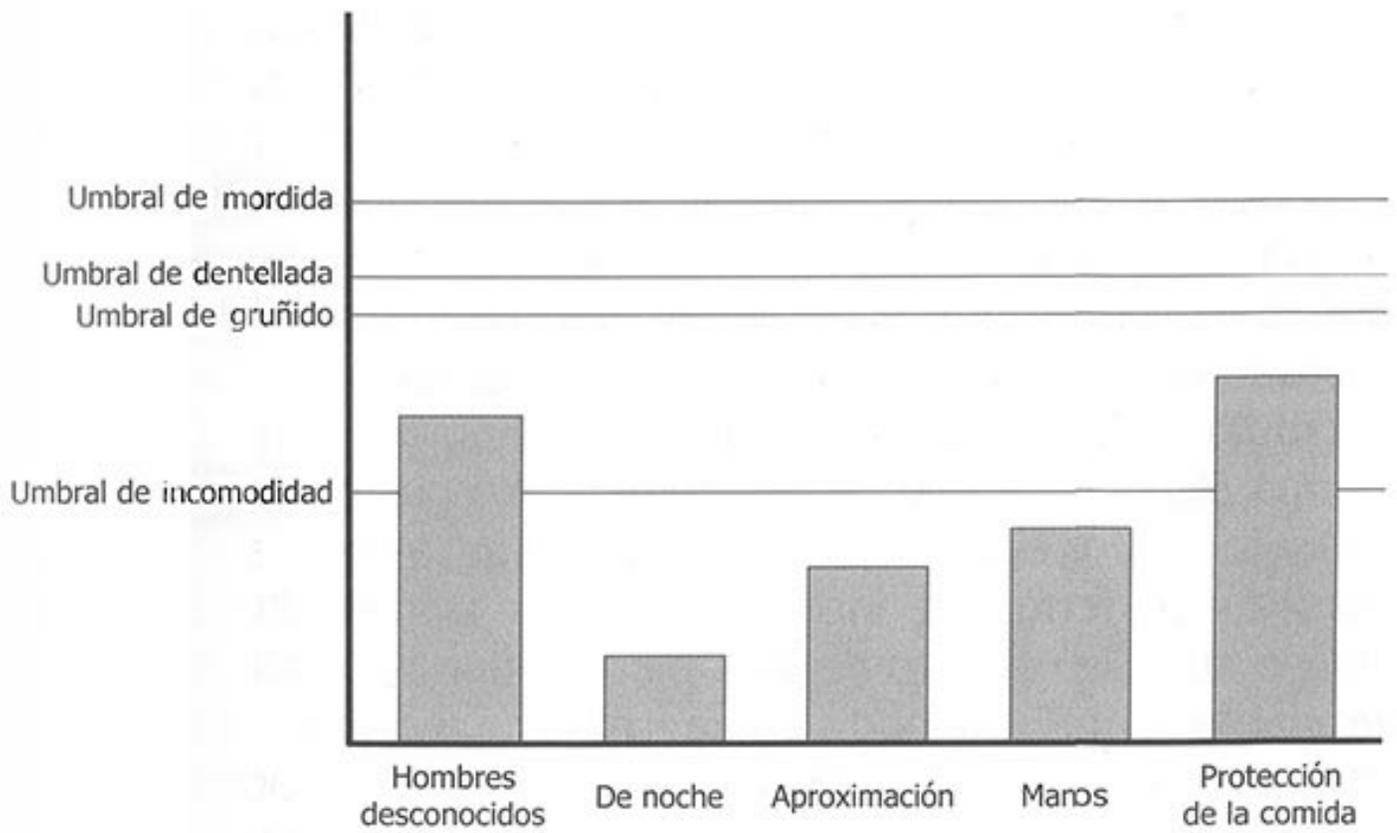
Un modelo de agresividad en los perros domésticos que abre la posibilidad de un tratamiento eficaz y de estrategias de prevención es el modelo del umbral de mordida. Todos los perros muerden al llegar a un umbral. Esta especie de punto de ruptura también existe para ti y para mí. Hay un nivel de provocación en el que incluso nosotros estallaremos y nos comportaremos de forma agresiva, mostrando nuestro enfado por medio de una diatriba de vocabulario abusivo. También es probable que haya un punto en el cual tú o yo lleguemos a las manos, aunque a lo largo de nuestra vida nos hayan enseñado que no debe ser así y que va «contra la ley».

Hay casos raros de personas que nunca llegarían a utilizar la fuerza física, tanto si ven a bebés a punta

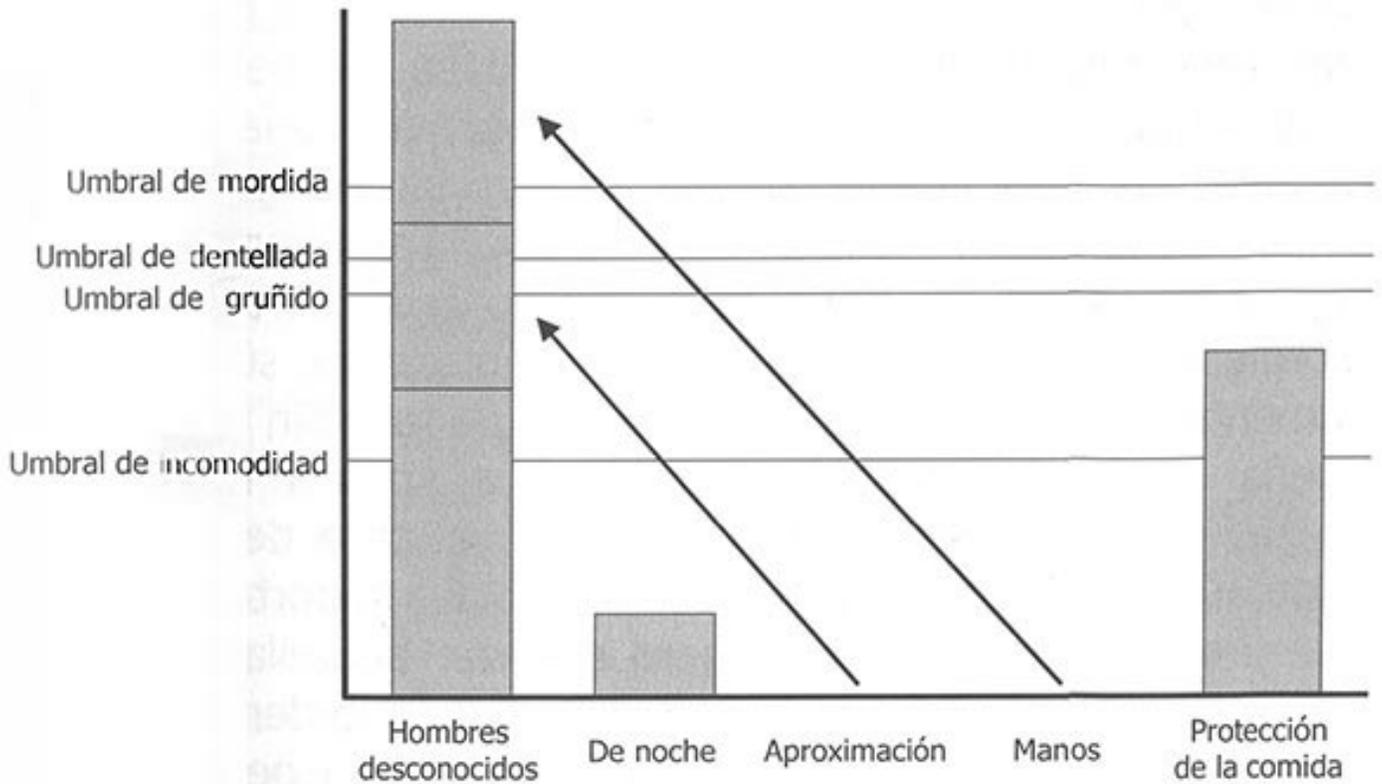
de navaja como si les atacan físicamente, pero estos casos son la inmensa minoría. No cabe duda de que hay personas que parece que nunca se enfadan, y en su lugar acaban sufriendo problemas como depresiones o enfermedades psicosomáticas. La cuestión es que la pasividad absoluta no es el criterio que utilizamos para definir el comportamiento humano «normal». Sin duda hay perros que nunca se defenderán por mucho que se les maltrate, pero no son animales normales. El ideal de Walt Disney sin embargo nos hace creer que lo normal en los perros es el pacifismo absoluto, con la excepción de la provocación extrema o de alguna situación «en defensa del amo». Decir que los perros buenos no muerden y que los perros malos sí es como decir que las personas buenas nunca discuten ni se enfadan y las malas sí. Los perros reales tienen un umbral de mordida. También tienen un umbral para otros niveles de amenaza como gruñir, enseñar los dientes y lanzar dentelladas al aire. Asimismo hay cosas que molestan a los perros y que podemos denominar factores de riesgo. Los factores de riesgo más comunes son: grupos de personas con los que no se ha socializado al perro, manos aproximándose y/o que les tocan, alguien acercándose a ellos, la presencia del cuenco de comida u otros recursos que proteja y cualquier estímulo discriminativo para el castigo positivo (véase el collar metálico o la correa utilizada para pegar al perro). La presentación de cualquiera de estos factores de riesgo puede desencadenar por sí solo la amenaza o el mordisco, dependiendo de la intensidad del estímulo y del nivel al que se encuentre el umbral de cada perro. Normalmente la combinación de varios factores de riesgo al mismo tiempo tiene como resultado un nivel de amenaza más alto. Esta suele ser la razón de que los perros muerdan «sin que se les haya provocado» o «sin razón alguna» a pesar de que nunca antes se hayan mostrado agresivos. Algunas combinaciones novedosas de elementos que incitan al perro con más fuerza de lo que nunca han logrado los elementos por separado. Se puede construir un perfil de cualquier perro a partir de sus experiencias pasadas (su historial).

Por ejemplo, imaginémosnos que nuestro perro Zaphod siempre se ha mostrado incómodo con la proximidad de hombres desconocidos. Otro factor de riesgo que le influye es que se queda paralizado cuando alguien se acerca a su cuenco de comida. El amo también se ha percatado de que el perro parece estar algo más sensible por la noche que durante el día y de que no está relajado del todo cuando se le acerca la mano o cuando alguien trata de acercársele. Además, estos dos últimos factores, dicho sea de paso, aparecen de una forma u otra en los perfiles de la mayoría de los perros.

Un día Zaphod muerde a un hombre que se le acerca para acariciarlo. Su amo está completamente desconcertado porque Zaphod nunca había mordido ni gruñido a nadie, y desde el punto de vista del amo no existió provocación alguna en esta ocasión. Sin embargo, y tal y como podemos ver por su perfil, Zaphod era una bomba de relojería que por desgracia se activó. Se suele dar una cualidad «repentina y sin previo aviso» en los perros cuyos umbrales de gruñir, lanzar dentelladas al aire y morder están tan próximos como en el caso de Zaphod. Un estímulo que provoque el gruñido también hará que estos perros alcancen el umbral de mordida. No obstante decir que se produjo sin previo aviso es falso. Esos avisos siempre han existido en forma de incomodidad con dichas situaciones. Su dueño se creyó el mito de «los perros buenos nunca muerden». Probablemente Zaphod podía haber mordido también a cualquier hombre desconocido que se hubiese acercado a él mientras comía. Él sigue siendo, dicho sea de paso, un buen perro.

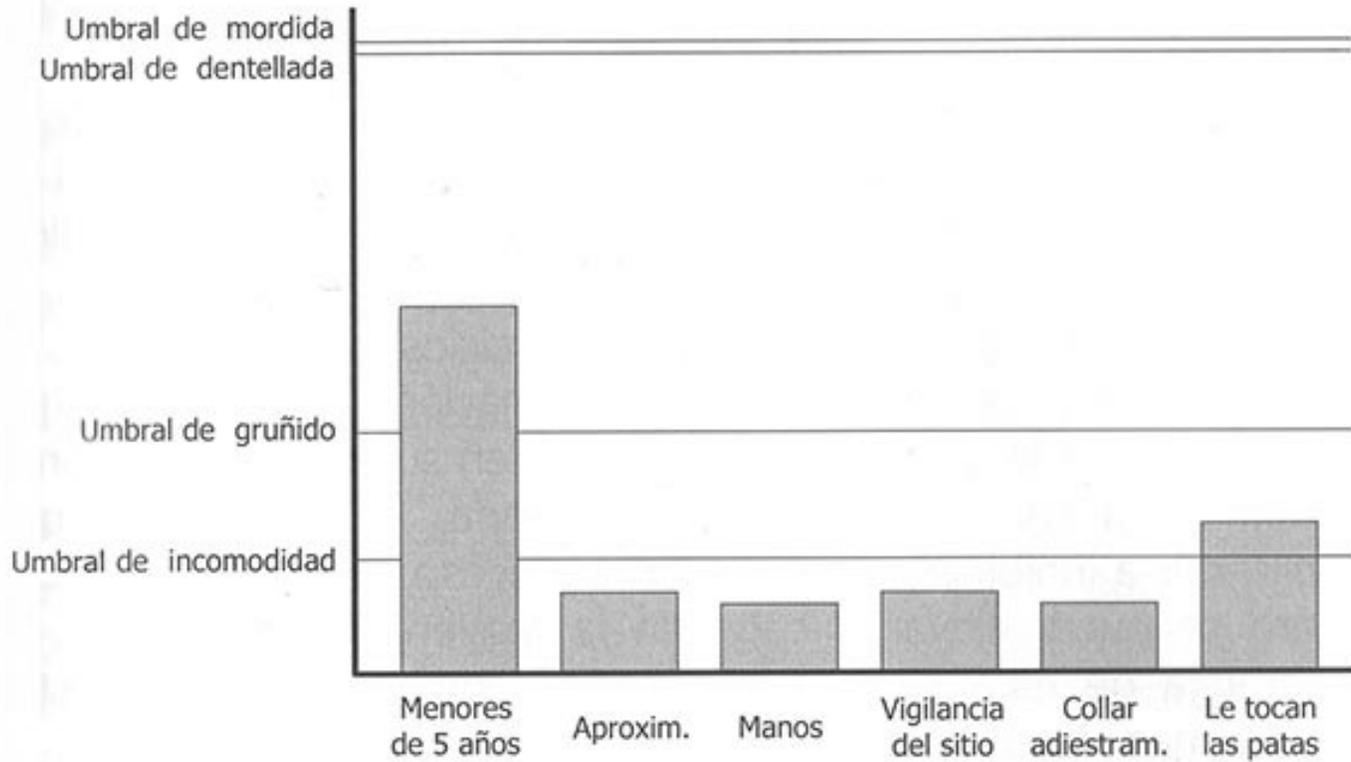


Umbral y factores de riesgo de Zaphod

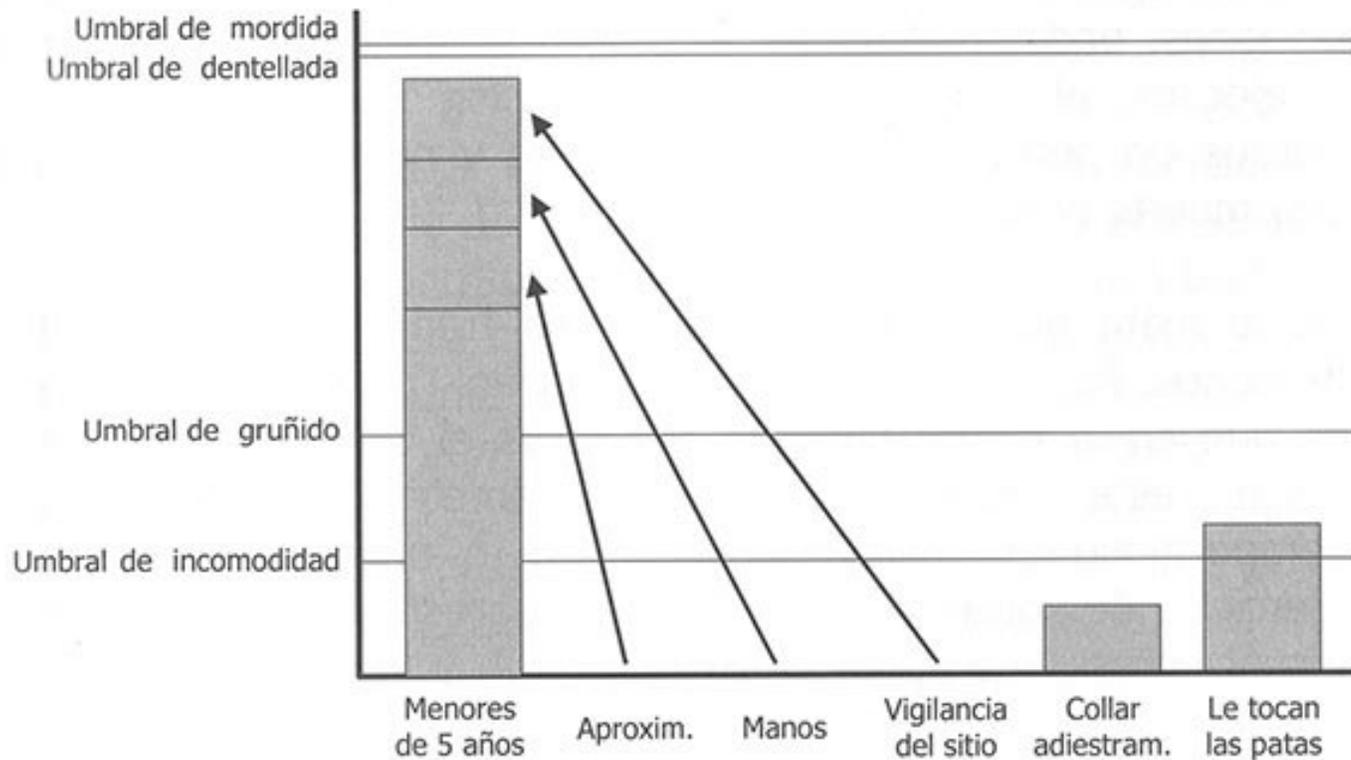


Zaphod muerde a un hombre que se le acerca para acariciarlo

Otro perro, Maggie, les gruñe a los niños pero nunca jamás les toca. Está incómoda cuando le cortan las uñas y de su perfil se puede deducir que hay otras cosas que también le molestan. Lo más preocupante de este caso es que su propietaria estaba convencida de que Maggie «nunca le mordería a nadie». Después de todo, cuando un día un niño se le acercó mientras estaba en la cama, Maggie «sólo» gruñó. Tal y como se puede ver en su perfil no haría falta mucho más para hacer que mordiera, y en caso de que tuviera la boca dura, su mordedura aumentaría las cifras de niños desfigurados. Sin embargo la dueña estaba segura de que su perra «nunca mordería» a menos que se le provocara mucho. En el caso de Maggie los puntos de su perfil son provocaciones. Es importante señalar que probablemente nunca llegara a lanzar dentelladas, ya que sus umbrales de lanzar dentelladas y de morder están muy juntos. Puede, dicho sea de paso, que a algún perro le falten uno o varios de estos umbrales en su perfil. No todos los perros avisan con antelación antes de morder. El perfil de Maggie sería útil desde el punto de vista funcional si no existiera la línea de lanzar dentelladas. No olvides que se trata de un modelo.



Umbral y factores de riesgo de Maggie



**Maggie le gruñe a un niño que se acerca a acariciarla cuando estaba echada en su cama.
Según su propietaria, Maggie «nunca mordería a nadie»**

Para curar a los perros que se comportan de modo agresivo tenemos que desenredar los factores de riesgo y trabajar sobre ellos por separado y de forma segura. Hay que reducir al máximo todas las columnas de la gráfica de Maggie y Zaphod de forma que aunque se apilen en una columna varios de ellos, nunca lleguen al umbral de mordida. Esto implica ejercicios de parcheo de la socialización, ejercicios para dirigir la protectividad, de manejo y aproximación. Tendremos que instalar ahora lo que el perro se perdió en su etapa de cachorro. Además, si carece de una boca blanda, el perro tiene que aprender a inhibir el mordisco. Este proceso es lento y laborioso pero se puede llevar a cabo en la mayoría de los casos. La moraleja de esta historia es que hay que evitar todos estos problemas interviniendo de forma activa antes de que se desarrollen, es decir, mientras los perros aún son cachorros (más vale prevenir que curar).

Pronóstico

Cuando se trata de perros adultos que muerden tenemos tres opciones: podemos abordar el problema, controlar el problema o ejecutar al perro. Hablo de ejecución y no de eutanasia porque un perro que muerde no sufre y no necesita ni desea una muerte piadosa.

Se le mata porque ha cometido una transgresión contra los humanos. Para eso sirven las ejecuciones. Lo más triste de todo es que en la mayor parte de los casos el comportamiento del perro está dentro de los parámetros normales del comportamiento canino, sencillamente o no se realizaron los ejercicios de socialización y contra la agresividad o bien fueron insuficientes.

El manejo hace referencia a prevenir físicamente el problema. Si el perro no está socializado con los niños, se mantiene al perro alejado de los niños durante el resto de su vida. Si el perro se muestra protector con el cuenco de comida, la familia se mantiene alejada del perro mientras éste come. Si el perro muerde cuando le cortan las uñas, se le pone un bozal y dos personas se encargan de mantenerlo echado cada vez que le cortan las uñas. Nunca se intenta que el perro supere el problema. En ciertas circunstancias el control es la mejor solución. Algunos perros, sobre todo los que tienen un problema bastante concreto, pueden disfrutar de una vida plena y normal y vivir al margen de los desencadenantes (las «provocaciones») siempre que el propietario sea perspicaz y atento.

El tratamiento hace referencia al esfuerzo por cambiar el comportamiento del perro, y se lleva a cabo normalmente abordando las actitudes e inseguridades subyacentes. Es necesario llevar siempre un control de la duración del tratamiento en cualquier programa de este tipo que se lleve a cabo con perros que se comportan de modo agresivo o temeroso. Se echará a perder cualquier programa de desensibilización si exponemos al perro a una situación que no puede controlar. Al final, en lugar del resultado deseado, lo que conseguimos es que resurja el comportamiento anterior, indeseado, inseguro, paranoico y agresivo. Si por ejemplo el perro tiene miedo a los hombres con barba pero se le ha desensibilizado hasta el punto de que logrará acercarse y acceder a un premio de comida cuando el hombre esté sentado y quieto, resulta contraproducente que un hombre con barba se acerque al perro para tratar de acariciarlo. Con el tiempo y con mucho adiestramiento lograremos que el perro termine

aceptándolo, pero aún no ha llegado ese momento. Un buen manejo sería que el amo evitase que los hombres con barba se acercasen al perro hasta que éste no haya llegado a ese punto del programa. Los pronósticos suelen ser mejores cuanto más joven es el perro y cuanto más blanda tenga la boca. Los perros jóvenes son más maleables y por razones obvias es menos arriesgado trabajar con perros que tengan la boca blanda.

Hay muchos propietarios que consideran que no tienen paciencia ni la disposición necesaria para dedicarle tanto esfuerzo a un perro que muerde, de ahí la popularidad de enviar los perros «al campo» o «a la granja» como una alternativa popular de controlarlos. Esta es la salida que eligen los dueños que no saben en qué consiste el tratamiento o que no les preocupa abordarlo y que al mismo tiempo se sienten muy culpables si ejecutan al perro. No soporto esta actitud. Al perro le han fallado por partida doble. Por una parte los humanos no realizaron los ejercicios de prevención, y por otra estos mismos humanos no reparan los destrozos que causaron al no realizar dichos ejercicios. Esto es realmente mala suerte y una sorprendente y total falta de empatía por parte de las mismas personas que establecen lazos basándose sobre todo en la convicción de que los perros son «iguales a ellos».

4. Todo se reduce a juguetes para mordisquear

Empatía 101

Imagínate que vives en un planeta en el que la especie dominante tiene una inteligencia infinitamente más sofisticada que la de los seres humanos a quienes, no obstante, tienen como animales de compañía. Son los Gorn^[3]. Se comunican entre ellos a través de complejas combinaciones telepáticas, movimientos de ojos y sonidos de alta frecuencia totalmente ininteligibles e imposibles de aprender para los humanos, cuyos cerebros sólo están preparados para la adquisición del lenguaje verbal. Lo que sí pueden aprender los humanos es el significado de algunos sonidos aislados tras repetidas asociaciones con cosas que tienen relevancia para ellos. Los Gorn y los humanos establecen lazos muy fuertes pero hay muchas reglas de los Gorn que los humanos deben intentar asimilar con una cantidad limitada de información disponible y corriendo muchos riesgos.

Imagina que eres uno de los humanos que tiene la suerte de vivir dentro de la casa de una familia Gorn. Otros humanos están en el jardín encadenados en pequeños cobertizos y tienen tanta hambre social, padecen tal aislamiento que no son capaces de controlar sus emociones cuando se les acerca un Gorn. Los Gorn consideran que por culpa de este comportamiento nunca llegarán a convertirse en «humanos domésticos». Son demasiados excitables.

El hogar que compartes con la familia Gorn está repleto de cuencos de porcelana llenos de agua, junto con lavamanos. Sin embargo siempre que intentas hacer pis en uno de ellos cualquier Gorn que se encuentre en las proximidades te ataca. Aprendes a utilizar el retrete sólo cuando no hay ningún Gorn. A veces llegan a casa y te meten la cabeza dentro del retrete sin que exista ninguna razón aparente. Odias que te hagan esto y empiezas a hacerles la pelota cuando vuelven a casa para que no te vuelva a pasar, pero ellos creen que eso es un indicio claro de que eres culpable de algo que todavía desconocen.

También te castigan por ver vídeos, leer determinados libros, hablar con otros seres humanos, comer pizza o pastel de queso, escribir cartas, etc. Los Gorn creen que son problemas de comportamiento. Para evitar volverte loco esperas a que no estén en casa para tratar de hacer todo aquello que deseas. Mientras están cerca estás sentado tranquilamente y con la mirada al frente. Como son testigos de que estás capacitado para comportarte como lo estás haciendo, un buen comportamiento para el que tú estás totalmente capacitado, ellos achacan a tu «rencor» que cuando te quedas solo te pongas a ver películas de vídeo y a transgredir otras reglas. Se imaginan que seguramente no te gusta que te dejen solo. Te sacan a pasear varias veces al día y te dejan revistas de crucigramas para que te entretengas (nunca los has hecho porque odias los crucigramas, pero los Gorn creen que no les prestas atención por venganza). Lo peor de todo es que te caen bien, después de todo se suelen portar bien contigo. Sin embargo cuando les sonrías te castigan, y lo mismo sucede si intentas estrecharles la mano para saludar. Si te disculpas, vuelven a castigarte. No has vuelto a ver a otro humano desde que eras muy pequeño y cuando ves uno por la calle muestras tu curiosidad, te entusiasmas y en ocasiones tienes miedo. Realmente no sabes cómo actuar y por eso el Gorn te mantiene alejado de otros humanos. Tus destrezas sociales nunca llegan a desarrollarse.

Al final te llevan a una escuela de «adiestramiento». Gran parte del adiestramiento consiste en dejarte momentáneamente sin respiración con un collar metálico alrededor del cuello. Están convencidos de que entiendes perfectamente los chillidos que emiten y la comunicación telepática, porque parece que a veces respondes correctamente. La verdad es que tú simplemente adivinas, odias el adiestramiento y la mayor parte del tiempo te sientes muy presionado. Un día ves a un Gorn acercándose con el collar de adiestramiento en la mano, tienes el síndrome premenstrual, te duele el cuello y la verdad es que no te apetece soportar la desconcertante coacción a la que está a punto de someterte. Le dices con voz seria que por favor te deje en paz y se vaya. Los Gorn están perplejos por este comportamiento agresivo sin previa provocación, creían que tenías buen temperamento.

Te meten en uno de sus vehículos y te llevan a dar una vuelta, vas observando el hermoso paisaje del planeta y te preguntas a dónde te llevarán. El vehículo se para y te dejan bajar en un edificio impregnado de olor a sudor y a excrementos humanos. Hay humanos en pequeñas jaulas por todas partes, algunos están nerviosos, otros deprimidos y la mayoría observa lo que ocurre fuera de sus celdas. Tus Gorn, con los que habías vivido toda tu vida, te entregan a un desconocido que te arrastra a una pequeña habitación. Estás aterrizado y le gritas a tu familia Gorn que te ayude pero ellos se dan la vuelta y salen del edificio. Te quedas allí retenido y te ponen una inyección letal. Al fin y al cabo, es la forma humana de hacer las cosas.

Decálogo de los problemas de comportamiento de las mascotas humanas en el planeta Gorn

1. Sonreír.
2. Ver la televisión.
3. Usar los jarrones de porcelana llenos de agua como lugar para hacer las necesidades.
4. Escuchar otra música que no sea country ni pop-rock.
5. Hablar con otros humanos.
6. Fumar.
7. Cepillarse los dientes.
8. Comer otra cosa que no sea *Human Chow* (nutritivo y equilibrado).
9. Saludar estrechando la mano.
10. Sentarse en las sillas («¿Qué tengo que hacer para que deje de sentarse en las SILLAS?»).

Este es el mundo de pesadilla en el que viven constantemente muchos perros domésticos. Los humanos consideran que casi todos los comportamientos naturales de los perros son problemas de comportamiento: mordisquear, ladrar, jugar con brusquedad, perseguir objetos en movimiento, comer cualquier alimento disponible que esté a su alcance, saltar y dar la pata para saludar, resolver pequeñas disputas por medio de amenazas, establecer contacto con perros desconocidos, proteger los recursos, tirar de la correa creando cierta presión en el pecho o en el cuello, orinar en superficies porosas como la moqueta, defenderse de situaciones que perciben como amenazantes, etc. Las reglas que nos parecen tan obvias a nosotros no tienen ningún sentido para los perros. No son humanos con piel de perro. Si alguien intentara castigar comportamientos que consideras necesarios para mantener

tu bienestar o para llegar a fin de mes, ¿dejarías de hacerlos inmediatamente o tratarías de descubrir cuándo resulta seguro hacerlos y cuándo no? ¿Qué sentirías hacia quien te castiga? ¿Qué tipo de credibilidad te merecería? Es tan obvio para los perros que está bien mordisquear los muebles, la ropa y el interior del coche como es tan obvio para ti que la televisión sirve para verla. Si te regaño por ver la televisión, seguro que lo que harás será sencillamente ponerte a verla cuando yo no esté en casa. Y eres un humano con un cerebro desarrollado y plenamente consciente de tus actos.

Nosotros, seres inteligentes, con moral, siempre realizamos este tipo de discriminaciones. Pongamos por ejemplo acelerar en las autopistas. A muchos les han puesto multas. ¿Cuál es realmente el efecto de este castigo tan fuerte aplicado en el instante perfecto? Una supresión inmediata del comportamiento: reduces la velocidad después de que te pongan la multa (estás enfadado y disgustado). Pero ¿qué sucede al cabo de unas horas, días y semanas? La mayoría de la gente vuelve a pisar el acelerador. Y no obstante dirán que son plenamente conscientes de que el exceso de velocidad va contra la ley, que es potencialmente peligroso y que entienden que les multen si los pillan. Precisamente aquí está la clave: «si los pillan». Lo que se suele recibir con el castigo es una sutil discriminación: mejoras tu olfato para detectar y anticipar los radares de velocidad y aprendes dónde y cuándo puedes ir más rápido. Es importante darse cuenta de que esto no es un fallo moral, sino el resultado que se obtiene con el castigo. Estamos sometidos a las leyes del aprendizaje, y los perros más si cabe, ya que al contrario que nosotros, ellos no comprenden que un comportamiento sea incorrecto o potencialmente perjudicial. En otras palabras, nunca se autocastigan como lo hacemos nosotros, echándonos la culpa y reprochándonos nuestras propias acciones. Esto no les hace moralmente inferiores, simplemente es su forma de ser. Nos tomamos demasiado en serio fenómenos que son simplemente producto de las leyes del aprendizaje animal.

Del mismo modo, si nos quemamos la boca al comer una pizza la próxima vez comprobaremos su temperatura antes de hincarle el diente, pero que nos quememos no evita que la vuelvas a comer. La razón es que la pizza está muy buena y lo sabes. Siempre que haya un refuerzo cualquier organismo buscará la forma de evitar el castigo para llegar hasta él. A fin de cuentas el refuerzo es el incentivo del comportamiento. Los castigos no son más que obstáculos que hay que superar en el camino hacia los refuerzos. Asimismo, no es muy común que el perro considere que está «mal» escarbar en las azaleas y que debe cortar ese hábito de raíz, aunque puede que aprenda que es peligroso hacerlo cuando estás delante. ¿Qué otra utilidad le podría encontrar el perro a ese parterre? Cada vez que infliges un castigo te conviertes en el policía que multa por velocidad a un ser amoral y no muy sofisticado que tiene muchas ganas de acelerar o que incluso lo necesita. Dejará de hacerlo temporalmente si la multa es abultada, pero más tarde o más temprano volverá a acelerar y será más habilidoso a la hora de evitar las trampas evitando los radares de velocidad.

La división del universo

HUMANOS

Muebles

PERROS

Juguete para mordisquear

Zapatos	Juguete para mordisquear
Coche	Objeto que desaparece velozmente
Interior del coche	Juguete para mordisquear
Alfombra	Retrete
Comida para perros	Comida
<i>Hors D'oeuvres</i> ^[4] para los invitados	Comida
Pañuelos de papel	Comida
Violonchelo	Juguete para mordisquear
Libro	Juguete para mordisquear
Gato	Objeto que desaparece velozmente
Ardilla	Objeto que desaparece velozmente
Envoltorio plástico en el suelo	Comida
Altavoz de la cadena de música	Juguete para mordisquear
Altavoz de la cadena de música	Retrete
Gafas	Juguete para mordisquear
Hielo	Comida (para un Labrador)

Adiestramiento para ser limpio en casa

Este es otro ejemplo clásico. ¿Te acuerdas de los Gorn? Si uno de ellos saliese de repente de un mueble en el cuarto de baño y te pegara un grito cada vez que te sentases para defecar, te seguiría pareciendo de lo más evidente que donde está «bien» hacer las necesidades es en el retrete. Sin embargo es posible que empieces a registrar los muebles del baño antes de sentarte en el retrete para asegurarte de que no hay ningún atacante dentro. Seguro que te mostrarías bastante reacio a defecar en cualquier otro lugar a sabiendas de que quien ya sabemos está rondando. Eso no es tener rencor, es ser sumamente sensato. Los amos creen que sus perros «se la devuelven», «tratan de tomarse la revancha» cuando se niegan a hacer sus necesidades durante los paseos y luego lo hacen en la moqueta en cuanto él sale de la habitación para contestar al teléfono.

Seguro que es la peor interpretación que se ha hecho del comportamiento de los perros. El perro simplemente ha aprendido a hacer sus necesidades en un retrete obvio si el atacante no está presente, después se comporta de modo sumiso cuando vuelve el amo para tratar de aplacar el castigo que ocurre inevitablemente al darse el contexto mágico: la combinación de dueño más excrementos en la alfombra. Del comportamiento del perro se deduce claramente que desea desesperadamente encontrar el modo de evitar ese castigo si supiese cómo hacerlo. Si alguien te castigara en una situación determinada también pedirías clemencia, independientemente de si tienes alguna pista de por qué te va a castigar. Lo que le hacemos a los perros está rozando lo orwelliano^[5].

La razón por la que los propietarios se bloquean en el proceso de adiestramiento de sus perros para ser limpios en casa es que les resulta extremadamente obvio que el juego se reduce a la discriminación

entre «dentro de casa» y «fuera de casa». No obstante, los perros, aunque son capaces de hacer esta discriminación, no llegan necesariamente a la misma conclusión a partir de la información que le facilita su dueño. Los dueños también dan por hecho que los perros pueden aprender lo que está bien y lo que está mal cuando lo que de verdad aprende el perro es lo que es seguro y lo que es peligroso. Cuando un perro está aprendiendo cómo «funciona» el mundo, hay que encajar muchas piezas en el puzzle. Veamos un caso típico de adiestramiento para ser limpio en casa: los doce primeros intentos de Max, un perro recién llegado a casa, para hacer pis.

COMPORTAMIENTO DE MAX	SEÑALES EN CONTEXTO	CONSECUENCIAS PARA MAX
Pis en el hall	Alfombra, amo ausente	Alivio
Pis en la sala	Moqueta, amo presente	Alaridos y reprimenda
Pis en el jardín	Hierba, amo presente	Alivio, premio, galletita
Pis en la sala	Moqueta, amo presente	Alaridos y reprimenda
Pis en el hall	Alfombra, amo presente	Alaridos y reprimenda
Salida al jardín sin pis	Hierba, amo presente	Vuelve a la casa
Pis en el jardín	Hierba, amo ausente	Alivio
Pis en la habitación	Moqueta, amo presente	Alaridos y reprimenda
Pis en el comedor	Bajo la mesa, amo ausente	Alivio
Pis en el comedor	Alfombra, amo presente	Alaridos y reprimenda
Salida al jardín sin pis	Hierba, amo presente	Vuelve a la casa
Pis en la planta baja	Sofá, amo ausente	Alivio

Desde el punto de vista del amo, sólo se han cometido tres fallos: el primero en el hall, el segundo debajo de la mesa del comedor y el tercero en la planta baja. En todos los demás intentos se descubrió al perro en pleno acto y se le castigó o bien hizo sus necesidades en el lugar deseado, el jardín. Pero ¿qué ha aprendido el perro? Es posible que el perro esté aprendiendo que los lugares cerrados son peligrosos y que la hierba es segura. Es posible que el perro también esté aprendiendo que las habitaciones y salas de estar son peligrosas, que los comedores también lo son a menos que estés debajo de la mesa y que la hierba, los sofás y la planta baja son, hasta la fecha, lugares seguros. *Lo que sí es seguro es que nunca es peligroso cuando el amo está ausente y que sí hay peligro en la mitad de los casos en que el amo está presente.* Si fueras el perro y tuvieras que jugarle la probabilidad de que hubiera peligro quizá comenzarías a contenerte cuando el amo estuviese contigo, incluido cuando estuvierais en el jardín, y después te marcharías sigilosamente a la planta baja para hacer pis y así asegurarte de que no tendrías problemas. Tu hipótesis resultaría ser acertada. Siempre es seguro ir cuando estás solo.

Lo que falta en este ejemplo de adiestramiento para ser limpio en casa son antecedentes fiables de los intentos reforzados por hacer las necesidades en el lugar adecuado, el jardín. Esto no sólo elimina la ambigüedad de los primeros intentos sino que también establece la presencia del amo y el lugar deseado como algo reforzante. Así pues, los posteriores castigos tendrán menos margen de

interpretación: está claro que ese lugar no es seguro. Suele faltar esta base sólida de partida. Los propietarios comienzan a asumir que el perro ha aprendido después de que realiza sus necesidades en el lugar deseado en dos o tres ocasiones, cuando en realidad no son más que unas gotas en la inmensidad del océano.

Para garantizar el éxito en el adiestramiento para ser limpio en casa lo único que hace falta es que supervisemos e informemos al perro en todas y cada una de las veces que hace sus necesidades. Esa es la regla número uno. La regla número dos es que el amo sea y quiera ser el bueno de la película la mayor parte del tiempo. Para dar información al perro sobre todos sus actos y así convertirte en el bueno tienes que hacer todo lo posible para que haga sus necesidades fuera de casa y tienes que estar presente en ese momento para darle el refuerzo oportuno en el instante preciso (premio verbal y comida de tu bolsillo). También tienes que encontrar la forma de prevenir cualquier error dentro de casa. Cada vez que evites que el perro haga sus necesidades dentro de casa, aumentarán las veces que lo haga en el lugar deseado (fuera). Así, al mismo tiempo que aumentan las oportunidades de condicionarle con un refuerzo por hacer sus necesidades fuera, tú quedarás como el bueno de la película. Esta es la esencia del adiestramiento para ser limpio en casa. Otro detalle es descubrir los accidentes dentro de casa e interrumpirlo en el momento preciso.

Adiestramiento para estar en la jaula

Para conseguir un historial de reforzamientos ininterrumpido tenemos que prevenir cualquier intento de que el perro haga sus necesidades en casa. Para lograrlo podemos utilizar una jaula de transporte y realizar frecuentes salidas al jardín a periodos regulares. La mayoría de los perros hará lo indecible por aguantar y no hacer sus necesidades si está en un espacio muy restringido. Esto convierte la jaula en una excelente herramienta. Se han escrito páginas y páginas sobre el adiestramiento para utilizar la jaula y resulta sorprendente que sigan existiendo detractores que siempre alegan razones de humanidad. La alternativa al adiestramiento con la jaula es un historial de antecedentes de castigo a una temprana edad que no sólo puede estresar al perro sino que puede echar a perder todo el proceso. La gente utiliza otros métodos pero el desgaste del perro es considerable.

Antes de utilizar una jaula como herramienta de adiestramiento asegúrate de que vayas a dedicar tiempo para lograr una buena primera impresión. Haz que sea cómoda, con una buena colchoneta o almohada y una manta, coloca la jaula en una zona muy transitada como la cocina, y cuando el perro no esté mirando, deja caer unos trocitos de galleta en el fondo de la jaula. Espera a que el perro descubra por sí mismo las maravillas que le has dejado. Ponle la comida dentro de la jaula y deja siempre la puerta abierta. Ata con una cuerda resistente un juguete para mordisquear relleno de comida irresistible y ponlo cerca del fondo de la jaula de forma que el perro tenga que echarse en la jaula para mordisquearlo.

Tras varios días repitiendo estos ejercicios empieza a enseñarle al perro a entrar y salir a la orden. Di «a tu sitio» o «entra en la jaula», lanza dentro un trocito de galleta, felicítalo cuando entre y se coma el trozo de galleta y después ordénale que salga dándole la orden que quieras. Anímale a que salga y

cuando lo haga, felicítalo (voz y caricias, no le des un trozo de comida por salir). Repite esto unas cuantas veces y luego cambia ligeramente el orden de los eventos: en lugar de lanzar el trozo de galleta dentro de la jaula después de decir «a tu sitio» o «entra en la jaula», espera hasta que entre por propia voluntad antes de darle el premio. Si el perro no entra a la orden simplemente espera un poco. No vuelvas a repetirle la orden y no te ablandes y le tires dentro el trozo de galleta. Puedes animarlo a que entre haciendo gestos con la mano pero hasta esto es más arriesgado que limitarse a esperar pacientemente. Si el perro no entra, da por finalizada sin más la sesión de adiestramiento. Intenta realizar una nueva sesión un poco más tarde, reteniendo el refuerzo hasta que el perro entre por propia voluntad. Cuando lo haga (y todos terminan haciéndolo, así que resiste) dale un refuerzo doble o triple, realiza unas cuantas repeticiones más con premios y después finaliza la sesión. Deja siempre al perro con ganas de más.

Cuando el perro entre y salga a la orden estarás en disposición de probar a dejarlo encerrado por primera vez. Alquilate una buena película de vídeo y rellena un par de juguetes con algo extra succulento. Pon la jaula justo al lado del sillón desde donde verás la película y justo antes de empezar a verla ordénale que entre en la jaula. Cuando entre, dale los juguetes para mordisquear, cierra la puerta de la jaula y ponte a ver la película. Sal un par de veces a buscar las palomitas o algo de beber pero vuelve siempre al cabo de un minuto o dos. La primera experiencia de estar encerrado en la jaula tiene que ser extremadamente gratificante y satisfactoria. Ignora o reprende al perro por cualquier ruido, agitación o rabieta. Al final de la película, si el perro está callado y tranquilo en la jaula, sencillamente abre la puerta y ordénale que salga. Bajo ningún concepto abras la puerta de la jaula si el perro no se comporta correctamente ya que de lo contrario estarás condicionando ese comportamiento. Si no te gusta, no lo refuerces. Cuando al final abras la puerta no te muestres demasiado efusivo ni acaricies al perro, haz que la salida sea un anticlímax, compórtate de modo neutro. Todo lo bueno debería pasar mientras está DENTRO de la jaula y comportándose perfectamente. Cuando salga vuelve a ordenarle que entre a cambio de uno o dos trocitos de galleta y no cierres la puerta hasta terminar la sesión de adiestramiento. Si rehúsa entrar haz lo que sea necesario para lograr que entre, refuézalo y vuelve a perfeccionar el ejercicio de entrar y salir.

Los días sucesivos encierra al perro en la jaula mientras estés por casa haciendo tus labores diarias. Ignora o reprende cualquier ruido que haga y proporcióname siempre puzzles interesantes (es decir, juguetes para mordisquear). Cuando el perro se meta sin rechistar y sin realizar vocalizaciones de estrés puedes comenzar a dejarlo solo en casa. ¡Voilà!^[6]

Hay perros a los que la jaula no los inhibe y hacen pis y caca a voluntad. Es posible que anteriormente hayan estado encerrados durante largos periodos de tiempo y a temprana edad, forzándolos de este modo a hacer en ella sus necesidades. Pierden su tendencia natural a ser limpios. A veces se puede dar marcha atrás en el adiestramiento manteniendo el perro y la jaula inmaculados y sacando a pasear al animal a menudo para que nunca llegue a tener la vejiga llena, y tenga por lo tanto que evacuar en la jaula. Para aquellos perros que siguen haciendo sus necesidades sin reserva cuando se les encierra, la jaula carece de tanto valor. No obstante, los principios de adiestramiento para ser limpio en casa siguen siendo los mismos: prepárate para que realice muchas respuestas correctas y refuerza cada una

de ellas. Interrumpe las respuestas no deseadas. Para los perros que no entran en la jaula esto significa supervisión directa y constante.

Desarrolla la capacidad de estar al tanto de si tu perro tiene la vejiga vacía o llena. Cuando tiene la vejiga vacía se le puede dar libertad de movimientos en determinadas zonas acondicionadas (a prueba de perros) de la casa: en otras palabras, has visto al perro hacer «todas» sus necesidades fuera de casa y le has reforzado por ello, ahora puedes estar tranquilo durante un tiempo. Un perro con la vejiga llena tiene dos opciones: 1) hacer sus necesidades en su jaula o 2) hacerlas fuera de casa, en la zona destinada para ello y junto con su amo, que lleva hígado en uno de sus bolsillos por si el perro acierta y hace lo que se espera de él. Hay que dar el refuerzo en el instante preciso.

Pasos en el adiestramiento para ser limpio en casa

1. Establece una serie de antecedentes un historial de refuerzos: saca a pasear al perro a intervalos regulares al mismo sitio y refuézalo con una entonación adecuada y con comida cada vez que haga sus necesidades en el lugar deseado. Deberás tener el refuerzo en el bolsillo para dárselo un segundo después de que realice el comportamiento deseado. Felicítalo con tu voz mientras está evacuando y refuézalo (con comida) inmediatamente después de que termine. Utiliza un refuerzo que le guste especialmente. Para reforzarlo inmediatamente tienes que estar presente: si mandas al perro al jardín para que evacúe mientras observas por la ventana puede ser que el perro haga pis y caca en el jardín, pero no se logrará el efecto del adiestramiento si no le das el refuerzo inmediatamente. Lo que estás estableciendo es que el perro prefiera salir a evacuar alejado de ti, recuerda que luego estarás regañando al perro por hacerlo dentro de casa y no quieres que asocie eso contigo. Las numerosas veces que ha recibido un refuerzo por hacer sus necesidades fuera de casa cuando tú estás presente harán que tus futuras reprimendas sean más fáciles de interpretar. También puedes reforzar al perro sacándolo a dar un paseo después de evacuar en el área deseada. Cuando aprenda que el paseo empieza al terminar de evacuar tenderá a hacer sus necesidades con mayor rapidez. La mayoría de la gente enseña esto al revés: sacan a pasear al perro con la esperanza de que haga sus necesidades y luego dan por terminado el paseo tan pronto como termina de hacerlas, de este modo el perro aprende que hacer sus necesidades supone el fin del paseo y empieza a retrasar la evacuación para prolongar el paseo. Esto no es un complot por parte del perro sino simplemente, una vez más, las leyes del aprendizaje en acción. En mi casa la regla es: los perros «vacíos» pueden jugar al frisbee. A mis perros les gusta el frisbee y saben que el juego no da comienzo hasta que hayan vaciado la vejiga y el intestino, por lo que se apresuran a evacuar. La mayoría de los propietarios de perros debería aprender a esforzarse más en proporcionar consecuencias en lugar de intentar manipular el comportamiento con desencadenantes. Hablaremos más en profundidad de las consecuencias y los desencadenantes. Muy en profundidad.
2. cuando el perro haya vaciado la vejiga y los intestinos (cuando haya hecho ambas cosas fuera de casa en tu presencia y le hayas reforzado por ello), entonces, y solo entonces, podrá estar suelto por casa durante 30 minutos aproximadamente en un área segura (en la que el perro no pueda

cometer errores). Si está bien adiestrado en lo referente a mordisquear objetos puedes permitirle el libre acceso a todas las habitaciones de la casa. Esta es una cuestión teórica ya que a la mayoría de los perros que necesitan adiestramiento para ser limpios en casa les suele faltar adiestramiento en otros aspectos como mordisquear los objetos deseados. Si es un perro nuevo o un cachorro no des por hecho que no hay ningún problema basándote en que todavía no ha destrozado la mesa y las sillas del comedor, asume que puede mordisquear cualquier cosa en cuanto tenga oportunidad así que no le dejes descubrir lo mucho que le gustan el roble o las alfombras orientales. Si de vez en cuando dejas un «recuerdo» (es decir, hace pis o caca antes de que trascurren los 30 minutos desde la última evacuación), no te arriesgues a que esto ocurra de nuevo; mételo en la jaula durante un par de horas para que se estire y para prevenir cualquier accidente. Todo accidente dentro de casa es A) una oportunidad que pierdes de reforzarlo en el exterior, B) una ocasión en la que has fallado al no pillarlo dentro lo que hace que el hábito continúe, o C) uno que pillas dentro de casa pero que te puede convertir en el malo de la película, antes de que el historial de refuerzos haya proporcionado un cojín de amortiguación que te permita castigar sin empeorar las cosas. Evitar a toda costa los errores dentro de casa en las primeras fases del adiestramiento.

3. Deja al perro en la jaula excepto en los momentos en que vaya a evacuar o lo dejes libre, con supervisión. Haz que la jaula sea cómoda y manténlo muy entretenido en ella proporcionándole juguetes rellenos a modo de puzzles a resolver. Si normalmente tienes que dejarlo solo durante varias horas, la verdad es que no deberías dejarlo encerrado en la jaula. En este caso resulta difícil dar un consejo dado que alguien con tan poca disponibilidad de tiempo ha adquirido un perro que no está adiestrado para ser limpio en casa. Esta es la estupidez más grande que se pueda imaginar pero para esos casos presentamos unas medidas de control que vale la pena tener en cuenta: dejaremos al perro en una habitación preparada para tal efecto con una zona para que haga sus necesidades en el extremo opuesto para dormir y comer; el suelo de la habitación ha de ser indestructible, de baldosines como el suelo de la cocina, y el área para hacer sus necesidades deberá ser una superficie porosa como la que proporciona una gruesa capa de periódicos o, mejor aún, césped. Todo esto potenciará la probabilidad de que el perro elija el lugar apropiado cuando necesite hacer sus necesidades. No obstante, a menos que se le proporcione feedback continuamente, esto no garantiza de ninguna forma que el perro haga siempre las necesidades en ese lugar. Cuando estés en casa recompénsalo como sueles hacerlo en la zona fuera de casa destinada a evacuar. Se puede cerrar al perro en la jaula durante la noche para evitar posibles accidentes. Personalmente, aconsejo poner la jaula en la habitación por la noche; dormir en *masse*^[7] es algo muy propio de los perros. Si el perro se despierta temprano y gimotea no le prestes atención hasta que se cumplan dos condiciones: a) es tu hora de levantarte o más tarde y b) el perro está tranquilo en la jaula. Los perros aprenden con rapidez que no habrá actividad antes de una determinada hora (son capaces de estimar el tiempo con precisión) y que ese estribillo no sirve de nada. También puedes regañarle cuando haga ruidos aunque es posible que esto sólo aplaque temporalmente el comportamiento: la extinción es lo que erradica el gimoteo. Estás avisado: una pequeña regañina puede actuar a modo de refuerzo pues le estás dedicando atención («Peluche, cariño, a mamá no le gusta que hagas eso...» o incluso peor, «shhh, tranquilo» es un refuerzo).

4. Cuando el historial de refuerzo utilizando el área exterior está bien establecido ya puedes darle oportunidades para que el perro cometa errores dentro de casa. Depende de ti decidir si ha habido un historial de reforzamiento suficiente que te permita arriesgarte a aplicar algún castigo. El indicio de que hay un adecuado historial de refuerzo es que el perro empezará a evacuar casi de forma refleja en cuanto llegue al área deseada. Dale unos cuantos días o un par de semanas siempre que durante ese tiempo no le hayas permitido que se equivoque y evacúe dentro de casa. A veces, si has sido diligente con los refuerzos, el perro ni siquiera llega a cometer un error y tú te libras de la fregona. Otras veces, aunque el perro prefiere hacer sus necesidades en la zona elegida, aún no se pueden descartar lugares alternativos para evacuar como las alfombras; para descartarlos por completo y limpiamente tienes que pillarlo cuando esté empezando a hacerlo. Si el perro ha vaciado por completo la vejiga e intestinos antes de que lo descubras y logres interrumpirlo, resultará menos obvio para él. Si llegas tarde para reprender el comportamiento (es decir, el perro hace pis en la alfombra, se va mientras gime aliviado y luego lo castigas), lo que has hecho, como te estarás imaginando, es regañarle por gemir. Para el perro no resulta evidente que, al contrario que suspirar, orinar en la moqueta tenga una carga emotiva, así que deja de pensar que es obvia la razón por la que estás tan enfadado. Si quieres modificar el comportamiento mantente «al loro» de los cambios de comportamiento. Si el historial de refuerzo se ha establecido adecuadamente necesitarás dos o tres reprimendas en el interior para dar por finalizada la tarea, siempre y cuando sean dos o tres veces seguidas. Si el perro logra salirse con la suya en una ocasión, da por hecho que tu lucha se prolongará. Todo esto no tiene nada que ver con la cabezonería u otro aspecto emocional; es algo natural, un proceso de condicionamiento sin adulterar. Esto es aplicable a cualquier clasificación que creas que exige a tu perro de las leyes del aprendizaje, como machos que levantan la pata, razas de perro imposibles de adiestrar para que sean limpios en casa, etc. Para condicionar a un animal lo único que necesitas es una médula espinal y un bulbo raquídeo. La mayoría de los perros dan la talla. En los machos que levantan la pata el factor que complica la situación es que habrá cosas que muy probablemente provocarán la micción, como algo novedoso, el olor de otro perro, cualquier superficie vertical, etc., sin embargo el procedimiento es el mismo: establecer un historial de refuerzos, evitar errores y, para terminar, descartar las opciones inadecuadas. Cuando el perro se lo sepa de memoria refuerza de vez en cuando las evacuaciones fuera de casa. Puede que llegados a este punto prefieras pedirle al perro que salga él solo en lugar de sacarlo tú y también aumentar progresivamente sus periodos de libertad en casa. Remarco: progresivamente.

Regresiones en el adiestramiento

Cualquier cambio del comportamiento del perro suele desconcertar profundamente a sus dueños, que empiezan a preguntarse continuamente «¿por qué?, ¿por qué?», como si nunca tuviera que darse ninguna variación de ninguna clase en el comportamiento de este organismo vivo. Las regresiones en el adiestramiento son muy frecuentes y no suponen mayor problema. Es muy importante recordar que el comportamiento cambia continuamente y que siempre está sujeto a cualquier contingencia del entorno. Hay tres razones principales para explicar por qué un comportamiento que se considera

«estable», «fijado», se quiebra:

1. Falta de adiestramiento suficiente: el comportamiento nunca había sido lo suficientemente intenso desde el principio.
2. Cambio de contingencias: el comportamiento se extinguió o bien el perro aprendió uno nuevo por circunstancias relativas al amo o al entorno.
3. Problema en la generalización: este es el síndrome de «la piscina nueva» de Karen Pryor.

Estas tres razones son realmente variaciones del mismo tema, la falta de adiestramiento suficiente. En el día a día es extremadamente complicado reforzar al perro las veces que sean suficientes para obtener la fortaleza de la respuesta que la mayoría de la gente espera y también es difícil controlar las circunstancias cambiantes del entorno para mantener el adiestramiento y obtener respuestas generalizadas en nuevos contextos.

¿Recuerdas los 12 primeros intentos de orinar de Max? Se estaba encaminando a un proceso invertido y crónico de adiestramiento para ser limpio en casa. Pongamos que los doce intentos siguientes de Max siguen la misma línea. Al mismo tiempo, hemos cerrado las puertas de acceso al bajo y a las habitaciones y dejamos a Max en la jaula cuando los amos no están en casa. Estos preparativos acaban dando la impresión de que Max comprende que sólo puede hacer sus necesidades en el jardín. Pero ¿está Max realmente adiestrado? Sus opciones de hacerlo de modo seguro quedan limitadas ahora al jardín, que ha estado usando sistemáticamente. Al cabo de unas semanas los amos pueden dejarlo solo y fuera de la jaula sin problemas, durante cortos periodos de tiempo. Un buen día se da la casualidad de que cuando Max sale al jardín por la mañana, su amo sale a regar las plantas. La presencia del amo cerca de él inhibe a Max a hacer sus necesidades en el jardín, por lo que vuelve a entrar con la vejiga llena. El amo no se da cuenta y sigue haciendo sus cosas. Cuando sale de la habitación, Max hace pis en la manta del bebé, la única superficie porosa que encuentra. Como nadie le dice lo contrario Max da por hecho que lo que ha hecho está bien. Acaba de crearse un nuevo hábito.

Es posible que el dueño haya interpretado este simple caso de falta de adiestramiento como celos del bebé o bien le haya atribuido alguna otra interpretación absurda. Este caso no se podría considerar una regresión en el adiestramiento ya que nunca se adiestró al perro. Este fenómeno de un problema enmascarado es la raíz de muchos de los castigos que reciben los perros que supuestamente «saben» lo que deberían hacer. Hay una tendencia muy marcada a asumir un conocimiento muy profundo por parte del perro basándose en la observación de varias respuestas deseadas. La percepción que el perro tiene de las contingencias suele ser bastante distinta de la que tiene el dueño. ¿Entonces cuál es la solución para Max? 1) Un sólido historial de respuestas reforzadas en el lugar deseado, 2) prevención de errores hasta que se cumplan dichos antecedentes, 3) exposición a situaciones controladas una vez que se haya superado el primer nivel y 4) mantener el comportamiento con refuerzos esporádicos. Estate siempre preparado para posibles regresiones que se puedan producir si varían las contingencias o el contexto. No existe ninguna poción mágica. Adiestra al perro para que sea limpio en casa.

Variación de las contingencias: nuevas reglas involuntarias

Un cambio de contingencia puede ser algo como lo que sigue. El perro se ha dado cuenta de que orinar en el jardín resulta seguro y que le suele reportar refuerzo, y que es peligroso hacerlo en la mayoría de los sitios en los que lo ha intentado dentro de casa, por lo que se ha fijado un hábito bastante sólido de evacuar en el jardín. Al amo empiezan a molestarle las manchas amarillentas en la hierba, fruto de la orina del perro, y ha decidido restringir la zona para evacuar a una esquina del jardín. Durante varias semanas y a la hora habitual el amo saca al perro con la correa, lo lleva a la misma esquina y lo premia por orinar. Las dos primeras veces que el perro sale sin la correa hace sus necesidades en donde no debe y el amo lo castiga. Al tercer día el perro se niega a hacer pis en el jardín. El amo se da cuenta y saca al perro a dar un paseo. El perro tiene la vejiga a reventar y finalmente hace pis y recibe los refuerzos. Al amo le agrada la idea de que el perro orine durante el paseo en lugar de hacerlo en el jardín y comienza a sacar al perro alrededor de la manzana para que evacúe, lo cual da resultado y evita que el jardín se llene de orines.

Unos meses más tarde, el dueño está apurado porque tiene que prepararlo todo para recibir a unas visitas y deja al perro en el jardín para que haga pis mientras termina de preparar la comida. El perro no hace pis en el jardín y entra en casa con la vejiga llena. Cuando llegan las visitas el amo le pone la correa para tranquilidad de una de las personas que vienen pues le tiene miedo a los perros. Entonces el perro hace pis en la alfombra persa. El amo cree que el perro se ha percatado de que no es del agrado de una de las visitas y que orinó para mostrar su rencor, sin embargo de acuerdo con las nuevas contingencias establecidas involuntariamente por el amo, el perro ha aprendido a orinar únicamente cuando está atado de la correa. Los perros no son muy amigos de las agendas apretadas, simplemente necesitan saber dónde y cuándo pueden hacer pis tranquilamente.

Hacer las necesidades a la orden

Los perros no son capaces de hacer generalizaciones entre las distintas partes del adiestramiento. En el caso del adiestramiento para ser limpio en casa pueden producirse deslices durante las visitas a las casas de otras personas por la única razón de que el perro ha aprendido a no evacuar en la casa de su amo pero no lo ha generalizado a todos los espacios cerrados. Las pistas en las que más se fija un perro en el adiestramiento para ser limpio en casa son los espacios, las superficies y las personas que lo rodean. Algunos perros también son sensibles a las condiciones meteorológicas. La mejor forma de afrontar esta situación es que haga sus necesidades a la orden. Las personas que exponen sus perros con frecuencia en los concursos de belleza utilizan este truco porque a menudo tienen que hacer que el perro evacúe en lugares que no conocen y en distintas superficies. Para enseñarle esto a tu perro obsérvalo durante unos días para identificar con claridad cuándo desea hacer una cosa u otra en cada situación y sobre todo para ver los comportamientos intencionados que anteceden a la evacuación. Luego procede al adiestramiento como se describe a continuación.

Antes de que el perro vaya a orinar, dale la orden, espera mientras el perro orina y cuando termine refuézalo como siempre. Haz lo mismo para la defecación, usando una orden distinta. No te preocupes si desconciertas al perro al hablarle mientras está haciendo pis. Esfuérzate en establecer una buena secuencia de orden-comportamiento-refuerzo. En eso consiste el condicionamiento clásico y

con él lograrás, después de un número suficiente de repeticiones, que el perro orine o defeque a la orden. En las primeras etapas del adiestramiento no te arriesgues a darle la orden a menos que estés seguro de que está a punto de evacuar, ya que de otra forma se establecería una asociación errónea. Necesitas un número suficiente de repeticiones antes de que la señal llegue a desencadenar realmente alguna acción. La clave de esta técnica radica en reconocer los primeros síntomas de que el perro tiene intención de evacuar para darle la señal antes de que realice el comportamiento. Esta técnica también funciona sin los refuerzos. El mejor método es reforzar de modo selectivo aquellas evacuaciones que hayan sido precedidas por la orden. Cuando el perro evacúe sin que le hayamos dado antes la orden límitate a darle las gracias sin darle el refuerzo, así se fortalecerá la evacuación a la orden en detrimento de la evacuación sin orden previa. Llevado al extremo esto puede tener como resultado un perro al que le cuesta enormemente evacuar cuando no recibe la orden, así que estate al tanto.

La infradesarrollada habilidad del perro para generalizar puede resultar útil. Por ejemplo, es fácil enseñarle a un perro que es correcto sentarse en un determinado sofá o silla, pero no en otro sofá u otra silla. Esto hace innecesaria «la sistematización» de la regla de nunca subirse a los muebles. Con esto no quiero hacer en absoluto un juicio de valor: si no quieres que los perros se suban a los muebles, perfecto, siempre que proporciones una alternativa decente desde el punto de vista de la comodidad para un perro que tiene preferencia por los muebles (de lo contrario es muy probable que el perro aprenda cuándo es seguro echarse en el sofá: cuando tú, el radar de velocidad, te hayas ido). Lo que intento decir con esto es que no es injusto o difícil para el perro asimilar que hay muebles que puede tocar y otros que no. Los perros son capaces de hacer discriminaciones sutiles fácilmente, de hecho son capaces de discriminar tan bien que se complica enormemente el adiestramiento en aquellas situaciones en las que quieres que generalice. Por todo esto es importante recordar que el perro no está aprendiendo qué es lo que «debe» o «no debe» hacer, ni nada relacionado con lo que está bien o mal; está aprendiendo contingencias, es decir, qué consecuencias inmediatas tiene para él hacer esto, aquello o lo de más allá. Repítete a ti mismo a modo de mantra: los perros no aprenden lo que es correcto y lo que no lo es, aprenden qué es seguro y qué es peligroso. No por ello los perros son menos sofisticados o valiosos que si moralizaran sobre ello. Simplemente es su forma de ser.

La naturaleza cambiante del comportamiento

La gente se suele poner de los nervios con las regresiones del adiestramiento. Cuando el perro ha demostrado comprender una regla o haber asimilado un hábito determinado, mucha gente da por hecho que la raíz del fallo está en una motivación personal muy arraigada.

La verdad es que el comportamiento se desmorona continuamente y normalmente no sabrás a qué se debe. Esto es aplicable tanto a los adiestramientos muy enraizados como a comportamientos que parecen estar bajo el control de unas condiciones ambientales totalmente controladas. Los patinadores profesionales se suelen caer sobre el trasero y no se cuestionan incansablemente «¿por qué?». Angustiar se sobre por qué, por qué, por qué un perro comete un error puede ser un tema de conversación interesante para la sobremesa pero no resuelve el problema. El comportamiento cambia continuamente y nunca hay un producto final, readiestrar al animal o retocar su adiestramiento forma

parte de este proceso. Los adiestradores experimentados lo saben y se toman los fallos con filosofía. Un consejo muy útil es no asumir nunca a la ligera que un comportamiento está establecido desde hace mucho. Incluso los perros de nueve años necesitan que los feliciten entre dientes de vez en cuando después de hacer pis en el lugar deseado. Cada año que pasa mi perra Lassie se va convirtiendo en una experta mundial en hacer pis en el lugar deseado.

Los ladridos

Los perros ladran por razones muy diversas:

1. *El ladrido del perro guardián*: tiene el doble propósito de alertar a otros miembros de la manada de que hay un intruso de que se ha producido un cambio en el entorno y al mismo tiempo sirve para informar al intruso de que le han descubierto. Los perros ladran mucho más que sus antepasados los lobos, que casi nunca lo hacen. En el proceso de domesticación hemos seleccionado a los que más ladraban. La predisposición a ladrar de los perros guardianes, o el umbral de ladrido, varía dependiendo de las razas y de los individuos, sin embargo los principios de modificación son los mismos, tanto si estás intentando sonsacar algún ladrido más a un Terranova teleadicto o intentando atenuar los ladridos de un vicioso Pastor Alemán o de un Schnauzer Miniatura.
2. *El ladrido como demanda de atención*: es el modo que tiene el perro de comunicarle al amo que desea algo YA. Es un experimento conductista que realiza el perro, algo así como «vamos a ver qué pasa si hago esto... ». Entre las peticiones típicas se incluyen abrir la puerta o la vía de acceso al jardín, que le prestes atención, que le tires comida mientras comes, el regreso del amo tras un periodo de ausencia, que lo dejen salir de la jaula o de la zona de confinamiento, invitaciones al juego y acercarse al perro que está al otro lado de la calle. Este comportamiento resulta problemático no porque el perro trate de experimentar sino porque el experimento suele dar resultado: el amo refuerza el ladrido al atender la petición y de ese modo se establece un hábito.
3. *El ladrido como expresión de temor*: se produce cuando el perro tiene miedo o está incómodo por alguna circunstancia del entorno y ladra para que aumente la distancia crítica. Es la forma que tiene el perro de decir: «quédate donde estás». Este tipo de ladrido es mucho más preocupante que el ladrido de protección del perro guardián, ya que el perro en cuestión nos está avisando de que le falta socialización y por lo tanto de que es potencialmente peligroso si alguien se acerca.
4. *El ladrido como expresión de aburrimiento*: se puede dar cuando no se cubren las necesidades diarias de ejercicio o de estimulación social y mental del perro, por ello ladra de forma compulsiva porque está aburrido. Esto es muy parecido al movimiento incesante de un lado a otro, girar en círculo para atraparse la cola o automutilarse. Estos comportamientos suelen darse en los perros que pasan mucho tiempo solos en el jardín.

Control del ladrido excesivo

El objetivo de cualquier adiestramiento para ladrar normalmente es limitar el número de ladridos por serie, pero también limitar la variedad de contextos en los que el perro entra en erupción. También es crucial abordar los problemas subyacentes de la falta de socialización, de escaso ejercicio físico y de estimulación. El primer paso es identificar el tipo de ladrido y a continuación seguir los pasos que se indican.

El ladrido del perro guardián. El objetivo es limitar el número de ladridos en cada secuencia y para ello se le enseña al perro el significado de «ladra» y «calla» (o cualquier palabra que quieras usar como botón de *off*, para «apagar»). Comienza por enseñarle al perro a ladrar y callarse a la orden a modo de truco para obtener un refuerzo, por ejemplo un trozo de comida. Para inducir el ladrido y poder así practicar, tendrás que usar algo que sabes que hará ladrar al perro, como puede ser el timbre de la puerta o un ruido sospechoso en el exterior. Puede que necesites la ayuda de otra persona para esto. Prepara la siguiente secuencia de eventos:

1. das la orden «ladra»
2. haz que suene el timbre de la puerta u otra incitación desencadenante del ladrido
3. ladrido del perro
4. refuerzas al perro: «¡bien!, ¡maravilloso!» después de unos cuantos ladridos
5. das la orden «calla»
6. enséñale al perro el trocito de comida
7. el perro (eventualmente) se interesa por la comida y deja de ladrar
8. 3-5 segundos en silencio durante los cuales le premias: «¡bieeeeeeeeeennnnn por callar!»
9. dale el premio después de estar 3-5 segundos en silencio
10. repítelo de nuevo desde el primer paso y vete aumentando progresivamente el periodo de tiempo de «calla» hasta uno o dos minutos.

Repítelo una y otra vez hasta que el perro aprenda el juego. Puede que necesites unas cuantas sesiones, así que no desesperes. ¿Cómo cerciorarse de que el perro ha aprendido el juego? Sabremos que ha aprendido cuando ladre a la orden y ya no necesite oír el timbre de la puerta, cuando se calle la primera vez que le demos la orden tranquilamente sin que tengas que enseñarle el trocito de comida. Sigue dándole un trocito de comida de tu bolsillo o del aparador si se calla a la orden, pero no vuelvas a enseñarle el trocito de comida por adelantado. Si en algún momento interrumpe el periodo de silencio, aunque sólo sea con un ladrido o dos y de poca intensidad, dale la señal de ausencia de refuerzo, algo así como «¡oh!, mala suerte» y empieza una vez más a contar desde cero los segundos del periodo de silencio. El perro tiene que darse cuenta de que ladrar durante el periodo de silencio fue un error que le ha costado su trocito de comida.

Antes de intentar darle la orden de callar en situaciones reales tienes que ser capaz de llevar al perro como un yo-yo, de atrás hacia delante, alternando con decisión los ladridos y los momentos de silencio durante las sesiones de adiestramiento. En muchos casos ladrar es algo profundamente compulsivo para muchos perros y tienes que conseguir que llegue hasta el nivel que te permita hacer las pruebas con tus visitas. El error más habitual es intentar utilizar la orden de callar antes de haberla condicionado lo suficiente a lo largo de las sesiones de adiestramiento. Imagínate que la orden de

callar es un músculo que estás fortaleciendo, cuanto más lo ejercites se fortalece más.

Cuando seas capaz de activar y desactivar el ladrido en cualquier momento y en cualquier lugar a modo de truco (en otras palabras, hayas condicionado un potente músculo), podrás empezar a practicar la orden de callar cuando el perro ladre por sí solo en una situación real. Las primeras veces es posible que el perro responda de forma poco satisfactoria a la orden, así que tendrás que estar preparado. Ten a mano premios muy apetecibles y si fuese necesario pónselos delante mismo de sus narices como antes. Otra opción, aunque ésta es más delicada, es regañarle por no callarse. El mejor modo de hacerlo es que, cuando el perro haga oídos sordos a la orden de callar que se ha condicionado adecuadamente, lo sorprendas con la entonación más firme y potente que puedas, diciendo «he dicho CALLA». O incluso mejor, haz que las personas que estén delante del animal lo digan al unísono. Cuando el perro se calle vuelve a mostrarte cariñoso como si no se hubiese dado ninguna circunstancia adversa: «¡bieeeeeeeeeennnnn por callar!». La práctica hace al maestro. Ten siempre presente que callar a la orden es un músculo que se atrofiará si no lo ejercitas.

Un buen complemento para controlar a los ladradores turbo diesel o de inyección es enseñarles a echarse y quedarse quietos y al mismo tiempo a estar callados. Para ganarse sus trocitos de comida tienen que mantenerse quietos en el felpudo de la puerta de entrada y permanecer con la boca sellada durante todo el periodo de estar callado. Lo más difícil del adiestramiento del ladrido es lo inútil que parece las primeras veces que lo intentas, ya sea en una sesión de adiestramiento o durante tu primera ejecución simulada en la vida real. Al mismo tiempo es lo más interesante de este adiestramiento porque no importa lo mal que aparentemente vaya la cosa la primera y segunda vez ya que si perseveras mejorará rápidamente. Hay muchas personas que nunca llegan a superar ese bache. Lo mejor que se puede hacer es comprender perfectamente las instrucciones y sencillamente ponerlas en práctica con una determinación con reminiscencias Zen, ya que este procedimiento da resultado si le dedicas la cantidad crucial de adiestramiento que requiere.

Si el umbral de ladrido de tu perro es muy bajo y «salta» al más mínimo ruido o alteración en el entorno, te ayudará en tu tarea si lo habitúas mejor. Sácalo más a menudo e invita a tus conocidos para que te visiten con más frecuencia. Exponlo a una mayor variedad de objetos, sonidos y situaciones. No es especialmente divertido estar en alerta roja o amarilla como están ellos. Analiza tu comportamiento y asegúrate de que no estás reforzando de forma involuntaria al pequeño rufián (es decir, dándole un refuerzo) o prestándole demasiada atención cuando explota en un frenesí de ladridos.

El ladrido como demanda. Cuando quieren algo los perros experimentan con distintos comportamientos para ver si alguno de ellos da resultado. Muy pronto se percatan de que ladrar da resultado con los humanos. Si no te gusta que ladre, deja de prestarle atención, de abrirle las puertas y de sacarlo de la jaula entre otras cosas, ya que de esta forma lo que haces es reforzarlo. Así de claro.

En lugar de que sea el perro quien te diga cuándo tienes que sacarlo sácalo tú a intervalos regulares y asegúrate siempre de que no ladre antes de salir. Nunca dejes salir de la jaula o del área de confinamiento a un perro que ladra, espera siempre a que permanezca tranquilo unos 30 segundos. No prestes atención a los perros que te ladran. Ten en cuenta que si lo has estado reforzando

anteriormente, el ladrido empeorará antes de desaparecer. Estás cambiando las reglas y al principio el perro se mostrará frustrado. La desaparición del comportamiento se denomina «extinción» y la intensificación del comportamiento antes de que desaparezca se denomina «arrebato de la extinción».

Nosotros también tenemos continuos arrebatos de extinción. Cuando la cajera del supermercado pasa nuestra tarjeta de crédito (desmagnetizada) por el lector y no funciona, ella no se rinde a la primera y empieza a introducir manualmente el número de la tarjeta. Pasará la tarjeta unas cuantas veces más, normalmente cada vez con más fuerza. También puede ser que la pase más rápido o más despacio o bien variando la presión de la tarjeta en la máquina. El cambio radical de estrategia de comportamiento, en este caso tener que molestarse en introducir los números manualmente, tiene lugar una vez que el comportamiento que consiste en pasar la tarjeta se extingue, precedido del típico arrebato de la extinción. Este vigoroso meneo de la tarjeta y las distintas combinaciones forman parte del proceso de arrebato de la extinción. De igual modo, tu perro no dejará inmediatamente de usar el ladrido como estrategia, desde luego no sin ofrecer resistencia. Al igual que la dependienta que tenía un arraigado historial de pasar tarjetas por el scanner y de recibir el refuerzo de realizar la transacción satisfactoriamente y al primer intento, tu perro ha tenido un historial de refuerzo por ladrar. Lo intentará con más intensidad antes de cambiar sus estrategias de comportamiento.

La quintaesencia del arrebato de la extinción la encontramos en la analogía «ascensor o escaleras». Cuando te subes a un ascensor y aprietas el botón de tu piso, el botón debería iluminarse, la puerta cerrarse y el ascensor comenzar a moverse. Tu comportamiento de apretar el botón va acumulando un bonito y aburrido historial de antecedentes reforzados. ¿Qué ocurriría, entonces, si la luz no se encendiera, la puerta se quedara abierta y el ascensor no se moviera? ¿Saldrías inmediatamente y subirías por las escaleras? No. Volverías a apretar el botón. Con más fuerza esta vez, con arrebatos compulsivos, le darías con un mazo si lo tuvieras a mano. Después usarías las escaleras. Por lo tanto cuando los perros aumentan su gimoteo o sus ladridos en la jaula cuando dejas de reforzarlos, dite a ti mismo «está apretando el botón con más fuerza antes de pasar a usar las escaleras».

Lo que hace que todo esto sea un poco más complicado es el hecho de que en la vida real normalmente se refuerzan intencionadamente o involuntariamente las variaciones de intensidad o de ejecución durante el arrebato de la extinción, y al final estas variaciones acaban consolidándose en el adiestramiento. Esto supone una tragedia descomunal para los propietarios de perros. En lugar de que simplemente ladre dentro de la jaula, quizás ahora se ponga a gimotear o a ladrar en la jaula y al mismo tiempo escarbe en las esquinas. Si utilizas la extinción como herramienta de adiestramiento no te olvides nunca de estar preparado para que Rover tenga el *mono* (periodo de abstinencia): antes de reforzarlo con tu aproximación y con la apertura de la puerta de la jaula espera hasta que se produzca el cambio de estrategia que deseas, que se eche en silencio. Sobre todo empieza a fijarte en el perro cuando está callado, algo de lo que nos solemos olvidar. De no ser así estamos utilizando la extinción, una de las herramientas de adiestramiento más potentes, para deshacernos del comportamiento favorito de nuestro perro: echarse en silencio (creando así un ambiente canino). Los perros descubren que cambiar de estrategia y robar la ropa usada o dar con la pata a las visitas (o ladrar) es el modo más fiable de atraer la atención. Enséñale a tu perro que hay premios especiales por permanecer echado en

silencio, mordisqueando sus juguetes y absteniéndose de ladrar. Cualquiera puede desarrollar una especie de reflejo condicionado diciendo «muuuuuuy bien» en aquellos momentos en los que el perro podría haber ladrado y no lo ha hecho.

Ya hemos tratado en el adiestramiento para quedarse solo en casa el tema de ladrar cuando se queda solo. También se puede interpretar como una forma muy común de ladrido como demanda de atención: el perro está pidiendo que vuelvas. En pocas palabras, para resolverlo no permitas que te siga constantemente como una sombra a todas partes cuando estás en casa, enciérralo en distintas habitaciones lejos de ti para practicar «ausencias parciales», no prestes ninguna atención a los ladridos que resulten de esto o bien reprímelo por ellos (ignorarlos es la herramienta más potente). Si optas por la solución rápida y le regañas, entra repentinamente en la habitación, dale una sacudida del cuello y vuelve a desaparecer inmediatamente cerrando la puerta a tu paso. Recuerda que está ladrando para que vuelvas a su lado: para algunos perros una reprimenda es mejor que nada, así que es posible que lo estés reforzando.

Practica miles de veces a lo largo del día estas breves ausencias. Sal y vuelve a entrar pasados unos segundos, y hazlo repetidamente para que el perro se desensibilice de tus salidas. Hazlo como si fuera una situación real, ignóralo haga lo que haga. Después sal durante 10 segundos, luego 30, un minuto, 10 minutos, etc. Intercala estos espacios de tiempo. Los perros necesitan muchas pruebas de que tu partida no es la antesala de un periodo de aislamiento largo y traumático. Sé muy discreto cuando entres y salgas. Nunca entres cuando el perro esté ladrando, espera a que permanezca calmado 30 segundos. Aumenta la estimulación mental mediante juegos de adiestramiento y depredación, haz que trabaje para obtener su comida. Antes de salir escóndesela en distintos puntos de la casa o bien rellena los Kong con la comida y escóndelos. Si tu ausencia va a ser prolongada haz que se canse físicamente. Haz que te traiga un juguete cuando llegues a casa para concentrar la energía producida por los nervios.

Otro tipo de ladrido como demanda que cabe mencionar es el de responder, es decir, que el perro te ladre cuando intentes regañarle. Este ladrido es una combinación de desplazamiento de bajos niveles de ansiedad (con tu inoportuno castigo has interrumpido algo que él tenía muchas, muchas ganas de hacer en ese momento) con el experimento «tú y cuantos más». Es vital que dejes claros tus deseos al respecto. ¿Te acuerdas de aquel juego cuando eras pequeño en el que tú y un amigo ibais poniendo las manos unas sobre otras haciendo una montaña, como una forma de quedar por encima del otro? Cuando reprendes al perro y te responde, es una forma similar de ascender. No se trata simplemente de ascender una muesca sino que tienes que hacerlo repentinamente y llegar hasta lo más alto que puedas, de forma que el perro se lo piense dos veces antes de empezar el juego de nuevo. En esta ocasión vas a usar el castigo y por supuesto te reportará lo que siempre reporta el castigo: una supresión temporal del comportamiento. En este vacío abierto temporalmente por el castigo instala de modo activo y positivo otro comportamiento más aceptable. Recuerda que el perro no está aprendiendo que estaba «mal» hacer lo que estaba haciendo, está aprendiendo que es peligroso. Haz por lo tanto que lo perciba como algo realmente peligroso subiéndote a la estratosfera, es decir, agarra un berrinche muy intenso y atemorizante delante del perro, pierde los estribos exageradamente y

quédate a unos centímetros sin llegar a tocarle. A continuación, poco después de haber hundido al perro psicológicamente por responderte con un ladrido, reconstruye la situación original y refuerza la elección de un comportamiento alternativo elegido por ti. Por ejemplo, si el perro estaba arrancando una planta y comienza a ladrarte cuando tratas de reprenderle, ponte como loco, gruñe y grita a diestro y siniestro o estampa un libro contra la pared. No te preocupes si asustas al perro: de eso se trata. Tiene que quedar muy impresionado y empezará a escabullirse. Espera un par de minutos y después retoma la situación pidiéndole que se acerque y se siente. A continuación permítele que se acerque de nuevo a la planta y prémialo por no prestarle atención. O, mejor aún, dirígelo hacia uno de sus juguetes u objetos para diseccionar. Todo esto por supuesto nos lleva a formular la siguiente pregunta: qué estaba haciendo el perro sin adiestrar en una zona que no está a prueba de perros, aunque evidentemente, también puede pasar que un perro aparentemente adiestrado meta la pata de ese modo. No obstante, si esto sucede «con mucha frecuencia», será necesario retomar el adiestramiento de mordisquear, independientemente de cual sea la edad, raza o historial previo del perro. Este perro no tiene ni idea y se comporta, qué casualidad, como un perro. Si recuerdas lo que dijimos en el capítulo 4, las plantas son juguetes para mordisquear.

El ladrido como expresión de temor. En este caso es importante llegar hasta el problema subyacente de la falta de suficiente socialización. Lo más fácil es prevenir: socializar intensamente a los cachorros con la mayor variedad de personas y perros como sea posible. Nunca será suficiente. Exponlos a numerosos lugares, experiencias, situaciones y sonidos, y haz que todo sea divertido utilizando premios verbales, caricias, juegos y numerosos trocitos de comida muy sabrosos. Trata de encontrar unas clases para cachorros enfocadas hacia el refuerzo positivo. Encontrarás información detallada sobre la socialización en el capítulo 3. Si pierdes el tren de la socialización del cachorro tendrás que hacer trabajos de parcheo con el perro adolescente o adulto. Sea lo que sea lo que asuste a tu perro tendrás que asociarlo ahora con la comida, así es como se ganan la comida los perros a los que les falta socialización. Si no le gustan los desconocidos, necesitaremos que estas personas les lancen la comida y con el tiempo se la den de la mano hasta que progrese. Si tiene miedo del tráfico, dale de comer en la acera, un puñado por cada coche que pase. Lleva su tiempo resocializar a los perros adultos, así que ten paciencia y sobre todo anticipa los problemas bombardeando al cachorro con ejercicios.

El ladrido como expresión de aburrimiento. Si no dispones de tiempo para dedicarle a un perro, no tengas uno. Si tienes un perro que vive en el exterior realiza el adiestramiento que sea necesario para que sea limpio en casa, para que mordisquee objetos y obedezca, por si necesitas dejarlo dentro de casa algún día. En lo referente a comportamiento existen muy pocas garantías pero hay algo que es seguro: los perros que están encadenados en el jardín se autocondicionan para ladrar, escarbar y abalanzarse sobre las personas. Este tipo de ladrido es simplemente un síntoma de una acuciante falta de estimulación. Lo que hace falta es aumentar radicalmente las experiencias interesantes en la vida del perro, aumenta el adiestramiento, los paseos, la socialización y los juegos de depredación. Una vez que lo hayas llevado a cabo podrás pasar al protocolo de «ladrar y callar» tal y como se describe en la sección «ladrido del perro guardián».

Saltar

Un ejemplo clásico del choque de culturas es el ritual de saludo: en la mayoría de las culturas humanas estrechamos las manos o nos inclinamos respetuosamente. En la cultura canina van zumbando de un sitio a otro excitados, se lamen y se olisquean entre ellos. El origen de saltar para saludar lo encontramos en la infancia cuando los cachorros saltan para lamer la comisura de los bellos de los perros adultos, lo que induce a estos últimos a regurgitar la comida que los cachorros pueden comer. Los cachorros conservan en la edad adulta este comportamiento de saltar y lamer a modo de saludo sumiso. Se magnifica en los perros que viven con humanos porque el grupo social está continuamente fracturándose para después reagruparse: nos vamos y volvemos en numerosas ocasiones y siempre necesitamos amplios rituales. Además mantenemos la posición vertical: los perros quieren alcanzar nuestra cara. Tendemos a permitir que los cachorros de corta edad realicen este comportamiento y luego cambiamos las reglas cuando cometen el crimen de crecer.

Saltar para saludar es inevitable. Saltan principalmente porque nadie les ha enseñado a comportarse de otro modo. No estoy hablando de castigos como dar rodillazos a los perros, pisarles las patas o dejarlos sin respiración con el collar de castigo. Este tipo de abusos ha sido el «tratamiento» predominante y no obstante es ineficaz, está cargado de efectos secundarios y es inhumano. Imagínate que te dan un rodillazo en el diafragma o que te empujan y te caes hacia atrás por reírte o extender la mano amistosamente. El perro no tiene la culpa de que sus normas culturales estén reñidas con nuestras preferencias de saludo.

La clave para adiestrar a los perros para que no salten es reforzar intensamente durante el adiestramiento un comportamiento alternativo que sea incompatible con el salto. Se denomina contracondicionamiento. El perro no puede saltar y estar sentado al mismo tiempo (tampoco puede hacer un agujero en la pared mientras mordisquea un juguete, permanecer echado en el felpudo y solicitar comida de los invitados todo al mismo tiempo, o perseguir coches y al mismo tiempo mantener el contacto visual. Las aplicaciones de esta técnica no conocen límites). Se puede usar el contracondicionamiento de forma independiente o bien junto con otras técnicas. Su uso es prácticamente obligatorio si tienes la intención de aplicar el castigo. Si aplicas el castigo exclusivamente, en caso de que dé resultado obtendrás la supresión temporal del comportamiento; si no existe un comportamiento alternativo para llenar el vacío, más tarde o más temprano volverás al punto de partida. Plantéate el castigo como algo que te permite ganar tiempo para adiestrar al perro en el comportamiento deseado. Una vez dicho esto, el contracondicionamiento da excelentes resultados sin la aplicación de castigo alguno y evita los horribles efectos secundarios. Personalmente prefiero ser la buena de la película.

El contracondicionamiento también se aplica en la educación de los niños. En lugar de castigar simplemente al pequeño por tirar la vajilla al suelo, luego por escribir en las paredes con los rotuladores mágicos y después por meter un lápiz en la oreja del perro, lo que hacemos es darle algo para que se entretenga y ponemos fuera de su alcance la vajilla hasta que podamos confiar en él. El mensaje es «hazme un favor, pinta los dibujos, colorea tu libreta», «siéntate a ver Barrio Sésamo» o «ponte a jugar con la videoconsola», en vez de decirle de forma reiterada, que «no haga» determinadas

cosas. Es bien sabido que los niños necesitan algo para entretenerse, ya que de otra forma se verán metidos en líos, y pasa exactamente lo mismo con los perros. Además, es mucho más probable que los perros se equivoquen más que los niños sobre cuáles son los pasatiempos adecuados y sobre cómo comportarse cuando están con humanos, dado que son una especie incluso más ajena a nosotros que los niños de dos años. Y eso ya es decir.

El comportamiento que hayas elegido como comportamiento alternativo ha de ser uno que sea físicamente imposible de realizar al mismo tiempo. Por ejemplo, no le enseñes a ladrar como contracondicionamiento para pedir comida, ya que esto probablemente daría lugar a un perro que pide comida ladrando en lugar de mirar fijamente y babear (en su lugar, enséñale a que se eche y permanezca quieto en un felpudo lejos de la mesa). Antes de intentar aplicarlo en una situación real normalmente hay que practicar el nuevo comportamiento en un par de sesiones de adiestramiento hasta alcanzar un nivel suficientemente fiable. En lo que se refiere a saltar para saludar, el perro ha de tener al menos una respuesta rudimentaria a las órdenes de sienta y quieto antes de intentar utilizarlo a modo de contracondicionamiento para algo tan compulsivo como saltar. Así que, para empezar, practica sienta y quieto en distintos lugares a cambio de un refuerzo de comida, sobre todo en aquellos lugares en los que el perro suele saltar, como por ejemplo la zona de la puerta de entrada y en la calle. En el capítulo 6 encontrarás información sobre cómo enseñarle la respuesta a las órdenes. Cuando el perro sea un as en mantenerse como una estatua en un entorno con un bajo nivel de distracciones, entonces podrás enseñarle a que no salte encima de ti (ni de otros miembros de la familia) en las situaciones habituales.

Haz lo siguiente: abre los brazos de par en par, golpea tus muslos y haz todo lo posible para que parezca que quieres que salte encima de ti. Pídeselo con ganas. En cuanto se eche encima de ti, recházalo enérgicamente con una señal de ausencia de refuerzo. Se trata simplemente de una señal que le hace saber al perro que ha intuido mal y que no hay ninguna probabilidad de obtener refuerzo alguno por ese comportamiento. (En el capítulo 5 estudiaremos con más detalle las exclamaciones «¡ay!, ¡ay!» o «¡oh!, ¡mal hecho!» y sus distintos usos). Aplicarlo en el instante preciso siempre ayuda: al perro le quedará infinitamente más claro si pones la marca en cuanto comienza a despegar del suelo las patas delanteras que si empiezas a decir «¡ay!, ¡ay!» cuando ya ha elevado sus patas, las tiene a un metro del suelo y las ha posado sobre tu pecho. Ese es un adiestramiento perezoso, lento. Con el tiempo es posible que puedas llegar a enseñarle pero serán necesarias muchísimas más repeticiones, repito, MUCHAS más, y quiero decir cientos más. Así que estate atento. Después de «marcar» con precisión un par de intentos de saltos es probable que intente responder de alguna otra forma a tu invitación. Muchos perros simplemente se sentarán. Si no lo hace, puedes proponérselo. En cuanto lo haga, felicítalo con mucho entusiasmo, acarícialo y dale un premio de comida del bolsillo. Luego repite el ejercicio.

Practica hasta que consigas que el perro no salte encima de ti por mucho que lo incites. Llegados a este punto, tu invitación para saltar se convertirá en una orden alternativa para que se siente. Qué pasada, ¿verdad?

De este modo no sólo se controla el impulso del perro a saltar en el entorno familiar, sino que también prepara al perro para los encuentros con los inevitables idiotas de turno que intentarán sabotear todo tu trabajo de adiestramiento pidiéndote permiso o incitando a tu perro a que salte encima de ellos y los salude («¡no pasa nada! ¡A mí me encaaaaaaantan los perros!»). Si una de cada diez personas permite que tu perro salte sobre él o le incita a hacerlo el comportamiento permanecerá activo, así que asegúrate de preparar a tu perro intensamente con estos ejercicios anti-salto.

Los perros aprenden sorprendentemente rápido a no saltar encima de ti en la primera sesión de adiestramiento. Lo que no aprenden necesariamente es a no hacer lo mismo al día siguiente cuando estás en otra habitación lejos de él o cuando se trata de otra persona. Esta pobre generalización es una característica del aprendizaje del perro. Acostúmbrate a ella. Afortunadamente la sesión de adiestramiento es corta y cada una de las sesiones subsiguientes será aún más corta, así que trabaja con entusiasmo y cubre todos los puntos básicos. El mejor modo de hacerlo es realizando sesiones para descubrir los puntos débiles, los problemas.

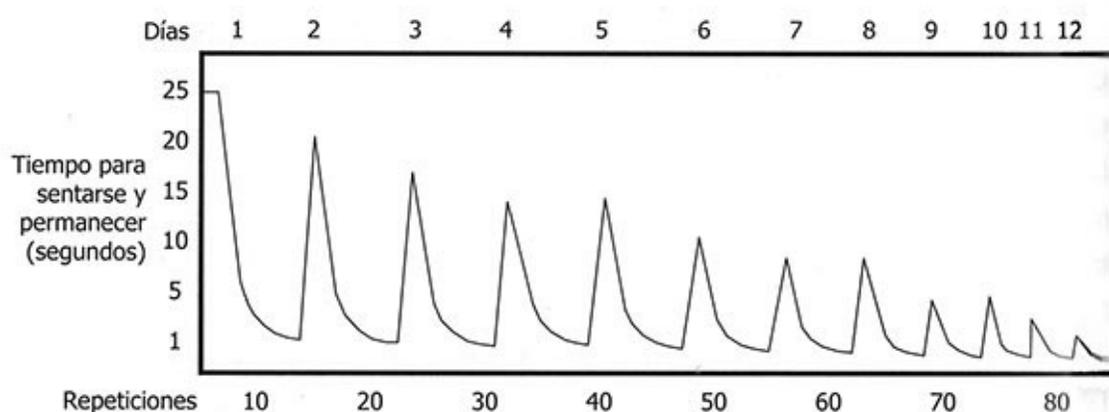
Descubrir los problemas

Una vez que el perro haya tenido este primer contacto, organiza con unos cuantos amigos una sesión simulada de saludo de visita. Cada uno de tus amigos llamará al timbre, entrará en casa y realizará los ejercicios anti-salto con el perro. En cuanto consigan que rehúse el salto (se siente), reforzarán al perro con un afectuoso saludo y con comida que sacarán de sus bolsillos. Si el perro se abalanza para «colaborar» con el saludo o para recoger el trozo de comida, harán la señal de ausencia de refuerzo («¡ay!, ¡ay!») y suprimirán el refuerzo hasta que el perro se vuelva a sentar. Recibirá todos los refuerzos de atención y comida mientras permanezca en la posición de sentado. Luego la misma persona sale de casa y vuelve a entrar para repetir el ejercicio. Repítelo diez veces. La ejecución del perro mejorará con cada repetición sucesiva gracias a 1) la práctica y 2) bajos niveles de excitabilidad («¡vaya, otra vez tú!»). Después de varias repeticiones el perro se sentará sin antes saltar y normalmente sin necesidad de pedirle que se siente. De cualquier modo continúa repitiéndolo hasta que la persona entre 10 veces. Imagínate que el nuevo comportamiento es como un músculo y que el adiestramiento tiene el mismo efecto que el levantamiento de pesas. Cuantas más repeticiones hagas, más fuerza y más tono muscular. El excepcional behaviorista Ian Dunbar sugiere organizar una verdadera fiesta a modo de preparación para hacer que afloren los problemas, en la que los invitados estarán entrando continuamente ya que las cervezas están almacenadas al otro lado de la puerta. ¡Esto proporciona un bono extra a modo de socialización con humanos a distintos niveles de intoxicación!

Después de que la primera persona haya realizado las 10 repeticiones que le corresponden, la siguiente hace lo propio. Descubrirás que es como si el perro nunca hubiese recibido adiestramiento alguno y estará como loco saltando encima de cada persona nueva que se presente. Es de nuevo la dificultad para generalizar. Sin embargo en esta ocasión necesitaremos menos repeticiones para obtener el resultado final de que se siente para saludar sin saltos preliminares. Realiza de todos modos las diez repeticiones. Estás practicando el mismo juego que el perro había llegado a dominar anteriormente. A

continuación realiza otras 10 repeticiones con la tercera persona. Después de que media docena de gente haya realizado este ejercicio el perro probablemente no saltará encima de un desconocido y se sentará sin necesidad de darle la orden. Ahora ya no eres capaz de hacer que se mueva. ¿O sí? Vuelve a intentarlo después de 24 o 48 horas y verás otra regresión. Este es un ejemplo de recuperación espontánea. El perro, a lo largo de una sesión individual para la resolución de problemas, se va habituando a la llegada de las visitas hasta lograr sentarse para saludar gracias a sus bajos niveles de excitabilidad. La excitabilidad y los saltos se presentan en los intervalos entre sesiones, pero eso es parte del proceso. El índice de aprendizaje será más rápido en la segunda sesión. En esta ocasión el perro necesita una o dos repeticiones con la primera persona y con la tercera ya «recuerda» de que iba el juego. Ya vas viendo la luz al final del túnel. Lo ideal es trabajar con tres o cuatro personas hasta llegar al nivel de sentarse inmediatamente sin saltos previos, esperar 48 horas y realizar otra sesión de adiestramiento con otras personas. Es posible que necesites una tercera o cuarta sesión pero la mayoría de los perros se mueren de ganas de sentarse con tan sólo dos sesiones. Puedes empezar a premiarlo de vez en cuando y programar breves sesiones para refrescarle la memoria en caso de que haya habido una regresión. Fin del problema.

Seguro que hay personas que se sienten abrumadas por todo este «trabajo». El adiestramiento es una misión tan fascinante en sí misma que no termino de entender este punto de vista, es como decir que cuesta mucho trabajo comer 12 platos elaborados por un gourmet. Me rompe los esquemas la gente a la que le gustan tanto los perros que se compran uno y luego consideran que es una lata interactuar con el animal del modo más interesante que hay: el adiestramiento. Una sesión para la resolución de problemas específicos resulta divertida y no exige demasiado tiempo. Parte del problema con esta técnica o con cualquier otra que no tiene resultados inmediatos es que el adiestrador arroja desganado la toalla antes de completar un número suficiente de ensayos, y se dicen «lo he intentado pero no funcionó». Si no realizas el número suficiente de ensayos no has realizado una sesión para resolver los problemas. Esta técnica da resultados siempre y cuando no abandones demasiado pronto. Después puedes descansar plácidamente si lo deseas.



Contracondicionamiento de saltar encima de las visitas al reforzar la posición sienta-quieto en la puerta de entrada.

Si a pesar de todo sientes que te falta energía para el adiestramiento, es decir, no te importa lo que

haga el perro con tal de que se eliminen inmediatamente los comportamientos X, Y o Z, probablemente seas demasiado débil para hacer un trabajo decente de educación de un perro. Mi arrolladora experiencia me dice que los propietarios que exigen soluciones inmediatas para los problemas de comportamiento necesitan bajar de categoría, de animales de verdad a animales de peluche. Los perros requieren dedicación y no son para todo el mundo. Es un inmenso privilegio tener un perro y debemos empezar a sentir alguna obligación y comenzar a asumir ciertas responsabilidades para tratarlos como se merecen.

Para el adiestrador es una experiencia extremadamente gratificante conseguir resultados con una técnica como ésta. Independientemente de cómo quede sobre el papel (y ésta tiene muy buena pinta sobre el papel), el amo tiene que experimentar por sí mismo el derroche inicial de fuerzas, esa sensación de «esto no sirve de nada»... y el éxito final. Hace que uno crea y que se convierta en un adiestrador más entusiasta. Los adiestradores experimentados se olvidan de lo que se siente al no saber hacia dónde se dirige un proceso. Los adiestradores principiantes tienen que adiestrar movidos principalmente por la fe.

Robar comida

Los perros están programados para ser oportunistas: si es comestible y está al alcance, qué caray, cómelo tan rápido como puedas. En la mayoría de los hogares esto resulta una cuestión delicada. El contracondicionamiento es una vez más la técnica de elección. Analicemos la acción de saltar sobre la encimera cuando se está preparando la comida. En este caso la única preparación necesaria serían una o dos sesiones rápidas de echado-quieto en el felpudo asignado para tal efecto en la cocina. Después me pondría a ello y las siguientes sesiones de adiestramiento las realizaría mientras estuviera preparando la comida.

Se prolongará el periodo de preparación de la comida dado que estarás adiestrando a tu perro al mismo tiempo pero vale la pena. El perro se da cuenta de que la mejor forma de obtener un trocito de comida es manteniéndose en su posición en el felpudo. Refuézalo cada diez segundos las primeras veces, después cada 20, luego cada 30 y así sucesivamente. Puedes usar su propia comida para ello. No cabe duda de que es mejor que dejársela en su cuenco al final del día a cambio de nada. Cada vez que el perro se levante del felpudo utiliza la marca de ausencia de refuerzo («¡ay!, ¡ay!») y luego acompáñalo de nuevo hasta el felpudo. Al igual que en el adiestramiento para que no salte encima de las visitas el instante preciso elegido por el adiestrador para realizar la marca supone una gran diferencia en la velocidad del procesos. Marcar una vez que ya se haya levantado, haya salido del felpudo y empezado a caminar, está a años luz de detectar el movimiento de contracción del primer músculo o la intención de romper la posición de quieto. Un adiestrador experimentado es capaz de hacer esto y preparar una comida muy rica al mismo tiempo. Un adiestrador principiante necesitará prestar mucha atención al perro. Esta es la razón por la que durante unos días nos llevará más tiempo preparar las comidas, para realizar simultáneamente las sesiones de adiestramiento y la comida. El perro aprende que si no responde a la orden de quieto lo pondrán de nuevo en esa posición, pero que si se mantiene quieto tiene muchas posibilidades de recibir un refuerzo. Cuando el perro lo aprenda,

permanecerá en esa posición durante el tiempo de preparación de la comida para recibir el refuerzo final.

Si hace algún intento de abalanzarse sobre la encimera en cuanto sales de la cocina puede que después de esta fase inicial de adiestramiento tengas que aplicar un plan más incisivo. Ten en cuenta que el perro no tiene un orden del día en mente: simplemente está aprendiendo, una vez más, a discriminar qué es seguro y qué es peligroso, de la misma forma que nosotros aprendemos a discriminar cuándo es seguro o peligroso aumentar la velocidad en la autopista según haya o no radares de velocidad. Sólo lograrás deprimirte si lo que te propones es que «aprenda» qué está «mal», etc.

Enséñale al perro que SIEMPRE es peligroso intentar subirse a la encimera. Para lograrlo tienes que pillarlo de lleno la primera vez que lo intenta: su primer intento de salirse con la suya con ese comportamiento es hacerlo cuando no estás. Por lo tanto, en lugar de esperar a que realice el comportamiento cuando no estás preparado para marcar el instante preciso, simula la situación para provocarlo. Esta es la operación clásica del «aguijón». Después de haber condicionado bien que esté echado y quieto en el felpudo, deja deliberadamente algo irresistible en la encimera de la cocina y vete relajadamente, pero quédate espíandolo, preparado, como Clint Eastwood diciendo «dame una alegría». En cuanto el perro contraiga un músculo para dejar el felpudo, haz una entrada explosiva e imponle que se eche y esté quieto. Si lo haces así en un par de ocasiones el perro simplemente añadirá la cláusula de que el Gran Hermano está siempre observando, así que la mayor probabilidad de obtener un refuerzo es quedándose sobre el felpudo estés o no en la habitación.

El problema es cuando la gente no empieza a adiestrar al perro hasta que éste ha sido capaz de robar comida de la encimera un par de veces. En este caso ya tienes un perro que tiene antecedentes de refuerzo por subirse a la encimera. Nadas contra corriente porque, independientemente de lo que hagas, el comportamiento ya ha sido reforzado. Esto hace que tu perro se esfuerce en tratar de descubrir cuándo es seguro realizar este comportamiento. Es obvio que en ocasiones es seguro y reforzante, y lo sabe por las veces que lo ha hecho con éxito. En otras palabras, lo has motivado al permitirle salirse con la suya en una ocasión, o peor aun, en dos o más ocasiones. Tendrás que repetir tu plan incisivo muchas veces más cuando estés trabajando con un perro que haya tenido experiencias previas exitosas.

Lo más inteligente es planificar con antelación y preparar el primer intento de tu plan incisivo. Puedes asumir sin lugar a dudas que ya que tienes un perro y los perros son oportunistas, tu perro tratará de subirse a la encimera si hay comida, así que no te despistes y estate preparado. No es una tragedia que lo intente. Lo que es una tragedia es que lo consiga, aunque sólo sea en una ocasión, y que después empieces el adiestramiento. Realiza el contracondicionamiento y después prepara tu plan incisivo de choque. Sabemos que lo va a intentar, así que descúbrelo en su primer intento. De este modo quien deja huella eres tú con el primer intento, y no el robo de la comida. Sobre todo no te pongas tú mismo los grilletes con inútiles lamentos sobre qué está «bien» y qué está «mal».

El perro no generalizará el procedimiento de la encimera de tu cocina con las pastas sobre la mesa del café, el helado en las manos de un niño, etc., así que prepárate para realizarlo antes de que te dé un

disgusto. Los adiestradores no terminan de entender cómo muchos dueños esperan hasta tener un problema bien enraizado antes de hacer algo al respecto. La razón es la absurda expectativa de que los perros «buenos» no hacen cosas como robar comida o saltar. Este es el planteamiento que debemos eliminar. Es una norma cultural que el perro realice muchos de los «problemas» de comportamiento que menos nos gustan, y por lo tanto es nuestra responsabilidad educar a nuestro perro.

Los diez comportamientos más predecibles que los propietarios consideran problemáticos y que, no obstante, en raras ocasiones intentan evitar con el adiestramiento preventivo

1. Tirar de la correa como acto reflejo.
2. Saltar para saludar.
3. Mordisquear indiscriminadamente todo lo que se encuentran.
4. Comer cualquier cosa que esté a su alcance («robar comida»).
5. Realizar vocalizaciones de estrés cuando se quedan encerrados o aislados socialmente.
6. Interés en miembros de su misma especie.
7. No se dejan manejar o peinar fácilmente.
8. Miedo de los desconocidos/ morder a desconocidos.
9. Protección de recursos, objetos.
10. Perseguir y morder objetos en movimiento/ jugar con brusquedad con niños.

5. Cabezas de chorlito, pero aun así los adoramos

Cómo aprenden los perros

Todo lo que siempre has querido saber sobre cómo aprenden los perros ha estado disponible durante décadas en las innumerables publicaciones y libros editados sobre el condicionamiento operante y clásico en los animales. Resulta sorprendente el escaso uso que se ha hecho de esta información en un campo de aplicación directa tan evidente: el adiestramiento de los perros. No se trata tan sólo de un ejemplo de la predecible demora entre la comprensión teórica y la aplicación de la teoría: los adiestradores de perros llevan por lo menos cincuenta años de retraso. En parte debido a que el engranaje entre los propietarios de perros y Walt Disney ha sido tan estrecho que no ha permitido que penetrase el conductismo. Nos hemos estado aferrando al deseo de que el cerebro de los perros tuviera forma de melón, cerebros grandes como melones, con muchos pliegues, como un cerebro humano, con un deseo natural por agradar. Lo cierto es que los perros tienen el cerebro pequeño y con pocos pliegues, y que siempre se están preocupando por ellos mismos. A pesar de todo, a mí me siguen gustando.

El rechazo absoluto a adoptar el behaviorismo en los métodos de obediencia en parte también se debe a la realidad de que los actuales modelos de adiestramiento, con todas sus debilidades, permitieron que un número suficiente de propietarios de perros se las arreglara con una especie que es relativamente fácil de adiestrar. Los adiestradores de los mamíferos marinos, por el contrario, no han tenido otra elección que adoptar los sofisticados métodos de adiestramiento, ya que las especies con las que trabajan no tolerarían los abusos que soportan los perros. Además cabe señalar otra de las razones detrás de la reticencia de la mayoría de los adiestradores a estudiar en detalle el behaviorismo, y es que no resulta necesariamente fácil traducir toda esa teoría y conocimiento sobre las ratas y las palomas en entornos perfectamente controlados a un Basset Hound que se aproxima y se sienta a la orden de modo fiable. Todas las escuelas de obediencia tienen anécdotas de psiquiatras y catedráticos de psicología que no son capaces de hacer que su Labrador se eche y esté quieto durante las clases. Ejercer la «dominancia» es, aparentemente, mucho más sencillo.

El condicionamiento operante es, literalmente, el condicionamiento de operantes. Condicionar simplemente significa adiestrar proporcionando refuerzos (utilizo las palabras «refuerzo» y «premio» indistintamente con el significado de proporcionar una consecuencia que va a producir un incremento en la probabilidad de la respuesta, si bien soy consciente de que la definición de «premio» suele ser otra). Un operante es una clase o categoría de comportamiento, como «sentarse» o «cobrar ropa usada» o «morder a niños de 5 años». Los operantes se fortalecen a través del condicionamiento del mismo modo que los músculos se fortalecen con el condicionamiento físico. Cuando un perro se sienta en cualquier situación se denomina «respuesta», un ejemplo individual del «sentarse» operante. Una respuesta aislada en un entrenamiento de levantamiento de pesas normalmente se denomina repetición. ¿Lo vas entendiendo?

Por lo tanto si estás condicionando un operante lo estás fortaleciendo, incrementando sus posibilidades o frecuencia de aparición al reforzar las respuestas. Si cada vez que el perro se sienta recibe una galletita, el «sentarse» operante recibe algún condicionamiento y se hace más probable. No hay un momento mágico en el que el perro tiene una iluminación y de repente «sabe» sentarse. La gente se tiene que dar cuenta precisamente de esto. El perro puede tener un sienta consolidado, débil, o tal vez inexistente. El adiestramiento cambia las probabilidades, no transmite «conocimiento». Tus cuádriceps no «saben» o no entienden que el trabajo con pesas tiene como objetivo fortalecerlos, se condicionan mediante el ejercicio repetido. Ten siempre presente que esto no convierte al perro en una máquina con un puerto de entrada y otro de salida o en un miembro menos importante de la familia, simplemente es el mejor modelo para explicar su aprendizaje y al mismo tiempo también es uno de los principales métodos de aprendizaje para nosotros. El condicionamiento operante o instrumental es como una ventana de comunicación entre especies.

El condicionamiento clásico consiste en emparejar algo que carece de significado con algo que está dotado de un significado intrínseco, de tal forma que ambos pasen a estar asociados. El resultado de esta asociación es que el animal reacciona ante aquello que antes carecía de significado de modo similar a como reaccionaba ante aquello que siempre estuvo dotado de significado. Por ejemplo, la comida tiene un significado intrínseco por sí misma para los perros, al igual que para el resto de los animales. Una caja de galletas no tiene significado en sí misma. Los perros aprenden a asociar rápidamente la presencia y el sonido de la caja de galletas con las galletas, ya que la imagen y el sonido de la caja de galletas predicen de modo fiable las galletas. El mismo fenómeno explica la razón por la que los perros se entusiasman cuando te pones el abrigo y sacas la correa del cajón o se muestran abatidos si lo que sacas son las llaves del coche y les pides que se metan en su jaula. Es lo que la situación ha pasado a significar a través de repetidas asociaciones con cosas de intrínseca importancia para el perro.

En el adiestramiento canino siempre se incorporan elementos de ambos tipos de condicionamiento. Dado que el comportamiento está bajo el control de sus consecuencias, manipulamos intencionadamente las consecuencias para controlar el comportamiento del perro. Condicionamiento operante o instrumental. Dado que queremos que los perros entiendan las órdenes y que se comporten adecuadamente en distintos contextos, queremos que aprendan a asociar las palabras y las señales con el comportamiento y sus consecuencias. Condicionamiento clásico. Si todo esto te parece muy complicado, no te preocupes. Para el adiestramiento de perros no necesitas comprender a la perfección el aprendizaje y la motivación, si bien cuanto más sepas, más fácil te resultará adiestrar. Lo que sí necesitas es desprenderte de parte de tus ideas preconcebidas como «ya lo sabe, sólo que es terco, un chiflado, demasiado excitable, la raza menos apropiada, etc.» y comienza a pensar como un adiestrador de verdad. Tampoco necesitas tener una personalidad marcada o dominante que el perro llegue a «respetar». Simplemente tienes que saber algunas de las reglas básicas.

Reglas importantes que debes tener presentes

1. Los perros harán cualquier cosa que les dé resultado (el comportamiento está bajo el control de sus consecuencias: ley del efecto).
2. Hay cuatro clases de consecuencias:
 1. Comienza algo bueno (reforzamiento positivo)
 2. Algo bueno termina (castigo negativo)
 3. Comienza algo malo (castigo positivo)
 4. Algo malo termina (reforzamiento negativo)
3. Todas estas consecuencias han de ser inmediatas.
4. Tanto las consecuencias buenas como las malas terminarán por asociarse con otras cosas presentes en el momento en que tienen lugar dichas consecuencias, y al mismo tiempo afectarán a la probabilidad de que se produzca el comportamiento.
5. Los perros son expertos a la hora de leer el entorno para saber cuáles son las consecuencias más probables para cada comportamiento y en cada situación.

A continuación analizaremos la aplicación de estas reglas en el adiestramiento de los perros.

El adiestramiento de obediencia

Dado que el comportamiento está bajo el control de sus consecuencias, el adiestramiento de obediencia consiste en proporcionar las consecuencias al perro. La vida es una sucesión interminable de «si haces esto, sucede esto otro; si haces eso, sucede aquello». En esta vida pueden suceder dos clases de cosas, buenas y malas, por lo que hay cuatro clases de consecuencias: las cosas buenas pueden 1) comenzar y 2) acabarse; las cosas malas pueden 1) comenzar y 2) acabarse. Tu perro siempre está intentando que comiencen las cosas buenas, que se acaben las cosas malas, evitar que se acaben las cosas buenas y evitar que empiecen las malas. Así es como manipula su entorno, incluyéndote a ti, su amo. Si tú, su amo, eres capaz de reconocer esto y explotarlo, ¡voilà! Te habrás hecho con el control del perro.

Ocurre que tienes un tremendo control del inicio y del final de todas las cosas buenas y las malas en la vida de tu perro. Lo único es que no lo has usado demasiado. No eres suficientemente consciente de cuáles son las «cosas buenas» y cuáles las «cosas malas», y puede que inconscientemente, mediante el condicionamiento, estés implantando exactamente lo que no deseas, al tiempo que estás perdiendo oportunidades muy valiosas. Es posible que incluso tengas la sensación de que tu perro te controla a ti. Esto se debe a que tu comportamiento se rige por los mismos principios. Quieres empezar las cosas buenas, acabar las malas, evitar que se acabe lo bueno y que comience lo malo. Es lo que hace cualquier organismo vivo con bulbo raquídeo. Y dado que el perro también proporciona consecuencias, puede ser que estés bajo el control del perro. Esto aporta un nuevo significado al término «adiestrador de perros». Afortunadamente tienes un cerebro más desarrollado y te puedes poner un paso por delante en este juego ya que puedes estudiar a fondo el condicionamiento instrumental y él no puede hacerlo, así que continúa leyendo. Eres tú quien tiene el control sobre todo aquello que tu perro desea y a lo que puede tener acceso en esta vida: comida, el mundo exterior, atención, otros perros, olores en el suelo, posibilidades de juego, etc. Puedes hacer que los juguetes

cobren vida arrojándolos o bien iniciando juegos de fuerza y tienes pulgares prensiles con los que puedes abrir puertas y latas. Hay mucha gente que no usa estas funciones. Muchas personas lo reconocen pero esperan que el perro obedezca por algún tipo de gratitud. Dado que les proporcionan todas estas cosas, esperan obediencia en compensación. Sin embargo la simbiosis sólo funciona si haces que el perro cumpla primero su parte del trato prácticamente en todos los intercambios. Esto significa que darle de comer fielmente durante una semana, sacarlo a pasear, llueva o haga sol, jugar y hacer ejercicios con él todos los días no tiene la menor influencia sobre que vaya a devolver el favor pasando por la puerta tranquilamente sin tirar o respondiendo a la llamada cuando lo llamemos en el parque. Tienes que hacerlo de tal forma que el perro crea que siempre que desee continuar disfrutando de los privilegios del parque o que se abra la puerta principal, primero tiene que obedecer; en primer lugar que él cumpla primero su parte del trato, y luego cumple tú la tuya. El perro verá la obediencia como una forma de obtener las cosas que quiere y no como algo que le impide alcanzar lo que desea.

Sé plenamente consciente de las cosas buenas que el perro desea en esta vida y deja de dárselas de balde. De todos modos nada es «gratis»: cada vez que abres una puerta estás reforzando algo y también cada vez que le pones el cuenco en el suelo, inicias los paseos o las sesiones de juego o le dejas salir de su jaula. La razón es que como el perro siempre está haciendo algo, ese algo recibe un refuerzo extra siempre que aparece una de las cosas buenas. A partir de ahora lo que harás será ser consciente de este proceso y seleccionar el comportamiento que quieres reforzar, en lugar de limitarte a reforzar lo que esté haciendo el perro en ese momento sin importarte de qué se trata. También tienes que estar preparado para retener el refuerzo en el caso de que no obedezca. Obra de acuerdo a tus opiniones. Los refuerzos tienden a hacerse más potentes después de un periodo de privación: los perros hambrientos se esfuerzan mucho más en obtener la comida que los perros que están saciados, los perros que hace tiempo que no salen a pasear tienen más ganas de que empiece el paseo, etc. El ejemplo más común es la urgencia que tienen los perros por establecer contacto social con otros perros en la calle. La mayoría de los perros domésticos lleva una vida con relativamente poco contacto social, en particular con los individuos de su propia especie. Cuando los adiestradores utilizan la privación intencionadamente para aumentar la motivación, estamos ante un ejemplo de lo que se denomina una «operación establecida». La comida se establece como refuerzo a través de la privación. Esto también es aplicable a nosotros mismos. La mayoría de la gente considera que una buena comida de gourmet es un refuerzo muy tentador. Ahora imagínate cómo te sentirías si te ofreciesen una comida de gourmet abundantísima después de empacharte con una cena de navidad o cuando te duele la barriga. La comida en este contexto es un aversivo. Y de la misma forma que la comida se establece como reforzador primario, señales como el clicker y los premios verbales tienen que establecerse como reforzadores secundarios. Estas operaciones de establecimiento son como medidas que preceden al adiestramiento para asegurarnos de que el adiestramiento será eficaz.

Los perros y los humanos aprenden a reconocer la probabilidad de una determinada consecuencia, buena o mala, porque lógicamente cada situación exige una estrategia de comportamiento distinta: las pistas del entorno te indican cuándo es probable que un comportamiento tenga éxito, dé resultado. Si introduces una moneda en una máquina de bebidas obtendrás un refresco, pero no así si la introduces en el cubo de la basura. Si metes una moneda en una máquina tragaperras, normalmente no saldrá

nada pero alguna vez sí te dará algo y, en contadas ocasiones, te proporcionará algo realmente bueno. Como resultado, los humanos introducen monedas en las máquinas de bebidas y no en el cubo de basura, y se enganchan a las máquinas tragaperras a veces a costa de perder los ahorros de toda una vida. Tu capacidad para discriminar entre una máquina de bebidas y un cubo de basura te permite tener éxito con tu comportamiento de introducir la moneda. En términos de aprendizaje animal, «tener éxito» significa que se ha reforzado el comportamiento. Se obtuvo algo bueno o se evitó algo malo. En otras palabras, ha dado resultado. Los comportamientos que funcionan se fortalecen. Esta ley rige para todos los seres vivos. Es como la ley de la gravedad: las manzanas caen y el comportamiento que se refuerza aumenta su frecuencia. Ésta es la esencia del adiestramiento de los perros, así que apréndetelo de memoria. Lo único que interesa conseguir es que el perro sepa que «si haces esto, sucede esto otro; si haces eso, aquello» y que sepa reconocer el organigrama que está operando en cada momento.

El comportamiento a modo de experimento

El entorno está adiestrando al perro constantemente y de modo experto. Los sofás refuerzan a los perros cuando se echan sobre ellos porque les dan calor y son más cómodos que el suelo. La probabilidad de subirse al sofá aumenta. Las ardillas refuerzan a los perros cuando salen corriendo (los perros son depredadores y esto hace que un objeto que desaparece rápidamente sea intrínsecamente reforzante). Es más probable que lo repita al día siguiente si se vuelve a encontrar con una ardilla. Para la ardilla subirse por el tronco del árbol es mejor que correr en un espacio abierto: la huida se ve reforzada para la ardilla. El comportamiento da resultado. Se subirá a un árbol la próxima vez que vea que un perro se muestra interesado en ella. Si el perro se dirige hacia un buzón de correos, éste no escapa, por lo que ese comportamiento nunca termina de iniciarse. Si el perro se queda mirando el frigorífico, la puerta nunca se abrirá, por lo que no lo seguirá haciendo por mucho tiempo a pesar de que dentro esté toda la comida que le gusta. El comportamiento desaparece: no da resultado. Tampoco da resultado arañar el frigorífico. Puede ser que lo haga a modo de experimento pero probablemente desaparecerá rápidamente a menos que dé resultado. Quedarse mirando fijamente al amo mientras está comiendo da resultado a veces, con lo que el comportamiento perdura. Si rasca la puerta trasera, un humano la abrirá. Ese comportamiento funciona, por lo que perdurará al día siguiente o pasados dos días. Si sigue dando resultado, se irá fortaleciendo cada vez más hasta que alcanza una meseta en una frecuencia alta. Esto no es simplemente una opinión: es una ley. Una cosa importante que tenemos que entender es que el perro no está resolviendo esto en su cerebro siguiendo una lógica: «oye, igual me da un trozo de bocadillo si lo miro con cara de que tengo hambre», y tampoco pensará «oye, igual el sofá me da algo más de calor y de comodidad si me subo a él y me echo». El perro siempre hará lo que dé resultado. Si consiguiera trocitos de bocadillo con poner una pata sobre la otra y ponerse a suspirar mientras se echa en la bañera, entonces es lo que haría en lugar de mirar fijamente al amo mientras come.

El comportamiento del perro es como un experimento sin fin. Cada día formula miles y miles de hipótesis como la de correr hacia los buzones, quedarse mirando a la puerta del frigorífico, rasca la puerta de la nevera o responder a la llamada. Se denomina extinción a la desaparición de un

comportamiento por falta de refuerzo. La extinción de comportamientos como perseguir el buzón de correos, solicitar comida delante de la puerta del frigorífico y responder a la llamada suceden tan rápidamente que muchas veces el amo no es consciente ni tan siquiera de que el perro lo ha intentado. La eficacia y la organización son máximas. Ningún animal habría superado la evolución de la especie si hubiese perdido el tiempo en comportamientos inútiles que no contribuyeran de alguna forma a mantenerlo con vida para reproducirse y transmitir su capacidad de aprendizaje.

En este punto es donde aparece aquello de «qué decir sobre el deseo de complacer...». Necesitamos de verdad enterrar esto de una vez por todas. Los premios verbales son un refuerzo más bien débil para la mayoría de los perros a menos que no haya ninguna otra cosa disponible en ese momento, por lo que su utilidad termina siendo parcial en el adiestramiento canino. Son útiles en aquellas situaciones en las que no hay distracciones o éstas son de bajo nivel, a modo de señal motivadora para el perro, para indicarle que está en una zona templada (acercándose), es decir, en la dirección adecuada para ganar un refuerzo. El deseo de complacer es fruto del anhelo humano de ser venerado como un semidiós. No es una entidad empírica, sino un mito que nunca nos hemos parado a comprobar si realmente existe. Yo creo que no. Interfiere en gran medida en la forma de adiestrar al perro. Debido a la debilidad humana por la aspiración de ser complacido, se ha marginado y castigado innecesariamente a los perros normales y adiestrables. Este deseo te va a atascar el cerebro justo cuando necesitas todas las neuronas que tienes para adiestrar a tu perro correctamente, así que espabila. Tu perro es un magnífico ejemplar de su especie sin necesidad del deseo de complacer.

El comportamiento integrado frente al inculcado

Hay varios comportamientos integrados que apenas necesitan aprendizaje para desarrollarse plenamente: los perros persiguen objetos que se mueven, realizan vocalizaciones de estrés cuando se quedan solos, tratan de hacerse con toda la comida que esté a su alcance, saludan compulsivamente a toda persona o perro nuevo que se encuentran, hacen pis lejos de donde duermen, etc., sin que exista un historial previo de condicionamiento. El resto de su comportamiento es el producto de las contingencias del entorno. Los propietarios ejercen un control casi total del entorno de sus perros: del lugar donde viven y duermen, si salen a la calle y cuándo lo hacen, y si lo hacen, qué rincón de la galaxia pueden visitar, qué comen, dónde y cuándo, si pueden ver a un miembro de su propia especie y cuándo lo pueden hacer, la naturaleza de sus juguetes y actividades e incluso si siguen viviendo o si mueren. Es necesario que esto quede bien claro a los propietarios que se sienten como esclavos de sus perros. Tienes control absoluto, sólo que nunca se lo has demostrado a tu perro. Nosotros, los humanos, somos quienes disponemos de pulgares prensiles, de un cerebro grande, circunvalado y como un melón, y de una habitación llena de información sobre el aprendizaje y la motivación animal. Los cabezas de chorlito no pueden evitar ser adiestrados.

Da la casualidad de que la mayoría de los comportamientos que deseamos pulir están fuertemente integrados en el perro. Tenemos que realizar el contracondicionamiento, canalizar y suavizar tanto el instinto de persecución como los juegos bruscos, las vocalizaciones de estrés, comer cualquier cosa que esté al alcance, etc. Además, la mayoría de los comportamientos que deseamos inculcar no vienen

incluidos en el lote: sienta, échate, quieto, ven aquí, junto (todos ellos a la orden) son, desde la perspectiva de estos depredadores sociales, comportamientos inútiles, estúpidos e irrelevantes... a menos que hagas que valgan la pena. Para eso tienes que conseguir motivar al pequeño cabeza de chorlito. Haz una lista con todas las cosas que quiere en esta vida (todos los perros tienen una lista cerrada) y comienza a utilizarlas a modo de premios con el perro cuando responda correctamente, cuando sea obediente. Esto significa que se acabó la comida gratuita, la atención, los paseos, los juegos con otros perros, etc. Es un cambio de actitud para el amo: en lugar de confiar en un deseo inherente de agradar, ahora pasas a crear el deseo de agradar sacando el máximo partido del control sobre el entorno del perro. Por tanto no es que no exista ese deseo de agradar, lo que ocurre es que tienes que inculcarlo. En cuanto se lo crea, en cuanto le demuestres que contigo tiene que jugar sus cartas correctamente para obtener lo que considera importante, entonces mostrará el deseo de agradar. No porque seas maravilloso (lo cual es muy probable) o porque te adore, sino por su propio interés. Es su modo de obtener lo que desea y de esta forma, todos salen ganando. Cuando se haya producido este cambio de actitud tan sólo necesitarás dos cosas, por este orden: 1) un modo de comunicarle al perro si va por el buen camino para ganarse el premio 2) nombres para todas las cosas que tiene que hacer. Los adiestradores tradicionales siempre realizan este proceso al revés. Lo primero que hacen es intentar dar un nombre a los comportamientos (es decir, dar órdenes) que todavía no han condicionado y además lo hacen con un animal que todavía no se ha enterado de qué va el juego (es decir, sin motivación). Cuando al perro se le da una señal como la palabra «sienta», primero tiene que identificar si esta señal significa algo (condicionamiento clásico) y después, muy importante, calcular las probabilidades de que el comportamiento que se sugiere le proporcione un refuerzo (condicionamiento instrumental, operante). ¿Ha dado buenos resultados en el pasado este comportamiento? ¿Cuál es la valoración comparativa coste-beneficio en términos de esfuerzo invertido para realizar esa acción y la probabilidad de obtener un premio? Es obvio que los perros no se formulan estas preguntas ni realizan análisis estadísticos mentales, sin embargo, y esto es muy importante, se comportan exactamente como si lo hicieran (así que puede que lo hagan...). Es casi seguro que los perros disponen de algún tipo de mecanismo de eficacia de comportamiento que les garantiza que, en la mayoría de los casos, iniciarán comportamientos que les reportarán grandes beneficios. La diferencia entre alguien que sabe sobre adiestramiento y alguien que no sabe se podría resumir de la siguiente forma: responde a esta pregunta: «¿cómo conseguir que un perro adiestrado se siente?». Una persona que no sabe sobre adiestramiento responderá que «si le ordenamos que lo haga» conseguiremos que el perro se siente, mientras que alguien que sabe de adiestramiento responderá que lo que hace que el perro se siente es establecer un historial previo de refuerzo por sentarse. La orden es simplemente una señal. Así que, ¿cómo funciona el tema? Primero identifiquemos algunos de los reforzadores que hemos estado malgastando a diario.

Posibles refuerzos para los perros

1. comida
2. contacto con otros perros
3. salir a la calle y olores interesantes en el suelo

4. atención de la gente y contacto con la gente, especialmente después de periodos de aislamiento
5. inicio del juego o de otras actividades placenteras: cobrar, caricias, juegos de tirar de la cuerda, mantenerse a distancia.

Estos son los cinco refuerzos más importantes aunque cada perro tendrá otras preferencias que también podrás utilizar. Estos, al igual que la mayoría de los refuerzos, siempre son más potentes después de periodos de privación. Lo único que necesitas para adiestrar a un perro es controlar sus preferencias y dárselas únicamente cuando hace lo que deseas. Si al perro le gusta especialmente una de ellas o le vuelven loco un par de ellas en concreto, estaremos ante un perro que será más fácil de adiestrar que otro extremadamente despreocupado, pachorrón y al que no le interesen ninguna de ellas. Con todo, la mayoría de los propietarios desearía tener este tipo de perro, que no roba comida, nunca se entusiasma demasiado en presencia de otros perros, no va olfateando el suelo durante los paseos ni tira de la correa para ir al parque, no sale corriendo ni salta encima de la gente, nunca realiza vocalizaciones de estrés cuando se queda solo, no roba la ropa sucia ni te molesta constantemente para que lo acaricies. No obstante es muy difícil adiestrar a este tipo de perro: no quiere ninguno de los refuerzos que le ofreces, así que ¿qué sentido tiene seguirte el juego?

Compara este perro con el prototipo de cachorro de Golden Retriever de 6 meses: ingiere inmediatamente cualquier sustancia orgánica que se le pone a tiro en la mesita del salón, en el suelo o en la alcantarilla, como si nunca antes hubiese comido, te causa una lesión en el músculo rotatorio cuando ve un perro al otro lado de la acera, te tira al suelo cuando llegas a casa después del trabajo, se hace pis encima de las visitas por pura excitabilidad, se apoya en ti constantemente y te da con la pata hasta que desgastes el espeso manto de su cabeza de tanto acariciarlo o le encantan los animales de juguete de tus hijos y tienes que perseguirlos por toda la casa. Este es el perro con el que sueñan todos los adiestradores. Lo tienes pillado. No se te puede escapar. Explícale a este perro a través del adiestramiento que ahora hay otras formas de obtener todas estas cosas y observa cómo el perro se entrega. A los adiestradores les encantan los perros adictos a los refuerzos.

En el adiestramiento práctico normalmente realizamos el grueso de las repeticiones utilizando uno o dos refuerzos fáciles de suministrar, generalmente comida y juegos de fuerza, y dejamos el resto para la consolidación en el día a día. Esto se debe a que la oportunidad de iniciar el contacto con el perro, la atención después de una ausencia y otros tantos motivadores es tan limitada que no resultan prácticos como motivadores principales. No obstante tenlos en cuenta y utilízalos cuando surja la oportunidad porque 1) son potentes, 2) una variación de motivadores da una respuesta más intensa, 3) sería un desperdicio no usarlos, 4) ampliarán el abanico de circunstancias de adiestramiento y 5) te garantizarán que con esto no estás reforzando de forma involuntaria otro comportamiento inoportuno. Lo notarás. Si quieres puedes usar toda la comida que deseas en el adiestramiento para que se siente, pero si saltar encima de las nuevas visitas le sigue dando resultado al perro, tu «sienta» no será de utilidad en esa situación. Tienes que añadir la atención/el saludo como un refuerzo en sí mismo para que se siente.

Feedback: reforzador condicionado formal

Un buen adiestramiento necesita un sistema de comunicación, un modo de decirle al perro el instante preciso en el que se ha ganado algo bueno, se ha acabado algo bueno, se ha ganado algo malo o ha evitado algo malo. El primero y más importante de estos momentos es ganarse algo bueno, el reforzamiento positivo. Necesitamos una señal para hacerle saber al perro que se acaba de ganar un refuerzo positivo, en lugar de simplemente darle la galletita o el juguete o permitirle el instante de dicha canina dejándole olfatear porque 1) ha de hacerse en el instante preciso (*timing*), 2) a veces queremos marcar el comportamiento a distancia. Esta señal se denomina refuerzo condicionado o estímulo puente. El refuerzo condicionado recibe este nombre porque está asociado con el refuerzo real («incondicionado») al presentarse simultáneamente en repetidas ocasiones; sigue el condicionamiento clásico. En ocasiones se denomina estímulo puente porque obvia el tiempo que transcurre entre la realización del comportamiento que deseas y el refuerzo real. Es como decirle a un niño: «¡por estas notas te has ganado un helado!» La relación entre el helado y las notas e incluso entre el esfuerzo realizado para obtener dichas notas se establece pasadas varias horas. Los perros están muy lejos del nivel de los niños en lo que se refiere a la capacidad para establecer estas relaciones, en parte debido a que carecen de la capacidad del lenguaje. A los perros hay que proporcionarles el refuerzo real, el trozo de hígado, tan pronto como sea físicamente posible después de la orden («como te has sentado te has ganado este trocito de comida»), de lo contrario terminarán reforzándose otros comportamientos con el trocito de hígado y tu señal empezará a perder fuerza.

En el adiestramiento de los perros tratamos de evitar palabras técnicas como «refuerzo condicionado» y en su lugar decimos «marca de refuerzo». La señal que eliges marca el comportamiento que deseas reforzar. Cada día hay más adiestradores que utilizan el clicker como marcador del refuerzo en lugar de palabras o frases como «¡bien hecho!» o «¡sí!» porque el clicker emite un sonido breve, rápido, sistemático, inconfundible, distintivo y repetible, mientras que con una palabra o una frase siempre habrá pequeñas variaciones de entonación y volumen, sin mencionar todo tipo de asociaciones previas. Además pueden surgir durante las conversaciones normales y por ello perderán parte de su fuerza. Un clicker es en pocas palabras un juguete infantil, una «rana» o castañuela, que encaja perfectamente en la palma de la mano y que cuando aprietas la lengüeta metálica emite un sonido similar al de un grillo. Puede que algún perro se asuste al principio por el sonido del clicker, pero esto nunca será un problema insalvable. El adiestrador puede desensibilizar gradualmente al perro amortiguando el sonido del clicker mediante capas de tela o bien aumentando la distancia, y posteriormente ir reduciendo ambas a medida que el perro se vaya acostumbrando al sonido. Se supone que el clicker no es reforzante por sí mismo, no lo olvides. Lo realmente importante es el significado ulterior que adquiere, aquello con lo que está asociado. Vale la pena perseverar con aquellos perros que se muestran temerosos dada la ventaja que proporciona el clicker para marcar el instante preciso durante el adiestramiento.

Para «cargar» tu marcador de refuerzos dale al perro una serie de refuerzos precedidos siempre de un click. Click-refuerza, click-refuerza, click-refuerza. El clicker se convierte para el perro en un aviso

de la llegada del reforzador. Por esta razón asegúrate siempre de que haces click antes de darle el reforzador y asegúrate también de que después del click siempre le das el refuerzo, de lo contrario no será un aviso fiable. El modo de hacer esto es dándole la comida con la mano un par de veces, una bolita de pienso tras otra, o utilizando pequeños trocitos de comida como rodajas de salchicha o trocitos de hígado desecado. Si quieres cargar el clicker con potencia, vete alternando los siguientes reforzadores: pienso, queso, un paseo, masajes en la barriga y un trocito de hígado. Repite esta asociación docenas de veces.

Por ahora no estás adiestrando ningún comportamiento específico. De hecho te estás absteniendo intencionadamente de adiestrar comportamientos específicos, y es posible que esto requiera cierta atención por tu parte. La razón es que en cuanto el clicker «se cargue» un poco cada vez que hagas click estarás reforzando algo. Existe un riesgo real de que el perro se moldee a sí mismo. Esto simplemente significa que puede que se adiestre a sí mismo para hacer algo extraño como dar un paso hacia atrás porque, por casualidad, en un par de ocasiones el click-premio reforzó este movimiento y después empezó a hacerlo más a menudo, con lo que el refuerzo se repitió un par de veces más, y lo siguiente que descubres es que el perro cree que es necesario dar un paso hacia atrás para que suene el click. Esto se denomina aprendizaje supersticioso y sucede con frecuencia en el adiestramiento diario. No es el fin del mundo porque siempre hay tiempo para eliminar ese paso hacia atrás, bien de forma deliberada (no reforzándolo cuando veas que lo hace) o simplemente dejando que desaparezca de modo natural a medida que le vas enseñando otras cosas.

La eficacia del comportamiento te dará resultados a largo plazo. Si quieres minimizar el riesgo de que aprenda cosas mientras cargas tu marcador de refuerzo, intenta deliberadamente seleccionar comportamientos de forma aleatoria cada vez que hagas sonar el clicker en estas primeras fases de las sesiones de carga (de establecimiento de la asociación). Esto no es fácil porque el comportamiento de «mirar al adiestrador» quedará condicionado rápidamente. No obstante no es tan malo que para empezar se quede con esta idea, por lo que quizás quieras que siga haciéndolo. El perro pronto abandonará ese comportamiento si en alguna ocasión lo adiestras en un ejercicio que implique necesariamente que no pueda mirarte.

Puede que quieras variar el intervalo de tiempo entre los periodos de click-refuerzo y entre el click y el darle el premio. Variar este intervalo te garantiza que no estás siendo demasiado predecible, pues es fácil caer en la rutina de hacer click-refuerzo cada 5,8 segundos, y el perro se acostumbrará a ello. De ser así el clicker ya no será el único aviso del reforzador (ya que también lo será el intervalo de tiempo) y por lo tanto no estará demasiado bien cargado. Quieres que el clicker sea lo único a lo que el perro preste atención para saber que está a punto de recibir el premio. Retrasar el tiempo entre el click y el refuerzo en estas primeras sesiones ayuda a que el perro tolere mejor los retrasos más adelante, cuando utilices el clicker como herramienta para el feedback. Es como decirle «no te preocupes, aunque no te lo haya dado en medio segundo, está de camino». Haz esto dentro de unos límites, sobre todo al principio, porque lo que quieres es hacer del click un aviso fiable de la comida. Otra cosa que puedes variar es tu postura corporal, tu orientación con respecto al perro y la distancia que os separa; esto resulta fácil si te mueves de un lado a otro al tiempo que haces click al azar y le das o le lanzas

los premios.

La forma más eficaz de condicionar al perro con el clicker es realizando un par de sesiones de diez minutos cada una, opcionalmente en diferentes lugares y con veinticuatro horas de diferencia. Suele pasar que entonces el perro se sorprenda claramente por el click y esperará recibir su premio. Ahora puedes empezar a utilizarlo como herramienta. Cuando utilizas el clicker como herramienta sigues proporcionándole un refuerzo cada vez que haces click. De no ser así el perro aprendería que el clicker ha dejado de ser un buen aviso. Sería como una pila que se va descargando. Ten siempre presente que no hay nada inherentemente reforzante en el clicker en sí o en una palabra de elogio: tiene que haber una asociación permanente con un refuerzo real. Esta es la razón por la que los refuerzos reales se denominan refuerzos incondicionados (a diferencia de los refuerzos condicionados como el clicker y los premios verbales): funcionan sin ningún condicionamiento previo. No es que el animal aprenda a apreciar y a trabajar por la comida: eso viene en el lote, es intrínseco a su naturaleza. Aprende a que le guste y a trabajar por el click, que ha pasado a ser sinónimo de comida.

Feedback: reforzadores de baja intensidad

Los reforzadores condicionados y los reforzadores primarios son básicamente todo lo que se utiliza en el adiestramiento formal de animales, como el que se realiza para condicionar animales exóticos en los zoos para facilitar su manejo por cuestiones médicas o de mantenimiento, y en el adiestramiento de mamíferos marinos. En el adiestramiento de los perros es la herramienta de feedback (comunicación) más importante, pero no la única. Aquí es donde entran en juego los premios en general. El premio verbal es para muchos perros un reforzador primario o incondicionado moderado o tal vez débil, y ahí radica su valor. Asimismo puede adquirir o aumentar su valor si se utiliza a la vez que un buen sistema formal de adiestramiento como el click-refuerzo. El premio verbal, en este caso, es una señal para hacer saber al perro que está en la dirección correcta para conseguir el click y un reforzador primario. Puede usarse para «apuntalar» un comportamiento de larga duración, para incrementar la tolerancia a la duración entre los refuerzos primarios, y al mismo tiempo genera otros beneficios rápidos en parámetros como la distancia, la prueba de distracciones y las pruebas de elección múltiple. Los perros aprenden que los premios verbales significan que el comportamiento deseado está «caliente, caliente».

Moldeado

Ya hemos hablado del moldeado en la sección de cobro, así que me limitaré a recalcar los puntos más importantes. Cada animal y cada persona tiene un repertorio de comportamientos que ha realizado al menos en una ocasión. Si se refuerza cualquiera de los comportamientos de este repertorio, empezará a aumentar su probabilidad. Este es el fundamento del adiestramiento. Sin embargo nuestro perro nunca nos ofrece algunos comportamientos que desearíamos que realizase. Estos comportamientos se describen como «no presentes a escala operante», nunca se da una respuesta que se pueda reforzar. En estos casos es necesario construir el comportamiento desde el principio utilizando el moldeado. Veamos un ejemplo.

Echase es un comportamiento que ocurre en los perros a escala operante. Para adiestrar este comportamiento simplemente haz click y refuerza siempre que el perro se eche, y empezará a hacerlo con más y más frecuencia. Cuando ocurra con mucha frecuencia y de modo predecible, puedes añadir una orden al proceso y de esta forma controlar cuándo el perro se echa o no. Da la casualidad de que podemos acelerar el proceso utilizando señuelos y reforzando aquellas situaciones en las que se echa, en lugar de limitarnos a esperar a que ocurran y hacer click en las espontáneas ocasiones en que sucede. Si quieres también puedes adiestrarlo formalmente, sin atraerlo con señuelos ni induciéndolo, sino simplemente esperando y utilizando el reforzamiento.

Girar realizando un pequeño círculo hacia la izquierda es un comportamiento que no suele darse a escala operante en los perros. No tiene ningún sentido esperar a que realice dicho comportamiento para hacer click y reforzar, el perro nunca te ofrece esa oportunidad. Para adiestrar este movimiento primero tendrás que reforzar una aproximación a este comportamiento a escala operante. En otras palabras, ¿cuál es el comportamiento más aproximado que nos ofrece el perro, aunque sólo sea ocasionalmente? Puede que sea girar la cabeza a la izquierda o girar el cuerpo. Elige dicho comportamiento, haz click y refuézalo cada vez que lo realice. Cuando haya aumentado la frecuencia de este comportamiento seguramente observaremos variaciones que se parecerán un poco más a hacer un pequeño círculo a la izquierda. Empieza a seleccionar por lo tanto estos comportamientos para reforzarlos. Es como subir peldaños en una escalera. Esta elevación gradual de los niveles, realizada hasta que más tarde o más temprano refuerces el comportamiento que te habías planteado inicialmente, recibe el nombre de moldeado. El moldeado es un arte que requiere muchísima práctica.

Programas de reforzamiento

Hasta ahora hemos estado hablando como si reforzásemos con un click y un refuerzo cada respuesta correcta. Esto se debe a que, si eres un buen adiestrador, en las fases iniciales de cualquier comportamiento deberías reforzar al perro cada vez que realiza el comportamiento que deseas inculcar, y de hecho lo harás. En las primeras fases del adiestramiento cada refuerzo constituye una información muy valiosa para el perro acerca de qué es lo que deseas. No seleccionar una muestra del comportamiento deseado (es decir, no reforzarlo) contribuye a confundir al perro: ¿es eso lo que quieres o no? Si reforzamos el comportamiento una vez tras otra, dicha tendencia aparecerá más fácilmente. Así, por ejemplo, en todas y cada una de las ocasiones en que se echa, recibe un refuerzo. Echase debe de ser el comportamiento deseado. No obstante, la situación será muy distinta más adelante.

Cuando el comportamiento alcance una meseta en su frecuencia, deja de reforzarlo. Inicialmente refuerza la mayoría de los comportamientos, luego la mitad, luego de vez en cuando y después alguno que otro. Al perro no le cabe ahora la menor duda de que está ante el comportamiento deseado, así que retener el refuerzo no provocará que cambie inmediatamente de estrategia. Ahora ya es seguro comenzar a retener el refuerzo. Este refuerzo intermitente se denomina poner el comportamiento bajo un «programa de reforzamiento». Estas son las razones que nos mueven a hacerlo:

1. el comportamiento es más resistente a la extinción
2. facilita el proceso de moldeado
3. reporta mayores beneficios por «tu dinero».

La resistencia a la extinción se manifiesta de la siguiente forma: si un animal está demasiado acostumbrado a obtener un refuerzo en cada ocasión, se producirá una caída brusca, una gran colisión en el comportamiento cuando deje de presentarse el refuerzo. El comportamiento desaparece: dejará de darse porque han remitido los refuerzos. Por el contrario, si el animal obtiene un refuerzo sólo de vez en cuando, le costará más tiempo «percatarse» de que el reforzador ha cesado. La analogía más clara es la de una máquina expendedora de bebidas frente a una máquina tragaperras. Tú mismo esperas un refuerzo a modo de bebida siempre que introduces una moneda en la máquina expendedora. Si la máquina deja de dar bebidas pondrás la moneda sólo un par de veces más antes de que dicho comportamiento se extinga y pases a intentar otra estrategia, como llamar al servicio técnico o emprenderla a golpes con la máquina (podríamos decir que se trata más de una «rabieta pre extinción» que de una «estrategia»). Sin embargo las reglas son distintas cuando introduces la moneda en una máquina tragaperras, no esperas ser reforzado en cada ocasión y por lo tanto introduces una moneda detrás de otra con la esperanza de que la siguiente sea la que obtenga el refuerzo con la combinación ganadora. La programación de las máquinas tragaperras se ha realizado teniendo en cuenta las leyes que rigen el reforzamiento: siempre utilizan programas de reforzamiento diseñados para sacar el máximo partido de tu comportamiento de insertar monedas por cada reforzamiento. No puedes evitar engancharte al juego porque estás sujeto a las leyes del aprendizaje. A tu perro le ocurre exactamente lo mismo. Esto significa que una vez que se ha adquirido un comportamiento tienes que ponerlo bajo un programa de reforzamiento, aunque sólo sea para obtener esta resistencia compulsiva a la extinción.

Los programas de reforzamiento facilitan el proceso de moldeado ya que aportan más variaciones de comportamiento entre las que elegir en cada etapa del moldeado. Pongamos por caso que estás moldeando al perro para que abra la puerta del frigorífico y que uno de tus objetivos es que agarre con su boca la manilla del frigorífico. Esto no sucede a escala operante (de modo natural) por lo que decides moldearlo. Haces click y refuerzas al perro cada vez que se acerca al frigorífico, hasta conseguir que vaya una y otra vez. Pones este comportamiento bajo un programa para que sea más resistente a la extinción. Necesitas que este comportamiento sea especialmente resistente a la extinción porque vas a empezar a ser muy selectivo en lo que se refiere al modo de aproximarse: ahora quieres que se aproxime y que dé un ligero golpecito con el hocico o que realice otro contacto físico con la manilla de la puerta de la nevera en lugar de una simple aproximación. En cuanto pongas el acercamiento bajo un programa obtendrás mayor variedad de aproximaciones. Ahora el perro está tratando de descubrir qué es lo que te gusta de las aproximaciones que has reforzado y realiza experimentos para averiguarlo. La frustración de no recibir un refuerzo en cada ocasión dará lugar a respuestas más rápidas y enérgicas. Hay una máxima en adiestramiento: programas variables = comportamientos variables. Quizás en uno de los acercamientos al frigorífico el perro ha dado un ligero golpecito con la nariz o bien ha habido algún tipo de contacto con la manilla, entonces ya podrás tener un nuevo criterio de refuerzo.

La tercera razón para utilizar programas de reforzamiento es obvia: obtienes más por tu inversión en el comportamiento. En lugar de obtener un sienta a cambio de un refuerzo, ¿no es mejor tener una rutina de obediencia que dure varios minutos a cambio de un único refuerzo? Hay un punto crítico en el que el programa de reforzamiento se «debilita» demasiado y el comportamiento tiende a desmoronarse. A veces esto guarda relación con el tipo de programa de reforzamiento utilizado y otras veces es simplemente fruto de las matemáticas biológicas.

Programas de adiestramiento canino

Destacan cuatro tipos de programas de reforzamiento. Estos son: de intervalo fijo (IF), de razón fija (RF), de intervalo variable (IV) y de ratio variable (RV). Un ejemplo de programa de intervalo fijo sería reforzar al perro cada diez segundos en caso de que continúe ofreciendo el comportamiento. Un ejemplo de programa de intervalo variable sería reforzar al perro en un promedio de diez segundos si continúa ofreciéndonos el comportamiento en ese momento. Por ejemplo, esto podría significar que se refuerza inicialmente al perro en la marca de 8 segundos, luego en la marca de los 13 segundos, luego en la marca de un poco más de los 9 segundos, después tras 11, luego tras 15, luego tras 10, posteriormente tras 6 y así sucesivamente. El intervalo medio es 10 segundos, aunque no se presente con frecuencia de 10 segundos exactos. Un ejemplo real de programa de intervalo fijo sería el salario que recibes de tu empresa cada mes. No se suele utilizar este programa en el adiestramiento de perros. Los programas de intervalo variable son buenos para implantar el mantenimiento de comportamientos como quieto, junto y que preste atención. El problema con los programas de intervalo fijo y los programas de razón fija es que si el valor del esquema se eleva demasiado, suele darse una pausa en la respuesta después de cada refuerzo. Es como si el perro supiese que después de obtener el refuerzo quedara un largo camino por delante antes de obtener el siguiente. Esto se conoce como una variación entre intervalos de IF en los programas de intervalo y una pausa post reforzamiento en los programas de reforzamiento de razón.

Un programa de reforzamiento de razón fija significa que se refuerza al perro cada x veces que realiza el comportamiento, independientemente del tiempo que tarde en hacerlo. En la vida real esto se denomina trabajo a destajo. Recibes una cantidad x de dinero por cada 50 objetos que produzcas. Un programa de reforzamiento de razón variable proporciona refuerzo a un promedio de x número de respuestas correctas. Es decir, que cuando se le está adiestrando para que levante la pata, en un programa de RV-5, el perro recibirá un click y premio después de levantar la pata 6 veces, posteriormente después de 2, luego de 4, después de 8, después de 3 y así sucesivamente. Un programa de reforzamiento de razón variable produce una frecuencia de respuestas menor que un programa de razón fija. En el adiestramiento utilizamos con frecuencia los programas diferenciales. En cuanto ponemos un comportamiento bajo un programa el adiestrador selecciona las mejores ejecuciones del comportamiento para reforzarlas. Muchas de las cosas que les enseñamos a los perros no son comportamientos del tipo «todo o nada». Sentarse, acudir a la llamada y los cobros son comportamientos que se pueden hacer más rápido, más directamente, con más astucia, más bonitos y mejores en general. Tantos matices permiten que el adiestrador refuerce al perro de distinta forma y

de ese modo aumenta perennemente la calidad en la ejecución del ejercicio. La rigidez de los criterios en los programas diferenciales queda a la libre elección del adiestrador. Lo ideal es obtener una frecuencia óptima de progreso sin que el perro deje de perder interés.

Los buenos adiestradores tienen buenas percepciones internas de estos programas, así como un buen ojo para establecer lo lejos que pueden llegar con un programa para cada perro en cada momento del adiestramiento. Esto es parte del arte del adiestramiento. Sin embargo, antes de desarrollar este arte, asegúrate de que tienes muy claros los principios científicos, que es precisamente lo que no pasaba en el adiestramiento tradicional de los perros.

Inductores

En el adiestramiento de los perros tenemos el lujo de poder trabajar cerca del sujeto y esto nos abre las puertas a una serie de atajos para obtener las acciones que deseamos reforzar, en lugar de simplemente esperar a que sucedan. Estos atajos suelen adoptar la forma de movimientos con nuestras manos para atraer al perro, el uso de comida o juguetes, incentivos con nuestra voz o bien de manipulación física con las manos o con la correa. El término técnico para esto, excluyendo la manipulación física, es desencadenantes. Trata de conseguir que lo haga en lugar de simplemente esperar a que el animal realice el comportamiento que deseas reforzar. En el adiestramiento del perro normalmente no los llamamos desencadenantes, sino que hablamos de inductores u objetos diana. Un inductor es cualquier cosa que ayuda a conseguir el comportamiento que quieres reforzar, por ejemplo agacharse y dar palmaditas suelen hacer que el perro se aproxime, de ahí que se suele utilizar para inducir la respuesta a la llamada.

Tal vez el inductor más valioso en el adiestramiento de los perros sea el señuelo (de comida). Hacer que el perro toque con el hocico un trozo de comida es un ejemplo de señuelo. Así, una vez que tengamos el control sobre el movimiento de su cabeza, podremos obtener una gran variedad de comportamientos. Si movemos la comida ligeramente hacia delante y hacia atrás seguro que el perro se sienta para poder seguir el objeto diana tranquilamente. Si mientras estás sentado en el suelo el trozo de comida se te queda debajo de una pierna, es probable que el perro se eche para seguir el objeto diana a través del túnel que has creado. Si mantienes el trocito de comida a la altura de tu cadera es muy probable que el perro camine a tu lado.

Utilizar el señuelo es infinitamente mejor que el viejo sistema de inducir que consistía en colocar al perro en la posición deseada empujándolo con las manos y los tirones de correa. No sólo es aversivo empujar a los perros para lograr que se sienten o echen, estrangularlos para que caminen a nuestro lado y dar tirones de la correa para lograr que se acerquen a nosotros, sino que de esa forma el perro se convierte en una víctima pasiva del adiestramiento en lugar de convertirse en un participante activo y además se ralentiza el aprendizaje. Además es mucho más difícil eliminar este tipo de inductores cuando el perro está realizando el ejercicio sin complicaciones. Es bien sabido que dar tirones de la correa eclipsa las órdenes. Si das un tirón de la correa y al mismo tiempo dices «sienta», el perro prestará atención al inductor físico, mientras que la orden pasará prácticamente desapercibida. Desde

aquí mi agradecimiento al Dr. Ian Dunbar por haber encabezado una revolución en el adiestramiento de los perros en los últimos 15 años, dejando atrás estos empujones y tirones y dando paso a los eficaces métodos de utilización de inductores.

Las secuencias iniciales en el adiestramiento de cualquier comportamiento seguirán uno de estos tres patrones:

1. Orden, inductor, respuesta, refuerzo.
2. Inductor, respuesta, refuerzo.
3. Respuesta, refuerzo.

El modelo que elijas dependerá en gran medida del comportamiento que estés intentando enseñar al perro. Si la técnica que utilizas es el moldeado del comportamiento siempre usarás el tercer patrón, ya que no puedes añadir la orden hasta haber moldeado plenamente el comportamiento. Aunque el moldeado se suele describir estrictamente en términos de respuesta-refuerzo puedes utilizar inductores para desencadenar inicialmente los primeros peldaños de tu escalera de moldeado.

Es un poco arriesgado optar por la primera secuencia, la que incluye la orden, ya que con ella estás apostando a que el inductor va a producir la respuesta deseada. De no ser así, habrás establecido una asociación errónea. Has dicho la palabra para dar la orden pero no se ha asociado con el comportamiento porque tu inductor no ha dado resultado. A los adiestradores principiantes les suele costar entender esta fase. Están obsesionados con las órdenes: con qué tono de voz debe dar la orden, si la orden debe ser una sola palabra, si es preferible una señal con la mano o con la voz, etc. Este fetichismo con las órdenes es algo que distrae la atención de lo realmente importante. Tu única obsesión en las secuencias iniciales del adiestramiento debe ser la parte de la secuencia que se refiere a la respuesta-refuerzo. Obtén y refuerza el comportamiento tantas veces como sea posible. Posteriormente se puede y se debe añadir la orden. Solemos hacer una excepción con los comportamientos sencillos como sentarse o echarse, con los que nos sentimos muy confiados con la inducción, y añadimos al principio de la secuencia el nombre del comportamiento (es decir, la orden).

El objetivo final con cualquiera de ellos es obtener la siguiente secuencia: 1) orden, 2) respuesta, 3) refuerzo intermitente. Para lograr la ORR (orden-respuesta-refuerzo intermitente) utilizando la primera secuencia mencionada anteriormente simplemente tenemos que reducir gradualmente el inductor hasta que el perro responda únicamente a la orden, y debemos poner la versión final bajo un programa de reforzamiento. Para llegar al ORR una vez que hayas iniciado el adiestramiento (y siempre que el comportamiento sea suficientemente fiable), lo que tienes que hacer es añadir en primer lugar la orden, debilitar progresivamente el inductor y ponerlo en un programa. Con la tercera secuencia añade la orden y el programa para alcanzar el ORR.

Inductores frente a refuerzos

Lo primero que tenemos que entender sobre los inductores es que independientemente del tipo que sean no son un fin en sí mismos: tienen valor porque producen respuestas reforzables que tendrán que

ir seguidas de un refuerzo. Pasar esto por alto es un error muy común y una verdadera locura. El adiestrador da unas palmadas y se aleja, el perro se acerca y el adiestrador piensa que ha adiestrado la llamada. Existe una posibilidad real de que se extinga la respuesta a la llamada por medio de este procedimiento. Si no se refuerza la respuesta, empezará a disminuir. Un buen inductor te proporcionará unas cuantas respuestas, pero a largo plazo sólo las consecuencias condicionan el comportamiento: ¿hemos reforzado al perro o no? Los propietarios siempre confunden la elaboración de una respuesta con el refuerzo de la respuesta. Lo más importante es el refuerzo de la respuesta, tanto si se obtiene de forma espontánea como si es de forma inducida. A veces los refuerzos se pierden en la maraña porque el uso de los inductores resulta muy gratificante para los propietarios: parece que funcionan por sí solos, en el sentido de que el inductor hace que el perro realice la acción. Pero esto no es adiestrar: adiestrar consiste en manipular las consecuencias de las acciones del perro. Si quieres condicionar de modo operante, refuerza las respuestas individuales que hayas creado. Si no lo haces, antes o después tu inductor perderá su significado y dejará de dar resultado. Llegado este momento puede que cambies de inductor y tal vez consigas algunas respuestas más, pero será todo en vano si no refuerzas estas respuestas cuando se producen. He visto cómo muchas personas destruyen la respuesta a la llamada de sus perros al agotar todo cuanto inductor hay bajo el firmamento, y luego anuncian a los cuatro vientos que su perro es terco porque es obvio que «sabe» lo que tiene que hacer (al fin y al cabo presenciaron esas respuestas la primera vez que utilizaron uno de los inductores). Este es un ejemplo de cómo se puede malinterpretar un problema técnico y pensar que estamos ante razones que nos indican que algunos perros son unos cabezas de chorlito. Esta creencia está muy extendida y hay que acabar con ella. Personalmente estoy cansada de que se le echen las culpas a los perros cuando realmente se trata de un problema de falta de una buena técnica de adiestramiento. No te olvides: el comportamiento es un experimento, el inductor es una sugerencia para el perro («puede que esto dé resultado...»). Estarás colaborando con la causa tan sólo si refuerzas la respuesta que has elaborado. Algunos perros llegan a ignorar los señuelos de comida si se percatan de que el comportamiento sólo funciona en contadas ocasiones. Los perros no obedecen a las órdenes, obedecen a las leyes del aprendizaje.

Los inductores diana se van retirando poco a poco cuando la respuesta es fiable y se realiza al instante. Considéralo una transición entre el comportamiento bajo el control del inductor y el comportamiento bajo el control de la orden. Muchos adiestradores, anticipándose al uso de una orden más perfilada, eligen como señal manual un gesto que recuerde de alguna forma al inductor inicial que contribuyó a instalar el comportamiento. A partir de aquí se puede ir modificando este inductor hasta que el perro responda únicamente a la orden. Esto suele significar realizar el gesto original de modo cada vez menos marcado y aparente, y es un ejemplo de lo que se denomina «supresión del inductor». Las órdenes verbales son mucho más difíciles de adiestrar porque no guardan ninguna relación con el inductor inicial de elaboración y normalmente los perros les prestan menos atención que a las señales con la mano y a los gestos.

Durante las fases iniciales del adiestramiento, si la orden siempre se presentó antes del inductor, tan sólo necesitaremos un número suficiente de ensayos antes de que el perro empiece a anticiparse. En cuanto reciba la orden supondrá que va a aparecer el inductor y realizará el comportamiento antes de

que lo presentemos. En cuanto se empiece a dar esta situación puedes empezar a reforzar al perro selectivamente por este tipo de respuestas y a retener el reforzador cuando tengas que hacer uso del inductor. El perro se percatará de esta nueva contingencia y a partir de entonces estará extremadamente atento a las órdenes.

Pero este proceso no siempre es tan evidente y está tan bien delimitado. Las variaciones en el contexto del adiestramiento suelen provocar regresiones. Si el perro no cumple con el nuevo estándar en repetidas ocasiones, es decir, únicamente se le refuerza por las respuestas no inducidas, baja el listón e induce unas cuantas respuestas para lograr meterlo en vereda. Si no bajas el nivel para que gane varios refuerzos, perderá interés o se frustrará. Además, tu interés por relajar el criterio ha de aplicarse a todos los aspectos del adiestramiento no sólo a la retirada del inductor. En cuanto parezca que el perro empieza a descomponerse no te desesperes preguntándote «¿por qué?», simplemente baja el estándar temporalmente de modo que el perro tenga al menos una posibilidad real de tener éxito y de conseguir otro refuerzo. Esto lo mantendrá vivo en el juego. En poco tiempo serás capaz de alcanzar y aún superar el nivel que tenías anteriormente. Si no bajas el nivel acabarás consiguiendo un perro que no disfruta del adiestramiento y que preferirá hacer cualquier otra cosa. Recuerda, el entorno está compitiendo contigo: tu perro apostará por aquel que le ofrezca más.

Supresión de los señuelos

La comida, utilizada al mismo tiempo como señuelo y como refuerzo, reporta el indiscutible beneficio de establecer una asociación firme entre el refuerzo y quien se lo da, es decir, tú. Como los señuelos de comida son tan tentadoramente eficaces a los amos a veces les cuesta que los perros se desteten. Para empezar tenemos que establecer una distinción entre la comida como señuelo (el inductor u objeto diana como forma de iniciar el comportamiento) y la comida como refuerzo, aquello que aparece después de que se realice el comportamiento, que básicamente es el mismo trozo de comida. Si pones un trozo de comida en la mano, le permites al perro que la olfatee y luego te alejas, habrás hecho uso del señuelo para lograr que se acerque a ti. Si le das la comida por acercarse, la utilizas como refuerzo. Este pequeño granito tiene dos funciones diferenciadas. Los problemas aparecen cuando el perro aprende que la comida a modo de refuerzo sólo se presenta cuando se utiliza a modo de inductor. La solución es muy sencilla. Tan pronto como el perro siga un programa de refuerzo y lo haga de forma fiable, invierte la contingencia.

Por ejemplo, pongamos por caso que estás practicando cambios básicos de posiciones, como sienta, échate y en pie. Entonces el perro seguirá fielmente el señuelo e intercambiará de modo entusiasta una docena de respuestas por un refuerzo. Llegados a este punto realiza el siguiente ejercicio. Haz un calentamiento previo realizando varios cambios seguidos con el señuelo en la mano pero no le des ningún refuerzo. Después suprime el señuelo y ponlo en la otra mano, que tienes a tu espalda. Enséñale al perro la mano vacía con la que le das la orden y pídele un cambio de posición con la señal manual y la orden verbal que sueles utilizar. Normalmente el perro realiza el comportamiento, a veces dudando. Recuerda: has cambiado radicalmente la situación, y el perro duda del resultado. En cuanto adopte la posición correcta dale inmediatamente el refuerzo que tenías escondido en la otra mano. A

continuación pon otro trozo de comida en la mano con la que das la orden e induce otros cambios que tampoco reforzarás. Una vez más esconde la comida y solicita un nuevo cambio dando una señal con la mano que tienes vacía. Refuézalo inmediatamente. No dejes de repetir este procedimiento. No sólo le estás enseñando al perro que no importa si tienes comida en la mano o no, sino que incluso es mejor (desde el punto de vista de la frecuencia del refuerzo) que no tengas comida en la mano cuando das la orden. Este es el primer paso para lograr que el perro crea ciegamente.

Los amos se quejan una y otra vez de que sus perros sólo les obedecen cuando tienen comida en la mano. De lo que no se dan cuenta es de que han estado adiestrando este comportamiento continuamente durante toda la vida del animal al proporcionarle un refuerzo siempre que éste estaba a la vista (en la mano) y prácticamente no proporcionándoselo nunca cuando estaba oculto. ¿Por qué no enseñarle al perro simplemente que no todo en la vida funciona así? Recuerda: el perro obedece a las leyes del aprendizaje según las cuales hará aquello que dé resultado. Los perros aprenden desde muy pequeños que realizar un comportamiento cuando el refuerzo no está visible es sinónimo de que no obtendrán refuerzo. Lo único que hace falta es un poco de astucia a la hora de esconder los refuerzos y una cierta comprensión del programa de reforzamiento para que aprendan de otro modo.

Lo mismo se puede decir con respecto al ejercicio de junto. Al principio, para obtener el comportamiento, el perro sigue el señuelo de comida que tienes en la mano pegada al muslo. Una vez que el perro te siga sin problemas y lo haga durante largos intervalos entre refuerzos empieza a retirar parcialmente el señuelo durante breves instantes, justo antes de darle el refuerzo. De esta forma, le estás enseñando que ocultar el señuelo predice el refuerzo. Con la practica será capaz de tolerar periodos cada vez más largos de supresión del señuelo, puesto que sabrá que esto es sinónimo de muy buenas noticias: el refuerzo está de camino. De hecho preferirá seguirte cuando el señuelo no esté visible porque este comportamiento ha pasado a dar mejores resultados que el de seguir el señuelo. Con este ejercicio a veces hace falta utilizar otro inductor como una serie de premios verbales entusiastas o bien darle indicaciones verbales las primeras veces, para facilitar la transición entre el junto con señuelo y sin señuelo.

También se puede utilizar esta técnica para adiestrar al perro para que te mire a la cara mientras camina en la posición de junto, o simplemente para que te mire cuando se lo ordenes. Incluso puedes utilizar la primera secuencia de adiestramiento, en la que dábamos la orden en primer lugar, ya que lograr que te mire es un comportamiento muy fácil de inducir. Primero di «mira», después indúcelo a que te mire a la cara mientras esté en la posición de junto, moviendo lentamente un trocito apetitoso de comida desde su hocico hasta tu cara. Refuézalo en cuanto levante la cabeza y cuando se establezca el contacto visual. Repite esto una y otra vez durante varios días. Al final el perro volverá a anticiparse y te mirará antes de que tengas que presentarle el inductor. Esto se convertirá en el nuevo estándar. Refuézalo si te mira cuando se lo ordenas. Si no te mira induce el comportamiento pero retén el refuerzo. A partir de aquí puedes ir añadiendo poco a poco otros aspectos como la duración, el movimiento o las distracciones.

Adiestramiento de parámetros por separado

Cuando en un ejercicio añades aspectos como aumentar la duración, movimiento, distracciones, etc., estás añadiendo nuevos parámetros. Sentarse y estarse quieto, por ejemplo, tiene los siguientes parámetros:

1. distancia: separación entre el adiestrador y el perro
2. duración: tiempo que ha de mantenerse el perro en la posición de quieto entre reforzamientos o acercamientos del adiestrador después de ausentarse un instante
3. distracciones: grado de distracciones del entorno en el que está trabajando el perro.

Cuando adiestramos la posición sienta-quieto, hay que adiestrar por separado los distintos aspectos antes de intentar combinarlos. De no hacerlo así realizaremos un adiestramiento de muy poca calidad y cansaremos enormemente al perro. Tanto el adiestrador como su alumno tienen que estar de acuerdo en el criterio para obtener el refuerzo y esto no queda claro cuando se adiestran varios parámetros al mismo tiempo. Por ejemplo, si estás en un entorno con numerosas distracciones y le pides a un perro principiante que se sienta a diez metros durante dos minutos, es probable que se mueva de su posición. No obstante, dentro de él, en algún lugar, hay un parámetro que podemos adiestrar del tipo «mantén perfectamente la posición de quieto en medio de todas estas distracciones»: intenta la posición de sentado y quieto durante dos segundos a tres metros de distancia y refuézalo varias veces. Si estás en un entorno sin distracciones también puedes jugar con las distancias dejando al perro a distancias cada vez más grandes durante un segundo y acercándote para reforzarlo tan pronto como alcances la distancia deseada. Prueba también a aumentar gradualmente la duración de la posición de quieto (de 2 segundos a 5, 10, 15, etc.) sin separarte más de unos pasos y refuerza al perro después de cada ocasión en la que se quede quieto en los distintos intervalos. Podrás empezar a combinar estas situaciones cuando el perro sea capaz de controlar cada una de ellas por separado. Empieza por dos a la vez a un nivel intermedio y sigue con tres, aumentando la dificultad sólo si el perro responde adecuadamente. Adiestrar distintas variables al mismo tiempo es el sello de la inexperiencia o del adiestrador «de segunda». Parece que siempre les da buen resultado pero normalmente a un alto precio. Más tarde o más temprano este tipo de adiestramiento licuará el cerebro del perro. Puede que resulte aburrido y rutinario segmentar el comportamiento en parámetros individuales pero es interesante observar que así los progresos en el comportamiento son mucho más rápidos porque nos detenemos durante un tiempo en cada nivel antes de proseguir al siguiente, y es raro que pierdas el interés del perro. Dado que para el perro resulta obvio cuál es el estándar que tiene que alcanzar para obtener el refuerzo, obedece con mayor rapidez.

Feedback: marcas de ausencia de refuerzo

Hasta ahora, en nuestro sistema de comunicación, un click significa que el perro ha obtenido un refuerzo y los premios verbales significan que está en vías de ganarse un refuerzo. Otra señal, denominada «marca de ausencia de refuerzo» (MAR o «marca») funciona a modo de castigo negativo

condicionado: una señal que le indica al perro que ha perdido un refuerzo o que sus posibilidades de refuerzo han quedado reducidas a cero a causa del comportamiento que acaba de ofrecernos. Cuando los perros aprenden el significado de una marca, esta señal puede hacer que el comportamiento cese de raíz. Los perros son muy buenos abandonando estrategias que no llevan a ninguna parte. Esto explica por qué los perros a veces no responden cuando se les llama: está comprobado que es una estrategia que no lleva a ninguna parte. Acercarse al amo en el parque cuando este lo llama no lleva a nada especial o como mucho a un ligero premio verbal o incluso peor: que le coloquen la correa y se termine un maravilloso paseo. Por ello no resulta sorprendente que los perros no vengan cuando se les llama. Si te paras a pensarlo el final de la diversión debería ir acompañado de la marca de ausencia de refuerzo, y no de la orden «ven aquí». La marca de ausencia de refuerzo adquiere significado a través de repetidas asociaciones con una retirada clara y drástica de un refuerzo esperado. Esto se obtiene de manera eficiente adiestrando un comportamiento simple como sienta y quieto o no toques. Si sostienes un trozo sabroso de comida a unos pasos de distancia y a la altura del hocico del perro que está sentado, éste inmediatamente se moverá hacia él. Este es el plan A, dirigirse al objeto diana. En cuanto se mueva simplemente dile «¡mala suerte!» o «¡ah!, ¡ah!» y haz que la comida desaparezca por arte de magia. Después vuelve a darle la orden de que se sienta y repite la secuencia. Si lo has hecho en el instante preciso, suele pasar que el perro cometerá el mismo error dos o tres veces antes de cambiar de estrategia, es decir, no moverse, echarse, ladrar o realizar otro comportamiento que no sea dirigirse al trozo de comida. Esta segunda estrategia representaría el plan B. Si el perro opta simplemente por quedarse inmóvil y clavar la vista en la comida, haz click y refuerza. Repite el ejercicio varias veces. Vas por el buen camino para condicionar el comportamiento sienta y quieto, y también para establecer una marca de ausencia de refuerzo.

En cuanto el perro realice dos o tres respuestas correctas seguidas, introduce alguna variación para que se equivoque. Un simple cambio de posición con respecto al perro basta para hacer que deje de estar inmóvil. Recuerda que cuando estás sosteniendo un trozo de comida a la altura del hocico del perro, el plan A es casi siempre dirigirse a la comida: al fin y al cabo así es como conseguimos los comportamientos de sienta, échate y junto utilizando el señuelo. Seguir la comida resulta extremadamente obvio para los perros, por lo que pasarse al plan B, es decir, no moverse, no suele dar resultado. Para algunos perros quedarse inmóvil puede ser el plan C o D. Perfecto: lo que quieres es que se equivoque muchas veces y así tener más oportunidades de asociar tu MAR (marca de ausencia de refuerzo) con la desaparición del señuelo. Si cambiamos el escenario lo lograremos perfectamente. Si solías estar de pie a la izquierda del perro, ahora colócate a la derecha y vuelve a ofrecerle como incentivo otro trocito de comida, siempre preparado para realizar tu marca y hacer desaparecer la comida en cuanto rompa la posición de quieto, lo cual es casi seguro que pase. Los perros fracasan cuando te cambias de lado porque no generalizan bien. Su máxima es: nueva situación, nuevos ejercicios. El perro también fracasará un par de veces si dejas caer al suelo el trozo de comida, si cambias el tipo de comida que utilizas, realizas el ejercicio en otra habitación o si cambia el adiestrador. Cubre todas estas variaciones para fortalecer el nuevo sienta-quieto, pero lo que es más importante, para ayudarte a cargar tu MAR por medio de la continua asociación con la retirada del refuerzo.

La elección de la marca de ausencia de refuerzo (MAR) depende del perro y del contexto. Puede que decidas establecer más de una con un determinado perro. Por ejemplo, «¡ah!, ¡ah!» dicho con intensidad y firmeza suele ser de por sí aversivo, por lo que no es sólo un castigo negativo condicionado estrictamente hablando. En este caso también funciona como un moderado castigo positivo y primario. Pero esto es hilar muy fino porque el objetivo es inhibir o reducir la probabilidad de un comportamiento, y un castigo positivo tan sólo ayudará a la causa. Simplemente significa que puede que funcione un poco incluso sin «carga». «¡Mala suerte!» o «mal» son más neutros. Puede que cualquiera de ellos sea más adecuado para perros más sensibles o para aquellas situaciones en las que no deseas inhibir el comportamiento en su totalidad, sino simplemente señalarle al perro lo inútil que resulta lo que está haciendo.

Cuantas más herramientas tengas, mejor. Elige marcas que te resulten fáciles de pronunciar, que te salgan casi espontáneamente, porque tendrás que usarlas en el instante preciso en los momentos más intensos del adiestramiento.

Feedback: el castigo positivo

Las herramientas de las que hemos hablado hasta ahora son el refuerzo (reforzamiento positivo), marca de refuerzo (reforzador condicionado), refuerzo de baja intensidad (refuerzo verbal), supresión del refuerzo (castigo negativo) y la marca de ausencia de refuerzo (castigo negativo condicionado). Una herramienta de la que todavía no hemos hablado es el castigo positivo. Consiste en la presentación de un estímulo aversivo (algo desagradable). Solemos llamarlo simplemente castigo. Es con diferencia la técnica preferida de la sociedad (de los humanos). Nuestro sistema formal de control de la conducta, la ley, gira en torno a su utilización. Obedeces la ley para no tener que ir a la cárcel, no para ganar o suprimir algo. Su aplicación en la justicia penal es muy polémica, no sólo por cuestiones de moral sino porque su eficacia es cuestionable: los casos de reincidencia son muy frecuentes. Gran parte de los que tienen que pagar su castigo con multas o bien en la cárcel suelen volver a delinquir al finalizar el castigo. En otras palabras, no parece que dé muy buen resultado. Tendemos a ver esto como un problema de la especie que estamos adiestrando, es decir, humanos o «arquetipos criminales» en lugar de considerar que es un problema de la técnica, es decir, del castigo. Nuestra respuesta suele ser en forma de «escalada de castigo»: si las multas no dan resultado, mételes en la cárcel durante una temporada. Si esa temporada en la cárcel no da resultado, enciérralos durante una temporada más larga. Si eso no da resultado, mátalos. Realmente nunca nos hemos planteado que es posible que la técnica, el castigo, para empezar no sea muy eficaz. El castigo está muy enraizado en la sociedad y no es posible que desaparezca fácilmente. Creo que tiene que ver con el legado de aprendizaje compulsivo por observación: lo hacemos porque nos lo hicieron a nosotros. Crecimos con el castigo y nos han saturado con ejemplos durante toda nuestra vida. Incluso la mayoría de las religiones tienen castigos extremos en su intento de mantener en vereda, «por el buen camino», el comportamiento. A pesar de todo, parece que seguimos pecando mucho, sobre todo teniendo en cuenta la magnitud de las consecuencias: la eternidad en el infierno, el castigo final, etc.

En este contexto es asombroso ver cómo la revolución llevada a cabo en el adiestramiento de los perros durante los últimos 15 años ha dado lugar a métodos basados en el reforzamiento positivo. Algunas modalidades de adiestramiento han dejado de utilizar totalmente los estímulos aversivos con gran éxito en la mayoría de los casos. Entonces, ¿cuál es la función de los aversivos, en caso de que exista alguna, en el adiestramiento de los perros? Personalmente creo que es complicado utilizar correctamente la técnica del reforzamiento negativo y además no es insustituible. Un reforzador negativo es cualquier cosa que, cuando deja de usarse, aumenta la probabilidad de que se produzca el comportamiento que hizo que desapareciera. El reforzamiento negativo supone el fin de un estímulo aversivo, al contrario que un castigo positivo, que es la presentación de un estímulo aversivo, algo que reduce la probabilidad de que se produzca el comportamiento que lo provocó. Aunque el reforzamiento negativo es extremadamente potente en las manos apropiadas, en las manos inapropiadas se convierte en un arma destrozacerebros. Además creo firmemente que incluso si se utiliza correctamente su uso está completamente injustificado en el adiestramiento de comportamientos estilizados como el cobro (¿te acuerdas del tirón de orejas?), algo para lo que es una técnica muy popular. Por ello me opongo a que se extienda su uso. ¿Y qué decir del castigo?

Ejemplos de castigos en el adiestramiento canino son las reprimendas verbales, manotazos, palizas, golpes con el periódico, vaporizarle con agua o citronela, darle sacudidas agarrándolo por el pescuezo y el omnipresente tirón de la correa. Normalmente es necesario aplicar estas intervenciones una y otra vez —en el caso de las correcciones con la correa probablemente miles de veces durante la vida del animal— para que lleguen a tener alguna repercusión en el adiestramiento. Esto se debe a que gran parte del comportamiento ya está bajo el control férreo de un amplio historial de refuerzos. Si ya realiza un determinado comportamiento es porque, por definición, está recibiendo algún tipo de refuerzo de alguna forma. Si no se aborda y ataja este reforzamiento, cualquier otra técnica, en este caso un castigo, queda condenada al fracaso a largo plazo. Solemos pensar que si bien los refuerzos consolidan un comportamiento o hacen que aparezca, los castigos lo eliminan o terminan con él. No obstante esto es una gran falacia. Los castigos no terminan con los comportamientos. La desaparición o la supresión del refuerzo, elimina el comportamiento. El castigo simplemente aturde el comportamiento. Interrumpe temporalmente el flujo al crear un malestar emocional. Este efecto es temporal. Antes o después el animal encontrará la forma (si es que la hay) de evitar el castigo y de llegar hasta ese refuerzo que sigue ahí. A veces ni siquiera necesita encontrar la forma de evitar el castigo porque no lo percibe como tal. En otras palabras, el castigo fue demasiado blando. Para comprender mejor todo esto, veamos qué es lo que hace que un castigo dé resultado.

Tenemos la idea preconcebida de que si le hacemos algo malo al perro, lo estamos castigando. No necesariamente. El castigo se define formalmente como la presentación de un estímulo cuya conclusión reforzará el comportamiento. ¿Difícil de entender? Simplemente significa que si da resultado como reforzador negativo, técnicamente hablando también es un castigo cuando empieza a aplicarse. Seguro que recuerdas que algo desagradable que se mantiene durante un tiempo resulta reforzante cuando se aplaca: si te doy un pellizco en el brazo hasta que digas «primo» para que deje de hacerlo, se ha reforzado negativamente que digas «primo». A partir de ahora es más probable que lo

digas en circunstancias similares. Sin embargo, si sigo pellizcándote después de que hayas dicho «primo», cambiarás de estrategia de comportamiento hasta que alguna funcione. Aquella que funcione será reforzada, en este caso negativamente, porque pone fin al malestar. En este caso el castigo se definiría como el instante en el que empiezo a pellizcarte el brazo. Habré castigado lo que estuvieses haciendo en aquel instante. Pero ¿cómo afecta esto a la probabilidad de que en el futuro vuelvas a hacer lo que estabas haciendo cuando empecé a apretar y a hacerte daño? La verdad es que no suele haber mucha diferencia en la mayoría de los casos. Para que un castigo dé resultado, es decir, para que reduzca la probabilidad de que se dé un comportamiento aunque sea temporalmente (no te olvides de que no suele hacer que desaparezca) el castigo tiene que reunir muchas condiciones.

Años atrás Daniel Tortora exponía en su magnífico libro *Help! This animal is driving me crazy*^[8] las reglas necesarias para aplicar un castigo eficaz. Para que un castigo afecte, al menos temporalmente, a la probabilidad de que en el futuro se dé un comportamiento que se ha castigado, han de darse varias condiciones:

1. El castigo ha de ser inmediato.
2. El castigo ha de ser lo suficientemente aversivo. Si los primeros castigos que aplicas son de poca intensidad y lo haces para ser suave y posteriormente ir aumentando la intensidad, crearás un «castigo impasible», una «resistencia al castigo», «callo». Estarás realizando una desensibilización sistemática: al aumentar gradualmente el castigo estás endureciendo al perro. Si aplicas el castigo no empieces nunca con castigos poco intensos para luego ir aumentando la intensidad, empieza con castigos muy intensos desde el principio.
3. El castigo debe aplicarse después de que el animal realice el comportamiento, en todas las ocasiones en las que realiza y debe estar asociado exclusivamente con el comportamiento. El perro no debe olerse de ninguna forma que lo van a castigar. Cuando se castiga al perro por un comportamiento que no se había castigado hasta ese momento (y que ha sido reforzado, ya que de otra forma no existiría), el animal se preguntará inmediatamente «¿qué pasa ahora que no pasaba antes?». Si tú ahora estás en la habitación su pregunta habrá encontrado respuesta. El perro aprende a no realizar el comportamiento cuando estás presente. Sigues teniendo un comportamiento con un historial de refuerzo. Es cuestión de tiempo que el perro se percate de cuándo se aplica el castigo. Recuerda que obedece a las leyes del aprendizaje, no a ti. Si se ha castigado un comportamiento en el pasado, éste seguirá dándose tan pronto como el animal se dé cuenta de cuándo es seguro hacerlo.

Si sigues todos estos pasos el castigo puede proporcionarte una supresión temporal del comportamiento. No te olvides de que no has hecho que desaparezca, sino que simplemente has desarrollado un estado emocional que es incompatible con el comportamiento que deseas eliminar (el animal está demasiado disgustado por el castigo y por ahora no lo volverá a hacer). Por casualidad, también estará tan disgustado que no querrá hacer prácticamente nada después de recibir un castigo. El castigo es como un bombardeo de saturación. Has atajado el comportamiento que querías pero al mismo tiempo también has dejado huella en gran parte del repertorio de comportamientos del perro. Si se castiga mucho a un perro normalmente realizará muchos menos comportamientos. Lo que es

realmente preocupante es que esto es lo que de verdad quieren muchos propietarios de perros. Quieren un descenso general del comportamiento del perro. Es una observación lamentable sobre la relación humano-perro cuando afirmamos que nos encantan los perros y luego intentamos hacer una lobotomía de su comportamiento con miles de tirones de la correa en nombre de la «obediencia». Ese animal inexpresivo, descerebrado y falto de comportamiento al que mucha gente se apega tantísimo casi no se puede calificar de perro, es el fantasma de lo que puede que un día fuera un perro. Por su parte, el comportamiento que deseábamos controlar sigue teniendo esos molestos antecedentes de reforzamiento que lo mantienen vivo y coleando.

Veamos otro ejemplo. El perro ha estado saltando y mordisqueando a los niños. Esto resulta divertido y reforzante para el perro ya que quema su energía depredadora y obtiene chillidos por parte de la presa. Al principio la madre intenta decir «¡no!» con un tono firme de voz pero el perro no tarda en acostumbrarse a este sonido y por lo tanto no afecta a su comportamiento, como si le estuviera diciendo «¡sigue así!, ¡más fuerte!» con tono firme. La primera vez que el padre ve al perro hacer esto lo agarra por el cuello, lo levanta a varios palmos del suelo, le dice gruñendo delante de los morros «¡NO!» y le da un fuerte sopapo debajo de la barbilla. El perro se retira para digerir esto. Deja de agarrar a los niños con la boca durante varios días pero luego el comportamiento, como el ave fénix, resurge de sus cenizas. El castigo aversivo del padre, dado en el momento justo, sólo ha aplacado temporalmente el comportamiento. ¿Cómo se comportará el perro a partir de ahora? ¿Ha aprendido el significado de la palabra «no»? ¿Acaso le importa para algo? Entonces ¿qué ha aprendido?, pues a no morder a los niños cuando el padre está presente. Ahora los mordisquea durante el día, cuando no hay ningún peligro, y se contiene durante las noches cuando sí lo hay. No se ha introducido ningún comportamiento alternativo para llenar el vacío por lo que el comportamiento original, mordisquear a los niños, resurgirá, siempre que resulte seguro. Una vez más el perro obedece a las leyes del aprendizaje.

Si en alguna ocasión te planteas utilizar el castigo tienes que tener estos principios siempre presentes. Recuerda, el castigo tiene que ser: 1) inmediato, intenso, 2) aplicado en cada ocasión que no se comporte como debe, 3) sin excepciones, y 4) asociado únicamente con ese comportamiento. Estas condiciones, desde la primera hasta la última, hacen que sea complicado utilizar el castigo y obtener buenos resultados. Aunque el resultado total o parcial sea bueno habrá que lidiar con muchos efectos secundarios: una fuerte asociación con quien inflige el castigo, una inhibición general del comportamiento (la disminución del repertorio de comportamientos que conlleva el uso crónico del castigo) y la posibilidad de una agresividad desencadenada por el dolor. Las historias sobre perros que «arremeten» contra sus «jefes» son intentos patéticos de convertir en un drama el hecho de que un perro se defiende de su dueño tras un historial de antecedentes de castigo. Cualquier perro o humano, llegado el caso, tiene un límite. Puede que los más calmados recurramos a la violencia para librarnos y librar a nuestros descendientes de una situación que percibimos como amenazante. En la cultura canina, como veremos, no hay palabras, abogados de oficio o cartas al editor: las únicas armas de las que disponen cuando están enfadados, cuando tienen diferencias o miedo son salir corriendo o amenazar.

El castigo está tan extendido que para muchos se ha convertido en sinónimo de «adiestramiento», a pesar de no dar buen resultado. Si hubieses asistido a una clase de obediencia hace diez años habrías visto perros caminando en círculo y recibiendo incontables tirones de la correa durante las sesiones. Incluso hoy en día cuando la gente pregunta cómo lograr que el perro deje de hacer algo la mayoría espera que se les diga cuál es la «mejor» modalidad de castigo: gritar, pegarle, lanzarle el collar metálico, usar trampas sonoras, descargas eléctricas, etc. Lo que ayuda a mantener esta fascinación con el castigo, aparte de nuestra obsesiva tendencia al aprendizaje por observación, es que reporta una doble satisfacción inmediata al que lo inflige. Una es aliviar el enfado y la frustración. Muchas personas se desesperan al intentar controlar a los perros. La otra satisfacción es incluso más engañosa: la supresión temporal que sigue al castigo funciona como un refuerzo aplicado en el instante preciso para la persona que aplica el castigo. En el momento en que se aplica da la impresión de que el castigo ha surtido efecto. Cuando el comportamiento reaparece más adelante es demasiado tarde para que tenga algún impacto sobre la aplicación inicial del castigo y para empeorar un poco más la situación parece que sólo funciona a veces, por lo que el comportamiento que estás castigando se mantiene vivo y resistente a la extinción al estar bajo un programa de reforzamiento intermitente.

Otro problema que se suma al castigo como técnica es la asociación con otros elementos presentes en el entorno en el instante en que se aplica. Tendemos a castigar a nuestros perros de modo interactivo así que, aunque apliquemos el castigo en el instante preciso (es decir, «lo pillamos in situ») y lo hagamos con la intensidad suficiente, corremos el gran riesgo de que lo asocie con nosotros, los que infligimos el castigo, en lugar de limitarse a asociarlo con algún aspecto del comportamiento en sí mismo. Este efecto secundario da lugar a innumerables problemas en otras áreas, especialmente en lo que concierne a que el perro se acerque cuando lo llamas. Ningún animal en su sano juicio se acercaría a alguien que ha asociado tan directamente con el castigo. Otro problema es el castigo aplicado con retraso. Si el castigo aplicado en el instante preciso es un adiestramiento tenue, los castigos aplicados uno o dos segundos después del acto son básicamente abusos.

Los castigos (y en realidad los refuerzos) marcan un instante en el tiempo, independientemente de lo que estuviera haciendo el que recibe el castigo en el instante en el que se aplicó. Los castigos también hacen que el que castiga (o refuerza) quede marcado como el estímulo discriminativo más relevante. Esto simplemente indica que de todas las cosas que puedes recordar sobre un castigo (el diseño del papel de la pared, la hora del día, lo que estabas haciendo, etc.) lo más fiable a la hora de predecir que va a llegar el castigo es la presencia de la persona que lo haya aplicado. Empieza a tener sentido el comportamiento sumiso de los perros que han recibido muchos castigos (y que los amos interpretan erróneamente como «remordimiento» o «culpa») y que se adivinan por la llegada o la aproximación del amo.

Hay tres modos de lograr que el castigo dé algún resultado incluso en el adiestramiento de los perros:

1. El primero es pillar el primerísimo intento con un castigo intenso y aplicado en el instante preciso. Normalmente no habrá un segundo intento. De esta forma no habrá que hacer frente a un historial de refuerzo y cuando el animal se pregunte «¿qué pasa ahora que no pasaba antes?» (es

decir, qué es lo que predice la llegada del castigo), la respuesta será inevitablemente el comportamiento en sí. Esa es la novedad. En este caso, por lo tanto, la pregunta funciona en tu favor y no en tu contra.

2. Otro modo de hacer que el castigo sea más eficaz es utilizar una señal de aviso antes de todos y cada uno de los instantes en que se aplica un castigo de intensidad suficiente en el instante exacto. Antes de hacer una corrección de la correa di «no tires...» y dale al perro la opción de evitar la corrección: si deja de tirar habrá evitado la corrección; si continua tirando, la recibirá. La señal de aviso funciona como un «imán» que se asocia con el castigo cuando el animal se pregunta «¿qué pasa ahora que no pasaba antes?» («ya lo entiendo, justo antes de que me descubrieran oí “no tires”...»).
3. El tercer modo de hacer que el castigo sea una herramienta más útil es usarla siempre con una señal de aviso y al mismo tiempo que aplicamos otras técnicas, como por ejemplo el contracondicionamiento y el refuerzo por la ausencia de un comportamiento. Después de darle una señal de aviso y la corrección, induce y premia otro comportamiento como por ejemplo caminar con la correa relajada.

Es bastante probable que este último nicho para el castigo bien pudiera ser su objetivo principal en el adiestramiento práctico de los perros. Considéralo como otro modo de conseguir respuestas que puedas reforzar. Inmediatamente después de un castigo hay una supresión temporal, es como si se abriese temporalmente un vacío de comportamiento, si en dicho intervalo de tiempo refuerzas otro comportamiento empezarás a llenar ese hueco vacío. Si se llena ya no quedará «sitio» en el repertorio de comportamientos para que el comportamiento que castigaste se pueda reintegrar. El castigo te proporciona tiempo para inculcar un «comportamiento de recambio». Los perros no pueden hacer dos cosas al mismo tiempo así que si tienes la intención de castigar al perro por atacar a los niños prémialo también cuando se quede mirándolos tranquilamente o cuando la emprenda a mordiscos con juguetes apropiados para perros. Después de castigar que se precipite en cruzarla, refuerza algunos sienta-quieto en la puerta de entrada. Siempre que castigues al perro en una determinada situación haz que aparezca otro comportamiento que puedas reforzar para que llene el vacío creado con el castigo. El castigo funciona a modo de inductor. Su valor reside en los comportamientos que le siguen y en si se refuerzan estos comportamientos o no.

Huelga decir que nuestra intención es aplicar el menor número posible de castigos. La clave está en implantar el comportamiento con antelación utilizando el reforzamiento positivo en lugar de esperar a que ocurran los (inevitables) agravios y luego castigarlos y contracondicionarlos. Demasiado contracondicionamiento puede provocar que el perro se porte mal con la intención de recibir un castigo, ya que la única vez que recibe un reforzamiento positivo es después de un castigo. Has creado un masoquista. Sabemos de antemano cómo se comportan los perros por naturaleza: saltan para saludar, persiguen y muerden cualquier cosa que se mueva, hacen pis y caca cuando tienen ganas, realizan vocalizaciones de estrés cuando se quedan solos, tiran de la correa, etc. Hay que empezar a planear por adelantado.

Destrezas

Todas estas técnicas (reforzamiento positivo y negativo, contracondicionamiento, castigo negativo y positivo) funcionan perfectamente en teoría y en los laboratorios de estudio del comportamiento. En el mundo real la cosa se complica. La destreza de una persona para aplicar todo esto en la vida real en las interacciones humanos-perros se denomina «destreza de adiestramiento». Mucha gente tiene destrezas sin haber adquirido demasiado conocimiento, simplemente son buenos adiestradores por naturaleza. La mayoría tenemos que desarrollar nuestras habilidades pero afortunadamente para nosotros y para los perros las destrezas se adquieren con facilidad. Pero ¿en qué consisten exactamente estas destrezas?

Hace unos años grabé el adiestramiento de unos perros jóvenes en el nivel de iniciación de las clases de obediencia a cargo de dos grupos de personas. El primer grupo lo formaban los propietarios de los perros y el segundo adiestradores profesionales y adiestradores aficionados muy preparados. Mi intención era descubrir cuál era exactamente la diferencia entre un buen adiestrador, con experiencia, y uno novato. Se le comunicó a todos los participantes que el estudio que se iba a realizar tenía que ver con los estilos de aprendizaje en las distintas razas de perros, de forma que no cambiaran sus estilos de adiestramiento. Lo que más me interesaba era contar las veces que el adiestrador intentaba proporcionar feedback al perro sobre los progresos que realizaba, incluyendo toda clase de: premios verbales, refuerzos de comida, caricias, ofrecimiento de un juguete, retirada de un refuerzo y marcas de ausencia de refuerzo, agarrones, tirones, reprimendas verbales y correcciones de la correa. La persona que hizo el recuento en la grabación no sabía diferenciar entre los que eran adiestradores y no adiestradores.

La motivación para este estudio procedía de años de observación en las clases de obediencia. Los perros que se portaban mal con sus dueños se transformaban en «otros perros, perros completamente distintos» cuando uno de los instructores de las clases lo utilizaba un momento para hacer una demostración. Esto ocurría sin que existiese un historial previo de adiestramiento ni ningún tipo de preparación. Cuando se le devolvía el perro a su amo inmediatamente volvía a portarse mal. ¿Qué ocurre en la interacción momentánea entre el perro y el adiestrador que marca esta diferencia? Mi hipótesis era que los adiestradores daban mucha más información por unidad de tiempo al perro al que estaban manejando. Al final la diferencia en la cantidad resultó ser incluso más grande de lo que me había imaginado.

Manejando al perro los amos les daban algún tipo de feedback a un promedio de 20 segundos (coeficiente de media de feedback realizados (MFR): 2,8 por minuto). Los adiestradores les daban feedback aproximadamente cada 6 segundos a una MFR de 10 por minuto. El feedback era tanto positivo como negativo. Los adiestradores premiaban verbalmente y con comida con una frecuencia tres veces mayor que los propietarios, pero también aplicaron más castigos, principalmente a modo de correcciones con la correa o marcas de ausencia de refuerzo («¡ah!, ¡ah!»). Es como si los adiestradores utilizaran el castigo para «cerrar de un portazo» las estrategias de algún comportamiento

que querían que el perro dejara de hacer de forma que aumentara la probabilidad de que el perro ofreciera otro comportamiento que pudiesen reforzar. Así es como abrían los huecos temporales. De esta forma, como por arte de magia, comportamientos como abalanzarse, tirar de la correa y saltar encima del adiestrador desaparecían temporalmente del repertorio o bien quedaban aturdidos. Entonces los adiestradores rentabilizaban el hueco creado al inducir con rapidez lo que les pareciera y después reforzarlo. Además también eran más exactos a la hora de seleccionar el mejor instante de aplicación del refuerzo. Estos refuerzos aparecían con tanta rapidez y energía que daba la impresión de que los adiestradores tenían una imagen mental preconcebida de lo que estaban buscando y no dudaban a la hora de reforzarlo cuando lo obtenían. Esto hacía que todo siguiera su curso. En resumen, los adiestradores definían un ajustado lazo o un abanico de comportamientos más reducido al marcar o castigar las desviaciones de modo que el perro, al verse con un abanico de opciones más reducido, ofrecía respuestas reforzables que el adiestrador reforzaba sin falta. Al final recibían más respuestas reforzables que los propietarios porque:

1. los incitaban implacablemente
2. los castigaban rápidamente cuando se abalanzaban y tiraban de la correa y sin lugar a confusión
3. establecieron unos criterios de refuerzo razonables
4. perfecta aplicación en el instante preciso: nunca desperdiciaron ninguna oportunidad para reforzar
5. su adiestramiento se desarrollaba rápidamente: su habilidad para transmitir sus intenciones en el adiestramiento era rápida, no se andaban por las ramas.

Estas diferencias cualitativas destacaban aún más que las diferencias de coeficientes (MFR) entre los dos grupos. Para los perros los adiestradores eran buenas «máquinas tragaperras» con las que jugar, a las que engancharse, mucho mejores que cualquier otra opción disponible como el suelo, la puerta, otras personas o perros en la habitación. Al ver el vídeo la forma más rápida de adivinar si se trataba de un adiestrador o no era simplemente determinar «a qué jugaba» el perro. Si el perro jugaba al juego del guía seguramente se trataba de un adiestrador. Si por el contrario jugaba con el suelo o con alguna otra cosa en la habitación, es probable que quien estuviera guiando la situación no fuera adiestrador.

Se podía definir el grupo de los aficionados como «árboles», daban muy poco feedback al perro tanto para las respuestas buenas como para las malas; desde la perspectiva del perro debe de haber sido como estar atado a un árbol. Cuando los perros están atados a los árboles no suelen interaccionar demasiado con ellos. La ausencia de feedback del aficionado se caracteriza por ser:

1. Estereotipada: el perro recibe idéntico refuerzo independientemente de si hizo algo totalmente brillante o tan sólo un poquito mejor que de costumbre. Por ejemplo, un amo decía «buen chico» y le tocaba al perro detrás de las orejas cada vez que quería reforzarlo. Los adiestradores utilizaban un rango más variado a la hora de dar el feedback: usaban un amplio abanico de «herramientas».
2. Contingencia lenta o total ausencia de la misma: el feedback lento era simplemente eso, lento, con frecuencia con dos o tres comportamientos de retraso. En otras palabras: el perro se sentaba y

para cuando el adiestrador se percataba de ello y le daba cualquier tipo de refuerzo, el perro ya se había levantado, se había abalanzado sobre alguien y se había puesto a olisquear. Lo que se termina reforzando es el olisqueo.

El feedback no contingente fue un fenómeno muy interesante en los que eran aficionados. Solía pasar que cuando el perro estaba totalmente entregado al comportamiento, abalanzándose o jugando con algo en el suelo o mirando a la puerta, el guía le ofrecía premios verbales supuestamente para que el perro le prestara atención. Hay que señalar que, a efectos de estudio, este tipo de inducción se registró como intento de feedback, lo que hizo que aumentara el coeficiente (MFR) de los adiestradores aficionados. Así, la situación de densidad de feedback puede ser incluso peor de lo que sugieren los resultados. Resulta interesante observar que un par de perros utilizados en el estudio eran «de competición» (perros adiestrados y con títulos de obediencia) y también terminaron por desentenderse de los adiestradores aficionados a mitad del ejercicio, a pesar de que llevaban toda la vida adiestrándose. Aunque algunas de sus respuestas fueron excelentes, estas se extinguían rápidamente y ellos también terminaban jugando con algo en el suelo.

Si lo analizamos, no es ninguna sorpresa que haya tal abismo entre personas para quienes el adiestramiento de los perros es una pasión y otras personas a las que les gustan los perros y los compran como animales de compañía. Que a alguien le gusten los perros no significa que tenga destrezas para adiestrarlos. Además hay grandísimos adiestradores de animales en potencia por el mundo adelante que probablemente nunca tendrán un perro porque no les gustan los perros, al menos no lo suficiente para tener uno. Los que llegan a ser buenos adiestradores además de amar a los perros les encanta el adiestramiento. Puede ser que inicialmente no tengan un don natural, no obstante, su amor por el adiestramiento les hará mejorar a largo plazo, ya que terminarán invirtiendo mucho tiempo en el adiestramiento y en conocer a fondo la materia. Sin embargo la mayoría de los propietarios no se incluyen en este grupo, les gustan los animales, no el adiestramiento. Resulta sorprendente cómo desarrollamos las destrezas para adiestrar a los perros en estas personas con tan buenas intenciones. Nos encargamos de ellos y, ¿qué hacemos? Obviamente, desconocen por completo cómo establecer criterios (es decir, no saben en qué consiste una respuesta reforzable, cuánto y mucho menos cómo reforzarla), carecen de la precisión para marcar el instante preciso y prácticamente carecen de toda experiencia para inducir. ¿Qué herramientas les damos para que empiecen a aprender estas destrezas básicas? Les damos a su animal de compañía, adolescente y completamente descontrolado, y un collar de castigo. Es como enseñarle a conducir a niños de dieciséis años dándoles un coche de fórmula uno y poniéndolos en la parrilla de salida. Piensa por un minuto en las repercusiones de esto. Las destrezas fundamentales del adiestramiento son: capacidad para reconocer una respuesta reforzable (establecimiento de los criterios), capacidad para obtener esa respuesta reforzable (inducción, moldeado y aunque cuestionable, el castigo) y capacidad para reforzarla al instante de obtenerla (timing: reforzar el instante preciso). Posteriormente entran en juego las destrezas a la hora de elevar los criterios y los programas de reforzamiento. Estos son aspectos complicados. El animal que deseamos adiestrar es un perro, por lo general un perro joven, un animal dinámico con una frecuencia relativamente alta de modificación del comportamiento y que puede que

intente mordisquear a su dueño (jugando) durante la sesión de adiestramiento. ¿Qué pasa si se le da una herramienta aversiva como un collar metálico a un dueño que prácticamente no ha desarrollado sus destrezas? La respuesta es castigos aleatorios con el propietario como principal estímulo discriminativo. El perro aprende con lentitud, necesitando más y más tirones de la correa, y el resultado con frecuencia es un perro medio zombi al que se le han borrado a fondo muchos comportamientos. Nunca consentiríamos nada semejante en ninguna otra situación, aparte de en las clases de obediencia.

Pongamos por caso que acabas de empezar a tocar el violín o a practicar el salto con pértiga. Vas a empezar a aprender una nueva destreza. Cada vez que cometes un error, un cachorro de seis meses recibe una descarga eléctrica. ¿Cuántos errores crees que cometerás la primera semana que saltes con pértiga o que toques el instrumento? ¿Cómo le afectan a ese perro todas esas descargas? ¿Todo en orden? ¿Es eso aceptable? Ahora bien, ¿cuántos errores marcando el instante apropiado o de establecimiento de criterios va a cometer un adiestrador principiante en su primer mes de adiestramiento? Si la herramienta principal de adiestramiento es el collar de estrangulamiento eso significa que habrá muchos castigos que se aplicarán en el instante inapropiado. ¿Qué es lo que nos hace pensar que esto es aceptable? Si una persona no es capaz de dar el refuerzo de comida en el instante preciso o con la destreza necesaria ¿deberíamos armarlos con herramientas que causan dolor? Es necesario un nuevo método que desarrolle las destrezas básicas del adiestramiento en los propietarios de perros. Este nuevo método debe identificar los déficits con los que vienen los propietarios a las clases de obediencia. Son los siguientes:

1. no dan suficiente feedback
2. su abanico de feedback es muy reducido
3. su feedback no es contingente o es muy lento
4. tienen muchas dificultades para alternar entre feedback positivo y negativo
5. no saben cómo establecer criterios
6. no saben cómo inducir
7. no saben en qué momento de la secuencia deben inducir.

Para muchos propietarios de perros el primer paso es reconocer que su función principal en las sesiones de obediencia es dar feedback y no dar órdenes. Esto hace referencia a una falacia inmensa y muy extendida entre los propietarios de perros en general: que los instintos básicos de supervivencia guían el comportamiento. Lo que nos lleva a pensar esto es la interminable búsqueda de la «entonación adecuada», el número exacto de palabras en la orden, la utilización de la palabra correcta o una adecuada señal con la mano. A estas alturas es obvio que las palabras no guían el comportamiento sino que lo hacen sus consecuencias. Durante las primeras sesiones de adiestramiento en obediencia el objetivo debe ser crear, reconocer y reforzar estas respuestas reforzables en todas y cada una de las oportunidades en que sea posible. Son como el oro. La orden es simplemente una señal con la que indicarle al perro que acaba de aparecer una posibilidad de obtener un refuerzo y que le sugiere el comportamiento que debería intentar. No puedes dar la orden para que realice un

comportamiento que todavía no has adiestrado.

Tus destrezas de adiestramiento empezarán a mejorar en cuanto comiences a hacerte con tus propias herramientas básicas de adiestramiento, el reforzador condicionado (el clicker) y tu marca de ausencia de refuerzo («¡ah!, ¡ah!, ¡mala suerte!»). Después, en cuanto puedas, contacta con un buen instructor por tres razones: 1) para que te enseñe, 2) para que te proporcione un modelo o un ejemplo de buenas destrezas de adiestramiento y 3) para que te proporcione una secuencia para las órdenes básicas que desees inculcarle a tu perro. Puedes progresar con un libro como éste, puedes obtener el modelado dándote una vuelta y fijándote en los buenos adiestradores o viendo vídeos de los buenos adiestradores en acción. La preparación, sin embargo, sólo se puede adquirir en vivo con un adiestrador-instructor experimentado. Hay que decir que las destrezas de adiestramiento son distintas que las de instrucción. Un buen adiestrador no siempre es un buen instructor y viceversa. Lo ideal sería que en una clase de obediencia hubiera uno de cada, a veces siendo la misma persona y otras veces no. Intenta encontrar un centro que tenga tanto un magnífico adiestrador como alguien que sea capaz de transmitir su conocimiento a otras personas. Enseñar a otros es un arte que dominan muy pocos. A continuación se incluyen unas sugerencias para mejorar tus destrezas básicas.

1. En primer lugar nunca desperdicies la oportunidad de observar a los buenos adiestradores en acción. Cuando estoy delante de uno lo observo sin pestañear y trato de absorber todo lo que puedo. Si quieres también puedes mirar de modo consciente y deliberado a los malos adiestradores, incluso aunque sepas que son un ejemplo de lo que no se debe hacer. Los humanos son unos aprendices por observación tan obsesivos que puede que te «contagies» de sus malos hábitos, así que aparta tu mirada y retén únicamente las imágenes adecuadas.
2. Deja de darle al perro tanta comida de balde y empieza a usarla como refuerzo durante el adiestramiento. Saca el máximo partido del motivador más potente en el adiestramiento de los animales. Si tienes prejuicios sobre los refuerzos, despéjalos inmediatamente. Me asaltan constantemente y me replican «ya, pero si le doy comida siempre va a esperar algo ¿no?» Para empezar, no. No si tu perro está bajo un programa de reforzamiento. Pero en segundo lugar y creo que esto ataja el problema de raíz, es como decir, «ya, pero si tu jefe te paga con un cheque por tu trabajo, vas a estar siempre esperándolo, ¿no?» Me gustaría que las personas que piensan esto me contaran qué esperaban con este esfuerzo. No se lo pregunto porque sé que la suposición subyacente tiene que ver con los instintos básicos que guían el comportamiento y con el deseo de agradar. Huelga con decir que estás tirando piedras contra tu propio tejado si te privas del adiestramiento con comida y esperas competir con el resto del entorno utilizando únicamente tu encanto personal. La gente tiene que entender que utilizar la comida no degrada ni echa por tierra en absoluto los lazos que ha establecido con el perro. Lo que hace es fortalecerlos ya que te asocia con uno de los reforzadores incondicionados más potentes del universo. La alternativa al adiestramiento con el reforzamiento positivo es el adiestramiento con estímulos aversivos. Elige y deja de sufrir.
3. Usa más la entonación vocal. Los tonos agudos y los sonidos entusiastas (como si estuvieras hablándole a un bebé) resultan reforzadores suaves a moderados para muchos perros y pueden establecerse como señales de que están «en la zona templada, se están acercando». Los reparos

sobre el comportamiento en público coartan a mucha gente a la hora de premiar verbalmente a sus perros, esta es otra razón para que te pongas en manos de un buen adiestrador. Un buen adiestrador dispondrá de un amplio abanico de herramientas vocales que te resultarán de un valor incalculable. Podrás encontrar apoyo para esta obsesiva teoría del aprendizaje por observación en los grupos de adiestradores que trabajan a menudo conjuntamente. Son capaces de captar las más mínimas idiosincrasias de cada uno, incluido el más mínimo detalle como palabras o frases.

4. Sé consciente del instante en que aplicas tus refuerzos, las marcas de ausencia de refuerzo y los castigos. ¿Se dio algún otro comportamiento entre aquel al que querías dar el feedback y aquel al que se lo has dado? De ser así, trabaja más ese aspecto. Si aplicas el refuerzo perfectamente en el instante preciso y quieres mejorar, adiestra a perros que se muevan muy rápido, a perros «hiperactivos», jóvenes, cachorros impetuosos y roedores.
5. Mejora tu ritmo de entregas: la latencia entre ejercicios (en oposición al instante para reforzar, que es la latencia respuesta-refuerzo). Los buenos adiestradores son muy eficientes: en cuanto terminan un ejercicio bien sea con un refuerzo, un premio, suelta, marca de ausencia de refuerzo o castigo, empiezan inmediatamente otro ejercicio. Tienen un «ritmo» envidiable. Los beneficios en términos de eficacia son obvios: cuantos más ejercicios se realicen por cada unidad de tiempo, más progresos se harán. Un buen adiestrador puede lograr en diez minutos más que alguien con un ritmo irregular de entregas en una hora, incluso a pesar de tener las mismas destrezas. Pero el ritmo de entregas reporta otro beneficio adicional: los adiestradores con un buen ritmo de entregas pierden menos a menudo la atención del perro. Perder la atención del perro después de la ejecución del ejercicio es un problema muy común y se requiere tiempo y energía para que vuelva a concentrarse antes del siguiente intento. El ritmo rápido de entregas es la solución. Realiza adiestramientos intensos y ten siempre como objetivo que el perro te esté prestando atención durante el transcurso de la sesión. Si fuera necesario baja el ritmo del adiestramiento.
6. Mantén la calma cuando adiestras. Esto te permitirá cambiar fácilmente entre las marcas de ausencia de refuerzo y los refuerzos. Si te tomas todo de modo muy personal es posible que caigas en lo que yo denomino «castigo crónico de baja intensidad». Es algo muy común entre los humanos. Nos enojamos, nos deprimimos, nos inquietamos y durante varias horas o incluso días lanzamos miradas matadoras a familiares y colegas que nos han decepcionado. Provocamos un sentimiento de culpa. Es posible que este tipo de castigo dé resultado con las personas, pero no sirve con los perros. Puede hacer que se comporten con gran sigilo si un temperamento irritable ha pasado a significar que la probabilidad de reprimendas y cosas desagradables es muy alta, pero como herramienta específica de feedback es tirar piedras contra tu propio tejado. Imaginemos por ejemplo un perro que se abalanza sobre otro en una clase de obediencia. El amo se enfada y empieza a lanzar miradas furiosas al perro y a demostrar su indignación. El perro se sienta, mira a su amo y ¿qué es lo que ve? Eso es: miradas furiosas e indignación. El amo está aplicando este castigo moderado a un comportamiento que sigue presente, incluyendo esas maravillosas respuestas de sentarse y mirar al amo. Tienes que ser capaz de cambiar de herramienta con los comportamientos en constante cambio, aunque parezca algo artificial. Los refuerzos, marcas de ausencia de refuerzo y reprimendas no tienen nada que ver con tu percepción de la actuación del perro, las estás utilizando como herramientas de feedback para influir en las probabilidades futuras de los comportamientos. Si lo haces basándote en tus sentimientos reales serás lento e

impreciso. Durante el adiestramiento entra en un estado mental de tipo Zen. Si te enfadas cuando el perro comete errores nunca serás capaz de alternar con rapidez entre la marca de ausencia de refuerzo y la marca de refuerzo, las emociones te harán lento. Recuerda que cuando estás adiestrando tu trabajo es condicionar los comportamientos, no la moral del perro.

7. Supera cualquier obsesión que tengas con las órdenes y céntrate en proporcionar consecuencias. Las órdenes son simplemente señales que informan al perro sobre los comportamientos que le pueden reportar un reforzamiento inmediato. Para empezar hace falta un comportamiento. Si el comportamiento es débil, es inútil intentar ponerle una señal, y pasa lo mismo con los desencadenantes y los inductores. Como sucede con las órdenes, éstos son antecedentes del comportamiento, es decir lo que se da antes. Los inductores son como estímulos discriminativos de comportamientos genéticamente seleccionados, más que seleccionados a través del historial de adiestramiento. No obstante están sujetos a las leyes del aprendizaje y serán inútiles si no se presta atención a los resultados de la respuesta (las consecuencias). Todo esto significa que tu primer objetivo como adiestrador de perros y sobre todo en las primeras etapas es fortalecer el comportamiento proporcionando reforzamiento positivo cada vez que obtengas el comportamiento deseado. No se trata de construir un comportamiento con desencadenantes, órdenes, limitando con castigos la probabilidad de otros comportamientos o simplemente esperando a que el perro lo haga («emita» la respuesta). Se trata de reforzarlo cuando la obtienes.
8. Piensa en el criterio que estás estableciendo, ten siempre presente durante todo el adiestramiento el nivel al que debe llegar el perro para alcanzar el refuerzo. Este nivel puede variar y de hecho debe hacerlo. Su fluidez la determina la frecuencia de progresos del perro, nunca será arbitraria; este es un error muy común en los adiestradores principiantes. Nuestro objetivo es que el perro mantenga la posición de sienta y quieto durante cinco minutos, mientras llegan las visitas para la cena, pero el amo se siente frustrado porque aunque el perro es capaz de mantener la posición de sentado y quieto durante 30 segundos mientras están solos en el salón, en cuanto llegan los invitados el perro se olvida de cualquier orden y vuelve a saltar sobre la gente. El frustrado propietario necesita ir aumentando gradualmente el nivel de dificultad durante el adiestramiento y culminarlo con la escena de los invitados entrando por la puerta. Dar una orden es como construir una pared. Puede que ya hayas puesto la primera línea de ladrillos, que representa el primer nivel de dificultad (sienta-quieto en el salón, exclusivamente con el amo, durante unos segundos y a medio metro de distancia), pero aún quedan muchas filas por poner antes de alcanzar tu objetivo final. Hay que asentar cada fila antes de poner la siguiente.

6. Principios básicos del adiestramiento de obediencia

Otro modo de plantearse el establecimiento de los criterios es pensar en qué «nivel» está el perro en un determinado campo. Si tu perro está en la guardería o en el nivel 1 en la posición sienta-quieto, indudablemente cateará un examen de nivel 12 o uno de postgrado. Esto no es malicia, revancha, rencor o tozudez: es la forma que tienen los perros de aprender. La siguiente secuencia para enseñarle sienta—quieto, échate—quieto, en pie, ven aquí, junto, no saltes y no tires de la correa está organizada en niveles de dificultad ascendente desde la guardería hasta el curso de postgrado pasando por el instituto. Antes de comenzar el adiestramiento de estos comportamientos carga el clicker (reforzador condicionado) como ya se ha explicado.

«Sienta» a nivel de guardería

Pon un trocito de comida en la palma de la mano y tápalo con el dedo gordo para sujetarlo bien. Permítele al perro que olisque esta golosina. Fíjate si te desplaza la mano para hacerse con el trozo de comida. ¿Intenta seguir la mano? Si lo hace es que está tratando de hacer diana (*targeting*) y entonces podrás proceder a inducir el sienta. Mueve lentamente la mano con el trocito de comida sobre la cabeza del perro a una altura tal que tenga que estirar el cuello hacia arriba para seguirlo, pero no tan alto que tenga que saltar para alcanzarlo. Mueve el trocito de comida hacia atrás por encima del perro, siempre a la misma altura. Luego espera. Si el perro salta o camina hacia atrás, simplemente haz desaparecer la comida retirando tu mano momentáneamente y vuelve a empezar. La mayoría de los perros termina sentándose para que les resulte más cómodo hacer contacto con la diana. En cuanto se siente haz click y dale el refuerzo. Imagina que el perro te está adiestrando a ti para que abras la mano cuando se sienta. Repite esto una y otra vez hasta que el perro se termine sentando cada vez con menos y menos esfuerzo por tu parte. Ahora puedes realizar con rapidez el gesto con tu mano manteniendo la palma hacia arriba. Esto va allanando el camino para la señal con la mano que usarás dentro de poco.

Pon a continuación el refuerzo de comida en un bolsillo o en la otra mano, a la espalda. Ahora utiliza la mano que tienes vacía como objeto diana dándole una señal amplia, clara y firme con la mano. La señal con la mano es como una pala boca arriba, con un grado más de dificultad con respecto a la palma de la mano abierta anterior. Visualiza siempre el sienta como un intento de lograr el movimiento de la cabeza del perro hacia arriba en lugar de que baje el trasero al suelo. Si consigues que mueva la cabeza hacia arriba y hacia atrás, su trasero seguirá el movimiento por sí sólo. Cuando el perro se siente haz click inmediatamente y dale la porción extra de comida que tienes en la otra mano o en el bolsillo. Le das esta porción extra porque el perro se ha sentado sin que aparentemente existiera un señuelo. Cuesta más conseguir esto que lograr que se siente gracias al señuelo de comida. Al mismo tiempo refuerza en la mente del perro la noción de que su comportamiento tiene como resultado el refuerzo, y que esto no depende en ningún caso de si el refuerzo estaba a la vista o no. De hecho el refuerzo que obtiene es mucho mejor cuando no está a la vista.

Esta es una coyuntura crucial en el adiestramiento. Si no se obtiene una respuesta fiable cuando se mantiene escondido el refuerzo te predispone posiblemente a toda una vida con un perro que «sólo

hace las cosas cuando tengo comida en la mano». Practica hasta que el perro se siente de modo fiable tanto al hacer la señal con la mano como cuando lo hacía por el señuelo en un principio. Si en cualquier momento rehúsa realizar el ejercicio ante la mano sin comida, no cedas y pongas comida. Límitate a esperar y refuerza la posición de sienta cuando finalmente lo haga. Es de vital importancia que el perro aprenda que compensa tanto responder a la mano vacía como a la que está llena de comida. Para el perro esto es como dar un salto al vacío. Al principio muchos perros se sientan después de que les das la señal con la mano vacía, como si estuvieran pensando «bueno, seguro que esto no va a dar ningún resultado, pero aún así vamos a probar». Tienes que lograr que crean ciegamente reforzando sistemáticamente las respuestas ante la mano vacía. Cuando la respuesta a la mano vacía sea instantánea, no dudes en ponerla bajo un programa de reforzamiento, y para ello refuerza para empezar tres de cada cuatro «sientas» y después vete reduciendo más y más hasta la mitad. Durante este proceso puedes intensificar el control de calidad. Dado que sólo vas a reforzar la mitad de las posiciones de sienta, ¿por qué no reforzar sólo las mejores? Esto puede suponer reforzar los sienta más rápidos, los más bonitos o nítidos. Tú decides. Pasa a la siguiente fase cuando el perro se siga sentando de modo entusiasta a cambio de un refuerzo el 50% de las veces. La siguiente fase consiste en asociar la palabra «sienta» con el comportamiento, y para ello se dice «sienta» antes de dar la señal con la mano. La palabra «sienta» es la novedad, por lo que siempre irá por delante en la secuencia. Trabaja esta secuencia:

1. orden verbal «sienta»
2. señal con la mano
3. el perro se sienta
4. click
5. la mano se abre y el perro recibe el refuerzo.

Asegúrate de que das la orden verbal «sienta» antes de dar la señal con la mano (en lugar de hacerlo simultáneamente, como suele hacer mucha gente). De lo contrario, la orden conocida bloqueará la orden nueva que estás intentando establecer. La orden nueva tiene que presentarse de modo independiente durante un segundo antes de que le desveles su significado al perro con la señal que ya conoce. Refuézalo de esta forma varias veces seguidas y a continuación intenta lo siguiente. Da la orden verbal «sienta» y luego espera, con el trocito de comida a tu espalda o en el bolsillo. Puede que al principio el perro se quede de pie mirándote, gimotee, ladre, trate de darte una pata delantera o trate de alcanzar la comida que tienes en el bolsillo o a tu espalda. No le prestes ninguna atención a estos gestos y espera 20 o 30 segundos. Luego vuelve a hacerlo. Si el perro no se sienta después de 20 o 30 segundos repasa el proceso inicial de dar la orden verbal, la señal con la mano y el refuerzo después de sentarse un par de veces, para refrescarle qué es lo que da resultado. Luego dale la orden verbal para que se sienta e intenta repetir el juego de esperar. Con este proceso le estás enseñando al perro a que preste atención a la orden verbal. Las órdenes son ocasiones que, con el tiempo, el perro aprenderá a no dejar escapar.

Continúa en esta fase del adiestramiento, reforzando cada respuesta que dé a la orden verbal, hasta que

el perro se siente inmediatamente después de cada orden verbal de «sienta». Después vuelve a reducir los refuerzos hasta el 50%. Esto simplemente significa que estás reforzando una de cada dos veces que el perro se sienta a la orden. Recuerda que cuando lo haces de este modo no debes aplicar un refuerzo sí, un refuerzo no, siguiendo una secuencia rígida. Hazlo aleatoriamente, selecciona las mejores respuestas. Por regla general, en cuanto lo complicas (como cuando exiges el comportamiento tras dar sólo una señal verbal), regresas al 100% de refuerzo, y en cuanto el perro logra la perfección, bajas al 50% antes de volver a complicarlo introduciendo alguna variación más que desees introducir en la ejecución del ejercicio. Cuando hayas añadido todos los criterios puedes decidir pasar a un programa de mantenimiento inferior al 50% pero por el momento no es necesario un programa de reforzamiento más ajustado.

El concepto de sienta en la etapa de la guardería es más difícil de lo que te imaginas porque si bien todavía no esperamos que se quede quieto, el objetivo es un control razonable del estímulo para la posición de sentado. En teoría esto significa que el perro siempre se sienta inmediatamente después de dar la orden verbal o la señal con la mano, no se sienta en ausencia de la orden, no se sienta cuando se da cualquier otra orden y tampoco realiza otro comportamiento cuando se le da la orden de sentarse. En la vida real lo que buscamos en esta etapa es que el perro se siente en cuanto le des la orden verbal o realices la señal con la mano. Lograr el control por el estímulo es una ardua tarea que nunca se llega a perfeccionar en la práctica del adiestramiento de los animales. Lo que hacemos en el adiestramiento de los perros es adiestrar y consolidar nuestro adiestramiento a lo largo de la vida del animal para aproximarnos tanto como nos sea posible a esa escurridiza perfección. Como puedes ver este puzzle consta de muchas piezas sobre todo cuando hay que aprender muchas órdenes y comportamientos y cuando el entorno cambia constantemente: los adiestradores son como malabaristas que tienen que mantener un montón de bolas en el aire. Para empezar todo este proceso nada mejor que hacerlo enseñando una respuesta de sentado buena y sólida.

A estas alturas ya tienes un perro que se sienta tanto a la señal con la mano como a la orden verbal. Ahora comienzas la consolidación. Consolidar significa que seguirás fortaleciendo la respuesta a la orden de sienta mientras:

1. varías el nivel de distracción ambiental
2. varías la ubicación y los entornos
3. varías tu posición y distancia con respecto al perro
4. varías elementos de la orden como la intensidad y distintos guías (personas)
5. practicas la discriminación entre órdenes.

Al consolidar aumentas la fiabilidad. Le estás enseñando al perro que el único ingrediente necesario para establecer la contingencia para la posición de sienta es la orden o la señal con la mano para que se siente. Para hacer esto varía deliberadamente y sistemáticamente todo lo demás para demostrar que es irrelevante. No hace falta una ubicación determinada y tampoco un adiestrador determinado, un tono de voz específico, niveles particularmente bajos de distracciones, una hora específica del día, que el perro esté de un determinado humor, que haya luna llena o que se dé cualquier otro elemento no

esencial. Lo único que hace falta es la palabra o la señal para «sienta». A esto se le denomina generalización de una respuesta. El perro responde en cualquier momento, en cualquier lugar, sin que necesite unas condiciones especiales para ello. Las cuatro primeras áreas de la consolidación guardan relación con esta generalización y con el simple fortalecimiento de la respuesta. La quinta área guarda relación con lo contrario a la generalización, con la discriminación. ¿Es capaz el perro de distinguir la orden de sentarse de todas las demás que conoce hasta el punto de no equivocarse nunca? Esta es una maniobra de consolidación de la discriminación. Independientemente de la disposición de las órdenes que le des al perro éste siempre se sienta correctamente al primer intento. Por ahora no necesitas practicar la quinta área, la discriminación entre órdenes, porque «sienta» es la única orden que conoce tu perro. Más tarde la discriminación entre órdenes será una de las bolas que tendrás que mantener en el aire (en tus malabarismos).

Sin embargo, antes de adentrarnos de lleno en la consolidación, pondremos en marcha otras órdenes para poder discutir la consolidación en un contexto más amplio.

«Échate» en la guardería

El primer paso, al igual que para «sienta», es obtener una secuencia y reforzar el comportamiento del perro cuando se eche. El modo más rápido de hacerlo es sentándonos en el suelo con un trocito de comida en la mano y doblando una de las rodillas de forma que hagamos una especie de túnel con la pierna. En cuanto el perro trate de tocar nuestra mano con la comida vete incitándolo lentamente a que atraviese el túnel. Tendrá que echarse para seguir el trozo de comida con el hocico y con la boca. En cuanto esté en la posición de echado, haz clic y abre la mano para darle su premio. Repite esto media docena de veces. Si el perro no sigue tu mano de buena gana a medida que la vas pasando por debajo de la pierna, es posible que lo estés haciendo demasiado rápido. Hazlo despacio, sobre todo con aquellos perros que se muestren temerosos por tener que arrastrarse por debajo de la pierna. Puedes empezar por darle un par de premios por poner su cabeza bajo el «túnel» antes de elevar el listón a la cabeza y a los hombros y finalmente a la posición de echado completa. Si el perro salta por encima de la pierna para seguir visualizando el trozo de comida por el otro lado, simplemente dile «¡mala suerte!» y vuelve a empezar. Este comportamiento se extinguirá si nunca le da resultado.

Cuando el perro se lanza con entusiasmo para echarse bajo tu pierna y abrir tu mano, comprueba si se echaría sin el túnel. Siéntate en el suelo (ahora sin hacer túnel) con un trocito de comida en la mano, en cuanto se dirija hacia ella mueve el trozo de comida poco a poco hacia el suelo y entre sus patas delanteras cubriendo con tus dedos el premio de modo que quede entre tu mano y el suelo. Luego espera. Probablemente aceche tu mano, la relama y la roa y te toque con la pata. Simplemente estás esperando a que se eche así que no prestes atención a ningún otro comportamiento, irán desapareciendo si no dan resultado. El perro terminará echándose. Haz click al instante y abre la mano. Hazlo de nuevo. Puede que la segunda y la tercera vez tarde en echarse pero la mayoría de los perros lo captan tras varios intentos. Simplemente el perro se está haciendo más eficiente: mendigarle a tu mano con la boca y las patas nunca ha dado resultado así que se va al grano, se pone con más rapidez manos a la obra y se echa. Después de todo, echarse ha demostrado ser la mejor estrategia para

que se abra la mano. Las otras estrategias quedan descartadas tras sucesivos intentos de ensayo-error.

Cuando el perro se eche en cuanto pongas la mano (objeto diana) en el suelo, empezará de nuevo la tarea de retirar la comida. En primer lugar realiza varias series de secuencias «arriba y abajo» utilizando la señal con la mano en la que tienes un trozo de comida. Estas series son una sucesión de ejercicios de sienta-échate-sienta-échate. Si al perro le cuesta cambiar a la posición de sienta desde la de echado, simplemente mueve la mano con el señuelo hacia arriba y ligeramente hacia atrás y déjala en esa posición; tarde o temprano volverá rápidamente a la posición de sentado para seguir el señuelo. En cuanto lo haga, haz click y vuelve a abrir la mano. A lo largo de este proceso el perro no sólo está aprendiendo a sentarse y echarse sino que está aprendiendo cómo aprender. Los perros sin experiencia previa no sólo tienen que aprender cuáles son los comportamientos que quieres y cuáles son las señales para cada uno de ellos, sino que también tienen que aprender el concepto de que deseas algo en concreto. Los perros experimentados, que tienen excelentes respuestas para cientos de órdenes, aprenden mucho más rápido porque saben en qué consiste el juego. Prueban estrategias y se olvidan de ellas fácilmente y con eficacia para optar por la opción correcta después del primer click. Esto deja en ridículo la mitología popular que sostiene que los perros jóvenes aprenden más rápido que los adultos. Los perros sin experiencia de cualquier edad aprenden más despacio que los animales experimentados de cualquier edad. Lo que cuenta es la educación previa, por lo tanto sé paciente cuando trabajes con perros primerizos.

Cuando el perro haya realizado el calentamiento haciendo con energía unos suaves ejercicios «arriba y abajo» repetidas veces siguiendo el señuelo de tu mano, retíralo y enséñale la mano vacía. Ten un trocito de comida preparado en la otra mano o en el bolsillo. Dale la señal de que se eche con la mano que tienes vacía y con la palma hacia abajo, tal y como has estado haciendo durante las repeticiones de «arriba y abajo» con el señuelo en la mano. Ahora espera. Si el perro se levanta, marca el error: «¡mala suerte!», haz que vuelva a la posición de sentado y vuelve a poner la palma de la mano en el suelo. Al final y quizá remoloneando (el perro parece que se dice a sí mismo «seguro que esto no da resultado...») se echa. Haz sonar el clicker inmediatamente y refuerza. Repítelo varias veces para que se produzca el cambio. Tu objetivo es que el perro se eche con tanta facilidad ahora que tienes la mano vacía como antes cuando tenías el señuelo. Cuando lo haga puedes empezar a bajar el ritmo de refuerzos y pedir dos, tres o más secuencias de «arriba y abajo» por cada refuerzo. A estas alturas estás en buena disposición para añadir la palabra «échate» al proceso. Antes de dar la señal con la mano, di «échate» y después da la señal como siempre. Tu orden verbal se convertirá en un indicador fiable de la presentación de la señal conocida y pasará a estar asociada con el comportamiento de echarse. Después de unas cuantas secuencias de 1) orden verbal, 2) señal con la mano, 3) respuesta correcta y 4) refuerzo intermitente, prueba a darle la orden verbal y límitate a esperar. En cuanto se eche, haz click inmediatamente y dale el refuerzo. Puede que esta vez los intentos también sean terriblemente lentos, pero tienes que soportarlo, mantener la calma y compostura y esperar pacientemente para lograr tu objetivo: un perro que sólo se echa fielmente en respuesta a una orden verbal. Refuézalo de modo continuo durante un tiempo hasta que se convierta en un experto en la materia. Después también puedes poner tu orden verbal bajo un programa de reforzamiento.

«Sienta» y «échate» en la escuela primaria

La *discriminación entre órdenes* pasa a ser relevante desde el momento en que el perro puede elegir entre dos respuestas de su repertorio: sienta y échate. ¿Qué harías tú como adiestrador si le das la orden de «échate» y el perro se sienta? Puedes elegir entre cuatro opciones: una es marcar el comportamiento («¡oh!, ¡mala suerte!») y luego darle otra oportunidad pidiéndole de nuevo que se eche y reforzándolo después de hacerlo. La segunda opción consiste simplemente en marcar el comportamiento («¡oh!, ¡mala suerte!») y realizar una pausa en el adiestramiento mirando hacia otro lado durante unos segundos o incluso alejarte temporalmente antes de volver a intentarlo. Refuézalo sólo cuando responda correctamente al primer intento. La tercera opción es marcar el error, inducir la respuesta correcta pero retener el refuerzo, puesto que para obtener esa respuesta ha hecho falta una ayuda extra. También en esta ocasión refuézalo sólo cuando responda correctamente al primer intento. La cuarta opción consiste simplemente en esperar, sin hacer click, sin reforzar, sin elogiar, sin marcar, sin hacer absolutamente nada, y luego repetirlo tras una pausa.

¿Cuál es la mejor opción? Saber cómo comportarse en cada circunstancia con un determinado perro forma parte del hermoso arte del adiestramiento. Estas valoraciones son las que marcan la diferencia entre alguien con nivel satisfactorio y alguien talentoso. No sufras demasiado, la experiencia te ayudará a mejorar.

Si le das al perro una segunda oportunidad marcando primero y luego volviéndole a dar la orden del comportamiento, es muy probable que acierte al segundo o tercer intento, sobre todo si se trata de discriminar tan sólo entre dos órdenes. Esta es una buena opción para los perros principiantes ya que les ofrece otra oportunidad y tienen que soportar menos presión. El juego se mantiene a niveles básicos para facilitarles que ganen, el inconveniente es que se reduce su capacidad de soportar la frustración ante los errores que pueda cometer en el futuro. Esto entra en juego cuando se complica la tarea de discriminación, es decir, cuando tu perro tiene que elegir entre más de dos opciones. Si seguimos este estilo de adiestramiento lo peor que puede pasar si el perro se equivoca es que se retrase ligeramente la posibilidad de refuerzo al tener que volver a darle la orden después de la marca.

La segunda opción es algo más complicada. El error se identifica como tal por medio de la marca «¡mala suerte!» pero no se le da al perro una segunda oportunidad. La interrupción del adiestramiento es un breve periodo de aislamiento. La idea es motivar al perro para que intuya con más precisión en el futuro: las apuestas están altas, los refuerzos están difíciles de alcanzar. Sólo se refuerzan los aciertos tras la primera orden y estos mantienen el flujo del adiestramiento. Utiliza esta opción si no ves ningún progreso en el perro aplicando la primera opción o si el perro se muestra muy voluntarioso pero se anticipa demasiado. Los perros que muestran interés, voluntariosos, no tiran la toalla tan fácilmente, lo que permite minimizar la anticipación impulsiva.

La tercera opción, marcar el error e inducir la respuesta adecuada pero reteniendo el refuerzo, es incluso más severa. De una forma u otra al final el perro siempre obedece, pero sólo se le da el refuerzo cuando responde sin ninguna ayuda, cuando acierta tras la primera orden, como sucedía en la segunda opción. Si el perro no muestra demasiado interés, se te escapará de las manos a menudo con

este adiestramiento.

La cuarta opción, simplemente no hacer nada si el perro se equivoca, da unos resultados excelentes con perros muy motivados, pero tiene un inconveniente. Cuando el animal está bajo un programa de reforzamiento no se refuerzan todas las respuestas correctas, si ignoramos las respuestas erróneas supondrá lo mismo para el perro que las respuestas correctas no reforzadas. En las primeras etapas del adiestramiento esto es más duro para el aprendiz. Por esta razón es necesario premiar (verbalmente) al perro por la respuesta correcta que no se refuerza, de forma que note la diferencia. Los premios verbales ayudan al perro a discriminar entre la respuesta correcta que no recibe un refuerzo por el programa de reforzamiento y una respuesta que no recibe un refuerzo por ser errónea. El premio verbal es una señal de que el perro va por buen camino al dar esa respuesta, mientras que el silencio significa «es inútil: nunca te van a reforzar por hacer eso». Se puede lograr el mismo efecto marcando las respuestas erróneas («¡mal hecho!», «¡mala suerte!») y no prestando atención a las respuestas correctas que son parte del programa de reforzamiento. Mi consejo es que experimentes con todas estas herramientas de acuerdo con la fase en la que estás y que descubras cuál es la que te da mejores resultados a ti y al perro que estás adiestrando en función de la fase del adiestramiento en que se encuentre. Es aconsejable controlar todas estas opciones por si necesitas cambiar de estrategia durante el adiestramiento.

Es posible que después de todo lo que hemos comentado sobre la «anticipación» del perro te estés preguntando cómo puede ser que necesite «anticipar» entre dos órdenes tan sencillas como las de sentarse y echarse. La respuesta es que aunque los perros aprenden los comportamientos relativamente rápido, lograr un control perfecto del estímulo (es decir, lograr que los perros lleguen a no equivocarse nunca) es infinitamente más complicado de lo que se pueden imaginar los amos. Cuando se le da una orden a un perro, éste anticipa primero el comportamiento de sienta o aquella orden que sea más frecuente. Por «frecuente» entiendo cualquier orden que haya recibido el mayor número de refuerzos a lo largo del adiestramiento hasta la fecha o que se haya realizado recientemente (el síndrome de «lo último»). Asimismo parece que a los perros les cuesta menos aprender patrones de respuestas que órdenes. Un ejemplo típico es el perro que, independientemente de la orden que se le da, sigue la siguiente secuencia estereotipada: se sienta, da una pata, se echa y se revuelca. Es como si el aprendizaje en un determinado orden eclipsara al aprendizaje de las señales. Si quieres que tu perro aprenda las órdenes en sí, tienes que variar constantemente la secuencia.

Parece ser que muchos perros siguen unas determinadas pautas: percatarse de que le han dado una orden, no seguir del todo la orden y ponerse a anticipar recorriendo su repertorio hasta dar de bruces con lo que buscaba su adiestrador. Los perros enfocan las respuestas a las órdenes con una mentalidad todo terreno, con un bombardeo de saturación, si bien nosotros preferiríamos una respuesta nítida, clara y precisa. La única explicación posible es que la discriminación entre órdenes requiere mucho esfuerzo por parte de los animales. Como adiestrador, por lo tanto, tienes que proporcionar incentivos adecuados para que el perro también preste atención al contenido de la orden. Esta es una tarea de adiestramiento específica y relativamente larga, sobre todo cuando se va acumulando el número de respuestas adiestradas. A los perros les cuestan más las secuencias de orden aleatorio que incluyen

varias órdenes. Mejoran con la práctica pero sólo si se establece un nivel que exija que realicen la orden correctamente al primer intento.

«Quieto» en la guardería

El primer ejercicio de «sienta» y de «échate-quieto» es una repetición del procedimiento descrito en el capítulo anterior para condicionar la marca de ausencia de refuerzo. En cuanto el perro esté en la posición de sentado o echado mantén el trozo de comida a su altura y a algunos pasos de distancia, y a continuación aléjase (justo después de decir «¡ah!, ¡ah!») al primer amago de moverse. Al repetirlo, obligamos al perro a cambiar de estrategia: pasar al plan B, que suele ser la inmovilidad. Refuerza inmediatamente el primer indicio de que se queda inmóvil intencionadamente. Debe mantenerse quieto aproximadamente medio segundo las primeras veces que realice este ejercicio pero la duración puede incrementarse rápidamente hasta 5 o 10 segundos simplemente marcando y retirando el trozo de comida en cuanto el perro se mueva. De esta forma aprende cuándo se puede sentar y tú vas ganando intervalos de 5-10 segundos siempre que no cambie de posición. Asegúrate de que mantienes la comida a la altura del perro y no más alto o lejos de su alcance. Se trata de tentarlo a que se mueva y de esta forma poder marcarlo como un error, y que haga un intento deliberado de no moverse. Esto es hacer de abogado del diablo pero realmente consolida el concepto de quieto.

Échate-quieto es algo más difícil que sienta-quieto porque muchos perros tienden a levantarse y colocarse de nuevo en la posición de sentado cuando el amo se yergue. En otras palabras, el perro asume que el ejercicio es el de erguirse. Si lo piensas, este es otro caso de discriminación entre órdenes. Tú pedías un échate-quieto y el perro ha aprendido el patrón de sienta-échate-sienta-échate. La estrategia del perro es «primero échate, luego sienta». Esto te puede ayudar a comprender la facilidad con la que los perros aprenden los patrones: sólo sabe dos órdenes, pero ya constituyen un patrón. Esta tendencia de los perros siempre te perjudica a ti. El perro quiere aprender el orden adecuado, pero tú quieres que aprenda las órdenes adecuadas. La solución está en perseverar y en ser magníficamente exacto en el instante de reforzar: marca el instante en el que el perro comienza a realizar la posición de sienta (a diferencia de cuando ha estado sentado durante uno o dos segundos) y haz click con los primeros indicios de que se mantiene en la posición de echado-quieto. Trabaja la secuencia hasta los 5-10 segundos en posición echado-quieto, con el amo de pie en una postura normal.

En cualquier ejercicio de quieto, cuando el perro ha permanecido así durante un tiempo suficiente (es decir, el que ha establecido el criterio de refuerzo) puedes elegir que dé por terminado el comportamiento de quieto, en lugar de hacer click y reforzar y luego continuar manteniendo la posición de quieto. Darlo por terminado es distinto que reforzar la posición de quieto. El refuerzo es el click y premio. Para finalizar se hace una señal que le indica que se ha acabado el ejercicio de quieto, que puede volver a moverse. Independientemente de si refuerzas la postura de quieto o no, el perro tiene que saber cuándo puede moverse («ahora puedes moverte»). Puede que quieras reforzar una posición de quieto cuando la esté realizando pero que no la abandone todavía. Muchos adiestradores dan por hecho que la marca de refuerzo, el click, finaliza el ejercicio, pero en el adiestramiento de los

perros es aconsejable disponer de una palabra establecida para dar por terminado el ejercicio, sobre todo para finalizar comportamientos de larga duración como quieto, atención y junto. A veces el reforzamiento se produce durante el transcurso del ejercicio pero se espera que el comportamiento continúe hasta que se dé por finalizado. La mayoría de los adiestradores de perros utilizan la palabra «¡ya!» con un tono de voz enérgico, pero algunos argumentan que esta palabra se utiliza muy a menudo en la vida diaria. No importa qué utilices para dar por finalizada la postura, siempre y cuando sea siempre lo mismo y sepas cuándo utilizarlo. Con el tiempo el perro será capaz de diferenciar entre una señal que da por finalizada una postura y cuando utilizas esa palabra en las conversaciones en tu vida diaria: recuerda, lo que más cuesta es conseguir que los perros generalicen.

Cuando realices este primer ejercicio de quieto puedes utilizar la palabra «quieto» desde el principio porque: 1) no habrá nuevas redefiniciones del comportamiento en sí (la inmovilidad es la inmovilidad, un criterio claro y preciso), 2) es muy probable que obtengas buenas respuestas en los primeros compases del proceso. La secuencia por lo tanto es como sigue:

1. orden de sentarse o echarse
2. el perro se sienta o se echa
3. premio verbal
4. orden de quieto
5. el perro se queda quieto o trata de levantarse
6. el adiestrador refuerza el quieto o marca el error
7. si el perro lo hace bien el adiestrador da por terminado el ejercicio de quieto o lo prolonga unos segundos más; si el perro lo hace mal, el adiestrador repite el ejercicio.

Asegúrate de que dices «quieto» una sola vez. Los adiestradores principiantes tienden a caer en una especie de plegaria a modo de mantra diciendo «quieto... quieto... quieeeeeeeeto...» para «recordárselo» al perro. Este es un adiestramiento descuidado, pobre. Da la orden una sola vez y luego dedícate por completo a tu misión principal: informar al perro sobre el resultado de sus acciones. Cuando enseñas el comportamiento de quieto también le estás enseñando al perro una excepción a la regla del objeto diana: ahora se le dice al perro que se está equivocando cuando trata de acercarse al trozo de comida. La palabra «quieto» aportará un hermoso estímulo discriminativo que pasará a significar: «no sigas la comida». En lo que llevamos de adiestramiento ha valido la pena hacer lo más natural: seguir el trocito de comida o la mano (es decir, seguirlo fuese donde fuese). Ahora le estás pidiendo que cambie de estrategia. Ya no estamos hablando de un comportamiento distinto, ¡sino de una nueva forma de descubrir cuál es el comportamiento! Antes su estrategia era ir a por el objeto diana, y ahora no ir a por él es la forma de conseguirlo. Estarse quieto es por lo tanto una buena orden para avanzar y ampliar horizontes en el cerebro del perro. Practica este ejercicio básico de quieto en tantos lugares como te sea posible para lograr una generalización temprana.

Varía tu posición con relación al perro, varía el tipo de refuerzo que utilizas, cambia de adiestradores y observa lo que sucede si, «por casualidad», se te cae el refuerzo al suelo. Cuando estés jugando a ver quién es el mejor en este juego de polis y cacos es de vital importancia que seas muy rápido para

evitar que el perro alcance la comida cuando deja de estar en la posición de quieto y se abalanza sobre la comida en el suelo. Los perros normalmente pierden la posición cuando dejas la comida en el suelo: no ir a por la comida que tienes en la mano es una cosa, pero no ir a por un regalo que está tan a la vista es infinitamente más difícil, así que estate preparado. En cuanto dejes la comida en el suelo y el perro rompa la posición, marca el error («¡ah!, ¡ah!») y levanta el trozo de comida o bien ponle un pie encima. Vuelve a darle la orden de sienta o échate y repite el mismo ejercicio hasta que el perro se quede inmóvil incluso cuando pones ese trozo de comida en el suelo. Refuerza inmediatamente esta demostración de autocontrol. El perro se da cuenta de que incluso para conseguir ese exquisito trozo de comida en el suelo después de que hayan dicho «quieto» no debe moverse. Cuando lo haga correctamente varias veces seguidas inténtalo en otro lugar, con una postura corporal diferente o utilizando otro tipo de comida, para aumentar el número de prácticas de generalización. Puedes practicar este ejercicio con todas las comidas. Pídele al perro que se sienta y se esté quieto antes de poner el cuenco de comida en el suelo, tendrá que esperar hasta que se lo indiques, lo liberes y pueda empezar a comer.

Ejercicios de «en pie» en la guardería

Al levantarse de la posición de sentado o echado casi todos los perros suelen dar un paso o dos hacia delante. Refleja este movimiento natural con un señuelo, y eventualmente, con una señal con la mano. El primer paso para enseñarle a estar en pie es, como siempre, obtener y reforzar el mayor número posible de comportamientos. El perro está sentado y tienes un objeto diana de comida en la mano. Acerca la mano hasta la nariz del perro y luego vete alejándola suavemente haciendo un movimiento horizontal muy nítido. ¿Qué es lo que sucede? En la mayoría de los casos el perro se queda quieto. Esto se debe a que has estado realizando ejercicios de quieto y el ejercicio de en pie parece otra variación de una de tus triquiñuelas para consolidar el concepto de quieto. Lo que cambia es que no has dado la orden de quieto. Parte del control del estímulo consiste en que el perro no realice el comportamiento en ausencia de la señal: esto es con lo que estás luchando cuando el perro se queda quieto ante un inductor para ponerse en pie. Ahora tienes que lograr que el perro vuelva a cambiar de estrategia: vuelva a centrarse en el objeto diana. Hay tres modos de hacerlo: inducir físicamente a la posición de en pie, inducir al perro verbalmente o simplemente esperar hasta que dé la respuesta que queremos reforzar. Inducir físicamente consiste en poner un dedo o dos en la zona de la ingle y realizar un ligero movimiento hacia arriba. En cuanto el perro se levante, haz click y refuérzalo. Normalmente no hacen falta muchos inductores físicos para que el perro se dé cuenta de que éste no es un ejercicio de quieto. La inducción verbal puede ser la palabra que utilizas para finalizar o bien otro sonido estimulante para tratar de conseguir que se desbloquee de la posición de quieto. Tras unas cuantas repeticiones reduce el nivel de inducción y espera a que ofrezca el comportamiento, reforzándolo cada vez que lo haga hasta que esté firmemente consolidado.

Obviamente todo esto provocará un caos temporal con respecto a la posición de quieto, pero tranquilo: el perro aprenderá a discriminar entre la orden de en pie y la de sienta o échate-quieto, y esto le reportará el beneficio de no ser tan tontorrón, de expandir su cerebro (al tiempo que lo predispone para futuros aprendizajes). Para lograrlo puedes alternar entre sienta-quieto y en pie partiendo de la

posición de sentado para que el perro discrimine mejor entre ambas órdenes. A continuación haz lo mismo con échate-quieto y en pie partiendo de la posición de echado. Cuando logremos que desde la posición de sentado el perro se quede de pie de buena gana siguiendo la comida de la mano, enséñale a ponerse en pie desde la posición de echado. Cuesta un poco más que desde la posición de sentado pero resultará más fácil por el hecho de que el perro ya ha aprendido a ponerse en pie desde la posición de sentado. Utiliza los mismos inductores.

Cuando el perro se ponga en pie con rapidez desde la posición de sentado o echado, trabaja para obtener esta respuesta a cambio únicamente de una señal con la mano, tal y como hiciste para sienta y échate. Vuelve a poner el señuelo de comida en un bolsillo o en la otra mano. Puedes recurrir una vez más a inducirlo verbalmente o físicamente si el comportamiento no se mantiene. Refuézalo cada vez que se ponga de pie sin que tengas nada en la mano hasta que el comportamiento sea fluido y a continuación ponlo bajo un programa al 50%.

Cuando el perro realice el ejercicio sin errores y sin dudar ante una señal de la mano vacía puedes proceder a inculcar la orden verbal. Puede que tengas que señalar o inducir unas cuantas veces después de darle la orden verbal antes de quitarle estas muletas, de retirar las ayudas. La secuencia es la siguiente:

1. orden verbal «en pie» (espera pacientemente durante un segundo...)
2. señal con la mano y/o señuelo con comida para que se ponga en pie
3. el perro se pone en pie
4. haz click y refuerza.

Recuerda que ponerse en pie desde la posición de sentado y ponerse en pie desde la posición de echado son dos ejercicios distintos, así que trabájalos por separado. Cuando el perro domine ponerse en pie simplemente con la orden verbal, ponlo bajo un programa de reforzamiento (es decir, empieza a reforzarlo intermitentemente en lugar de hacerlo de modo continuo), y empieza a trabajar en la discriminación de las tres órdenes.

Posiciones en el instituto

La discriminación de tres órdenes es un importante ejercicio de base en el adiestramiento de obediencia. ¿Puede el perro a la primera orden sentarse, echarse o ponerse en pie a partir de cualquier posición y de forma fiable? ¿Puede hacerlo en respuesta, tan sólo, a un orden verbal? El ejercicio con tres órdenes es más complicado que la discriminación inicial entre «sienta» y «échate» porque en aquel ejercicio, cuando el perro está en la posición de echado, lo siguiente que se le va a pedir siempre va ser «sienta». Si ya está en la posición de sentado, la siguiente orden será sin duda «échate». En otras palabras, los perros aprenden a «hacer lo otro». Puedes evitar esto lanzando mensajes engañosos (ordenándole de nuevo que se eche cuando ya se encuentra en esa posición), no obstante es mucho más eficaz añadir simplemente una tercera orden. Entonces es cuando los perros terminan de entender el concepto de que la señal significa algo muy específico, y cuando los adiestradores alcanzan un buen

nivel en el control del estímulo.

Practica sienta, échate y en pie sin seguir una secuencia determinada y dando órdenes verbales, induciéndolo con una señal con la mano cuando el perro no hace nada o cuando se equivoca. Refuerza sólo aquellas respuestas que el perro realiza correctamente al primer intento, sin tener que añadir la señal con la mano. A estas alturas el perro tolerará este régimen. Fíjate en sus puntos flacos, apunta cualquier debilidad. Los puntos flacos más comunes son: realizar sienta desde la posición de echado, echado desde la posición de en pie y en pie desde la posición de echado. A menudo hay que practicar cada uno de estos cambios por separado: practica los mismos cambios una y otra vez hasta que los ejecute con fluidez y luego reincorpóralos en el ejercicio que los combina aleatoriamente. Esto es un trabajo relativamente laborioso pero que vale la pena por los refuerzos que cosecharás en términos de la comprensión que obtendrá tu perro de las posiciones básicas así como el efecto en su aprendizaje para aprender. Además te pone en una buena predisposición para cualquier cosa que te propongas enseñarle en el futuro a tu perro.

La receta elemental para enseñar los ejercicios de obediencia básica como sienta, échate, quieto, responder a la llamada y junto es la misma a todos los niveles, desde la guardería hasta el doctorado. Cuando el perro lo hace correctamente, hay un click y un refuerzo. Si el perro se equivoca, el comienzo del error recibe una marca de ausencia de refuerzo («¡mala suerte!, o ¡ah!, ¡ah!», y se repite el ejercicio. Cuando el perro empieza a hacerlo como debe una y otra vez, se pone la respuesta bajo un programa de reforzamiento y es entonces cuando podemos aumentar el estándar. Si el perro se equivoca constantemente habrá que bajar temporalmente el estándar para mantenerlo interesado en el juego. Las variaciones de esta receta básica sirven para perfeccionar el adiestramiento. Saber exactamente cuándo introducir la variación adecuada es, una vez más, un arte que se tarda tiempo en dominar. No tengas miedo de volver a los ejercicios básicos en cuanto el perro no mantenga la posición, es más importante mantener el ritmo, la fluidez del adiestramiento que repetir machaconamente un ejercicio determinado. Siempre estás a tiempo para elevar de nuevo el estándar. El perro debería estar queriendo jugar contigo en todo momento. Si está distraído y ni siquiera lo intenta, lo has perdido, y tu adiestramiento está cayendo en saco roto, es tiempo perdido. En el adiestramiento es indispensable que el perro juegue, interaccione con el adiestrador. Tu capacidad para establecer niveles apropiados así como la precisión en el instante de aplicación del refuerzo y su entrega determinarán si el perro interacciona contigo o bien si desconecta y centra su atención en otros elementos del entorno más inmediato.

Universidad: posiciones a cierta distancia

Los cambios de contexto y el hecho de que el adiestrador se aleje del perro ocasionan numerosos problemas de generalización. Tendemos a interactuar con los perros a poca distancia, incluyendo cuando adiestramos. Uno de los elementos clave que explica esta situación es que, obviamente, los refuerzos pasan del adiestrador al perro a poca distancia. Esta continua asociación, cerca del adiestrador = muchas probabilidades de refuerzo, lejos del adiestrador = pocas probabilidades de refuerzo, hace que los perros fracasen cuando te alejas de ellos simplemente unos pasos. Superar este

obstáculo es un gran avance en el proceso de generalización de cualquier orden que haya aprendido el perro. Es como si tuviese una revelación: «¡espera! ¿O sea que “sienta” también funciona cuando estás a 10 metros? ¡Dios mío!». Llegar a ese nivel es como cualquier otro ejercicio de adiestramiento: tienes que establecer un estándar al que el perro pueda llegar alguna vez (de modo que pueda ganar en el juego desde el principio) e ir subiéndolo poco a poco, siempre y cuando continúe mostrando progresos. Si puedes lograr cambios de posición a distancia se allanará el camino para cualquier otro ejercicio u orden que introduzcas. Los perros generalizarán a distancia con mucha mayor rapidez.

Un buen calentamiento es trabajar desde cerca pero haciendo alguna variación en el modo de presentación de la orden. Durante el adiestramiento los perros prestan atención a otras cosas además de a las órdenes: gestos, lenguaje corporal, la ubicación del adiestrador, las distintas personas que hacen de adiestrador; distancia, postura y orientación son elementos destacados en lo que se denomina el paquete del estímulo. Nuestro objetivo es variar todo excepto la orden en sí misma así que haz que cambie de posición mientras estás sentado cómodamente en una silla, lanzándole trocitos de comida después de cada click, de modo que se le vaya de la cabeza la idea de que tiene que estar cerca para recibir el refuerzo, practica los cambios de posición mientras está en su jaula, prueba a hacerlo echado en el sofá o en el suelo, dándole la espalda usando un espejo para observar su respuesta. Todo esto le ayuda a descubrir que independientemente de las variaciones que hagas en la presentación, la orden siempre significa lo mismo: realizar el comportamiento supondrá conseguir un refuerzo. Cuando lo hayas logrado la distancia llegará muchísimo más rápido. Al practicar los cambios a distancia el perro tenderá a arrastrarse sigilosamente hacia delante, mi más sincero consejo es que lo evites automáticamente. Hay distintas formas de lograrlo.

Una es seguir trabajándolo mientras está en la jaula. Da un paso hacia delante acercándote a la jaula después de cada ejercicio de secuencia de cambios de posición realizado con éxito. El perro aprende que puede lograr que te acerques a la jaula y que lo refuerces por ejecutar correctamente los cambios a la orden. Ponerlo detrás de alguna barrera, como una de esas puertas para bebés o una valla, es igualmente efectiva, puedes trabajar con él en el descansillo del último tramo de escaleras o en algún otro lugar que inhiba el movimiento hacia delante, también ponerle la correa y atarlo a un poste. Esto te reporta el extra de que el perro generaliza cuando hace cambios y siente la continua presión de la correa. Hay muchos perros que fracasan al empezar: «seguro que no puedo echarme con esta correa atada a un poste...» y, después de algo de adiestramiento, pensará: «bueno, qué demonios, imagino que sí puedo». Cada vez es menos cabeza de chorlito.

Vete incrementando la distancia gradualmente y pasa algún tiempo trabajando cualquier bloqueo mental, como el de estar atado. Es posible que tropieces con un obstáculo cuando te encuentres a 2,5 o 3 metros, especialmente si estás trabajando las señales con la mano además de las órdenes verbales. Puede ser que las señales parezcan distintas cuando te encuentres a esa distancia en particular o que sea simplemente esa distancia la que descompensa «el equilibrio gravitatorio» del adiestramiento y entras en un nuevo campo. Quién sabe. Una vez que superas esto las cosas parecen fluir sin problemas. La transición entre los 3 y los 9 metros se realiza más fácilmente que entre el medio metro y los 3 metros.

Siempre y cuando lo anticipe bien, acércate y refuérzalo. Cuando se equivoque o no haga nada, acércate inmediatamente y haz lo que sea necesario, repetir la orden o inducirlo, para lograr la respuesta. Trata de reservar los refuerzos para las repuestas inmediatas y correctas a la primera orden o señal, a menos que estés realmente perdiendo al perro. Evita la costumbre de mantener la señal o repetir la orden ya que esto dará lugar a cambios perezosos crónicos. Cambia de posición aleatoriamente para que el perro no pueda establecer un patrón como puede ser sienta-échate-en pie-sienta-échate-en pie. No intentes realizar este ejercicio sin la barrera física hasta que el perro controle perfectamente los cambios. Si permites que se arrastre en las primeras fases del adiestramiento quedará fijado junto con la ejecución del ejercicio y te dará verdaderos problemas en futuros ejercicios a distancia. Mantener a raya el reptar es difícil ya de por sí sin necesidad de dejar una impronta en las primeras etapas del adiestramiento. Los adiestradores están tan ansiosos por ver cómo quedará el producto final que terminan tirando piedras sobre su propio tejado en este punto.

«Quieto» en la escuela primaria

El objetivo es que el perro mantenga las posiciones de sienta o échate-quieto entre 20 y 30 segundos mientras el adiestrador camina en círculos alrededor de él. El mensaje que recibe el perro es que debe permanecer sentado o echado aunque el adiestrador se esté moviendo. Para empezar este adiestramiento ordénale que se siente o se eche, después dale la orden de quieto al igual que en el ejercicio en la etapa de guardería y da un paso corto hacia un lado. No dejes de mirar al perro. Trata de dar tu marca de ausencia de refuerzo justo cuando su trasero empiece a levantarse del suelo. Si mantiene la posición, vuelve hacia él y refuérzalo. A continuación da dos pasos hacia un lado. Si se mueve de la posición de quieto, marca el error, ponlo de nuevo en la posición de sentado y vuelve a dar un paso antes de intentarlo con dos. Los perros principiantes son aprendices delicados, necesitan ganar a menudo. Con un perro con más experiencia en el aprendizaje probablemente el adiestrador realizaría un segundo intento con dos pasos tras el error del perro en lugar de ponerle en bandeja el éxito en el siguiente intento. Los perros con más experiencia toleran mejor que los novatos los periodos de sequía entre respuestas reforzadas. Cuando tu perro está enganchado a la obediencia es posible ahorrar tiempo en el adiestramiento pero por el momento peca de generoso y gradual. Esto es aplicable especialmente en el caso de que tu perro tienda a perder la concentración. Trabaja gradualmente hasta alcanzar el nivel en el que puedas darle la orden de sienta-quieto o échate-quieto y camina siempre desde el principio alrededor del perro sin que rompa la posición de quieto. Le está permitido seguirte girando la cabeza pero la rotación del cuerpo o el cambio de posición no son aceptables. A muchos perros les incomoda que te muevas a sus espaldas mientras están en la posición de quieto así que estate siempre preparado para bajar el estándar y reforzar un par de repeticiones facilitas si la cosa no progresa. Por ejemplo, si has logrado la respuesta a cinco o seis pasos llegando a colocarte prácticamente detrás del perro, pero rompe la posición de quieto cada vez que tratas de dar el siguiente paso para colocarte justo detrás de él, volver al quinto o sexto paso que estabas reforzando por lo general suele bastar para mantener al perro en el juego. También puedes introducir un pasito intermedio, seis y un tacón, antes del siete. Si el perro logra hacerlo refuérzalo un par de veces, y después del sexto trata de dar medio paso más. Y así sucesivamente. Los perros no mantienen la

posición porque a los adiestradores les falta disciplina para adiestrar con la progresión adecuada: establecemos criterios arbitrarios, por decirlo de otro modo. Es extremadamente presuntuoso, si lo piensas, querer dictar lo que otro ser, ya no digamos un ser de otra especie, va a encontrar fácil o difícil. Siempre hay que seleccionar algo dentro de la muestra de respuestas que ya te ofrece el perro.

Cuando sea capaz de mantenerse quieto mientras andas a su alrededor ponlo bajo un programa de reforzamiento e inténtalo en otros entornos para lograr la generalización. Es de esperar que el perro sufra cierta regresión en cada una de las situaciones nuevas. La gente se lo toma muy a pecho cuando los perros retroceden o fallan en la generalización. Se ponen a buscar razones: sobreexcitación, falta de ejercicio, malicia, revancha, rencor, tozudez, cosas de la raza. Normalmente todo esto es irrelevante. La razón más probable es la falta de generalización. Simplemente vuelve a adiestrarlo desde el principio. El re-adiestramiento será más rápido que la implantación inicial y normalmente sólo hará falta un intento cada vez que queramos aumentar la dificultad (el perro se dice: «ah, sí, ya me acuerdo»). Por el momento evita los entornos con excesivos niveles de distracción ambiental (por ejemplo, con ardillas correteando). Ya habrá tiempo para practicarlos en el futuro.

«Quietos» en el instituto

El objetivo es que el perro mantenga la posición de quieto durante un minuto o dos con el adiestrador a unos diez metros de distancia. Aquí hay dos parámetros: uno de duración (uno o dos minutos) y uno de distancia (los diez metros), y debemos mantener ambos criterios perfectamente definidos y separados y bajo un programa de reforzamiento antes de combinarlos. Así, mientras te mantienes a una distancia muy corta, empieza por ir aumentando la duración de la posición de quieto. Pasa de 30 segundos a 45 y luego a 60, y así sucesivamente. Si en cualquier paso del proceso el perro no mantiene la posición, la rompe, vuelve a intentarlo varias veces a ese nivel. Si sigue levantándose antes de tiempo haz varios «quietos» más cortos de modo que tenga éxito en la labor antes de dar por finalizada la sesión de adiestramiento. Puede que hagan falta varias sesiones para lograr que se quede quieto durante dos minutos o más en cualquier lugar. Cuando realice fiablemente el comportamiento durante varios minutos sin moverse, ponlo bajo un programa de reforzamiento y comienza a trabajar la distancia.

Para adiestrar la distancia al tiempo que mantienes corta la duración, practica posiciones de quieto «muelle». Haz como si hubiera una cuerda elástica entre tú y tu perro. Sepárate de él hasta una distancia inicial de, digamos, dos metros, cuando llegues vuelve inmediatamente a su lado y refuézalo por permanecer quieto. Si en algún momento el perro se mueve antes de tiempo, marca el error y vuelve a intentarlo. Si el perro se mueve de nuevo, haz un ejercicio más fácil, es decir, acorta la distancia. Intenta conseguir dos repeticiones al mismo nivel de dificultad antes de cambiar de nivel, antes de bajar tu estándar. Si pierdes al perro, es decir, si el perro pierde interés e incluso deja de intentarlo, tendrás que bajar antes el estándar, en este caso después de un solo error. Cuando estés subiendo el nivel de dificultad presta especial atención a la actitud del animal hacia el adiestramiento: su abandono o su frustración excesiva quiere decir que estás avanzando demasiado rápido. El aprendizaje siempre será un tanto estresante.

Tu trabajo como adiestrador es que el perro siga participando en el juego y maximizar los progresos en cada ejercicio, y al mismo tiempo alimentar su creciente adicción al juego en sí. Hacer el juego demasiado fácil o utilizar programas de reforzamiento continuos y blandos será perjudicial y tendrá como resultado un enfoque minimalista por parte del perro. No se hacen adictos al juego si resulta demasiado fácil ganar.

La razón por la que inicialmente no puedes combinar los parámetros de distancia y duración es porque tanto tú como tu perro necesitáis poneros de acuerdo sobre los criterios de refuerzo en todo momento durante el adiestramiento. Si intentas los seis metros de distancia durante un minuto completo desde el principio y el perro logra permanecer en la posición durante 40 segundos y luego se levanta, habrá errado en lo que se refiere a la duración del comportamiento pero habrá dado en el clavo con la distancia: ¿se debe reforzar o no? Esto resulta muy confuso y desmoralizante para los animales hasta que se haya adiestrado cada elemento por separado. Entonces, será más probable que las marcas de no refuerzo sean más eficaces. Puedes empezar a combinar los criterios de duración y distancia cuando el perro realice satisfactoriamente cada uno de estos ejercicios, comienza de modo suave con aproximadamente 3 metros durante 20 segundos. Para incrementar gradualmente el estándar aumenta un elemento y luego, si da buen resultado, el otro. Un vez más, estate preparado para bajar el estándar si te tropiezas con un escollo. Cuando el perro aguante dos minutos a nueve metros ponlo bajo un programa de reforzamiento y sal a patear las calles para exponerlo a distintos entornos y situaciones. Es probable que cada ubicación ocasione una regresión que afrontarás tranquilamente primero bajando el estándar para lograr una respuesta reforzable y después aumentando de nuevo el ritmo. Cuando lo hayas conseguido en cuatro o cinco lugares distintos podrás acceder a la universidad, donde empezarás consolidaciones más fuertes contra la distracción.

«Quieto» a nivel universitario

Ahora el objetivo es que el perro mantenga la posición de quieto en presencia de distracciones como por ejemplo otros perros pululando, una ardilla, una pelota de tenis que pasa por delante de él como una flecha o un niño que se mueve compulsivamente y le da palmaditas en la cabeza. Hay que trabajar por separado cada una de las distracciones, al principio reduciendo la distancia y la duración al máximo. Así que volverás a trabajar junto al perro y a reforzarlo después de todas y cada una de las veces que ignore las distracciones. Es importante determinar en qué consiste ignorar una distracción puesto que es la respuesta que vamos a reforzar en este ejercicio. Muchas personas hacen lo indecible para que el perro ignore una distracción y para ello aumentan la intensidad y aplican perfectamente la marca de ausencia de refuerzo, sin embargo luego fallan en el momento mágico en el que el perro rehúsa entrar al trapo. Ten claro el criterio antes de empezar a presentar distracciones y refuerza al perro sin dudarle en cuanto cumpla las condiciones. La cosa se complica con la posición de quieto ya que la respuesta reforzable es una ausencia de acción: lo único que hace el perro es permanecer quieto. Este es el clásico ejemplo de por qué es necesario que pienses con antelación sobre los criterios.

Comienza por unas distracciones simples con movimientos con la mano o dando un salto a unos centímetros del perro. Si mantiene la posición de quieto, acércate y refuerza. Si se mueve, marca y

repite. Si se mueve de nuevo, evalúa la situación. ¿Ha sido un movimiento claro y definido o por el contrario fue un casi-quieto? En el primer caso vuelve atrás y haz algo más fácil. En el segundo caso vuelve a intentarlo. Huelga decir que estás plenamente concentrado en el perro a lo largo del adiestramiento con distracciones. Es crucial que captes el instante en el que tu perro comienza a romper la posición de quieto, como se suele decir: un adiestrador mediocre pilla al perro cuando ya está levantado en el ejercicio de quieto, un buen adiestrador cuando comienza a levantarse y un adiestrador excelente en cuanto contrae el primer músculo. En el adiestramiento de distracciones, el instante preciso de aplicación es todavía más crítico porque tu única esperanza de impedir que el perro se lance a una distracción es interrumpirlo en las primeras fases de la secuencia. Realiza por ejemplo una marca de ausencia de refuerzo cuando persigue a una ardilla, justo cuando las mandíbulas del perro van a establecer contacto con la ardilla, a 45 metros de ti. A continuación intenta la marca de ausencia de refuerzo cuando se aleja de tu lado para dar el primer paso hacia la ardilla. ¿Cuál tiene alguna garantía de éxito?

Si el perro logra hacer bien un par de repeticiones seguidas, intensifica el grado de distracción. Da un salto hacia atrás, después hazlo mientras giras, luego bailando flamenco, el twist, de cuclillas. Este último es más complicado ya que para muchos perros agacharse es una posición para inducir la llamada, no obstante no es una orden, por lo que es adecuado para ponerlo a prueba. El perro empezará a aprender que lo único que puede dar por finalizada la posición de quieto es otra orden o una palabra que lo libere. Finge un estornudo, da golpes en el suelo. Cuando no preste atención a la distracción y permanezca en la posición de quieto, vuelve hacia él y refuézalo. Si se mueve, marca el error y repite. Nunca aumentes la dificultad hasta que hayas obtenido al menos dos respuestas perfectas una detrás de otra y por la misma distracción. Echate en el suelo, revuélcate, juega con una pelota, lánzala, lanza varias pelotas al mismo tiempo. Ahora intenta tocar al perro mientras está de pie. Para la mayoría de los perros esto es un juego totalmente distinto. Si tu perro es extremadamente nervioso o se excita fácilmente cuando alguien se le acerca o le toca, «siéntate para saludar» puede resultarle difícil pero vale la pena cultivarlo. Comienza haciendo tú mismo una serie de aproximaciones y dándole unos toques en la cabeza hasta que el perro se siente y se mantenga firme en la posición una vez tras otra. Luego intenta «coserlo» a toqueteos con la mano desde la cabeza hasta la cola. Tócalo después simulando el modo en que la gente toca a los perros, incluye los golpecitos en la cabeza como los que suelen dar los niños pequeños y agarra con las dos manos las orejas, rascando fuerte como les gusta hacer a muchos adultos amantes de los perros.

Cuando seas incapaz de que de ningún modo deje la posición de quieto, haz que otras personas lo acaricien mientras miras al perro y le proporcionas información a modo de refuerzos y marcas sobre cómo lo está haciendo. Vuelve a empezar con aproximaciones y ligeros toques en la cabeza. En lugar de uno o dos aislados es crucial que hagas muchas repeticiones, es decir, varias series de toques. ¿Te acuerdas de la resolución de problemas? Esto es algo parecido. Ten siempre en cuenta que si tu perro no está socializado con la gente no debes hacer este ejercicio hasta que hayas realizado algunas sesiones para parchear su socialización, como se ha expuesto en el capítulo 3. Cuando el perro permanezca sentado de forma firme y segura mientras otra persona le toca la cabeza, haz que esa misma persona proceda a «coserlo» tocándolo con las manos desde la cabeza a la cola. Cuando

permanezca imposible durante varias repeticiones seguidas, empieza a incrementar el número de variaciones y el grado de dificultad.

Trabaja con la misma persona hasta que el perro tolere cualquier tipo de contacto sin moverse de la posición de sienta - quieto. Cuando lo logres podrás emplear a otra persona para que le dé ligeros toques en la cabeza. Estate preparado para que el perro cambie de posición temporalmente, tenga una recaída, cada vez que emplees a una persona distinta. El momento mágico se produce al introducir a una persona nueva y pasar a través de la progresión sin cometer ni un solo error. Esto puede ocurrir con la tercera persona o con la doceava, pero terminará pasando. Asegúrate de que has cubierto el mayor número posible de grupos de individuos, en especial niños. Cuando lo hayas hecho, tendrás una hermosa posición de sentado, a prueba de toques, que podrás acariciar.

Pasa a realizar el adiestramiento en cualquier entorno cuando el perro mantenga la posición de forma confiada y segura mientras lanzas pelotas y muñecos sonoros por todas partes y mientras lo maneja cualquier persona. Cada entorno nuevo incluirá el problema de las distracciones y la combinación exclusiva de las distracciones específicas. Esto sucede al margen de que los nuevos entornos evoquen un fallo en la generalización. Es probable por lo tanto que haya que bajar el estándar y reconstruir el comportamiento sienta-quieto para cada distracción. Consuélate pensando que los futuros ejercicios de obediencia irán cada vez más rápido y un día tendrás un perro al que podrás enseñar incluso ejercicios nuevos en entornos con muchas distracciones y que generalizará casi inmediatamente ese adiestramiento a los nuevos lugares. Un perro con tan buena educación es simplemente el resultado de un adiestramiento intensivo y no de una herencia genética del perro o del adiestrador. Afortunadamente el adiestramiento es divertido, así que involúcrate en el proceso en lugar de obsesionarte con el producto.

Responder a la llamada

A pesar de que responder a la llamada es un asunto prioritario en la lista de cosas que debe aprender cualquier perro de compañía, normalmente el adiestrador echa a perder este comportamiento cuando se molesta en enseñárselo. El error más grave suele ser dar la orden antes de haberla establecido. Lo que hace este uso prematuro de la orden es descondicionar el comportamiento y reducir la posibilidad de futuros intentos de adiestramiento. La típica escena del uso prematuro de «ven aquí» es la del propietario que llama al perro y que después no hace nada o que sin darse cuenta inicia actividades desagradables o bien finaliza actividades agradables. Se presupone que el perro «sabía» la orden porque el amo había sido testigo en el pasado de respuestas correctas, pero antes o después la orden fracasa total y estrepitosamente, y el amo culpa al perro. Debajo de todo esto subyace la peligrosa suposición de que el perro será obediente «por naturaleza». Observemos los acontecimientos en detalle.

Los cachorros tienen una tendencia natural a acercarse cuando los llamas, te agachas, bates las manos o realizas sonidos estimulantes; están obsesionados con saludar. De la misma forma, y esto es importante, obedecen plenamente a las leyes del aprendizaje. Si aprovechas esta inclinación natural

del cachorro a abalanzarse sobre ti cuando lo induces de esta forma y luego no refuerzas esa hermosa respuesta o, lo que es todavía peor, aplicas un castigo positivo o negativo, los días que se acercará el cachorro están contados. La desobediencia posterior no tiene nada que ver con rebelarse, comprobar la autoridad o guardar rencor, sino que simplemente representa los efectos acumulativos de los adiestramientos deliberados o involuntarios realizados hasta la fecha. ¿Qué pasará si el perro se acerca? Veamos un ejemplo.

Una cachorrilla nueva, Buffy, llega a casa de su nueva familia. Durante varias semanas, Buffy se mueve entusiasmada de un lado a otro con paso inseguro cuando alguien la llama, y acude meneando la cola y moviendo el cuerpecillo: la obsesión por saludar. Los amos de Buffy dan por hecho que Buffy entiende que tiene que venir cuando la llaman. Después de todo, lo está haciendo una y otra vez. Además, todo hay que decirlo, está dotada de bulbo raquídeo (un cerebro) y de médula espinal, requisitos mínimos para hacerla sujeto de las leyes del aprendizaje. Por su parte, dicho sea de paso, sus amos creen que Buffy es un especialista de renombre. Transcurridas varias semanas Buffy deja de acudir inmediatamente a la llamada de cualquiera, sobre todo si está ocupada haciendo otras cosas, pero esto no es considerado un problema grave porque se acerca «casi siempre». Sus amos la llaman a menudo para demostrarle cariño, la llaman cuando ha salido al jardín para hacer pis, la interrumpen mientras está haciendo algo que no debe, y todo para cepillarla, para meterla dentro de la jaula si salen de casa o para reñirle por dejar un charco en el suelo o por mordisquear las patas de la mesa. ¿Cómo se van acumulando las consecuencias de todo esto? A veces Buffy recibe un refuerzo en forma de atención o de cariño por acercarse. El resto de las veces las palabras «¡Buffy!» y «¡ven aquí!» se asocian con el inicio de algo aversivo (el castigo por haber transgredido, recibir un cepillado o ser enjaulado) o el punto y final de algo que le gusta (estar en el jardín, enzarzarse con algo con lo que «no debería»). Cuando es suficientemente mayor la sacan al parque o a correr para que haga algo de ejercicio, y la llaman cuando es hora de volver a casa. La secuencia es la siguiente: 1) orden «¡ven aquí!», 2) la perra se acerca, 3) se le pone la correa, fin de la libertad. Se acerca las primeras veces pero luego se niega a acercarse. Un día, cuando su amo va a llegar tarde al trabajo, Buffy se niega a acercarse al final de los juegos matutinos y juega a alejarse durante 30 minutos. Esa misma tarde el amo llama a una escuela de adiestramiento y afirma que Buffy es muy terca. Después de todo, Buffy «sabe» lo que significa acercarse y aún así se niega a obedecer. ¿Pero qué significa realmente «¡ven aquí!» para Buffy?

Lo primero que ha aprendido es que «¡ven aquí!», los aplausos y los señuelos suelen significar el final de la diversión o el inicio de algo desagradable. Como cualquier otro animal aprende a no acercarse cuando escucha esa palabra o se encuentra en esa situación. Esto no pasa exclusivamente con Buffy ni únicamente con algún aspecto rebelde de su temperamento. Es importante entender esto. Por ejemplo, si te digo «acércate a algo desagradable...» ¿hasta qué punto obedecerías? Eso es lo que sucede al decirle «¡ven aquí!» a Buffy. El fallo más grave en el razonamiento de los amos es que se imaginan que el perro es un ser moral que entiende la autoridad del amo y que es susceptible de sentirse culpable.

Cuando el amo expresa su desaprobación porque el perro no se acerca se da por hecho que esta

motivación basta para superar las implicaciones obvias del aprendizaje animal: el inicio de los aversivos o el final de los refuerzos para el perro. Sin embargo los perros son amorales y totalmente egoístas. Si tienen alguna noción del «deber», estará extremadamente ligado a un sentimiento puramente egoísta y de total obediencia a las leyes del aprendizaje. En la cultura del perro cuando alguien te llama no debes acudir bajo ningún concepto si la situación está asociada con el fin de la diversión o con el comienzo de algo que te desagrada o no te gusta. El primer error cometido por los amos de Buffy, mucho antes de castigarla por haber tenido que llamarla innumerables veces, fue dar por hecho que estaba «obedeciendo» a un inductor: la llamada y las palmadas. Los inductores son simplemente desencadenantes, suelen contribuir a que se dé un comportamiento y que el resto se mantenga igual. Pero estos precedentes no tardan en adoptar la importante función de estímulos condicionados cuando se les empareja con hechos que son relevantes para el animal. Lo que sucede al acercarse es lo que importa. El inductor, en el caso de Buffy, no tardó en desgastarse en cuanto «¡ven aquí!» pasó a ser sinónimo de malas noticias. Esto es lo que hace que parezca que un inductor da resultado temporalmente y que después deje de hacerlo. Para salir de este aprieto hay que hacer de tripas corazón desde el principio, agarrar el toro por los cuernos y no sólo aceptar sino explotar activamente las leyes del aprendizaje que el perro obedece a la perfección. Adiestra en armonía con los principios sobre el aprendizaje animal y deja de enfrentarte a ellos. Todas y cada una de las veces que el perro se acerque refuézalo sistemáticamente con afecto, jugando con él o con premios de comida que tengas en el bolsillo. Conserva el nombre del perro y la expresión «¡ven aquí!» como si fueran expresiones sagradas, nunca las asocies con algo que no le gusta al perro o que ponga fin a aquello con lo que está disfrutando, realiza regularmente sesiones de condicionamiento para la respuesta a la llamada, como hiciste con sienta, échate y en pie. Cuando estés en el parque o corriendo con el perro, enséñale que la mayoría de las veces «¡ven aquí!» es simplemente una pausa de comprobación: el perro vuelve, recibe unas palmaditas y un premio de comida y le dejan que se vaya y siga jugando. Enséñale que si no obedece, la consecuencia será que se acabará la diversión cuando mejor lo esté pasando. Juega las cartas a tu favor. A continuación se incluyen algunos ejercicios básicos para que el perro responda a la llamada.

Responder a la llamada en la guardería

Varios miembros de la familia llaman por turnos al cachorro (o perro adulto no adiestrado) para que entre y salga de la cocina o para que recorra el largo vestíbulo. Cuando el perro se acerca a alguien, le dicen que se siente, lo agarran por el collar y a continuación le dan un premio de comida del bolsillo de quien lo ha llamado o bien hacen un breve juego de fuerza con un juguete también del bolsillo de quien lo llamó. Cuando el perro responda siempre perfectamente reducen gradualmente a la mitad los premios de comida y el tiempo de los juegos de tira y afloja. Asimismo aquí también puedes ser selectivo después de poner en marcha el programa: dado que sólo estás reforzando la mitad de las respuestas ¿por qué no elegir las mejores? El escondite es una variación de este ejercicio: una persona agarra al perro mientras la otra se esconde en algún lugar de la casa. El perro queda suelto en cuanto la persona que está escondiéndose dice «¡Buffy, ven!, ¡ven aquí!» El perro se embarca en una misión de búsqueda y captura. Cuando descubre a la persona, se le felicita y se empieza un juego de forcejeos. Mientras tanto la otra persona se esconde. El perro sale en su búsqueda cuando oye la orden. Se

dispara la percepción que el perro tiene de «¡ven aquí!». También puedes practicar ejercicios «aleatorios» de respuesta a la llamada para los que sólo hace falta una persona. Llama al perro un número indeterminado de veces y refuérzalo con un premio o jugando con él un rato. De hecho vale la pena que todas las actividades placenteras vayan precedidas de responder a la llamada, de forma que logremos que el perro adivine que algo bueno se avecina con la expresión «¡ven aquí!». A continuación se incluye la secuencia inicial de los ejercicios de responder a la llamada:

1. orden de venir «¡ven aquí!»
2. inductor: palmadas, señuelos, ruidos agudos, etc.
3. el perro se acerca
4. se elogia al perro a medida que se va acercando
5. se le pide que se siente cuando llega
6. el perro se sienta
7. el adiestrador sujeta el collar del perro con una mano y
8. mete la otra en el bolsillo para darle un premio de comida o un juguete para forcejear.

Después de realizar varias sesiones cortas siguiendo esta secuencia y cuando el perro disfrute con el juego vete retirando progresivamente el inductor (número 2) y proporciónale elogios entusiastas por su carrera de aproximación (número 4), de forma que realice el comportamiento únicamente en respuesta a la orden. Cuando lo logres ponlo bajo un programa de reforzamiento y elige las respuestas que quieres reforzar. Intenta practicarlo en tres o cuatro lugares distintos.

Responder a la llamada en la escuela primaria

Si nos imaginamos la orden de responder a la llamada como la construcción de un muro, con el ejercicio previo en la guardería habrás colocado la primera fila de ladrillos. Ya tienes los cimientos. Para colocar la segunda fila de ladrillos tendrás que enseñarle al perro un ejercicio de control de las distracciones. Para ello necesitas a dos personas: una es el cuidador y la otra se ocupará de distraerlo. El cuidador no tiene nada: ningún premio ni ningún juguete; la otra persona tiene todos los refuerzos que le gustan al perro: hígado, queso y juguetes para forcejear. La persona que lo distrae le enseña al perro todo lo que tiene pero no deja que el perro lo toque. El cuidador, que ya le ha enseñado al perro que no tiene ningún refuerzo, se aleja un poco y lo llama. La mayoría de las veces el perro no prestará atención al cuidador y «se entretendrá» con las distracciones, la máquina tragaperras con premio más obvia en ese momento. La persona que lo distrae se limitará a no hacer caso a los esfuerzos del perro que, entre otras cosas, le tocará con la pata, saltará, gemirá, realizará series perfectas de sienta-échate-en pie, ladrará, etc. El cuidador lo sigue llamando a intervalos iguales de tiempo. No hay ninguna prisa porque los refuerzos están perfectamente bajo control. El perro no consigue nada, solamente perder el tiempo dirigiendo su comportamiento a la persona que lo distrae. El caso es que todavía no se ha dado cuenta.

Antes o después el perro probará a acercarse hacia el cuidador que lo está llamando. Este lo elogiará entusiasmado a medida que el perro se vaya acercando y cuando llegue y se siente donde está el

adiestrador, la persona con las distracciones se acercará inmediatamente y le entregará un exquisito trozo de comida o le dará la cuerda al cuidador para que juegue animadamente con el perro. Luego vuelve a marcharse, casi seguro seguido del perro, y se repite el ejercicio. Con el tiempo el perro aprende que tiene que obedecer al adiestrador para conseguir lo que tiene la persona que lo distrae. ¡La respuesta es obedecer! Atención: las primeras veces hace falta tiempo y paciencia.

Si se repite este ejercicio unas cuantas veces al final tendremos un perro que pasará de largo de la persona que lo distrae para responder a la orden de acercarse dada por el adiestrador. También hay variaciones, como que el perro se acerque al adiestrador antes de que este dé la orden. Sencillamente ignóralo. La clave de este ejercicio está en repetirlo. Algunos perros lo asimilan antes que otros: más que con la capacidad de aprendizaje tiene que ver con cuán impulsivo o exaltado sea el perro y con lo bien que hayamos establecido las bases en los ejercicios de llamada en la guardería. Es bueno ir intercambiando los papeles de adiestrador y de encargado de la distracción para que el perro se dé cuenta de que la orden «¡ven aquí!» es la clave a la que tiene que estar atento y no a una persona en concreto. Descarta siempre lo que sea irrelevante. No te olvides de practicar el ejercicio al aire libre cuando el perro acierte siempre dentro de casa. Además de cambiar de ubicación también puedes variar las distracciones: nuevas recetas, un juguete para mordisquear oloroso de otro perro, etc., desencadenarán inicialmente un error en la generalización.

Responder a la llamada en el instituto

Cuando el perro sea un hacha en dominar las distracciones durante los ejercicios de responder a la llamada en la escuela primaria, habrá llegado el momento de aumentar la motivación un punto más. Ahora toca enseñarle a que pase corriendo por debajo de tus piernas después de haber lanzado una pelota o un juguete para mordisquear. Esto hace que el programa de depredación del perro se ponga a tu servicio en lugar de permanecer como una eterna motivación alternativa que compite contigo. No le des ninguna orden al principio, límitate a que el perro se interese por el juguete y para ello haz un juego de forcejeo muy breve o úsalo para gastarle bromas con él. A continuación separa las piernas e incítalo desde cerca y cuando centre su atención en el juguete lánzalo entre las piernas de forma que el perro también pase por debajo y lo siga. Repítelo varias veces para que se acostumbre a pasar entre las piernas, algunos perros se muestran muy temerosos al hacer esto. Los perros grandes tendrán que agacharse de alguna forma. Todos pueden aprender a hacerlo y vale la pena el esfuerzo.

Cuando el perro pase sin dudar por debajo de las piernas ponlo en la posición de sienta-quieto a aproximadamente tres metros de distancia, vuelve a tu sitio y al darle la orden «¡ven aquí!» haz que pase por el medio de las piernas para perseguir el objeto que has lanzado. Retrasa el momento de lanzar el objeto hasta que estés seguro de que va a pasar por debajo. Los perros se acostumbran fácilmente a rodear las piernas del adiestrador en lugar de pasar por debajo de ellas si el adiestrador le permite realizar este atajo en un par de ocasiones y además lo recompensa con un lanzamiento precipitado. Si el perro intenta dar un rodeo retén el lanzamiento, debe aprender que tiene que pasar entre las piernas para conseguir el juguete. Intenta lanzar siempre los objetos a una altura normal en la medida de lo posible, para maximizar el aspecto de persecución a toda velocidad.

Después de cada serie haz un rápido juego de tira y afloja. Esto hace el juego más atractivo para el perro y además le da una razón para traerte el objeto lo más rápido posible después de cobrarlo. A medida que vaya mejorando ve aumentando progresivamente la distancia que os separa. Parte muchas veces de la posición sienta-quieto pero practícalo también fuera del contexto de una sesión formal de adiestramiento, dile «¡ven aquí!» de repente, cuando menos se lo espere (y ten escondido el juguete para mordisquear). Esta puede ser una forma de empezar las sesiones diarias de juegos de fuerza, cobro y puede convertirse en parte de las pausas de obediencia durante los juegos de forcejeo. Cuanto más practique el perro este ejercicio más aprenderá a acercarse a ti con entusiasmo a la orden de «¡ven aquí!». Utilizar la agresividad depredadora es hacer uso de uno de los motivadores más potentes, dado que para muchos perros está muy por encima de los refuerzos de comida (la teoría subyacente es muy interesante: hasta ahora se había alimentado de comida que recibía gratuitamente, mientras que la habilidad de cazar siguiendo los sentidos lo alimenta de por vida, asimismo la comida «en movimiento» es fresca). Cuando el perro se acerque a ti a toda velocidad desde 9 metros y pase entre tus piernas sin ningún problema, reduce los inductores.

Hasta ahora has hecho los ejercicios de pie con las piernas abiertas y con un juguete para forcejear en la mano. Esta imagen es una indicación muy importante para el perro, es una forma de anticipar qué vendrá después. Lo que tiene que aprender ahora es que la expresión «¡ven aquí!» predice lo que vendrá después tanto como esa imagen. Para lograrlo lo primero que tienes que hacer es esconder el juguete debajo de la camisa o en un bolsillo, donde no lo pueda ver el perro y a la vez donde puedas acceder tú rápidamente en el momento clave. Pon al perro en la posición de sienta-quieto y déjalo que responda a la llamada como siempre. Cuando lo haga a 9 metros permanece en posición normal, con las piernas juntas y los brazos a ambos lados de tu cuerpo. Dile al perro que se acerque: «¡ven aquí!». Te darás cuenta fácilmente que el perro no se acerca con el mismo entusiasmo que cuando hacías el ejercicio de pasar entre las piernas. No pasa nada. Cuando esté a medio camino saca de repente el juguete de donde lo tenías escondido, abre las piernas y lánzalo para que responda como de costumbre, justo antes de que llegue. Tras varias repeticiones el perro volverá a acercarse a ti con rapidez a pesar de que estés en una posición normal. Esto se debe a que tu postura normal ha pasado a predecir la situación que le es conocida y que le encanta, en la que tú estás con las piernas abiertas y con el juguete en la mano. Ahora tienes que trabajar para ir retrasando progresivamente y hasta el último momento posible el instante en que abres las piernas y sacas el juguete. El objetivo es que el perro aprenda que tu orden y postura normales predicen el juego de forma tan fiable como la postura con las piernas abiertas de antes.

Cuando te «embista» al responder a la llamada mientras estás de pie en posición normal ha llegado el momento de restablecer la orden de sienta, al menos ocasionalmente. Ahora se trata de que el perro postergue hasta el último momento la decisión de sentarse o de pasar por debajo de las piernas. La forma de lograrlo es pidiéndole algunas veces que pase por el medio de las piernas y otras veces que se sienta. Para pedirle que se sienta mantén las piernas juntas y pídeselo al tiempo que le das la orden «sienta». La primera vez que consigas que lo haga después de que haya pasado cientos de veces por debajo de las piernas acuérdate de no juntar las rodillas porque te puede atropellar y tirarte al suelo literalmente. Es una buena idea darle la orden de sentarse mucho antes de esta primera vez, cuando el

perro esté a 3 o 4 metros. Usa una orden verbal y una señal muy clara con la mano. Ensaya varios «sienta» seguidos hasta que parezca que da muestras de anticiparlo, luego ordénale un par de veces que pase entre las piernas, «sienta» de nuevo. Se trata de que tenga que adivinar constantemente para que su disposición sea la de lanzarse a gran velocidad, y evaluar la situación cuando esté a 3 metros de distancia de ti; de esta forma mantienes la máxima motivación y la deceleración se retrasa justo antes de que se complete el ejercicio de llamada en sí. A eso se le llama hacer malabarismos con la velocidad y la respuesta a la orden de sienta.

Cuando el producto final de la llamada es siempre la posición de sentado puedes sacar rápidamente el juguete de debajo de la camisa y hacer un juego de forcejeo una vez que se ha sentado. Refuerza la respuesta de sentarse de vez en cuando. Realizar este ejercicio a la perfección dota a la respuesta a la llamada de una tremenda consolidación contra la distracción, ya que la coloca en lo alto de la jerarquía de refuerzos prácticamente en cualquier situación. Después de todo, la razón por la que los perros prefieren jugar con otros perros, olisquear entre los arbustos o perseguir ardillas en lugar de acercarse cuando los llaman es que estas actividades son divertidas y emocionantes, mientras que acercarse no lo es. No tienes que lamentarte sino aprovecharte de la pasión del perro por pasarlo bien y hacer que las respuestas a la llamada sean lo más divertido y emocionante que haga tu perro.

Responder a la llamada a nivel universitario

Si has inculcado con éxito en el instituto el ejercicio de aceleración que acabamos de ver puede que decidas que ya no necesites el nivel universitario, en otras palabras, el perro responde casi a la perfección en todas las situaciones. He aquí el poder de la agresividad depredadora. En caso de que no hayas tenido un éxito inmediato con el ejercicio anterior no te dejes llevar y te rindas. No intentes este nivel superior en la esperanza de que solucionará los problemas de competición entre motivadores. Esfuérzate un poco más en trabajar el ejercicio de velocidad; a algunos perros, normalmente los de cobro menos entusiastas, les cuesta asimilarlo más que a otros. Te aconsejo que insistas porque pase lo que pase siempre vale la pena desentumecerlos.

El ejercicio a nivel universitario está diseñado para interrumpir al perro y forzar la respuesta a la llamada en aquellas situaciones en las que no se acerca ya que hay una motivación alternativa (distracción). Una motivación alternativa típica es que el perro interaccione con otro perro, que esté ensimismado con la nariz pegada a algún olor intenso en el suelo o que persiga algo en movimiento como un gato, una ardilla o un coche, por ejemplo. Ten en cuenta que si tu perro no está adecuadamente condicionado, es decir, si no has realizado con él cuidadosamente los ejercicios de respuesta a la llamada en la guardería y en la escuela primaria hasta el punto de lograr la fiabilidad de la respuesta en distintos lugares, es inútil que intentes lo que se expone a continuación. No es una tirita, no hay soluciones rápidas para curar al «tozudo» de tu perro que se apresura a cruzar la puerta o se niega a entrar en casa desde el jardín a la mínima ocasión. Primero tienes que saldar tus deudas, cumplir con tus obligaciones.

El primer paso a nivel universitario es conseguir que el perro responda cuando esté a mitad de una

persecución en la otra dirección. Empieza este tipo de adiestramiento en medio de un juego normal de cobro, lanza la pelota o el juguete como de costumbre y después de que el perro empiece a perseguirlo, da la orden de responder a la llamada. Seguramente te ignorará. Ponte inmediatamente en acción: da una marca continuada de ausencia de refuerzo a voces («¡ah!, ¡ah!, ¡ah!, ¡ah!...») al mismo tiempo que te pones a correr detrás de él. Pon toda la carne en el asador. Síguelo de cerca, impídele físicamente que agarre el juguete o quítaselo si ya lo ha hecho. Infligimos este leve castigo para inhibirlo de alguna forma en las siguientes repeticiones. Luego vuelve a intentarlo. Si en el segundo intento el perro no reduce la velocidad lo más mínimo, tendrás que ser más drástico con tu intervención para interrumpir su comportamiento. Haz como si fuera una emergencia real de vida o muerte. ¿Qué harías si por ejemplo tu perro estuviera yendo hacia una carretera muy transitada? Tu objetivo es detener al perro en seco en mitad de la carrera si fuera preciso porque es probable que, un día, su vida esté en peligro.

Practícalo más veces hasta que el perro responda a la orden de llamada. Dicha respuesta parecerá muy indecisa y traumatizada pero por ahora no importa. En cuanto el perro se detenga o se gire después de que des la orden felicítalo con entusiasmo y anímalo a que se acerque a ti usando cualquier inductor que te parezca: da palmadas, agáchate, pon en la mano un señuelo de comida y háblale como si fuera un bebé. Es un ejercicio difícil y estresante y el perro necesita saber que va por buen camino. Cuando llegue donde tú estás, felicítalo generosamente, haz click y refuerza con un refuerzo de comida exquisita o con un juego de fuerza utilizando un juguete que harás aparecer de tu bolsillo. Repítelo.

En algún momento te encontrarás con el siguiente problema. Lanzas el juguete y el perro, que ha pasado por la experiencia de un par de interrupciones confusas y aversivas, ahora se niega en redondo a ir a cobrar. Simplemente anímalo a que lo haga con un par de cobros sin interrumpir para devolverle la confianza. Los perros no aprenden inmediatamente que el problema fue la falta de respuesta a la orden de llamada: hay muchos perros que se creen que ahora es peligroso perseguir sus juguetes. Tienes que evitar el embrollo alternando lanzamientos normales con lanzamientos que interrumpes con la respuesta a la llamada.

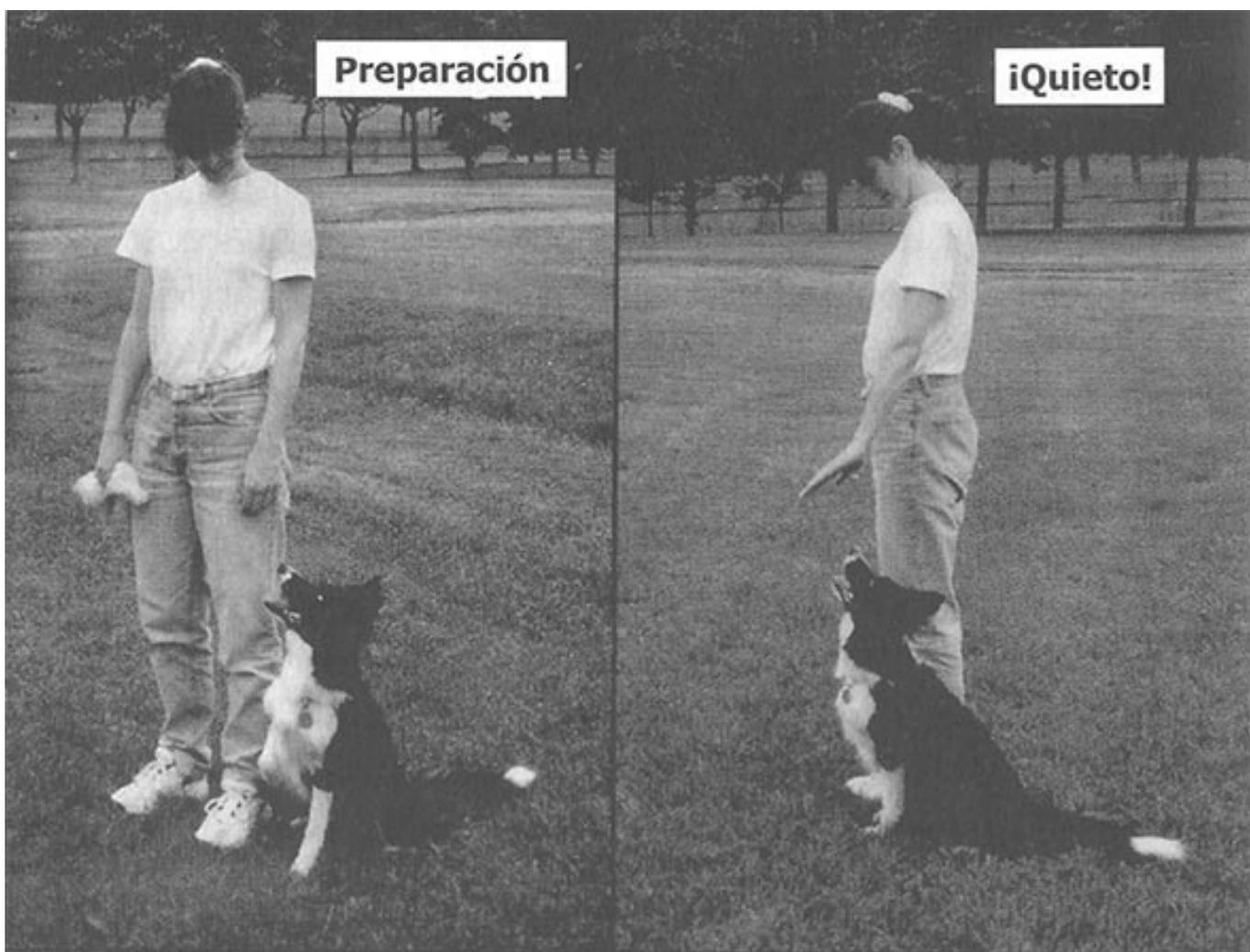
Tu objetivo es conseguir que el perro se pare en seco cuando des la orden de «¡ven aquí!», se gire rápidamente y se dirija hacia ti con paso firme, con confianza, pero al mismo tiempo seguirá cobrando con el mismo entusiasmo y energía que antes que implantaras este ejercicio. La única forma de lograrlo es a través del trabajo sólido y ejecutado a conciencia. Ejecutado a conciencia significa que tienes que controlar la actitud del perro a cada paso, fortaleciendo o inhibiendo si fuera necesario, tienes que moverte en esa delicada línea.

Lo mejor que puedes hacer si obtienes una respuesta perfecta es tener como refuerzo una orden «¡cóbralo ahora!», que significa que en ese momento puede volver a atacar con entusiasmo el objeto del que tuvo que alejarse. Ahora comprende que el fin de la persecución se debe a que no obedeció a la orden de la llamada, y que obedecer la orden de llamada significa que le permites cobrar el objeto. Cuando haya asimilado este ejercicio cambia el objeto que lanzas para lograr que generalice. Usa juguetes, pelotas, comida, frisbee o cualquier cosa que vaya a perseguir. A continuación sácalo a la

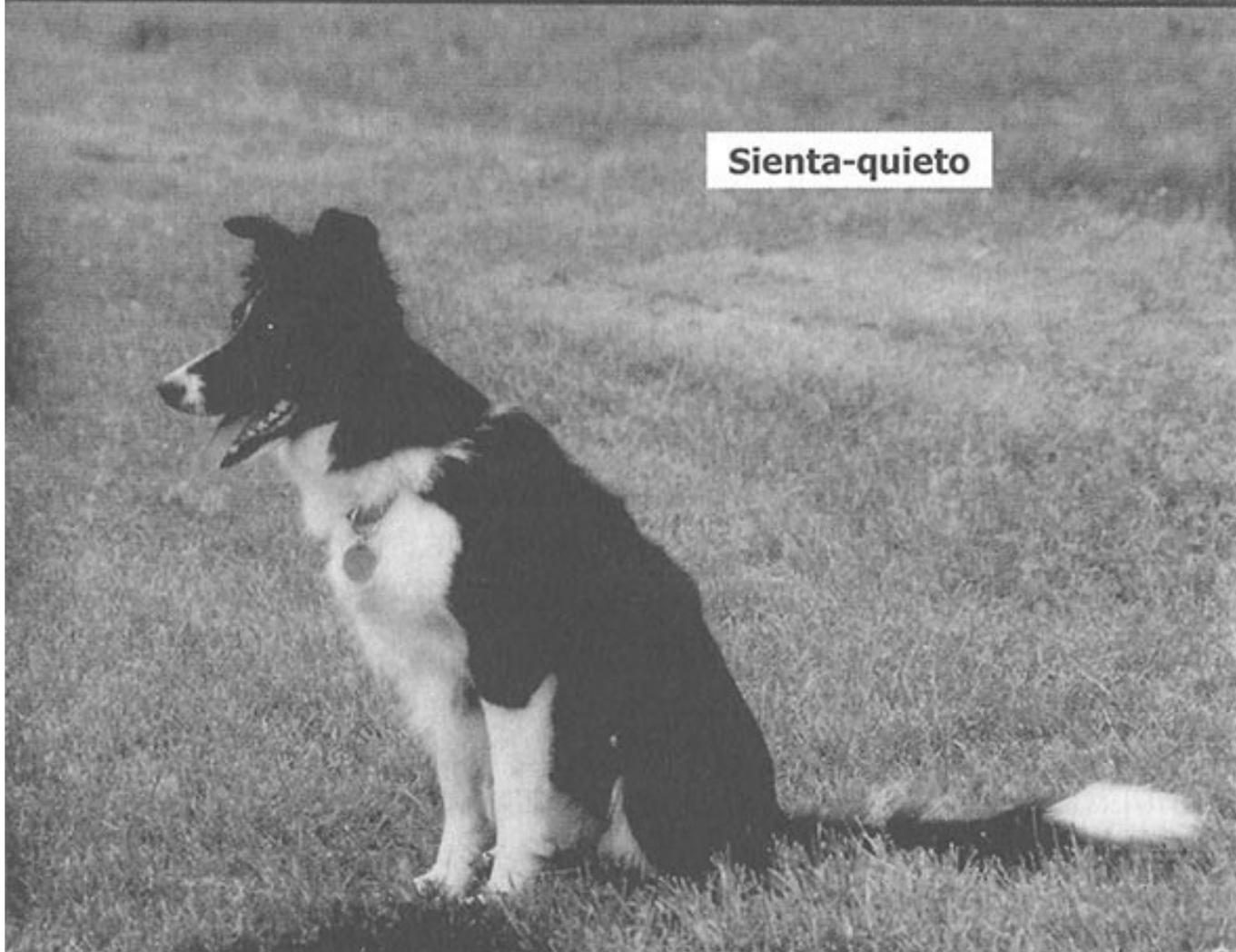
calle para que generalice a otros espacios. Cambia el momento de la persecución en el que le das la orden de llamada, sin olvidar que cuanto más lejos esté el perro de ti y más cerca del objeto, más complicado será. Quieres que el perro se dé la vuelta en seco con cualquier objeto, en cualquier lugar, en cualquier entorno y a cualquier distancia a la que se encuentre de la persecución. Este ejercicio prepara al perro para responder a la llamada al margen de otras distracciones como unos perros jugando o ardillas que pasan a toda velocidad. Los principios son los mismos pero en la mayoría de los casos no dispones de la posibilidad de poder repetir la situación por lo tanto, antes siquiera de pasar a intentar que responda en estas circunstancias, asegúrate de que has perfeccionado la respuesta a la llamada mientras está persiguiendo un objeto y de que hay una generalización tanto del objeto como del entorno.

Preparación

¡Quieto!



Sienta-quieto



Aléjate



Meggie, ¡ven aquí!



A toda velocidad



Entre las piernas



Hora del refuerzo



Una vez más



Tirar de la correa

Los perros tiran de la correa de modo natural. Esto se explica por varias razones. La primera es que los tirones suelen recibir un refuerzo por parte del amo en forma de movimiento hacia delante: el perro tira porque da resultado, nunca llega a descubrir que no tirar también habría dado resultado ya que por naturaleza la mayoría de los perros tienen un paso más rápido que los amos (el perro llega al extremo de la correa inmediatamente y por lo tanto se autoenseña a tirar). No es una cuestión de rango: los perros extremadamente sumisos tiran de la correa con tanto desenfreno como los perros de rango medio o los dominantes. La otra razón que hace que los perros tiren, hasta tal punto que tienen que hacer esfuerzos para respirar dando obvias muestras de malestar, es que tienen lo que se denomina un reflejo de compensación de presión. En cuanto sienten presión en el cuello o en el pecho se apoyarán en ella, empujarán en sentido opuesto para compensarla, de forma refleja. Esto explica en gran medida por qué a los Huskies y a los Malamutes, entre muchas otras razas, les gusta tirar del arnés. Es reforzante por sí mismo. Por lo tanto, viendo a lo que te estás enfrentando, lo más prudente es empezar el adiestramiento contra tirones desde el primer día en lugar de esperar hasta que el perro se haya convertido en un adicto empedernido. El principal juego para prevenir los tirones en cachorros o perros que aún no tienen un hábito arraigado es el juego de luz roja/luz verde. Las reglas del juego son que durante un paseo con el perro sólo se puede mover hacia delante si la correa está floja y tintinea; en cuanto el perro tense la correa párate en seco donde estés. La correa floja es la luz verde (el cuidador se mueve hacia delante) y la correa tensa es la luz roja (el cuidador se para). Moverse en la dirección que quiere el perro es un refuerzo muy potente que no debes darle nunca por tirar de la correa.

La primera vez que juegues a esto el perro sacará pecho y tirará con fuerza en cuanto frenes, límitate a esperar hasta que, al final, por casualidad, termine por aflojar la correa. Luego sigue andando, se recargará de energía inmediatamente en cuanto te vuelvas a poner en movimiento y sin ninguna duda volverá a llegar al extremo de la correa y dará un nuevo tirón, lo cual hará que te detengas de nuevo. El perro necesita varias repeticiones para comprender el proceso: invariablemente tensar la correa pone fin al paseo en seco, y aflojarla da pie al movimiento. No aprenderá a andar con la correa floja a la primera, de hecho lo que pasará es que se irá reduciendo progresivamente el número de veces que intentará tirar de ella, por lo tanto no te rindas. Cuando se aprenda esto estarás por el buen camino para que todo sea coser y cantar en el futuro, con una vida entera de tranquilos y relajados paseos con la correa. Si por el contrario ya tienes que hacer frente a un problema de tirar de la correa puede que tengas que utilizar artillería más pesada, un adiestramiento con un abanico de técnicas de adiestramiento más amplio que el juego de luz roja/luz verde. Puedes elegir entre: 1) probar el juego de luz roja/luz verde de todos modos, 2) probarlo pero introduciendo correcciones activas y/o castigos y 3) cambiar el equipo.

Probar el juego introduciendo correcciones activas significa que en lugar de simplemente pararte cuando el perro empieza a tirar de la correa le avisas con una palabra como «tranquilo...» o «despacio...» y después, si el perro no disminuye la tensión dejas de moverte, das un tirón seco de la

correa y relajas. El perro se dará cuenta de que el aviso le anuncia un tirón de la correa si sigue tirando. Esta «corrección de la correa» es un castigo, que te proporcionará unos segundos de comportamiento sin tirar de la correa que deberás elogiar y reforzar con un movimiento hacia delante o con comida que sacarás de tu bolsillo. Si el perro ya tiene la conducta de tirar con fuerza prepárate para avisar y corregir prácticamente ad infinitum. Este método suele mantener los tirones a raya y de esta forma hacer más placenteros los paseos, lo que ocurre es que depende totalmente del uso del castigo y esto no sólo te erigirá repetidas veces en el papel de malo de la película sino que muchos perros se desensibilizan a la corrección. Lo menciono a pesar de sus puntos flacos porque en algún perro da buenos resultados.

Una buena forma de fortalecer el juego de luz roja/luz verde es ponerle al perro «multas de distancia» por tirar de la correa: una multa de 2 metros o una multa de 5 metros. Cuando el perro empiece a tirar de la correa, avísale, da un tirón y retrocede una cierta distancia para hacerle cubrir la misma distancia de nuevo. Un lema apropiado sería «vamos a recorrer este trozo de acera hasta que camines sin tirar de la correa». Al principio es probable que el perro tenga que recorrer ese espacio varias veces seguidas hasta que se dé cuenta de que lo que hace que reciba el castigo («las multas») es tirar de la correa. Se lo puedes aclarar marcando el momento en que empieza a tirar de la correa con «¡mal!» o «¡ah!, ¡ah!», que le indica que estás a punto de retirar un refuerzo: seguir avanzando. Cuando retrocedas para volver a recorrer un determinado trayecto, asegúrate de que la correa esté sin tensión antes de intentar seguir adelante. Los que tiran con una fuerza hercúlea, como poseídos, realmente pueden llegar a dañar a sus amos. Si se les ha permitido que den tirones hasta llegar a estos extremos necesitan un cambio de herramientas de trabajo. Actualmente existen varias opciones «de manejo eficaz» disponibles en el mercado. Probablemente la mejor sea el ronزال para perros, que se parece mucho al ronزال o a la brida sin embocadura de los caballos y ponis y funciona de forma muy similar. Se trata de trasladar el punto de acción de palanca en el que se aplica la tensión desde el cuello al hocico, de este modo cuando el perro intenta tirar no tiene nada contra lo que apoyarse: sencillamente la cabeza del perro se gira. Este tipo de artilugios facilita el control de un caballo de media tonelada, por lo que no es ninguna sorpresa que te permita manejar a un Labrador de 30 kg. Los ronzales para perros también se conocen con otros nombres: *Gentle Leader* y *Halti*. Veamos las ventajas de los ronzales: 1) reducen considerablemente la tensión de la correa en la mayoría de los perros, 2) dan resultado sin necesidad de causar dolor y 3) no hay que ser un experto para utilizarlos. Los inconvenientes: 1) la mayoría de los perros se resisten al principio (hay un periodo de adaptación), 2) a ojos no expertos se parecen a un bozal y 3) no se generalizan bien los efectos cuando el perro no lleva puesto este collar.

Al darle al amo el control sobre la cabeza del perro, los ronzales son herramientas útiles para controlar a perros que se abalanzan y/o que son agresivos. A pesar de su eficacia hasta ahora no han tenido demasiado éxito debido a los dos primeros inconvenientes: no suele gustar su apariencia y a los cuidadores no les gusta ver cómo su perro se resiste con tal energía las primeras veces que lo tiene que llevar. A estas personas suelen preguntarles por qué su perro lleva un bozal, sin embargo los ronzales (*Haltis*) no son bozales en absoluto: con ellos se consigue un excelente control de la cabeza y la mandíbula del perro y al mismo tiempo el animal puede jadear, beber, cobrar una pelota e incluso morder mientras lo lleva puesto. Personalmente creo que su apariencia es agradable. Los perros con

ronzal parecen ponis. El periodo de adaptación pasa rápido si el cuidador sabe manejar adecuadamente las primeras experiencias, esto implica no ceder ni quitarle el ronzal si el perro tiene una rabieta. Súbele la cabeza cada vez que intenta bajarla para dar con sus patas delanteras para sacárselo, elógialo y prémialo constantemente cuando aguante con él puesto.

También puedes optar por un arnés anti-tensión. No hay que confundir este arnés con el arnés de tiro que se utiliza en las carreras de los perros de trineo y en los de arrastre. El arnés anti-tensión original es el arnés Sporn, que recibe el nombre de quien lo patentó. La empresa que vende los Halti también ofrece los arneses Lupi. Según los folletos ilustrativos del producto el funcionamiento de los arneses anti-tensión consiste en transformar el tirón hacia delante del perro en un movimiento fuerte y repentino hacia arriba. Sinceramente no sé cómo funcionan, tal vez se aplique algún tipo de aversivo. Basta con decir que para algunos perros resulta milagroso de la noche a la mañana, mientras que para otros produce, en el mejor de los casos, una ligerísima mejoría en su tensión. Los futuros usuarios de estos arneses deberían probar uno en su propio perro antes de comprarlo. He aquí las ventajas de este accesorio: 1) cuando funciona, da muy buen resultado, 2) es seguro y parece que da resultado sin causar dolor al perro, 3) no hace falta ser un manitas para usarlo y 4) los perros suelen aceptarlo a la primera. Los inconvenientes son: 1) no da resultado con todos los perros, 2) no se generalizan bien los efectos cuando el perro no lleva puesto el artilugio, 3) las marcas originales son bastante caras.

Ambos productos, los ronzales y los arneses anti-tensión, simbolizan la evolución en el adiestramiento de la tensión fuerte, sin embargo, la mayoría de la gente hace frente a las dificultades de los tirones de la correa por medio de otras herramientas, los collares de estrangulamiento. Como bien indica su nombre este collar está diseñado para estrangular al perro. Es la herramienta más extendida en el adiestramiento canino. Hay collares de estrangulamiento de eslabones de cadena, otros con eslabones más grandes para no dañar el pelaje del perro (no la tráquea, por supuesto, sino el pelaje), collares de tela, con capacidad limitada para estrangular y otros dotados de gran capacidad para estrangular que se ajustan y quedan en la parte alta del cuello del animal para que el collar aumente su capacidad de dejar al perro sin respiración. Es sorprendente el tiempo y la energía invertidos en el diseño de artilugios de estrangulamiento para el mejor amigo del hombre. Suele haber un rechazo unánime a los ronzales, ya que al perro «no le gusta», pero no se paran a pensar ni un segundo sobre esas cadenas de metal o los cables de poco grosor que colocan directamente sobre la tráquea del perro.

Uno de los problemas de los collares de estrangulamiento es que la aversión que causamos en la mayoría de los perros es de grado medio a moderado. No hace mucho daño y por lo tanto las consecuencias son insignificantes en el comportamiento de la mayoría de los perros. Es muy raro que den resultado un par de castigos con un collar de estrangulamiento: a los perros cuyos amos usan collares de horca en el adiestramiento les espera una vida de correcciones con la correa. Mientras que la capacidad de causar dolor de un collar de estrangulamiento es dudosa, su capacidad de hacer daño (es decir, de herir intensamente y acumulativamente) es considerable. Esto es lo más engañoso: ya que aparentemente las consecuencias son mínimas, los dueños aumentan la frecuencia de tirones de la correa y su intensidad o bien cambian a un modelo más peligroso, y mientras tanto desensibilizan progresivamente al perro de los tirones. Paralelamente se está presionando la tráquea del perro.

Otro problema de los collares de estrangulamiento es que hace falta fuerza y coordinación para aplicar una apropiada corrección con la correa. Hay personas que no están capacitadas física o psicológicamente para aplicar esta técnica correctamente, se limitan a colocar un collar corredizo con la esperanza de que funcione por sí solo, por arte de magia. El resultado es que el perro tirará de la correa y su lengua fuera irá adquiriendo una tonalidad cada vez un poco más azul.

¿Cómo puede estar tan extendido su uso? En parte se debe a la tradición histórica del adiestramiento canino. Los primeros adiestradores fueron los militares que adiestraban Pastores Alemanes con pedigrí alemán. Esta combinación dio buen resultado con collares de estrangulamiento aunque a mi parecer no tan bueno como podría haber sido si se hubieran utilizado el clicker y trocitos de salchicha. No obstante la cosa siguió adelante, les funcionó. Estos eran los adiestradores prototipo que después de la Segunda Guerra Mundial se unieron a los primeros clubs que impartían clases de obediencia para sus perros de compañía, a las cuales transmitieron sus métodos; funcionó con un número de perros suficiente como para que, sin que existiese un escrutinio crítico y sin otras alternativas disponibles, el método se fijó y quedó estancado a través de distintas generaciones durante décadas. La otra parte que responde a la pregunta es probablemente nuestra mentalidad orientada al castigo. Estos collares dan al cuidador el poder de aplicar un castigo y lograr un desplazamiento de la frustración, y la supresión temporal del comportamiento (y eventualmente la supresión general del comportamiento). A los humanos parece que nos encanta la violencia.

La última opción para reducir los tirones de la correa es utilizar los collares de castigo (de pinchos). Tienen la apariencia de un artilugio de tortura medieval, con dos filas de afilados dientes que se clavan en el cuello del perro cuando éste tira. Su diseño lo hace mucho más aversivo que un collar de estrangulamiento. Curiosamente, y resulta irónico, a pesar de su temible apariencia, está limitado por su propio diseño y resulta mucho más seguro que un collar de estrangulamiento. Teniendo en cuenta su gran carácter aversivo y su reducido riesgo de perjudicar, es una opción infinitamente mejor que un collar de estrangulamiento. Posiblemente sea, aunque argumentable, una opción razonable para evitar que tire de la correa, no obstante es más difícil justificar el uso de collares de pinchos teniendo en cuenta la disponibilidad de ronzales y arneses Sporn y de buenos collares fijos que dan resultado aplicando la técnica de luz roja/luz verde en las primeras fases del adiestramiento. Desde luego nunca estará justificada su utilización como herramienta para enseñarle al perro los comportamientos sienta, quieto, ven o cualquier otro que no sea andar, en la posición de junto con la correa puesta.

«Junto» en la guardería

La posición de junto consiste en que el perro camine paralelo a tu izquierda (o a tu derecha, aunque esto no es importante a menos que vayas a participar en competiciones de obediencia) con la cabeza y los hombros a la altura de la costura de tu pantalón, sin desviarse de su posición y que se siente automáticamente en cuanto te detengas. En el nivel guardería simplemente consiste en enseñarle al perro a seguir un objeto diana de comida en movimiento: sostén ese trozo de comida contra la parte izquierda de tu cuerpo de forma que el perro aprenda a seguir tu cuerpo a la vez que te va siguiendo la mano.

Lo primero que has de hacer es llenar tu bolsillo con trocitos de comida. Pon un premio en la mano, enséñaselo al perro y luego ponlo a uno de los lados del cuerpo, a la altura del perro. Los perros de gran tamaño al final tendrán un objeto diana a la altura de tu cadera o más arriba, y los de menor tamaño necesitarán un objeto diana cerca de tu rodilla. Esto significa que si tienes un perro pequeño tendrás que agacharte durante las primeras sesiones de adiestramiento. Puedes usar la mano derecha o la izquierda, según te sea más cómodo.

Si el perro está pendiente del objeto diana, camina hacia delante. Resulta aconsejable utilizar un tono estimulante para animar al perro a que te siga al principio. Da unos pasos y párate. Tan pronto como te pares, dale una señal con la mano, hacia atrás como empujando el aire directamente, para que se siente; haz click y refuerza cuando se siente. Estás intentando que el perro se siente derecho, es decir, paralelo a ti y sin girarse. Los perros tienden a girarse hacia ti porque hasta ahora esta posición había estado asociada con los refuerzos. Tu primer objetivo en las primeras fases del adiestramiento de la posición de junto es lograr que el perro asocie los refuerzos que conseguirá no sólo con seguirte, sino también con la visión que tiene de ti desde esa posición.

Puedes reforzar de alguna forma o simplemente lograr esta «perspectiva» simplemente quedándote de pie donde estás con el perro sentado en posición de junto y con la mirada puesta en un objeto diana desde el hocico hasta un lado de tu cuerpo. Felicítalo por quedarse observando durante unos segundos y a continuación refuézalo, incluso se lo puedes lanzar: disfrutará atrapándolo en el aire. Cuando estés realizando esta asociación, asegúrate de que tienes los hombros rectos y de que no te giras hacia el perro en ningún momento; si tienes los hombros girados la visión será completamente distinta de la que deseas.

Cuando el perro te siga de buena gana practica los giros en todas direcciones: derecha, izquierda y 180 grados. Cuando gires 180 grados hazlo con el perro por el exterior, es decir, que si el perro está a tu izquierda realiza el giro a la derecha. Si lo que quieres es participar en una competición de obediencia, haz que tus giros a la derecha y a la izquierda sean lo más precisos y en estilo tan militar como puedas y cuando des la vuelta repite la misma trayectoria. Esto significa que cuando estés haciendo un giro de 180 grados debes seguir la misma trayectoria (sobre tus pasos) en ambos sentidos, antes y después de girar, en lugar de dar un giro en forma de U, que significaría tomar otra dirección. Asimismo tienes que aprender a cambiar la velocidad realizar suaves cambios de ritmo de forma fluida, y debes tener un buen juego de pies sí quieres causar una buena impresión en la competición de obediencia, así que ponte en las manos de un instructor bueno y con experiencia que sea capaz de pulir estos aspectos en caso de que se requiera. Por ahora lo único que quieres es que el perro te siga de modo fiable y lo más cerca posible. Es cuestión de práctica. Refuerza las veces que sean necesarias para lograr que el perro mantenga la vista en el señuelo.

«Junto» contra caminar con la correa

Tendrás que practicar este ejercicio de junto y muchos otros durante bastante tiempo antes de que el perro llegue a caminar en la posición de junto sin problemas en un paseo de verdad, pero mientras

tanto es importante que tengas cierta idea de cómo es andar con la correa. Asegúrate de que has solucionado los problemas de tensión aplicando la técnica de luz roja/luz verde o cambiando de herramientas como ya dijimos. Hay que enseñarle al perro a ir junto y a caminar con la correa floja, por separado. Ir junto es un comportamiento complejo que tendremos que practicar durante meses antes de que el perro lo realice con precisión y total fiabilidad. Conseguir generalizar el comportamiento del salón a las situaciones en el exterior requiere todavía muchísimo más tiempo y paciencia, asegúrate de que está bien condicionado dentro de casa antes de salir a practicarlo en los paseos de verdad. Teniendo en cuenta que al perro le cuesta más ir junto no pretendas que lo haga continuamente durante el paseo, sobre todo cuando acaba de empezar a practicarlo fuera de casa, por eso, cuando empieces a realizarlo en los paseos de verdad empieza pidiéndole que se mantenga a tu lado durante cortos espacios de tiempo y refuézalos con generosidad.

Con el tiempo puedes pedirle que mantenga la posición de junto durante varios minutos mientras atraviesas zonas llenas de gente o cuando tengas que cruzar la calle, el resto del tiempo te aconsejo que camines con la correa sin tensión o que uses un ronzal o un arnés Sporn en caso de que tire de la correa con fuerza, como acabamos de ver; de esta forma tendrá una cierta libertad de movimientos para olfatear el suelo, el principal aliciente de los paseos para los perros. Necesitan inspeccionar las marcas de orina y los excrementos de otros perros para obtener información social importante sobre los demás perros; no pueden hacerlo si están en posición de junto. Lo que no se puede olvidar es que caminar con la correa sin tensión y la posición de junto son dos empresas separadas. La posición de junto la trabajarás durante las sesiones de adiestramiento antes de introducirla en los paseos, mientras que caminar con la correa sin tensión es algo que se adiestra durante los paseos desde el primer día.

«Junto» en la escuela primaria

Ahora el objetivo es que el perro mantenga la posición de junto al tiempo que vamos suprimiendo el objeto diana, se siente automáticamente cuando el adiestrador se detenga y mantenga la atención constantemente en el guía. Antes de pasar a este nivel asegúrate de que has practicado suficientes ejercicios de seguimiento de un señuelo con los ejercicios de junto en la guardería. Es necesario que se habitúe a centrarse en el objeto diana porque de esta forma se asegurará un ímpetu suficiente para ir haciéndolo desaparecer gradualmente.

Realiza unos «ejercicios de calentamiento» con el perro en un entorno con pocas distracciones, haz que siga el objeto diana de comida que mantienes en el lado izquierdo de tu cuerpo. Detente a menudo para dar la orden de que se siente y refuézalo, a continuación elige un momento en el que lo esté haciendo bien y haz lo siguiente: sube y aleja ligeramente ese trozo de comida durante unos segundos desplazándolo desde la cadera hasta tu pecho momentáneamente y utiliza una entonación entusiasta para dirigirte al perro. Lo que quieres es transmitirle que alejar el señuelo es una buena cosa. Deja que transcurran unos segundos y si continúa siguiendo tan de cerca el trozo de comida como antes demuéstrole que es algo positivo de verdad y dáselo. Luego vuelve a empezar con el señuelo en su posición original, cuando lo esté siguiendo bien vuelve a alejarlo y mantenlo interesado utilizando una entonación entusiasta durante varios segundos, luego dale el refuerzo. Ahora estás reforzándolo

automáticamente en lugar de pedirle que se siente. El criterio que estás aislando para reforzar es que siga un inductor menos definido, que se está diluyendo: un señuelo que se va alejando, más distante.

Repite este ejercicio una y otra vez justo antes de darle un refuerzo. Si se hace con suficiente frecuencia el perro disfrutará cuando alejes el objeto diana de comida. Si haces que vaya desapareciendo el objeto diana de comida y el perro deshace la posición de junto inmediatamente, significará que no has trabajado suficientemente el condicionamiento básico de seguimiento del objeto diana. Vuelve a la guardería y haz algún ejercicio más. Luego vuelve a intentar alejar el blanco de comida. Asegúrate de estar sosteniendo la posición de junto con tu entonación cuando retiras el objeto diana en esta primera fase de transición del adiestramiento. Si no cambia de posición a medida que vas haciendo que desaparezca el objeto diana el siguiente paso es aumentar la duración de la posición sin el señuelo, empieza con tres segundos, luego cuatro, cinco, etc. Una vez más, si el perro no aguanta la posición y empieza a equivocarse en la ejecución baja el estándar a base de periodos más cortos de tiempo. Que el perro deshaga la posición y la retome es un proceso inevitable en el adiestramiento canino, y es indudablemente una forma de fortalecer el carácter del adiestrador. Después de varias sesiones lograrás que el perro se mantenga junto usando un señuelo de comida que sostienes de forma mucho más discreta que antes y alargando los espacios de tiempo entre refuerzos. Cuando sea capaz de hacerlo pasa a trabajar los ejercicios de sienta automáticos.

La forma más eficaz de inculcar que se siente de forma automática es realizar el ejercicio de junto realizando paradas frecuentes. La primera fase seguirá la siguiente secuencia: 1) te paras y 2) le das la señal con la mano de que se siente, manteniendo la posición de junto en la medida de lo posible (siempre haciendo click y reforzando las buenas respuestas). Tu objetivo final es que la parada se convierta en la orden de sentarse. Esta es la razón por la que lo hacemos antes, evita el típico error de inducir o señalar la posición de sienta antes de pararte o mientras te estás parando. Si lo haces, ese gesto con la mano que el perro conoce bloqueará lo que estás intentando establecer como una orden: pararte. Esto se debe a que al hacerlo simultáneamente a la orden de sienta o después de ella, pararse no aporta ninguna información nueva.

La secuencia de los hechos (primero pararse y luego dar la señal con la mano) puede que haga que el perro siga caminando más allá de donde te has parado, se pase de frenada. No te alarmes ni caigas en la trampa de ordenar «sienta» anticipadamente antes de detenerte, es muy tentador porque parece la solución al problema, pero de hecho simplemente es posponer el problema hasta el día inevitable en el que quieras que el perro se siente cuando dejas de moverte. Si queremos llegar a fijar que deje de andar, la secuencia tiene que estar encabezada por ahí. Así, la solución es introducir el inductor sin demora en cuanto te hayas detenido para evitar que el perro se pase de frenada. Asimismo también puedes reforzar selectivamente aquellas respuestas de sienta que se ajusten más a la posición perfecta, siempre después de que el perro se siente una y otra vez y a cambio de refuerzos intermitentes. El moldeado acude a tu rescate de nuevo.

Cuando el perro deje de avanzar después de que te detengas y su posición de sienta es relativamente buena, puedes empezar a suprimir la señal. Empieza con una serie de paradas y señales, como de

costumbre, y refuerza siempre las mejores respuestas. Luego, después de detenerte, da una señal menos evidente con la mano para que se sienta y observa si obedece. De ser así refuézalo. Si no consigues que se sienta haz la señal más evidente pero no refuerces la posición de sentado que has obtenido, a continuación repite el ejercicio. Si el perro sigue sin sentarse con tu señal amortiguada, inténtalo con una señal menos debilitada medio camino entre la que da resultado y la que no; estás buscando un nuevo estándar. En cuanto logres un nivel de señal con la mano que dé buen resultado casi siempre y que sea más debilitada que la que has hecho antes, trabájala hasta que el perro se sienta cada vez que la hagas. Pon esta respuesta en un programa variable y luego debilita un poco más la señal. Se trata de ir debilitando la señal hasta hacerla desaparecer. Hay perros que adquieren fácilmente el sentarse de forma automática, en parte porque sienta es un comportamiento muy fuerte, muy arraigado. Si el perro no asimila rápidamente debilita sistemáticamente el inductor y pon siempre las mejores respuestas en un programa de reforzamiento antes de elevar las exigencias del ejercicio debilitando un poco más el inductor. Llegado el momento puedes recurrir a una orden verbal susurrada si ves que al perro le cuesta despegarse de la señal con la mano. Si sigue caminando pasándose de frenada o si se sienta demasiado cruzado, es posible que tengas que parchear aparte la orientación de la postura. Por eso el adiestramiento canino se parece tanto a hacer juegos malabares: en cuanto te concentras en una cosa, alguna otra se cae por los suelos. Combinar todos los aspectos y mantenerlos impecables es un ejercicio de malabarismo que requiere gran habilidad.

«Junto» a nivel de instituto

En este nivel el objetivo es que el perro mantenga la posición de junto durante más de un minuto alentándolo con la voz sin ningún tipo de objetos diana de comida. Para ello hay que seguir con el proceso de supresión de los inductores que iniciamos en la escuela primaria. Ahora, en lugar de debilitar un poco el objeto diana, se trata de que lo elimines completamente durante varios segundos antes de dar el refuerzo en sí. En un comportamiento de larga duración como es el caso de la posición de junto podemos elegir entre muchos momentos para hacer click y reforzar. Los adiestradores caen fácilmente en la trampa de creer que están reforzando el ejercicio en su conjunto cuando hacen click y refuerzan, pero la realidad es que con el click se selecciona un instante preciso del ejercicio de junto, mucho más que los segundos o minutos de esfuerzo que precedieron a ese instante.

Esto es especialmente problemático cuando se empuja al perro a ir más allá, si te pasas de rosca: la ejecución del perro empieza a deteriorarse y el adiestrador hace click y refuerza para conseguir que el perro vuelva a recuperar el interés. Este error común da como resultado que el reforzamiento va en sentido opuesto al que deseas: una peor ejecución de la posición de junto; acostúmbrate a hacer click en los buenos momentos, en el mejor instante y a precisar la deterioración con las marcas de ausencia de refuerzo («¡vaya!, ¡mala suerte!»). Si no se dan esos buenos instantes entonces es que los estándares que estás poniendo son demasiado altos. Tu responsabilidad en cuanto adiestrador es que el nivel de la tarea sea lo suficientemente fácil para que el perro siga mostrando interés y dé muchas respuestas que puedas reforzar.

Realiza delicados equilibrios malabares con ambos criterios: la duración de la posición de junto y la

supresión del inductor. Esto significa dejar que uno sea bastante fácil mientras le aprietas las tuercas al otro, por ejemplo, si el perro es capaz de mantenerse junto durante 30 o 40 segundos ante un objeto diana que tienes en tu mano cerrada cerca del estómago y con gran cantidad de inducción verbal, ¿qué harás con la duración cuando decidas retirar por completo la mano a modo de diana? Vamos a ver: dejémoslo en unos cuantos segundos en lugar de pedir 30 o 40. Después de varios intentos con éxito empieza a aumentar gradualmente el tiempo que separa los refuerzos hasta que vuelvas a llegar a los 30 o 40 segundos. Fragmentar los ejercicios de obediencia de esta forma es la piedra de toque de un buen adiestramiento. Combina los criterios sólo cuando el perro domine perfectamente y por separado cada una de estas partes, y cuando combines presta mucha atención al nivel de dificultad de cada una de ellas. Si no lo haces estarás cometiendo el típico error que hace que los perros no mantengan nunca la posición y fracasen todo el tiempo.

Ahora pasa a practicar el ejercicio de junto en otros lugares, no sólo dentro de casa. Estate preparado siempre en el caso de que el perro sufra una regresión sustancial cada vez que lo intentas en un nuevo entorno. Baja el estándar hasta que el perro sea capaz de mantener la posición de forma que esta experiencia sea buena y reporte un refuerzo en los distintos lugares, luego vete aumentando gradualmente el estándar hasta que se mantenga junto en distintos lugares tan bien como en casa. Esta regresión en sitios que son desconocidos es una parte predecible del adiestramiento con todas las órdenes pero normalmente se incrementa con la orden de junto porque esta tarea es multidimensional para el perro (léase difícil). Puede que tengas que retroceder temporalmente a los señuelos de comida.

La generalización a distintos entornos es frustrante para los adiestradores principiantes porque parece como si el comportamiento que era tan fiable en casa ahora se desintegrara. Lo que antes era fuerte, ahora es débil. Resulta enormemente tentador achacarlo a un defecto individual o de la raza en lugar de a un fenómeno común en el aprendizaje animal. Este efecto es la regla y no la excepción. Lo bueno es que cuanto más comportamientos adiestres y generalices, más rápido conseguirás que el perro siga el proceso. Recuerda que el resultado puede ser un perro que generaliza comportamientos y órdenes adquiridos recientemente sin ningún retraso reseñable, incluso en entornos difíciles. Esto forma parte del efecto «aprender a aprender» que en cualquier animal está asociado con un volumen suficiente de educación.

«Junto» a nivel universitario: fuera inductores

Cuando el perro se mantenga junto sin dificultad al menos durante un minuto requiriendo simplemente apoyo verbal y sin ningún objeto diana de comida, la siguiente tarea es debilitar el premio verbal. Este es un paso opcional si no tienes intención de participar en competiciones oficiales de obediencia. En estos eventos se espera que el perro mantenga la posición de junto aproximadamente durante un minuto cada vez y sin recibir feedback por parte del cuidador. No hay ningún secreto para lograrlo: suprime gradualmente el apoyo verbal y refuerza selectivamente después de periodos largos con una buena ejecución del ejercicio sin el inductor. Luego sal a la calle para practicar en distintos entornos y con todo tipo de distracciones ambientales.

Si te estás preparando para competir asegúrate de que utilizas el ring de las pruebas de trabajo como uno de tus lugares favoritos para el adiestramiento. No es ninguna sorpresa que estos lugares proporcionan el mejor simulacro del entorno en el que realmente deseas que tu perro ofrezca las mejores respuestas: las competiciones de obediencia. Esto no significa que tienes necesariamente que participar sino que simplemente puedes presenciarlas y luego adiestrar a tu perro. El principal objetivo es que el perro aprenda que este entorno anticipa las contingencias habituales de refuerzos y marcas.

Un error muy frecuente es participar de modo prematuro en las competiciones de obediencia, cuyas reglas prohíben que el guía le dé información al perro de sus progresos. Si hay pequeñas imperfecciones en la ejecución (o incluso peor, grandes) después de un par de intentos el perro aprenderá que en ese contexto en concreto no hay consecuencias. Esto también puede pasar si el perro no está bajo un programa de reforzamiento suficientemente ajustado: si no recibe los refuerzos cuando se los espera el perro se hace la vieja pregunta de «¿qué pasa ahora que no pasaba antes?», e inevitablemente recibe la respuesta «es este contexto», que indudablemente integra elementos como la presencia de otros perros, personas nerviosas pululando y otras con un distintivo que llevan tablillas con sujetapapeles y lanzan órdenes como «¡siguiente!». Los perros discriminan las diferencias del entorno con gran facilidad y el contexto de un espectáculo de prueba canina pasará pronto a significar «ninguna contingencia en vigor» en caso de que el perro lleve una rutina imperfecta o que esté todavía bajo un programa de reforzamiento continuo para cualquiera de los comportamientos exigidos. Los participantes en estas competiciones etiquetan a estos perros como los «resabidos del ring». En lugar de aceptar como habitual el fenómeno de aprendizaje de la discriminación operante muchas personas consideran que los perros actúan movidos por un afán malicioso deliberado. De hecho, las contingencias (variables dependiendo de las competiciones de obediencia) y el perro (que obedece perfectamente a las leyes del aprendizaje) actuarán en conformidad, es decir, a menos que no se le permita nunca percibir la falta de contingencia. Esto implica 1) cantidades industriales de adiestramiento (adiestramiento, no actuaciones) en este contexto y 2) participar en las competiciones sólo si la ejecución del perro es enormemente precisa y se encuentra bajo un programa de reforzamiento tan ajustado que la experiencia sin feedback producirá un daño mínimo en los comportamientos del perro. Las competiciones de obediencia pueden ser muy perjudiciales. Lo peor es que cuando el animal se da cuenta de que el ring es un lugar en el que no hay refuerzos ni marcas de ausencia de refuerzos, esto dejará una huella en todo lo que sigue, incluso si los errores que ya existen se corrigen fuera del recinto. Esto es aplicable no sólo a las competiciones de obediencia sino a cualquier situación de ejecución en la que se modifica la frecuencia del feedback. Los perros discriminan de un modo brillante tanto las variaciones de contexto como las contingencias que vienen asociadas a ellas. Puedes hacer que esto funcione a tu favor o en tu contra.

Los juegos de fuerza motivadores

La posición de junto a nivel de universidad es un buen momento para introducir los juegos de forcejeo motivadores. El perro comprende bien el funcionamiento del juego de adiestramiento y a ti se te da

bien. Prueba a cambiar los refuerzos: en lugar de dar un refuerzo de comida después de hacer click, saca un juguete para forcejear del bolsillo y utilízalo para iniciar una breve sesión de forcejeo con la cuerda. Breve. Eso significa solamente unos cuantos segundos: se trata de mantenerlo ultramotivado. Las sesiones largas de juegos de fuerza se reservan para dos ocasiones: cuando el perro da verdaderamente en el clavo con una respuesta maravillosa («bingo») y cuando estás terminando la sesión de adiestramiento, que es siempre un buen momento para un refuerzo extralargo. (A propósito, al finalizar las sesiones intenta terminar con una respuesta positiva y no con una gran regresión o con una serie de malas respuestas, baja el estándar si fuera necesario para lograr una respuesta final exitosa que hará que se lleve el premio gordo, un «bingo» como refuerzo).

Estas son las razones para utilizar juegos de forcejeo como motivadores:

1. es siempre una buena idea variar el refuerzo
2. hay perros que trabajan de modo más entusiasta con los juegos de fuerza que con la comida
3. el juego interactivo proporciona un valioso vínculo en forma de cooperación, a modo de «sociedad de caza»
4. es una magnífica forma de que el perro quemee energía
5. proporciona una oportunidad para mejorar el control sobre tu perro, en especial sobre sus mandíbulas, cuando está excitado.

Antes de utilizar esta motivación en los ejercicios de obediencia lee o vuelve a leer las reglas de compromiso que rigen en los juegos de fuerza incluidas en el capítulo 2. La motivación con estos juegos es especialmente útil cuando es necesario aumentar la velocidad y el entusiasmo de la respuesta, la comida es un reforzador que funciona mejor para obtener la precisión del ejercicio.

Interferencia entre motivadores

Un perro con una respuesta bien generalizada y firme a una orden en concreto y que suele estar muy motivado por los refuerzos que recibe intermitentemente (por ejemplo comida y juegos de fuerza) puede desmoronarse en un determinado momento bajo ciertas condiciones. La enfermedad y un estrés excesivo pueden hacer que se desmorone, se rompa, el comportamiento. Una interferencia más habitual es la motivación alternativa, que compite. El perro oye y comprende la orden pero hay algo muy potente en el entorno que refuerza otro comportamiento. Tus señuelos y juegos de fuerza están perdiendo la batalla frente a la invitación al juego de otro perro o el rastro de un conejo entre la maleza. ¿Qué hacer? La primera línea de defensa es fortalecer los comportamientos que sí quieres: responder a la llamada, la posición de echado, quieto, etc., y practicarlos en lugares abiertos con un incremento gradual en la intensidad de las distracciones. El siguiente paso es reconocer que siempre hay una jerarquía de refuerzos: el refuerzo más potente vence al menos potente, que a su vez vence al más débil. Cuando estés en el bosque es probable que el perro siga el rastro de un conejo, seguido de jugar a forcejear, seguido por dados de queso, seguido por olisquear a otros perros, seguido por el hígado congelado, seguido por bañarse en el estanque, etc. Has de saber que si tratas de obtener la respuesta a la llamada usando trozos de hígado congelado pero al mismo tiempo un perro está

haciendo el ritual de saludo desde cerca y entre la maleza hay un rastro de conejo, quien ganará será el bosque. Si no estuvieses en el bosque saldría ganando el perro. Bienvenido al principio de Premack^[9].

La forma de ganar siempre es tener controlados todos los contactos posibles del perro con cualquier cosa que se incluya en la jerarquía de reforzadores. Dale un nombre a cada una de ellas: «busca conejos» y «saluda al perro». Así pasan a ser reforzantes de la misma forma que los clicks pasaron a significar comida y juegos de forcejeo. El modo en que el perro va a lograr que le des esta orden reforzante es obedeciendo en primer lugar a otras órdenes como «¡ven aquí!» o «sienta».

Acercarse al rastro del conejo o a otros perros para jugar depende de su rápida respuesta a las órdenes de obediencia. Los perros erran en su respuesta en presencia de motivaciones alternativas, ya que consideran que la mejor forma de conseguir los elementos que están en lo alto de su escala jerárquica de motivadores es intentando hacerse con ellos directamente. Tus órdenes le entorpecen el camino. Entonces es cuando tienes que demostrar que no es así, que están equivocados. Responder a la llamada no sólo no interfiere con que el perro consiga seguir el rastro del conejo, sino que se convierte en la única forma de seguir esa pista.

Por lo tanto debes interrumpirlo con decisión y, si fuera necesario, evitar físicamente que obtenga estos refuerzos a menos que se los haya ganado. Si le dices que venga y el perro no te hace ningún caso, te ignora, y sigue olfateando o corriendo hacia otro perro, tienes que entrar en acción. Embiste maldiciendo y con cara de enfado la escena del crimen («córtale el paso») y evita o reduce la consecución de estos «refuerzos óptimos». De no ser así el perro obtendrá el objeto que está en lo alto de su jerarquía a cambio de desobedecer. Eso no está bien, no es bueno. Ha llegado el momento de repetir la llamada con la correa de pista (cuerda larga) si es necesario, hasta obtener una buena respuesta. Luego, y sólo luego, di «saluda al perro» o «busca el conejo» y vuelve a soltarlo. Repite de nuevo el proceso si el perro quiere saludar a una persona o a otro perro e ignora la orden de sentarse mientras está en camino. El perro tiene que sentarse o de lo contrario no habrá caricias o no habrá perro que valga, simplemente estate preparado para apostar tu dinero en aquello en lo que crees. Si el perro se limita a menearse y a tirar de la correa, di «¡mal hecho!» y ponte a caminar en la dirección opuesta, no tienes que dejarle hacer nada, incluyendo por supuesto saludar a personas o a otros perros. Una sesión de resolución de problemas en la que practicas la misma situación una vez tras otra en el mismo entorno (como se ha descrito en el capítulo 4) es una buena idea cuando trabajamos con respuestas emotivas como apaciguamiento y saludos de por medio. Si lo practicas lo suficiente el perro captará el mensaje, sin enfados ni frustración, simplemente con una simple regla: obedece las órdenes y conseguirás aquellas excelencias que más le gustan a los perros. No obedezcas y no las conseguirás. La elección está en sus patas. Si le das la oportunidad de elegir, el perro siempre obedecerá, independientemente de lo que haya ahí afuera, ya que estás explotando la jerarquía de refuerzos y no compitiendo con ella. Estás usando las leyes de aprendizaje a las que siempre ha obedecido, por ello será, sin excepción, totalmente obediente.

Temas posibles para la tesis doctoral

Si has estado adiestrando hasta este momento a tu perro para alcanzar este estándar y quieres un desafío mayor, he aquí algunas sugerencias para proyectos de «postgrado». Los principios básicos que puedes deducir por ti mismo a partir de lo que has aprendido.

- Cambios aleatorios de posición a 9 metros únicamente para órdenes verbales en un entorno con distracciones.
- Discriminación de primer orden de 10-20 palabras.
- Permanecer sentado o echado durante diez minutos con el amo fuera del campo visual (pero espiando) y con fuertes distracciones en el entorno.
- Caminar en la posición de junto sin utilizar comida ni entonación en un entorno con fuertes distracciones.
- Respuesta a la llamada con un sienta automático a una orden verbal, en un entorno nuevo, con una situación de persecución o juego con otros perros.

Nota final

Si todavía no has castrado o esterilizado a tu perro/a te ruego que lo consideres.

Bailey, Gwen: *The perfect Puppy*

Reed International Books, London 1995

Dunbar, Ian & Bohnenkamp, Gwen: *Behavior Booklets*

James & Kenneth, Oakland 1985

Dunbar, Ian: *Sirius Puppy Training (video)*

Bluford & Toth Productions, New York 1987

Fox, Michael: *Understanding Your Dog*

St. Martin's Press, New York 1972

O Farrell, Valerie: *Problem Dog*

Methuen, London 1989

Pryor, Karen: *¡No lo mates... enséñale!*

Kns ediciones, Santiago de Compostela 2001

Pryor, Karen: *Introducción al adiestramiento con el clicker*

Kns ediciones, Santiago de Compostela 2000

Reid, Pamela: *Excel-Errated Learning!*

James & Kenneth, Oakland 1996

Singer, Peter: *Animal Liberation*

Avon Books, New York 1975

Sternberg, Susan: *Inductive Retrieve*

New York 1990

Tortora, Daniel: *Help! This Animal is Driving Me Crazy!*

Fireside, New York 1977

Voith, V & Borchelt, P.: *Readings in Companion Animal Behavior*

Veterinariay Learning Systems, Trenton 1996

Wilkes, Gary: *The Click and Treat Starter Kit (with video)*

Sunshine Books, North Bend 1995

Federación Española de Agility y Educación Canina

(F. E. A. E. C.)

Si estáis interesados en obtener más información o practicar Agility con vuestros perros:

C/Churat y Sauri, 16. 46018 - Valencia

Tfno. 619 24 06 62. www.agilityfeaec.com

feaec@ono.com

Agradecimientos de la edición española

Esta obra ha sido posible gracias a la generosa dedicación y entrega de los colaboradores de Kns ediciones que dedican su tiempo y esfuerzo para mejorar la calidad de vida de los perros y sus amos. Muchísimas gracias a Mensi, Aldrey y Lucía, sin vosotros esta edición no existiría en castellano.

No podemos olvidar el excelente trabajo realizado por Marcos Randulfe en la traducción de un texto tan complicado. Bienvenido al club.

También agradecer el apoyo de los incondicionales (amigos y clientes) en especial a:

Alberto, Jean y Paquirri en Inglaterra, por el apoyo durante los periodos en las frías tierras del norte, por mantener la ilusión y entusiasmo en lo que creemos.

Juan y Sabrina, en Madrid, por su lección de supervivencia en condiciones desfavorables.

Cristina Muro por su entusiasmo y energía en la difusión de las obras. ¡Bienvenido Yuri!

A David por la «penúltima» lectura.

Ian Dunbar por facilitar la edición de esta excelente obra.

A todos vosotros, fieles clientes, que hacéis posible que podamos seguir presentando nuevas obras.



JEAN DONALDSON. Es autora de diversos libros de adiestramiento y comportamiento caninos. Graduada en la Universidad Mc Gill, ha impartido numerosas charlas en EEUU y Canadá, sobre el aprendizaje, comportamiento, adiestramiento y la agresión. Tanto sus perros como perros que ella ha adiestrado han logrado varios títulos en las competiciones de obediencia, rastro y flyball. Antes de dedicarse en cuerpo y alma a los perros se ganaba la vida como música, en su tiempo libre se dedica a practicar artes marciales. En la actualidad Jean Donaldson es directora de la Academia para adiestradores, SPCA, de San Francisco.

El choque de culturas ha sido elegido mejor libro de adiestramiento de perros del «Dog Writers Association of America Maxwell Award». Es un Best Seller en EEUU e Inglaterra.

Notas

[1] En francés en el original (N. del T.). <<

[2] Locución francesa así en el original: dejar hacer, política liberal de no intervención, «liberales» (N. del T.). <<

[3] Gorn: Inteligente especie de reptil bípeda y con aspecto humanoide de la saga de *Star Treck* (N. del T.). <<

[4] En francés en el original: Aperitivos (N. del T.). <<

[5] Relativo a George Orwell (N. del T.). <<

[6] En francés en el original: ¡Hecho! ¡Conseguido! (N. del. T.). <<

[7] En francés en el original: en masa, en grupo (N. del T.). <<

[8] Sin traducir al español. ¡Socorro!, ¡este animal me está volviendo loco! (N. del T.). <<

[9] David Premack estableció el principio que lleva su mismo nombre (1959 1965): «Es el valor relativo de las actividades el que determina su valor como reforzadores». «Los comportamientos más probables refuerzan los comportamientos menos probables». (N. del T.). <<